



Los Cuerpos y los Espacios

Las negociaciones por la resignificación de los espacios en la Catedral de La Plata.



José Ariel Giménez

**Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata**

Julio de 2010

DATOS DE LA TESIS

AUTOR: José Ariel Giménez

LEGAJO: 13.099/3

DOMICILIO: 72 N° 71 Dpto. A

TELÉFONO: (0221) 154376741

CORREO ELECTRÓNICO: josearielgimenez@hotmail.com

SEDE FACULTAD: La Plata

“Los cuerpos y los espacios. Las negociaciones por la resignificación de los espacios en la Catedral de La Plata”.

ÁREA TEMÁTICA: Comunicación, Prácticas Socioculturales y Subjetividad.

DIRECTORA: Nancy Fernández

CO-DIRECTORA: Jimena Espinoza

FECHA DE PRESENTACIÓN: Julio de 2010

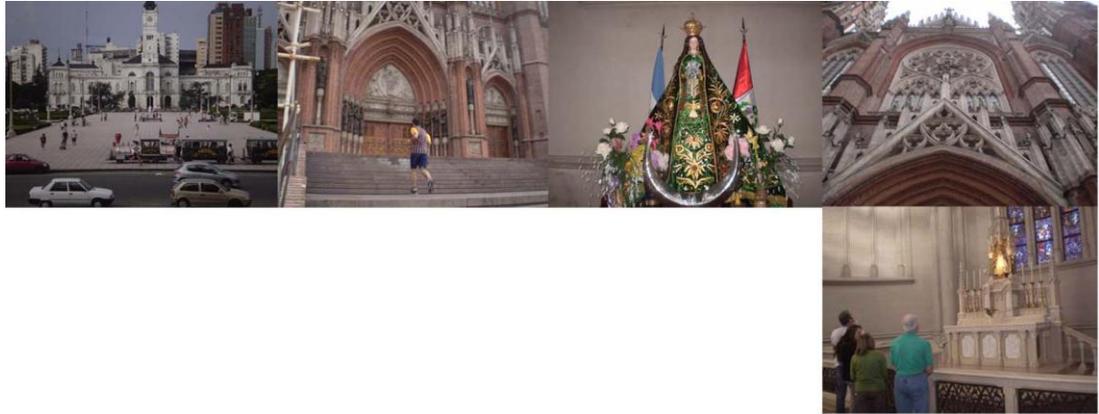
RESUMEN: El estudio de los espacios públicos está atravesado por el concepto central de “territorio”, la “marca social del suelo”, que establece la demarcación de un sitio conformado por reglas fijas y controlado por una institución, en donde no existe la posibilidad de transformación. Toda la teoría se articula en torno a esta idea o en oposición a ella. De esto surgen dos grandes supuestos: por un lado, que sólo en aquellos sitios que carecen de las características de los territorios –los “No-Lugares”- está permitida la posibilidad de discusión; y por otro, que al sostener el carácter inmodificable de los territorios se pasan por alto interesantes procesos de comunicación y transformación, una intensa negociación entre los “espacios” y los “cuerpos” para definir nuevas relaciones de fuerza. El presente trabajo establecerá un recorrido minucioso por todas estas cuestiones e intentará hacer foco en esos procesos de negociación que crean y recrean, todo el tiempo, la dinámica de los espacios públicos.

PALABRAS CLAVE: Cuerpos-Espacios-Territorios-No Lugares-Apropiación-Instituciones-Niveles normativos-Estatuto de Lugar-Espacio personal.

Índice

Introducción	Pág. 5
Una aproximación al campo de estudio.....	Pág. 6
Comunicación y espacios públicos.....	Pág. 12
Características del Proyecto.....	Pág. 15
Conceptos clave.....	Pág. 27
Capítulo I: Tradición teórica y problemáticas del campo de estudio	Pág. 30
Cuerpos y espacios. Un recorrido por la teoría.....	Pág. 31
El lugar de los “cuerpos” en la teoría.....	Pág. 46
Capítulo II: Los espacios: La Catedral de La Plata	Pág. 47
Historia.....	Pág. 48
Características arquitectónicas.....	Pág. 52
El Arzobispado, la Fundación Catedral y el Museo.....	Pág. 59
Los espacios públicos.....	Pág. 66
La Catedral, su “estatuto de lugar” y las marcas institucionales.....	Pág. 69
Espacios y fronteras.....	Pág. 88
Capítulo 3: Los Cuerpos: “Turistas” y “Feligreses” en la Catedral	Pág. 92
La determinación institucional.....	Pág. 93
Los roles dentro de la institución.....	Pág. 97

Los espacios personales.....	Pág. 105
Los ámbitos de significación.....	Pág. 110
Claves para un nuevo estudio de los espacios.....	Pág. 116
Capítulo 4: Las negociaciones.....	Pág. 117
La Catedral, espacio híbrido.....	Pág. 118
Las formalidades.....	Pág. 123
La apropiación.....	Pág. 130
Conclusiones.....	Pág.135
Bibliografía.....	Pág. 151
Anexos.....	Pág. 154
Observación participante.....	Pág. 155
Entrevistas.....	Pág. 198



Introducción



I. Los Cuerpos y los Espacios. Una aproximación al campo de estudio.

Sin lugar a dudas, los dos elementos fundamentales del estudio de los espacios públicos son el terreno en donde se lleva a cabo la acción y las personas que participan en él. Es decir, para llamarlos de una manera simplificada, los “cuerpos” y los “espacios”.

En cuanto a la nomenclatura de ambos elementos, los diferentes estudiosos del campo no se han puesto de acuerdo y los denominan, según su criterio, de formas distintas, por lo que un análisis comparativo de las diversas teorías puede traer confusión, sobre todo en el caso de los espacios públicos, ya que los autores utilizan conceptos similares para referirse a fenómenos diferentes.

Por ejemplo, en su libro “El Animal Público”¹, Manuel Delgado utiliza los conceptos de “espacio” o “lugar” al referirse a aquellos sitios en los que no existe una regulación institucional, y en el que los individuos pueden actuar libremente. En cambio, denomina “Territorios” a los sitios institucionalizados, que se rigen por normas propias y “regulan” las actividades de los individuos que en él se desempeñan. En este autor español, entonces, se presenta la dicotomía “lugar-territorio”, en donde el primero es un espacio libre y el segundo está regido por reglas institucionales.

En cambio, Marc Augé, al referirse a lo mismo que Delgado llama “Lugar” al espacio institucionalizado, y se refiere al espacio libre como “No-lugar”².

En este ejemplo se puede ver cómo una misma palabra significa, a la luz de cada autor, una categoría diferente. Y si el repaso continuara con otros teóricos, la cuestión se haría aún más compleja: esta visión de “Lugar/No-Lugar” de Augé tiene sus correlatos en las categorías de “Territorios Fijos” y “Territorios Situacionales”³ de Erving Goffman; “Territorio” y “Espacio”⁴ en Michel De Certeau o “Territorios de Posesión”⁵, de Stuart Sigman, entre otros.

A la luz de esta complejidad, y para evitar equívocos, de aquí en adelante se utilizará la siguiente denominación: los espacios institucionalizados serán llamados “Territorios”;

¹ Delgado, Manuel. “El animal público”. Anagrama. Barcelona. 1992

² Augé, Marc. “Los no-lugares. Espacios del anonimato”. 5a edición. Gedisa. Barcelona. 1992.

³ Goffman, Erving. “Relaciones en público. Microestudios de orden público”. Alianza, Madrid. 1979.

⁴ De Certeau, Michel. “La invención de lo cotidiano”. Universidad Iberoamericana. Biblioteca Francisco Xavier Glavigero. México. 2000. 1 v.

⁵ Sigman, Stuart. “¿Quién apretó el botón para lanzar la bomba atómica?” En “La nueva comunicación”. Winkin, Y. (comp.). Kairós. Barcelona, 1984.

mientras que aquellos en los que no predomine un orden institucional concreto podrán aparecer referenciados como “No-Lugares” o “Sitios”. En tanto, las palabras “Espacio” o “Lugares” harán referencia a la generalidad de los mismos, sin importar su categorización.

En cuanto a los “Cuerpos”, como para este no existen tantas discordancias conceptuales, se utilizarán conceptos tales como “Viandantes” o “Concurrentes” por razones que se explicarán más adelante.

Ahora bien, una vez aclarado esto, se puede abordar el problema que impulsa este trabajo. Más allá de sus diferencias nomenclales, dentro de la tradición teórica dedicada al estudio de los espacios públicos se ha generado una brecha entre los dos objetos de estudio antes mencionados: los cuerpos y los espacios.

Entre quienes abordan el tema se pueden encontrar dos tendencias bien marcadas. Por un lado, hay quienes sostienen que los espacios públicos tienen la capacidad de determinar los comportamientos de los sujetos que los ocupan, ya sea ocasional o permanentemente.

Por otro lado, quienes invocan la tesis opuesta aseguran que son los actores quienes determinan el funcionamiento de los espacios y el sentido de las prácticas que en ellos se realizan.

Para el primer grupo, los espacios públicos -institucionales o no- establecen un conjunto de normas o pautas de comportamiento cuyo cumplimiento es inexorable: quienes allí se encuentren no podrán actuar de otra forma o serán expulsados.

Dentro de esta corriente se hallan teorías tales como la “pauta del paso seguro”⁶, o la “musicalidad de los espacios”⁷, y la ya mencionada dicotomía “Lugar/No Lugar”, de Marc Augé, entre otros.

Los principales referentes son el propio Augé, Stuart Sigman y los interaccionistas simbólicos Erving Goffman y Edward Hall, quienes al estudiar las relaciones en los espacios públicos resaltan la capacidad de éstos para influir en los comportamientos de las personas que interactúan en su seno.

Un ejemplo de ello es la metáfora que utiliza Edward Hall, quien al referirse al papel de los viandantes en un espacio público habla de “cuerpos rítmicos”, que “obedecen a un compás secreto y en cierta manera inaudible (...) que está siempre presente en la interacción humana”.

⁶ Goffman, Erving. Op. cit.

⁷ Hall, Edward. “Ritmo y comportamiento corporal”. En “Más allá de la cultura”. Gustavo Gili. Barcelona. 1979. Pág. 68.

Para Hall, las personas que interactúan en un espacio “se mueven conjuntamente en una especie de danza, pero no son concientes de sus movimientos sincrónicos y lo hacen sin música ni orquestación consciente”⁸.

La idea de “musicalidad” remite a las reglas institucionales que determinan los comportamientos de los actores que interactúan en un espacio concreto, quienes en muchas ocasiones las reproducen sin saberlo, o sin poder evitarlo.

Esta teoría presenta al usuario de los espacios públicos a merced de las reglas institucionales, determinado completamente por ellas e incapaz de modificar su situación.

Del otro lado, aunque no tan determinadamente como el primer grupo, aparecen ciertas teorías que sostienen el rol fundamental de los actores en la configuración de los espacios públicos pero, como se verá más adelante, esta posibilidad surge de la propia dinámica de los espacios, y de los autores que la abordan.

Esta corriente es encabezada por Manuel Delgado, antropólogo español que adoptó el concepto de “tránsitos”, esbozado por Michel De Certeau para explicar que los espacios públicos son lugares de paso donde caminan innumerables actores. En este transitar, los “viandantes” van apropiándose del espacio e interactuando en él con sus pares.

“El espacio existe por una vivencia y una percepción que son siempre, en última instancia, corporales”⁹, señala el antropólogo.

Dentro de esta tradición se podrían incluir a autores como Henry Lefebvre e Isaac Joseph, quienes, con matices, dan preponderancia a la acción de los actores sobre el espacio.

A la luz de lo visto hasta aquí, se podría afirmar que ninguna de las dos corrientes mencionadas escapa de ser determinista. Ambas enfocan el fenómeno de los espacios públicos desde una u otra perspectiva sin tener en cuenta el proceso en su universalidad, sin poner el énfasis en el momento en que se produce la “negociación” entre ambos, dejando de lado un campo riquísimo por investigar.

Explorar ese fenómeno será el objetivo de la presente Tesis. Para ello, se circunscribirá al análisis de un espacio público en concreto: la Catedral de La Plata.

En este espacio se dan relaciones muy particulares entre la institución y sus concurrentes, relaciones que sirven para intentar abordar la complejidad de la problemática planteada. Es

⁸ Ibid.

⁹ Delgado, Manuel. “Tránsitos”. Revista “Trampas de la Comunicación” N° 18. Octubre de 2003. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. p. 15

decir, el estudio de la lucha por la resignificación del espacio a partir de la confrontación de los dos fenómenos en pugna.

En la dinámica de la Catedral, los “espacios” y los “actores” pueden identificarse respectivamente con el templo y con quienes asisten al mismo.

El templo es el espacio visible de la institución, el lugar donde se materializa el orden institucional. En su seno, la Catedral pone en juego un conjunto de normas explícitas e implícitas que deben ser respetadas para mantener el orden, “su” orden.

Por otra parte, el templo es el campo de juego donde se realiza la confrontación entre la institución y los actores, el “espacio” que ambos pugnan por controlar, dejar sus marcas y establecer sus reglas.

Como ya se mencionó con anterioridad, los actores serán denominados “concurrentes”. Se utiliza este término en lugar de “fieles”, por ser el primero más amplio, ya que permite abarcar a todos aquellos que asisten a la institución, sea con fines religiosos o no. La palabra fiel, por otro lado, es ambigua y restrictiva respecto de las diferentes prácticas que se desarrollan en la Catedral, y que no se limitan sólo a lo religioso.

Los concurrentes, entonces, utilizan el templo de acuerdo a su historia personal, sus vivencias y sus intereses, los que muchas veces chocan con el orden institucional planteado por la Catedral.

Y es esa confrontación, el momento del choque entre ambas posiciones, lo que interesa: allí se podrán ver las estrategias que cada uno pone en juego para imponer su posición y las negociaciones que se establecen para dejar su marca en el otro.

Este es el momento exacto en el que las relaciones de fuerza en el espacio público se definen y re-definen, donde ambos factores exponen toda su potencialidad.

En rigor, esta relación no puede identificarse en un momento preciso, sino que se da en forma permanente: nos encontramos ante un fenómeno que no acaba nunca, ya que esas negociaciones se están produciendo continuamente.

Estas reconfiguraciones en pequeña escala del espacio vuelven a empezar una y otra vez. Como afirma Delgado, las relaciones que se dan en un espacio público “aparecen estructurándose, en el sentido de estar elaborando y reelaborando constantemente sus

definiciones y sus propiedades a partir de los avatares de la negociación ininterrumpida a la que se entregan unos componentes humanos y contextuales que raras veces se repiten”¹⁰.

Para el español, el estudio de los espacios públicos no es “una antropología de lo ordenado, ni lo desordenado, sino de lo que es sorprendido en el momento justo de ordenarse, pero sin que nunca podamos ver finalizada esa tarea, básicamente porque sólo es esa tarea”¹¹.

Es por ello que en el trabajo que sigue no se arribará a una conclusión que cierre definitivamente el tema, sino que se intentará explicar y describir ese momento en el que el espacio público se reconfigura a partir de las acciones de los cuerpos y los espacios, para luego empezar de nuevo con el proceso.

De todas maneras, en su estructura formal, el trabajo presentará una división entre los dos elementos mencionados, con el único fin de describir, a modo de presentación, cada factor interviniente por separado.

De ninguna manera se buscará realizar un estudio paralelo de cada uno, porque al abordar cada fenómeno aisladamente, se perdería la visión integral de las dinámicas que se intentan conocer, ya que el problema de investigación funciona como un todo complejo. Separar una de las partes para estudiarla no tendría sentido sin conocer qué la genera o qué efectos produce.

Y es importante insistir en esto, porque será uno de los puntos centrales que el autor de este trabajo quiere consignar: romper con la tradición determinista de las teorías sobre el espacio público para poner el acento no en unas acciones fijas y estables que surgen del estudio de uno u otro factor por separado, sino en la dinámica del proceso que supone el choque de ambos fenómenos.

No es lo mismo decir: “los espacios públicos determinan el accionar de las personas a partir de un sistema de normas que imponen”, o “las personas modifican la estructura de los espacios públicos a partir de su comportamiento”, que plantear que ambos factores confrontan en un espacio determinado, luchan por imponerle un sentido al mismo, y que de este choque se generan nuevas relaciones, que volverán a ser objeto de negociación y de cambio.

¹⁰ Delgado, Manuel. “El Animal Público”. Op. cit. p. 25

¹¹ *Ibíd.* p. 12

Esta idea resalta también el carácter dialéctico que tiene el fenómeno estudiado: cada negociación, cada reconfiguración, supone el establecimiento de nuevas prácticas, que a la vez serán puestas nuevamente en discusión y generarán nuevas confrontaciones.

II. Comunicación y espacios públicos. Una mirada necesaria.

El estudio de las relaciones que se producen en los espacios públicos no puede abordarse sin tener en cuenta su impronta comunicacional. Y en este aspecto, se habla de comunicación no como proceso de transmisión, sino como producción de sentidos.

Es por ello que será fundamental estudiar estos fenómenos desde la perspectiva de Comunicación/Cultura, ya que esta noción le brindará un enfoque particular que puede abarcar tanto los procesos comunicacionales como su anclaje en la realización de prácticas concretas. Es decir, se puede ver a los actores comunicando, pero a la vez, generando nuevas relaciones culturales.

En la relación Comunicación/Cultura, “es la barra la que habla de la imposibilidad de un tratamiento por separado de la comunicación y la cultura, pero entendiéndose a la cultura no sólo desde sus implicancias simbólicas sino como campo donde se libran distintas luchas por el significado de la experiencia, de la vida y del mundo. Unas luchas que no son sólo de sentido, sino también sociopolíticas, que conectan los estudios culturales de la comunicación con los procesos de contestación, de impugnación, y de movilidad social”¹².

Este concepto liga e identifica la comunicación con los procesos culturales. De esta manera, surge una nueva relación, un significado diferente, que hace hincapié en una comunicación transformadora de los procesos sociales.

En el caso concreto de la Catedral, se reafirma aún más esa ligazón existente, teniendo en cuenta la producción y circulación de bienes simbólicos en tanto procesos de mediación comunicacional.

En este sentido, será muy importante para este trabajo la teoría de las “mediaciones”, de Jesús Martín Barbero. El autor colombiano propone desplazar el eje del debate acerca de los procesos comunicacionales de los medios hacia las mediaciones, “a las articulaciones entre prácticas de comunicación y movimientos sociales, a las diferentes temporalidades y la pluralidad de matrices culturales”¹³.

¹² “Programas de investigación. Líneas y Objetivos Generales”. Seminario Permanente de Tesis. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

¹³ Martín Barbero, Jesús. “De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y Hegemonía”. Gustavo Gili. México. 1987. p. 257

Esto significa abandonar la lectura lineal del proceso comunicacional y tener en cuenta tanto los contextos de producción como los de recepción. Barbero propone prestarle más atención a la recepción de los mensajes, estudiar el contexto en el que se produce, la historia de quien los recibe: es allí donde se generará el verdadero “sentido” del mensaje.

La impronta comunicacional de este trabajo está presente toda vez que se habla de una lucha por la resignificación de un espacio, el cambio de sentido de sus prácticas, la importancia de los simbolismos: a través de sus imágenes y figuras, la Catedral propone un “sentido religioso” de apropiación de los mismos, mientras que no todos los concurrentes lo toman de esa manera y proponen nuevos sentidos, intentan otorgarle otro significado a aquello que ven. Esa lucha se da en el terreno de la comunicación.

Será fundamental trabajar entonces con una teoría de la recepción amplia, que tenga en cuenta tanto la producción como la reinterpretación de los simbolismos y los mensajes que se desprenden de las prácticas, para poder encontrar una visión superadora que dé cuenta de un proceso que se encuentra en continua reconfiguración.

Aquí aparecen entonces las nociones de la “Escuela de Birmingham”, que inauguró la realización de los Estudios Culturales. Dicha corriente, integrada entre otros por Raymond Williams, Edward Thompson, Richard Hoogart, Edward Sigman y Stuart Hall, postula que la “cultura es un proceso global a través del cual las significaciones se construyen social e históricamente”¹⁴.

La peculiaridad de esta escuela de pensamiento es que para su análisis adopta teorías provenientes de otras corrientes de la comunicación y otras disciplinas de las ciencias sociales. Entre ellas, las más interesantes para el presente trabajo son la perspectiva del interaccionismo social de la Escuela de Chicago y la concepción de Hegemonía del filósofo italiano Antonio Gramsci.

De la Escuela de Chicago, los teóricos de Birmingham recuperan la preocupación por “trabajar en una dimensión etnográfica y analizar los valores y las significaciones vividas, las formas en que las culturas de los distintos grupos se comportan frente a la cultura dominante, las definiciones propias que se dan los actores sociales de su situación”¹⁵.

¹⁴ Mattelart, Armand y Mattelart, Michelle. “Historia de las teorías de la Comunicación”. Barcelona. Paidós. 1997. p. 71-74

¹⁵ *Ibíd.* p. 23

Por otra parte, el concepto de hegemonía de Gramsci le aporta a los Estudios Culturales una nueva perspectiva sobre la construcción de poder y las relaciones sociales que se dan en torno a él. Ya no se trata de una clase dominante que mediante la fuerza unifica a toda una sociedad y se impone sobre ella, sino de una *clase dirigente*, que cohesiona a la sociedad a partir de lograr el *consenso*, una nueva forma de imposición cultural, que suplanta a la utilización de la fuerza.

Como se ve, la comunicación cumple un papel fundamental en el estudio de los espacios públicos. Se podría decir que es el material que une esos dos factores hasta ahora separados que muestran las corrientes que estudian los espacios públicos: los cuerpos y los espacios. Sin la visión comunicacional, ambos fenómenos continuarán siendo tratados por separado, funcionando cada uno como elementos dominantes o dominados, pero nunca interrelacionados entre sí.

Es la comunicación la que tiende esos lazos entre ambos: no se puede desconocer eso sin presentar una teoría incompleta, una visión parcializada del fenómeno. Cualquiera sea el escenario en donde se dé una interrelación del tipo que se marca aquí, la comunicación juega un papel fundamental, y si no se aborda el fenómeno a través de su prisma, seguramente se presentará no sólo una versión parcializada de los hechos, sino que también unos espacios muertos, que sólo se rigen por normas inflexibles que son imposibles de modificar.

Es por ello que, como se menciona en el título de este apartado, el abordaje comunicacional de los espacios públicos es una “mirada necesaria” para poder estudiarlos en toda su complejidad.

III. Características del Proyecto.

3.1 La construcción del Objeto de Estudio.

Como afirma Pierre Bourdieu, el objeto de estudio necesariamente debe construirse a partir de la teorización del mismo: “un objeto de investigación no puede ser definido y construido sino en función de una problemática teórica que permita someter a un sistemático examen todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados”¹⁶.

Es decir, que el objeto de estudio de cualquier investigación no aparece definido claramente frente al investigador, sino que el mismo es “creado” a partir de la puesta en relación de una problemática con los aspectos teóricos que la abordan.

Al iniciar una investigación, sólo se puede tener una presunción de problema, la intuición de que hay algo que debe ser explicado. La definición del problema que delimitará nuestro objeto de estudio llegará con el acceso al campo de estudio y con la recuperación de teorías que nos permitan abordarlo.

Es por ello que para iniciar este apartado, vale la pena reconstruir el camino por el cual se llegó hasta el proyecto final, plasmado primero en el Plan de Tesis, y luego en el presente trabajo. Esto es interesante porque deja ver cuál fue el recorrido que se siguió para llegar a la definición final del objeto de estudio y del problema de investigación, luego de varias reconfiguraciones producto de la revisión de conceptos e ideas, contrastadas tanto bibliográfica como empíricamente.

Si bien es de suponer que este proceso, normal en toda producción de una Tesis de Grado, debería interesar sólo a aquel que lo hizo, el recorrido hasta llegar a la formulación del problema y la definición de las herramientas metodológicas ilustra muy bien las problemáticas que existen en el campo.

Además, a muchos de los conceptos y definiciones centrales se llegó luego de varias modificaciones, y éstas son fundamentales para poder explicar el sentido final de aquellas.

Por otra parte, existe la convicción de que una Tesis no es solamente el trabajo final plasmado en estas páginas, sino un recorrido de meses o años. Dejar asentado aquí ese recorrido teórico y metodológico de la mejor manera posible es también un aporte para comprender las

¹⁶ Bourdieu, Pierre; Passeron, Jean Claude y Chamboredon, Jean Claude. “El oficio del sociólogo”. Siglo XXI. Madrid. 2002. p. 54

dificultades del campo y las “trampas” que pueden existir a la hora de estudiar los espacios públicos.

En primer lugar, entonces, vale la pena empezar con el **problema de investigación**, plasmado en la siguiente pregunta: *¿Qué factores intervienen en la lucha por la resignificación de los espacios entre la institución y los concurrentes a la Catedral de La Plata?*

De esta manera, como ya se ha mencionado, el presente trabajo indagará sobre las relaciones que se generan a partir de la confrontación de los diferentes mecanismos (simbólicos, religiosos, económicos, sociales) utilizados por la Catedral de La Plata, en tanto institución, para ordenar el espacio, y los modos de apropiación que de ellos realizan los concurrentes al lugar.

Así, se buscará trabajar sobre la idea de que existe una tensión permanente entre los visitantes y la institución para darle significación especial, según cada caso, a la disposición del lugar.

Se indagará sobre las estrategias comunicacionales utilizadas por la Catedral como institución para intentar prefigurar las acciones de los distintos actores sociales que en ella interactúan, y las respuestas que dichos actores dan, contemplando las apropiaciones de los espacios de acuerdo a su criterio y al consumo diferencial que hacen de los objetos/productos simbólicos y culturales.

Es decir, que el eje del problema se centrará en estudiar la tensión entre la institución, en tanto conformadora de espacios y prácticas específicas, y los sujetos, quienes de acuerdo a su historia personal y a su forma de vida se apropiarán de esos espacios y esas prácticas de diferentes maneras.

Originalmente, la pregunta había sido formulada de esta forma: *¿A través de qué mecanismos la Catedral de La Plata configura los roles y la apropiación de los espacios por parte de quienes concurren a la institución?*

Como se puede ver, aquel determinismo que opera en la mayoría de las teorizaciones sobre el espacio público se encontraba en este interrogante, pues la pregunta dejaba traslucir que la Catedral, en tanto espacio público, “configuraba” unilateralmente y a través de sus mecanismos simbólicos, religiosos y sociales, los roles y las actitudes que iban a adoptar los concurrentes a la institución.

Esta pregunta dejaba de tener sentido en el momento en que se comenzó a explorar el objeto de estudio, a partir de los primeros acercamientos al mismo para conocer el “campo”: existía

una negociación, una confrontación permanente entre algunas reglas institucionales y el accionar de los sujetos que concurrían a la Catedral.

Por ello el eje de la pregunta-problema se trasladó desde los mecanismos utilizados por la institución para configurar los roles de los concurrentes hacia la lucha por la resignificación del espacio.

En realidad, se podría decir que más que una modificación, lo que se hizo fue visibilizar las resistencias planteadas por los usuarios de ese espacio. De esa manera se puso el foco, ya no en el accionar institucional ni en el desempeño individual de las personas, sino en el choque de ambos fenómenos.

Pero la pregunta errónea llevó además a concebir un primer acercamiento metodológico también equivocado. Se veía la posibilidad de estudiar el fenómeno en dos etapas: en primer lugar, los procesos de producción institucional con sus reglas, normativas y recorridos y, en segundo lugar, los efectos que producía en los concurrentes.

En una etapa posterior se estudiarían las conformaciones de distintos “roles” de concurrentes, de acuerdo a la posibilidad de apropiación diferencial que habían tenido de los objetos simbólicos y culturales, y la lucha que los mismos libraban entre sí por la apropiación del espacio. Se filtraba, de esta manera, una especie de división “clasista” de acuerdo al status y posibilidad de ingreso a ciertos espacios privatizados que tiene la Catedral.

Es por ello que, en una etapa intermedia, la pregunta que regía el problema de investigación se había planteado de la siguiente manera: ¿Qué factores intervienen en la configuración de los roles de los diferentes actores que luchan por la apropiación de los espacios en la Catedral de La Plata?

Existían, entonces, en la hipótesis que se desprende de esta pregunta, factores institucionales que generaban diferentes roles de acuerdo a la posibilidad que tenía cada persona de acceder a espacios donde existe una restricción económica, como la Cafetería, el Museo o la Santería. A partir de esa conformación, determinada a priori por factores económicos, cada grupo lucharía por la apropiación de los espacios desde sus lugares y posiciones, diferenciadas por la posibilidad económica de acceso.

Estos primeros traspies sufridos en cuanto a la formulación del problema se deben a la dificultad de trabajar en un contexto tan amplio (conceptualmente hablando) como lo es la Catedral.

En lo institucional, la Catedral presenta ciertas normas que intentan regular el marco de acción de las personas que transitan por ella. Estas reglas son explícitas (carteles indicando comportamientos, prohibiendo el paso, etc.) o pueden estar latentes en las mismas prácticas. Las segundas, de algún modo, están determinadas por las primeras, aunque tienen un plus extra: ser invisibles y más eficaces.

Para poner en funcionamiento estas normas, la Catedral se vale de diferentes mecanismos de coerción-cohesión, por intermedio de los cuales intenta asignar espacios e imponer ciertos comportamientos o limitar otros.

En el análisis del Templo en sí, se pueden diferenciar dos momentos en los que observar estos fenómenos: en primer lugar, el horario que la institución dispone para las visitas al templo. Este se extiende desde las 9 a las 19 horas, interrumpido únicamente por las Misas. Dentro de ese lapso las personas pueden ir a rezar o conocer la Catedral por dentro.

En segundo lugar, se encuentran las Misas, donde la circulación dentro del templo queda restringida, y se ponen en juego otro tipo de reglas y simbolismos religiosos e institucionales que van más allá de la dinámica de este espacio en particular, y que tienen que ver con los ritos institucionales asentados por siglos por la Iglesia Católica, lo que excede este análisis particular, pero a la vez abre otro “frente” de estudio.

Estos dos momentos influyen en el sentido de las prácticas que se pueden realizar, y vale la pena diferenciarlos en el análisis.

Además de las prácticas específicamente religiosas, la Catedral ofrece otro tipo de interacciones que tienen que ver con el turismo y el comercio y que, a pesar de ser prácticas diferentes a los ritos católicos, están emparentadas con éstos.

Este tipo de actividades se identifican específicamente con el acceso a los diferentes servicios que ofrece la Catedral: la cafetería, el Museo, las visitas guiadas, etc. En todas ellas interviene el factor económico.

Su abordaje es relevante porque son un complemento de lo que sucede en las prácticas religiosas. Además, es interesante observar cómo en ellas se dan las luchas por la resignificación de sentidos, y de qué manera la Catedral también aquí intenta imponerle un sentido “religioso”.

Ahora bien, de la pregunta-problema definitiva, es decir: ¿Qué factores intervienen en la lucha por la resignificación de los espacios entre la institución y los concurrentes a la Catedral de La

Plata?, se desprenden varios objetivos, los cuales también han sido modificados en función de los cambios de la pregunta y el enfoque de la investigación.

Como objetivo general, esta investigación se planteaba “Determinar qué factores intervienen en la lucha por la resignificación de los espacios entre la institución y los concurrentes a la Catedral de La Plata”.

En cuanto a los objetivos específicos, los mismos se desglosaron para encontrar la mejor forma de resolver el primero y de alguna manera ponen la atención en la división antes mencionada entre cuerpos y espacios, como una manera de poder estudiar las partes separadamente para analizarlas mejor.

En principio, un primer objetivo específico que se planteaba era “Determinar los mecanismos simbólicos-culturales desplegados por la Catedral de La Plata y el uso que de ellos hacen los concurrentes a la institución”.

Este objetivo, emparentado directamente con el General, tiende a reforzar al primero, y hace hincapié en las estrategias institucionales de comunicación desplegadas por la Catedral y las reacciones que éstas provocan en las personas que concurren e interactúan en el templo.

Ahora bien, los siguientes objetivos plantean un desglose del problema, que bien podría entrar en contradicción con lo expuesto al principio de este trabajo: se propuso estudiar por separado las estrategias comunicacionales desplegadas por la Catedral y las acciones de las personas frente a las mismas.

De esta manera, los dos objetivos específicos siguientes se plantean de esta manera: “Determinar los elementos simbólicos, religiosos, económicos y sociales que se ponen en juego desde la institución para proponer recorridos a los concurrentes”; e “Identificar los modos de apropiación de los concurrentes frente a los procesos antes mencionados”.

Esta división tiene una finalidad analítica. Es decir, sólo intenta separar ambos fenómenos para poder analizarlos, describirlos por separado, antes de abordar una teoría en común, que los incluya.

El objetivo es que a partir de este análisis se logren establecer características comunes a cada uno de los fenómenos para ponerlos luego en común y determinar cómo estas “particularidades” entran en juego, pero de ninguna manera se trata de proponer la preponderancia de uno de los fenómenos sobre el otro.

En cuanto a los motivos de realizar este tipo de trabajos, vale consignar que la investigación en instituciones reviste, en lo personal, un interés especial por determinar las condiciones de desarrollo de ciertos fenómenos sociales que configuran y ordenan a los sujetos. El fin último es lograr categorías de análisis generales que permitan estudiar los mismos fenómenos en otras instituciones o espacios, tales como la escuela, la policía, las plazas, los comercios, etc. En cuanto a lo social, lo que esta tesis puede aportar es una nueva mirada sobre las instituciones, desnaturalizando procesos que son considerados normales por la mayoría de las personas, en especial por aquellos que hacen uso de esos espacios (en el caso concreto de esta Tesis, los concurrentes a la Catedral).

3.2 Métodos, técnicas y herramientas teóricas.

Para abordar el problema de investigación es necesario ceñirse a las técnicas de la metodología cualitativa, pues aportará un análisis profundo de la situación estudiada a partir de un abordaje metodológico basado en la observación y el análisis de situaciones y comportamientos en clave de procesos susceptibles de ser estudiados relacionamente, para lograr una comprensión acabada de los hechos.

La metodología cualitativa aporta una visión en perspectiva de las experiencias de los sujetos, mediante la presencia directa del investigador, que se pone en el lugar de ellos e intenta comprender, desde esa posición, los motivos de sus comportamientos.

Por metodología cualitativa se entienden aquellos métodos que buscan estudiar la realidad social a partir de sus manifestaciones “naturales”, teniendo en cuenta el contexto en el que se desarrollan. Para lograr esta visión no alcanza con la recopilación de datos aislados, hay que interpretar fenómenos de acuerdo a las condiciones en las que éstos se producen.

Lidia Gutiérrez señala que los propósitos básicos de la metodología cualitativa consisten en “describir e interpretar (de manera) sensiblemente exacta la vida social y cultural” de grupos sociales¹⁷.

Según esta visión, el peso de la interpretación recae enteramente sobre el investigador, quien deberá, a través de su experiencia en el campo, otorgarle sentido a prácticas que a priori

¹⁷ Gutiérrez, Lidia. “Paradigmas cuantitativo y cualitativo en la investigación socio-educativa: Proyección y reflexiones”. Revista Paradigma Vol. XVII. 1996.
www.cidipmar.fundacite.arg.gov.ve/Doc/Paradigma96/doc1.htm

resultan incomprensibles. Esa tarea sólo se podrá realizar luego de un acercamiento profundo al campo de estudio, en el que quien investiga no sea sólo un testigo externo, tal como lo planteaba el positivismo, sino alguien que se involucre en las prácticas que allí se desarrollan. Al respecto, Gutiérrez afirma que “desde la perspectiva cualitativa es inaceptable desligar pensamiento y realidad, y se tiene la convicción sobre una realidad modelada y construida por nuestros pensamientos, en donde investigaremos de acuerdo a como formemos parte de esa realidad y desde nuestra perspectiva y posibilidad para conocerla”¹⁸.

En cuanto a las técnicas utilizadas, son importantes de destacar aquellas provenientes de la etnografía, definida ésta como “un método de investigación social (...) que trabaja con una amplia gama de fuentes de información. El etnógrafo participa, abiertamente o de manera encubierta, de la vida cotidiana de personas durante un tiempo extenso”¹⁹.

De esta técnica, los procedimientos que se utilizarán, por ser los más acordes con la investigación, son la *observación participante* y la *entrevista en profundidad*.

3.2.1 La observación participante.

Una de las bases del presente trabajo ha sido la observación participante, que situó al investigador en el centro de las acciones, sintiendo y viviendo lo que sienten y viven las personas que concurren a la Catedral.

Además, permitió una mejor comprensión de la lógica institucional del lugar y una observación de los procesos de apropiación de los espacios que emanan de las relaciones que se dan en la Catedral.

Los detractores de esta técnica aducen que al aplicarla se corre el riesgo de compenetrarse demasiado con el espacio y los actores o romper el equilibrio existente e inducir, como investigador, a la modificación de ciertas prácticas y comportamientos.

Pero en este caso, el hecho de estudiar un espacio público “de tránsito” e impersonal, trajo aparejado la ventaja del anonimato, algo difícil de obtener en lugares más cerrados, y permitió al investigador trabajar con mayor libertad en un ambiente, por llamarlo de algún modo, “natural”, sin irrupciones.

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ Jensen, K. B. y Jankowski, N. W. “Metodologías cualitativas de investigación en comunicación de masas”. Bosch. Barcelona. 1993

Así, en las sucesivas visitas de campo, el investigador pudo trabajar en el anonimato, sin que su presencia influenciara los comportamientos de las personas, provocando cambios que los indujeran a actuar de otro modo.

Durante todas las visitas, gracias a la amplitud del espacio y a su carácter abierto, el investigador pasó por un visitante más de la Catedral.

Volviendo a la técnica en sí, Rosana Guber²⁰ brinda las siguientes características:

- Falta de sistematicidad: “esta supuesta carencia exhibe una lógica propia que adquirió identidad como técnica de obtención de la información”.
- La experiencia y la testificación son “la” fuente de conocimiento del etnógrafo.
- Tiene dos actividades principales: observar sistemática y controladamente todo lo que acontece en torno del investigador y participar en una o varias actividades de la población.

En la tradición antropológica se ha discutido mucho respecto de la pertinencia o no que tiene la observación participante como técnica de investigación. Sus detractores sostienen que es imposible lograr un equilibrio entre la participación y la observación, y plantean que una se efectúa en perjuicio de la otra. Así, según el positivismo, la observación neutra, externa, garantizaría la objetividad científica.

Desde otra perspectiva, quienes sostienen a la observación participante como la mejor técnica del método etnográfico, aducen que la participación es la condición esencial del conocimiento social. Para éstos, la experiencia directa evita algunas mediaciones ofreciendo al investigador “lo real en toda su complejidad”²¹.

Pero aquí es importante destacar el valor de la observación participante en cuanto al conocimiento del campo de estudio. Al ser esta técnica en muchas ocasiones la primera oportunidad de acercamiento con el lugar estudiado, surgen tras ella las definiciones operativas respecto de qué procedimientos deberán aplicarse para realizar un buen abordaje metodológico.

²⁰ Guber, Rosana. “La etnografía. Método, campo y reflexividad”. Norma. Buenos Aires. 2001. p. 55-75.

²¹ *Ibíd.*

De allí también el carácter *asistemático y flexible* que, respectivamente, le asignan Guber²² y Taylor y Bogdan²³ a la observación participante: al ser la manera de ingresar en el campo de estudio, es muy difícil poder prever de antemano las características de la misma. Por ende, la técnica se irá mejorando en la medida que el investigador la ponga en práctica.

Así sucedió también en este caso: en las primeras visitas, cuyos relatos aparecen anexados al final del trabajo, el investigador recorrió el campo de estudio, intentando conocer los pormenores del mismo, pero sin adoptar una técnica determinada: sólo observando las cuestiones que creyó más relevantes para luego poder realizar un buen abordaje metodológico.

De esas primeras visitas –unas cuatro o cinco en total- se pudo determinar qué técnica iba a ser la más pertinente para cumplir los objetivos planteados.

De esta manera, el investigador planeó la realización de sucesivas visitas, espaciadas en el tiempo, en las que observaría al mismo tiempo las lógicas institucionales de la Catedral y el comportamiento de los concurrentes frente a ellas.

El investigador actuó en todo momento como un visitante más, recorriendo el templo, tomando fotos en algunos casos, deteniéndose en algunas imágenes en otros, realizando preguntas casuales a personas identificadas con la institución, pero siempre desde el papel de un visitante más.

Esto le permitió interactuar con el público visitante, experimentar las mismas sensaciones. En algunas visitas se optó por adoptar distintos papeles, tales como el “visitante devoto” o el “turista molesto” para conocer las reacciones de las personas ante tales circunstancias.

En cuanto al modo de registrar la observación obtenida, se optó por trabajar con lo que Collette Petonnet denomina “observación flotante”, una técnica mediante la cual el investigador no debe fijar su atención en un objeto preciso sino dejarla “flotar, para que las informaciones penetren sin filtro ni aprioris hasta que hagan su aparición puntos de referencias, convergencias, disyunciones significativas, elocuencias de las que el análisis antropológico pueda luego descubrir leyes subyacentes”²⁴.

²² *Ibíd.*

²³ Taylor, S. J. y Bogdan, R. “Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados”. Paidós. 1995.

²⁴ Pétonnet, Colette. “La observación flotante”. L’Home. París. 1982. Citado en Delgado, Manuel. “El animal público”. *Op. cit.* p. 48-49

Esta técnica fue fundamental para que, entre otras cosas, el investigador pudiera realizar una observación más atenta de lo que sucedía a su alrededor sin estar pendiente de la teoría o de sus propias preconiciones, para luego volcar lo observado en un diario de campo, confeccionado al finalizar cada visita.

Además, evitó que centrara toda la atención en un solo fenómeno: durante la experiencia de campo se intentó mirar la generalidad, abarcar todo lo que pudiera ocurrir durante la visita, pero sin detenerse sólo en un único detalle anecdótico.

El trabajo de campo fue mucho más productivo durante los horarios de visita al templo, ya que allí se podía ver el continuo movimiento de las personas que interactuaban en ese espacio. En la Misa, en cambio, la situación difería, ya que el investigador sólo podía observar la situación desde un punto fijo, pues durante las celebraciones no está permitido el desplazamiento.

Eso, sumado a las grandes dimensiones del templo hizo difícil observar desde un punto todas las relaciones que se dan durante la celebración. De todos modos, pudo resolverse a partir del cambio de posición durante las distintas observaciones.

En conclusión, la observación participante no presentó dificultades y aportó gran parte de los datos que a continuación se presentarán en la Tesis. La interacción del investigador con los concurrentes al templo representó la principal fuente de información del presente trabajo, y permitió corregir enfoques, corroborar teorías y modificar en la práctica la metodología utilizada, para ajustarla y potenciarla frente al escenario que se presentaba.

3.2.2 La entrevista en profundidad

Una vez conocido el campo de estudio y sus actores, se implementó una segunda técnica, que por sus características es complementaria a la observación participante en el sentido de que funcionó como apoyo para recuperar sentidos de los responsables de la institución respecto de algunos actos y normas que se producen en la Catedral.

Las entrevistas sólo se acotaron a ciertos actores institucionales que tenían alguna responsabilidad en la organización del espacio de la Catedral: el cura párroco, el jefe de guías, una empleada y la directora del Museo de la Fundación Catedral, quienes aportaron datos acerca de la institución y el funcionamiento de espacios tales como el Templo, el Museo o la

Cafetería. La lista se agota aquí, pues se hacía muy difícil contactarse con representantes de la Fundación Catedral. En todos los casos, ante las consultas, los empleados sugerían dirigirse a la dirección del Museo o al Cura Párroco.

En este caso no se realizaron entrevistas a los concurrentes al templo, ya que, al tratarse de un análisis de los sentidos que producen determinadas prácticas y, por ende, al estudiar procesos subjetivos, los mismos deben abordarse sólo a partir de las acciones concretas de los actores en el campo. Ese fue su testimonio en este trabajo, cualquier valoración que pudieran haber hecho en el marco de una entrevista en profundidad sería producto de su propia subjetividad acerca de hechos protagonizados por ellos mismos, lo que no hubiera aportado ningún dato o categoría de interés.

De todos modos, durante la observación participante se realizaron preguntas casuales a los concurrentes, sin que el investigador se presentara como tal, sino como un simple visitante a la Catedral. De esta forma, se evitó que los potenciales entrevistados perdieran “naturalidad” al enfrentarse a un cuestionario. Es decir, se intentó hablar con las personas involucradas, pero sólo desde su “ámbito natural”, aprovechando al máximo esa situación y el rol de “par” que en ese momento estaba cumpliendo el investigador.

Respecto de la técnica en sí, cabe definirla como “encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes (...) La entrevista en profundidad sigue el modelo de una conversación entre iguales, y no de un intercambio formal de preguntas y respuestas”²⁵.

En muchos casos, la entrevista en profundidad complementa a la observación participante al aportar datos que no pueden ser revelados mediante la experiencia directa del investigador. “En este tipo de entrevistas, nuestros interlocutores son informantes en el más verdadero sentido de la palabra”²⁶.

Al aplicar esta técnica se tuvo en cuenta la advertencia de Pierre Bourdieu sobre la formulación de las preguntas. El sociólogo francés explica que el investigador que “niega la acción controlada y consciente de su distancia a lo real y de su acción sobre lo real, puede no sólo imponer a los sujetos preguntas que su experiencia no les plantea y omitir las que en efecto surgen de aquéllas, sino incluso plantearles, con toda ingenuidad, las preguntas que sus propios propósitos le plantean”²⁷.

²⁵ Taylor, S. J. y Bogdan, R. Op. cit. p. 101

²⁶ *Ibíd.* p. 103

²⁷ Bourdieu, Pierre; Passeron, Jean Claude y Chamboredon, Jean Claude. Op. cit. p. 57

Esto es una advertencia para aplicar una fuerte “vigilancia epistemológica” sobre los cuestionarios (o las preguntas, en el caso de una charla “casual”) que se plantearon a la hora de hablar con los responsables institucionales de la Catedral.

Por todo esto, los cuestionarios se definieron luego de que la observación participante se encontraba en un estado avanzado de realización, cuando el investigador ya pudo conocer la lógica de funcionamiento del lugar y sus actores.

Por otra parte, las entrevistas fueron semiestructuradas, sin atar al investigador a un cuestionario fijo, otorgando la posibilidad de agregar preguntas de acuerdo al desarrollo de la conversación, pero al mismo tiempo definiendo una línea a seguir, con los planteamientos más importantes que surgieron a partir de la experiencia de campo y su entrecruzamiento con algunas categorías teóricas.

Más allá de las formalidades que puedan presentarse a la hora de conformar un plan metodológico, vale la pena rescatar la sugerencia de María Inmaculada Vasallo de Lopes²⁸: el investigador debe poseer la capacidad de generar su propia metodología para aplicarla en su investigación en particular.

Es decir, que el investigador tiene la libertad de ir adaptando la metodología a las particularidades de su trabajo, tal como sucedió aquí.

²⁸ Vasallo de Lopes, María Inmaculada. “La investigación de la comunicación: cuestiones epistemológicas, teóricas y metodológicas”. Revista Diálogos de la Comunicación

IV. Conceptos clave

Luego del recorrido llevado adelante durante los meses de investigación, es pertinente antes de comenzar con el trabajo en sí, marcar cuáles serán los conceptos más importantes trabajados en la Tesis, sus implicancias teóricas y el sentido que tendrán en el estudio de un espacio religioso como es el de la Catedral de La Plata.

Estos conceptos aparecerán desplegados durante todo el trabajo, aplicados a diferentes situaciones y, en algunos casos, modificados de su sentido original de acuerdo a las nuevas alternativas que surgieron a partir del trabajo de campo.

Los más importantes son:

4.1 No-lugares

La mayoría de los autores que investigan los espacios públicos coinciden en considerarlos como “lugares de nadie y de todos”.

En efecto, Michel de Certeau califica a los espacios públicos como “un lugar que se ha esfumado para dar lugar a la pura posibilidad de lugar”²⁹. Siguiendo esta misma línea, Delgado considera que el espacio público es “un lugar desterritorializado, que se pasa el tiempo reterritorializándose y volviéndose a desterritorializar, que se caracteriza por la sucesión y el amontonamiento de elementos inestables”³⁰.

Esto significa que los espacios públicos son lugares sin marcas, que son llenados por quienes transitoriamente realizan allí sus prácticas.

4.2 Territorios

Lo contrario a esta definición de No-lugar sería la noción de territorio, no ya como un no-lugar, sino como un “lugar practicado” por otros. Para el caso de la Catedral, es necesario tomar la noción de *territorio*, en tanto lugar practicado, puesto que es ocupado por una

²⁹ De Certeau, Michel. Op. cit.

³⁰ Delgado, Manuel. “El animal público”. Op. cit. p. 46

institución, que intenta imponer sus reglas sobre ese espacio. Esto hace que un espacio como la Catedral posea marcas permanentes, que no pueden ser borradas (aunque sí modificadas o resignificadas) por otros grupos que interactúen en ese lugar.

4.3 Instituciones

Berger y Luckmann plantean que “toda actividad humana está sujeta a la habituación. Todo acto que se repite con frecuencia, crea una pauta que luego puede reproducirse con economía de esfuerzos y que ipso facto es aprehendida como pauta por quien la ejecuta”³¹.

De esta manera, los autores definen la institucionalización de unas pautas culturales como “una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores (...) Toda tipificación de esta clase es una institución”³².

El rol de la institución en este trabajo es fundamental para conocer las prácticas planteadas desde la Catedral, institución que no se puede entender desprendida de una religión con dos mil años de historia, con sus prácticas y normas sólidamente asentadas.

Sobre las instituciones, Berger y Luckmann agregan que tienden a “proporcionar un trasfondo estable en el que la actividad humana pueda desenvolverse con un margen mínimo de decisiones”³³.

Ese carácter formativo de las instituciones, del que la Catedral de La Plata, como ya se mencionó, no está exenta, es el que se analizará durante la Tesis para determinar aquellas configuraciones y normas que quiere imponer.

4.4 Cuerpos y Espacios

Estos dos conceptos servirán para dilucidar el eje central del problema de investigación: cómo los espacios (o los territorios) determinan la posición de los cuerpos y cómo los cuerpos modifican la disposición del espacio. De esta relación es interesante rescatar la tensión que existe entre ambas entidades: los cuerpos, trazados por una serie de prácticas y hábitos

³¹ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. “La construcción social de la realidad”. Amorrortu. Buenos Aires. 1968. p. 74

³² *Ibíd.* p. 76

³³ *Ibíd.* p. 77

anteriores, utilizan el espacio de una manera, mientras que éste influye sobre aquellos para generar un tipo especial de aproximación, de acuerdo a las reglas institucionales que allí existen.

4.5 Apropiación

La resolución a la tensión antes mencionada tiene que ver con la noción de **apropiación**, concepto que no es utilizado en el sentido de la propiedad, sino de la interacción, dinámica mediante la cual cada elemento toma del otro una parte y la usa para su beneficio, generando una nueva práctica sensiblemente diferente a la planteada por ambos.



Capítulo 1:

Tradición teórica y problemáticas del campo de estudio



1.1 Cuerpos y espacios. Un recorrido por la teoría

Los “cuerpos” y los “espacios” como tales no pueden determinarse objetivamente. Difícilmente puedan ser ubicados espacial y temporalmente en la vida cotidiana, pero están ahí, interactuando con nosotros, determinando alguna de nuestras conductas y distribuyendo los roles que podemos llegar a ocupar.

Lo primero que habrá que aclarar, entonces, es que “cuerpos” y “espacios” son en principio categorías teóricas generadas para explicar un fenómeno particular, una serie de procesos que se dan en los espacios públicos. No podemos pensar en ellos como corporizaciones: los cuerpos no son simplemente los “viandantes”, los actores que interactúan en un espacio; son también su historia, sus experiencias, las múltiples determinaciones que los atraviesan y, por sobre todas las cosas, abstracciones generadas por el investigador para explicar el fenómeno estudiado.

Una persona rezando en la Catedral es un “concurrente”. Está allí en ese momento por una única razón y al finalizar seguirá su camino: volverá a su casa, se irá al trabajo o a estudiar, etc. No reflexionará sobre su papel en aquel lugar, ni se preocupará por las normas institucionales, que ya de por sí conoce, o al menos intuye.

Para él, la Catedral es un templo sagrado, un lugar para ir a rezar, escuchar Misa, y en todo caso disfrutar de su esplendor arquitectónico.

Sólo atravesado por la teoría este concurrente se transformará en “cuerpo”, y el lugar donde se encuentra será “espacio”; sólo a partir de las relaciones que el investigador establezca entre ellos y un cuerpo teórico determinado estos elementos se transformarán en categorías teóricas pasibles de ser estudiadas y analizadas como se hará a continuación.

En “El Oficio del Sociólogo”, Bourdieu, Passeron y Chamboredon citan a Saussure al decir que “el punto de vista crea el objeto”³⁴. Estos autores señalan que “una ciencia no podría definirse por un sector de lo real que le correspondería como propio”³⁵ y, en efecto, un objeto de estudio tampoco puede constituirse por sí mismo, por sus características intrínsecas, sino por todo un complejo de relaciones que el investigador realiza.

³⁴ Bourdieu, Pierre; Passeron, Jean Claude y Chamboredon, Jean Claude. Op. cit. p. 51

³⁵ *Ibíd.*

El objeto de estudio, entonces, es construido teóricamente a partir de las relaciones que el investigador establece entre un “dato” de la realidad y las diferentes categorías teóricas de las que se valdrá para estudiarlo.

El “hecho sociológico”, tal como denomina Bourdieu al objeto de investigación, es tal por ser definido y construido en función de una problemática teórica y surge luego de una problematización de todos sus aspectos por parte del investigador, a partir de un marco teórico concreto que permita analizarlo.

Siguiendo con esta idea, Bourdieu, Passeron y Chamboredon afirman que “lo real no tiene nunca la iniciativa, puesto que sólo puede responder si se lo interroga”³⁶, y citan a Gastón Bachelard, quien dice que “el vector epistemológico va de lo racional a lo real y no a la inversa, de la realidad a lo general”. O sea que el conocimiento no proviene del objeto en sí, sino de lo que el investigador haga con él.

¿Cómo llegamos, entonces, a la definición de “cuerpos” y “espacios”? Para responder a esta pregunta será necesario repasar la teoría generada en torno a estos dos conceptos.

Lo primero que se debe considerar es que el campo está dominado por un concepto central, a partir del que se desarrollan las demás ideas: el de *territorio*.

Un territorio –ya se verá cómo otros autores lo denominan de diferentes maneras- es “la marca social del suelo”³⁷. Es decir, “un lugar ocupado, lo que una comunidad dada cree que debe defender contra las amenazas externas”³⁸.

En torno de la noción de territorio se definirán el resto de los elementos del campo de estudio, ya sea a partir de o en oposición a ese concepto.

Así, entonces, el no-lugar es para Manuel Delgado un “territorio desterritorializado que se pasa el tiempo reterritorializándose y volviéndose a desterritorializar, que se caracteriza por la sucesión y el amontonamiento de elementos inestables”³⁹.

Vemos aquí una definición de no-lugar claramente construida en oposición a la de territorio: el no-lugar no es un territorio o, dicho de otra manera, es un No-Territorio. Es decir, el

³⁶ *Ibid.* p. 55

³⁷ En “La invención de la Cotidianeidad”, De Certeau establece una diferenciación entre “lugar” y “espacio”. El primero, “es el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia. Ahí pues se excluye la posibilidad para que dos cosas se encuentren en el mismo sitio”; mientras que en el segundo “se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo. El espacio es un cruzamiento de movilidades. Está de alguna manera animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan”. (p. 129)

³⁸ Delgado, Manuel. “El animal público”. *Op. cit.* p. 39

³⁹ *Ibid.* p. 46

concepto de no-lugar no posee características propias, sino que es en oposición al lugar, al espacio reivindicable. El no-lugar sólo surge por oposición al territorio. Eventualmente adquiere sus características por la acción de determinados grupos sociales, pero una vez que estos dejan de intervenir en el espacio, vuelve a su carácter arcilloso. En otras palabras, el no-lugar es un no-territorio, la falta de las características de éste en un sitio. Esta ausencia de “territorialidad” niega para los no-lugares su status de espacio público.

También las definiciones y aseveraciones acerca de los “cuerpos” están estructuradas en gran parte en relación con esta noción central de territorio: su capacidad o no de controlar la dinámica de los lugares está determinada por las características de éstos últimos.

Los autores que hablan sobre la capacidad de los cuerpos para determinar las características de los espacios que ocupan lo hacen a partir del análisis de los no-lugares. Es decir, aquellos espacios en los que no existe una “marca social del suelo”, donde ninguna institución ni organismo interviene para controlar ese espacio.

Es a partir del concepto de no-lugar en oposición al de territorio donde se genera la posibilidad de que los cuerpos actúen sobre los espacios.

Esto significa, en primer lugar, que es inválido hablar de dos corrientes teóricas diferentes en torno al estudio de los espacios públicos, sino de dos enfoques dentro de la misma teoría; y en segundo lugar, que ningún autor se ha ocupado de estudiar los “cuerpos” en su magnitud, a partir de sus comportamientos, sus posibilidades y sus acciones sobre los espacios, que innegablemente existen.

Ahora bien, que la definición de toda la estructura teórica de los espacios públicos esté basada en la noción de territorio es un problema de perspectivas. Pensar los no-lugares sólo en oposición al territorio es negar que existe en éstos una infinidad de relaciones, situaciones y negociaciones que entran en juego y lo atraviesan, conformando por sí solos un campo de estudio propio.

De la misma manera, pensar que la acción de los “cuerpos” sólo puede darse en estos espacios en donde no hay reglas o mecanismos de control –esto último pensado desde la lógica anterior, ya que como se verá más adelante, no es así- es darle la espalda a un universo de infinitas posibilidades que puede generar grandes aportes al campo: la interacción entre las fuerzas institucionales que regulan un territorio y las personas que actúan en él.

Pero es necesario detenerse primero en esta noción de territorio para comprender el cuerpo teórico que se desprende del análisis de los espacios públicos, ya que sigue siendo éste el concepto estructurante de toda la teoría.

En la introducción se referenció que la mayoría de los autores articulaban sus trabajos en torno a dos conceptos, y que si bien le atribuían diferentes denominaciones, ambos se podían englobar en la dicotomía territorio/no-lugar.

Así se puede ver entonces que en Delgado esta relación aparece bajo el nombre de territorio/lugar; en Augé como lugar/no-lugar; en Goffman territorios fijos/territorios situacionales; y en De Certeau territorio/espacio. Estas relaciones quedarían articuladas de la siguiente manera:

	TERRITORIOS	NO-LUGARES
DELGADO	Territorio	Lugar
AUGÉ	Lugar	No-lugar
GOFFMAN	Territorios fijos	Territorios situacionales
DE CERTEAU	Territorio	Espacio
SIGMAN	Contexto institucional	

Se verá que al final de la tabla se agregó también la proposición de Stuart Sigman, el “contexto institucional”, pues sus estudios en un asilo de ancianos de Estados Unidos serán útiles para explicar la generación de ciertas reglas institucionales en los espacios.

1.1.1 Manuel Delgado: Los “tránsitos”

Manuel Delgado es, del grupo analizado más arriba, el último en realizar estudios sobre los espacios públicos, a principios de este siglo. Quizás por eso presente una teoría más acorde con las problemáticas actuales.

Si bien este antropólogo español basa su teoría en torno al estudio de las relaciones en la vía pública, de sus explicaciones se desprende una gran cantidad de conceptos de suma utilidad para llevar adelante un estudio de los espacios públicos.

Ya se ha señalado que para este autor el territorio es un “lugar ocupado”, es decir, un espacio reivindicable como propio por un grupo social, que impondrá en él su marca para protegerlo de las amenazas externas.

En oposición a ello, Delgado señala que la calle, en tanto espacio público, es un “lugar practicado”: “al lugar tenido por propio por alguien suele asignársele un nombre mediante el cual un punto en un mapa recibe desde fuera el mandato de significar. El *espacio*, en cambio, no tiene un nombre que excluya todos los demás nombres posibles: es un texto que alguien escribe, pero que nadie podrá leer jamás, un discurso que sólo puede ser dicho y que sólo resulta audible en el momento mismo de ser emitido”⁴⁰.

A diferencia del territorio reivindicable como propio, para Delgado un lugar no posee una sistematicidad a la cual responder. Es un espacio desestructurado en donde las intervenciones de diferentes grupos o personas lo modifican de acuerdo a sus prácticas. Esa modificación sólo dura lo que dura la intervención del grupo, y luego vuelve a desestructurarse. De allí que el autor español afirme que “el espacio público es un territorio desterritorializado que se pasa el tiempo reterritorializándose y volviéndose a desterritorializar, que se caracteriza por la sucesión y el amontonamiento de componentes inestables (...) El espacio público es desterritorializado también porque en su seno todo lo que concurre y ocurre es heterogéneo: un espacio esponjoso en el que apenas nada merece el privilegio de quedarse”⁴¹.

Es aquí donde el “viandante” –como llama Delgado al transeúnte- posee una capacidad ilimitada para modificar el espacio.

Lo que domina el no-lugar para Delgado es la fugacidad: “las técnicas prácticas y simbólicas que lo organizan espacial o temporalmente, que lo nombran, que lo recuerdan, que lo someten a oposiciones, yuxtaposiciones y complementariedades, que lo gradúan, que lo jerarquizan, son poco menos que innumerables, proliferan hasta el infinito, son infinitesimales y se renuevan a cada instante. No tienen tiempo para cristalizar ni para ajustar configuración espacial alguna”⁴².

Según este concepto, estos espacios son lugares libres, sin reglas aparentes, en donde las relaciones se dan casualmente y sólo pueden ser vistas en el momento mismo de su

⁴⁰ *Ibíd.* p. 39

⁴¹ *Ibíd.* p. 46

⁴² *Ibíd.* p. 34

producción. Al contrario del territorio, allí no hay marcas de ningún grupo social que se arrogue el control del lugar.

Para Delgado, entonces, los espacios públicos por antonomasia son los usados transitoriamente, sean públicos –la calle, plazas, etc.- o semipúblicos –bares, comercios, etc.-: “La urbanidad consiste en esa reunión de extraños unidos por la evitación, el anonimato y otras películas protectoras, expuestos, a la intemperie, y al mismo tiempo a cubierto, camuflados, mimetizados, invisibles”⁴³.

Frente a la idea de territorio como un “espacio socializado y culturalizado, que tiene, en relación con cualquiera de las unidades constitutivas del grupo social propio y ajeno, un sentido de exclusividad”⁴⁴, Delgado propone un espacio usado “de paso”, y aquí surge una categoría intermedia entre el territorio y el lugar: el “espacio viario”.

Este es el más indefinido de los lugares, pues se constituye meramente en un lugar en el que sólo se puede transitar: “la calle, la plaza, los bares o el autobús son espacios de paso, cuyos usuarios, las moléculas de la urbanidad, son seres de la indefinición: ya han salido de su lugar de procedencia, pero todavía no han llevado allá donde se dirigían”⁴⁵.

Aquí Delgado parece desconocer las innumerables intervenciones que pueden realizarse en la calle o en una plaza, pero lo que realmente importa para él en esta instancia es el papel del viandante en estas situaciones: al estar en un espacio altamente volátil, que no es de nadie pero es de todos, el usuario no puede identificarse con un sentido de pertenencia claro, le es imposible ajustarse a un rol institucional determinado, pues ese status no existe allí donde se encuentra.

El viandante, entonces, no ocupa este espacio, lo *transita*. Y es justamente en los “tránsitos” que Delgado despliega gran parte de su teoría sobre los espacios públicos. “El tránsito se asocia a una dislocación, a una negación del lugar-territorio a favor del lugar-movimiento”⁴⁶.

Es aquí donde aparece para Delgado una noción del cuerpo que no está ligada a los avatares del espacio: “se habla de una actividad que coloca el cuerpo a secas, el cuerpo al pie de la

⁴³ Ibid. p. 33

⁴⁴ García, José. “Antropología del territorio”. Taller de ediciones JB. Madrid. 1986

⁴⁵ Delgado, Manuel. “El animal público”. Op. cit. p. 119

⁴⁶ Delgado, Manuel. “Tránsitos”. Op. cit. p. 17

letra, en el centro del análisis, básicamente porque el transeúnte (...) tiene sólo su cuerpo y es su cuerpo lo único que en última instancia le puede servir”⁴⁷.

Y cita a Henri Lefebvre⁴⁸, quien señala que “toda práctica social practica el espacio, lo produce, lo organiza, y sólo puede hacerlo a través de esa herramienta con que sus componentes cuentan y que es el cuerpo”, para concluir que “el espacio existe por una vivencia y una percepción que son siempre, en última instancia, corporales”⁴⁹.

Los espacios de tránsito no son territorios, pero tampoco llegan a constituirse en no-lugares, son un punto intermedio entre ambas cosas: no pueden ser intervenidos ni modificados, sólo son “recorridos”.

1.1.2 Marc Augé: No-lugares, “espacios del anonimato”

Marc Augé establecerá una diferenciación de “Lugar/No-Lugar”, a partir de las teorizaciones de Michel De Certeau. Como ya se mencionó, la categoría de No-lugar aparece en tanto oposición a la noción de territorio –en el caso de Augé, al “lugar”-.

Para el autor francés, el No-lugar son “tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes, como los medios de transportes mismos o los grandes centros culturales”⁵⁰.

Augé señala que en la “sobremodernidad” existe un desplazamiento de los parámetros espaciales: “esta concepción del espacio se expresa en los cambios en escala, en la multiplicación de las referencias imaginadas e imaginarias y en la espectacular aceleración de los medios de transporte, y conduce concretamente a modificaciones físicas considerables: concentraciones urbanas, traslado de poblaciones, y multiplicación de ‘No-lugares’”⁵¹.

Este antropólogo señala que la concepción de los espacios públicos se ve modificada con el advenimiento de lo que denomina “sobremodernidad”, que cambia los usos y crea, a partir de la aparición de grandes superficies espaciales como las autopistas, los shoppings y los estadios, una nueva utilización de los espacios.

⁴⁷ *Ibíd.*

⁴⁸ Lefebvre, Henri. “La producción del espacio”. *Anthropos*. París. 1971. Pp. 219 y ss.

⁴⁹ Delgado, Manuel. “Tránsitos”. *Op cit.* p. 15

⁵⁰ Augé, Marc. *Op. cit.* p. 40-41

⁵¹ *Ibíd.* p. 39

Para Augé, lo que más se vio conmovido por estos cambios es el concepto de “lugar antropológico”, el dispositivo espacial, del que dice que “es a la vez lo que expresa la identidad del grupo –los orígenes del grupo son a menudo diversos, pero es la identidad del lugar la que los funda, los reúne y los une- y es lo que el grupo debe defender contra las amenazas externas e internas para que el lenguaje de la identidad conserve su sentido”⁵².

Aquí el autor ve al territorio no sólo como un lugar reivindicable por un determinado grupo social, sino como el basamento central de esa identidad: para defender la identidad el grupo debe defender su espacio. Sin ese punto de unión no existe la identidad compartida, y por ello es preciso para cualquier grupo social defenderlo de las intromisiones ajenas.

Pero al margen de ello, el desarrollo de las grandes ciudades modernas provocó el avance de un nuevo tipo de espacios, “lugares de anonimato”, como los menciona Augé en el título de su libro. En estos espacios las relaciones entre las personas son completamente diferentes, prácticamente nulas.

“La sobremodernidad es productora de No-lugares, es decir, de espacios que no son en sí lugares antropológicos y que, contrariamente a la modernidad baudeleriana no integran los lugares antiguos: estos, catalogados, clasificados y promovidos a la categoría de ‘lugares de memoria’ ocupan allí un lugar circunscripto y específico”. La diferencia es clara, “si un lugar puede definirse como un lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad, ni como relacional, ni como histórico, es un No-lugar”⁵³.

Pero esta irrupción para Augé no es impedimento para que sigan existiendo “lugares”, territorios fijos. Estos espacios siguen permaneciendo, pero como una marca de otra época, como piezas de museo. Para el autor, la actual sociedad sólo es capaz de generar No-lugares.

La principal característica de estos nuevos espacios es que “se definen por las palabras y los textos que nos proponen: su modo de empleo, en suma, se expresa según los casos de modo prescriptivo –“tomar el carril de la derecha”-, prohibitivo –“prohibido fumar”- o informativo, y recurre a ideogramas más o menos explícitos y codificados –los del código vial o los de las guías turísticas- como a la lengua natural”⁵⁴.

⁵² Ibid. p. 51

⁵³ Ibid. p. 83

⁵⁴ Ibid. 99

En estos espacios casi no existe, según Augé, contacto humano. O por lo menos no en los términos en que puede darse en un territorio, donde los vínculos son más estrechos por la pertenencia a un mismo grupo. Por ello los No-lugares son los “espacios del anonimato”, espacios donde “se considera que los individuos no interactúan sino con los textos, sin otros enunciadores que las personas morales o las instituciones o se afirma más explícitamente detrás de los mandatos, los consejos, los comentarios. Los mensajes transmitidos por los innumerables ‘soportes’ –carteles, pantallas, afiches- que forman parte integrante del paisaje contemporáneo”⁵⁵.

Más allá de estas divisiones que hace, el autor, luego de aclarar que los No-lugares son la medida de la época, reconoce que “el lugar y el No-lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente”.

Esto abre una posibilidad muy interesante para el estudio de los espacios públicos hoy, ya que tiende un puente de plata entre ambas lógicas espaciales, lo que permitirá un acercamiento más complejo al campo de estudio.

Así, Augé finaliza su libro “Los No-lugares. Espacios del anonimato” señalando que “en la realidad concreta del mundo de hoy, los lugares y los espacios, los lugares y los no-lugares se entrelazan, se interpenetran. La posibilidad del No-lugar no está nunca ausente de cualquier lugar que sea”⁵⁶.

Esta es una aseveración interesante, y más adelante se verá cómo se evidencia en las relaciones que se dan en los espacios públicos hoy en día.

1.1.3 Erving Goffman: Espacios fijos y situacionales

Proveniente del interaccionismo simbólico, Goffman fue uno de los primeros autores en estudiar las particulares relaciones que se dan en los espacios públicos, sobre todo entre las personas que lo ocupan. Su labor consiste en desentrañar las “relaciones en público”, tomadas como normales por todos, para explicar el orden social.

⁵⁵ *Ibíd.* p. 100

⁵⁶ *Ibíd.* p. 110

Trabajando desde la cotidianeidad, Goffman estudia las relaciones que entablan personas que ocasionalmente deben ocupar un mismo espacio –público o semipúblico-, y en cómo estas se esfuerzan por alcanzar un equilibrio que les permita “convivir” el breve tiempo que comparten sin llamar demasiado la atención.

Al hablar de los espacios, el autor los divide de acuerdo al tipo de reivindicación que se pueda hacer de ellos. De allí surgen los *territorios fijos*, “definidos geográficamente, cuya reivindicación suele estar apoyada por la ley y sus tribunales”⁵⁷, y los *territorios situacionales*, que “se ponen a disposición del público en forma de bienes reivindicados mientras se usan”⁵⁸.

Dentro de estos espacios se produce una interminable cantidad de relaciones, todas de algún modo reguladas por reglas explícitas o implícitas en las mismas prácticas. De aquí surge la “pauta del paso seguro”, ya mencionada en un apartado anterior: “las cosas están dispuestas de modo que se eviten sistemáticamente el choque o la obstrucción mutua mediante determinadas limitaciones al desplazamiento que se aceptan voluntariamente. Cuando se respeta un código de circulación se establece una ‘pauta del paso seguro’”⁵⁹.

Goffman no se refiere aquí sólo a la circulación de las personas. Con esto quiere decir también que se pueden evitar enfrentamientos sabiendo respetar los espacios del otro, evitando el contacto con desconocidos, y actuando de acuerdo a lo que determinen las normas.

Hay ciertas prescripciones que tienen que ver con normas implícitas acerca del comportamiento en el espacio público, y que seguidas al pie de la letra evitan cualquier situación “incómoda” que pueda suceder.

Sin dudas, estas prescripciones varían de acuerdo al lugar en donde se encuentre el sujeto, y también al grupo que lo acompañe: luego de estudiar la situación, adaptará su “espacio personal” al de los otros y lo acomodará a las lógicas espaciales del lugar.

Este último concepto es muy interesante: el espacio personal es aquel “espacio en torno a un individuo, en cualquier punto del cual la entrada de otro hace que el individuo se sienta víctima de una intrusión, la que le lleva a manifestar desagrado y, a veces, a retirarse”⁶⁰.

⁵⁷ Goffman, Erving. Op. cit. p. 47

⁵⁸ *Ibíd.*

⁵⁹ *Ibíd.* p. 26

⁶⁰ *Ibíd.* pp. 47 y ss.

Para Goffman, una de las características centrales de este tipo de espacios es que “las reivindicaciones legítimas sobre él varían mucho según las explicaciones que brinde el contexto (...) Hay factores como la densidad demográfica local, el objetivo de quien se acerca, que pueden influir radicalmente de momento a momento en la determinación de lo que se considera una infracción”⁶¹.

El espacio personal, para Goffman, se amplía o retrotrae de acuerdo a las negociaciones que se establecen en torno al espacio. En algunas situaciones el mismo puede ser más amplio, en otras puede estar reducido a su mínima expresión o directamente desaparecer. Todo dependerá no sólo de la voluntad del sujeto, sino de las reivindicaciones que sobre el mismo espacio que él ocupa tengan otras personas. En un recital, por ejemplo, el espacio personal resulta muy limitado; en cambio, en una cafetería el mismo se puede ampliar, dependiendo también de la cercanía de las otras mesas, entre otros factores.

La irrupción de este concepto es clave, pues ubica a los “cuerpos” en el centro de la escena, “negociando” su espacio con otros, apropiándose de un lugar de acuerdo a sus intereses y posibilidades, y transformando un sitio en la medida en que pueda reivindicar su espacio personal frente al espacio institucional.

El concepto de espacio personal rompe con la idea de los territorios como lugares inmodificables.

A partir de esta idea Goffman desarrolla una serie de relaciones que pueden surgir a partir de la reivindicación que los “cuerpos” hacen en diferentes situaciones. Los más importantes son:

- **El Recinto:** El espacio bien definido que los individuos pueden reivindicar temporalmente, en el que la posesión total no existe (butaca de cine).
- **Espacios de uso:** El territorio que está inmediatamente o en frente de una persona, cuya reivindicación de él se respeta debido a evidentes necesidades instrumentales.
- **El Turno:** El sistema de turnos no requiere sólo de una norma de ordenación, sino además un mecanismo de reivindicación. Este mecanismo puede ser organizado – talonarios numerados, listas de espera, etc.-

⁶¹ *Ibíd.*

- **Territorios de posesión:** Todo conjunto de objetos que se puedan identificar con el yo y ordenar en torno al cuerpo donde quiera que se halle éste. Los ejemplos más claros son los denominados “objetos personales”. Hay objetos que siguen atados a un contexto determinado, pero que pueden reivindicar temporalmente las personas presentes, de forma muy parecida a lo que ocurre con los recintos: ceniceros, revistas, cubiertos para comer, etc.

Para Goffman, existe todo un sistema de “señales” para marcar la posesión o uso de estos espacios, signos inequívocos de que un lugar u objeto está siendo usado. Estas señales son respetadas por el resto de las personas, aunque también existen diversas “modalidades de infracción” provocadas por la irrupción –intencional o no- de otro en el espacio de uso reivindicado como propio.

Cuando esto sucede, interviene una serie de “intercambios correctores” que devuelven el equilibrio a la relación. Estos intercambios se basan en normas y reglas –entendidas las primeras como las reglamentaciones basadas en el poder y la autoridad del Estado, y las segundas como pautas impuestas por una organización menos general-, que actúan inmediatamente para devolver el equilibrio a la situación.

En ese sentido, Goffman señala que al ocurrir una infracción se da en el mismo lugar una suerte de “juicio sumario” en el cual el delito, el juicio y el castigo ocurren en cuestión de segundos: “todo el ciclo del delito, aprehensión, juicio, castigo y regreso a la sociedad puede transcurrir en dos gestos y una mirada”⁶². Por ejemplo, si una persona se sienta en un banco que estaba ocupado por otro, este último le hace notar ese detalle, y el primer sujeto, tras un breve pedido de disculpas, se levanta y le cede nuevamente su lugar.

Como se puede apreciar, Goffman no sólo se ocupó de diferenciar los espacios en “territorios fijos y situacionales”, sino que estudió en su interior las interacciones que se entablan entre los ocupantes, aunque sin indagar acerca de las relaciones entre los cuerpos y los espacios.

De todos modos, sus estudios al interior de los espacios son sumamente útiles, pues “abrieron” la tradición teórica hacia un punto hasta allí inexplorado.

⁶² *Ibíd.* p. 118

1.1.4 Michel De Certeau: Espacios del trance

Quizás sea De Certeau, incluso antes que Augé, el primero en abordar el problema de los espacios públicos. De hecho, es a partir de la noción de “lugar” de De Certeau desde donde Augé parte para articular su teoría de los “no-lugares”.

De Certeau habla del *espacio* como “la renuncia a un lugar considerable como propio”⁶³, a un lugar que se esfuma para dar paso a la “pura posibilidad de lugar”. De este concepto dirá Delgado que remite a “la extensión o distancia entre dos puntos, ejercicio de los lugares haciendo sociedad entre ellos, pero que no da como resultado un lugar, sino tan sólo, a lo sumo, un tránsito, una ruta”⁶⁴.

De Certeau opone a esto último la “marca social del suelo”, el *territorio*, “lo que una comunidad dada debe defender contra las amenazas externas e internas”⁶⁵. Esta misma idea será usada también por Augé y Delgado en varias oportunidades.

Para el autor francés los lugares son una suerte de frontera, una espacialidad en la que nada es completamente. Todo allí está de paso, y su protagonista es el individuo diseminado, innumerable, que él llama “el murmullo de la sociedad”. Como señala Delgado, este sitio es la negación del lugar antropológico. No es un anti-lugar, sino un a-lugar, “lugar 0, vacío de lugar”.

Por esta frontera pasean seres indeterminados, individuos que ya salieron de su sitio de origen pero aún no llegaron a su destino, personas que son una incógnita para el resto de los transeúntes. De Certeau establece aquí una relación con los “ritos de paso” estudiados por los antropólogos en las sociedades nativas, y compara el trance –en tanto “paso” de un estado anímico a otro- con el recorrido de las personas por esos lugares.

Pero el autor va más allá, y sugiere una analogía entre la relación que establece el peatón con el espacio que recorre y la de los cuerpos de los amantes que cierran los ojos al abrazarse. A propósito de esto, Delgado dice que el autor “subraya a partir de ahí la paradoja última de la frontera: todo lo que está separado está unido por aquello mismo que lo separa. La junción y

⁶³ De Certeau, Michel. Op. cit. pp.129 y ss.

⁶⁴ Delgado, Manuel. “El animal público”. Op. cit. p. 39

⁶⁵ De Certeau, Michel. Op. cit. pp.129 y ss.

disjunción son indisociables (...) La frontera, por definición no tiene propietario, puesto que es un pasaje, un vacío concebido para los encuentros, los intercambios y los contrabandos”⁶⁶. Como vemos, el territorio no merece para este autor demasiada atención, pues es el lugar de las convenciones, de los espacios-molde en los que nada puede modificarse. De Certeau deposita todo el peso de su trabajo en ese *a-lugar* del que habla Delgado, como el único sitio donde los “cuerpos” podrán transformarse, donde no están sujetos a normas institucionales prefijadas.

Sin embargo, por ese lugar sólo les es dado transitar, y en ese tránsito cambiar de “caretas”, pasar de un estado a otro. También él niega la posibilidad de transformación del espacio a partir de la acción de los cuerpos.

Fue De Certeau quien habló por primera vez de este tipo de sitios, y el primero en determinar la dicotomía entre lugar/no-lugar. Podría decirse que su teoría resultó fundacional para que otros autores, empezando por Augé, trabajaran los espacios públicos.

1.1.5 Stuart Sigman: El contexto institucional

Si bien Stuart Sigman no escribió específicamente sobre las relaciones entre los “cuerpos” y los “espacios”, se referenciará aquí un trabajo suyo sobre las relaciones institucionales en un asilo de ancianos, en donde el autor marca algunas características interesantes para ser analizadas en otros contextos.

El trabajo de Sigman, “¿Quién apretó el botón para lanzar la bomba atómica?”, se desarrolla en un asilo de ancianos de Estados Unidos, en la década del '70, y pone el foco en el comportamiento de internos y empleados, basados ambos en convenciones que no llegan a comprender pero que respetan como algo que los trasciende.

Dice Sigman que ser anciano en un contexto institucional implica el dominio –generalmente implícito- de las reglas para una apropiada conducta comunicativa. El seguimiento o la desviación de estas reglas tiene consecuencias en las definiciones de situación, rol, relación social, etc., que otros miembros institucionales conceden a los internos: “pequeños segmentos de la línea de actividad de una persona pueden estar sometidos a regulaciones y juicios por parte del personal: en la vida del interno hay una penetración constante de una interacción

⁶⁶ Delgado, Manuel. “El animal público”. Op. cit. p. 123

sancionadora desde arriba, especialmente durante el período inicial de estancia, antes de que el interno acepte las regulaciones instintivamente”⁶⁷.

Pero no sólo los internos seguían las normas institucionales del asilo, según pudo constatar Sigman, los miembros del personal también estaban sujetos a convención acerca de la presencia o ausencia de conversación; ellos creían que muchos de los temas de conversación simplemente “no les interesaban” a los ancianos, “los residentes, a la vez, parecían evitar la conversación con el personal de los pabellones y la cocina, debido a los límites de los temas que tácitamente les asignaban, y porque les inquietaba romper las reglas”⁶⁸.

Es decir, los miembros del personal creían que a los internos no les interesaban ciertos temas “del exterior”, como la actualidad o sus vidas privadas. Hablándoles sólo de los temas referentes al asilo, creían estar respetando sus deseos. Los residentes, en cambio, no se metían en esos temas durante las charlas entre el personal, creyendo de esa manera cumplir con las reglas.

De aquí surge un concepto interesante: la “Categoría de Participación”. Sigman define este fenómeno como “la posición que uno atribuye a sus interlocutores en cuanto a su nivel de contribución a la interacción, y especialmente en cuanto a sus derechos y deberes en una relación de comunicación”⁶⁹.

En ese pequeño universo estudiado, Sigman se encontró con una estructura social constituida en torno a una red de reglas y convenciones, algunas generadas en la propia institución, otras que la trascendían y tenían que ver con normas sociales más amplias. Pero todas eran respetadas por internos y empleados, sin reflexionar acerca de las causas de las mismas.

El contexto institucional en el que se desarrollan cierto tipo de relaciones influye determinadamente en los comportamientos y las relaciones que mantengan las personas que interactúan en él. Esto sucede tanto en un asilo como en cualquier otra institución, y como veremos más adelante se repite de una forma similar en la Catedral de La Plata, objeto de esta investigación.

⁶⁷ Sigman, Stuart. “¿Quién apretó el botón para lanzar la bomba atómica?”. Op. cit. p. 267

⁶⁸ *Ibíd.* p. 273

⁶⁹ *Ibíd.* p. 283

1.2. El lugar de los “cuerpos” en la teoría

Como se pudo ver en el repaso anterior, y se referenció al inicio de este capítulo, haciendo una recorrida por las teorías de los espacios públicos se puede notar que las mismas se estructuran a partir del concepto central de “Territorio”. En oposición a esta idea se genera su antítesis, el “no-lugar”.

En principio, si se revisa el trabajo de cada uno de los autores hasta aquí vistos, se podría decir que quienes más entidad le dan a los cuerpos a la hora de transformar los espacios son aquellos que trabajan los no-lugares. En cambio, cuando se analizan los territorios, no parece haber posibilidad alguna de modificar el contexto.

Esto quiere decir, entonces, que los autores que trabajan sobre el rol de los “cuerpos” en el espacio no lo hacen en función de las posibilidades de éstos, sino de las particulares características de los no-lugares, que necesariamente llevan consigo la posibilidad de una modificación.

La tradición teórica repasada hasta aquí sólo le otorga un rol secundario a los cuerpos, desconociendo toda posibilidad de autonomía a la hora de intervenir en el espacio.

Por omisión o desinterés, los autores niegan no sólo la capacidad de transformación de los “cuerpos” en los territorios, sino que además desconocen el proceso de negociación que se da al interior de cualquier espacio público respecto de la utilización de los mismos por parte de las personas que en él interactúan.

Estos fenómenos, que serán analizados a partir del próximo capítulo, dan lugar a un inmenso campo de investigación, en donde las negociaciones por los espacios devienen en una confrontación silenciosa y continua.

Para ello, se partirá de un concepto de Delgado, tal vez uno de los pocos en que se reconoce el papel de los “cuerpos”: “el espacio existe por una vivencia y una percepción que son siempre, en última instancia, corporales”⁷⁰.

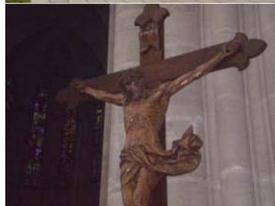
Esta definición es muy importante para entender el rol de los “cuerpos”, puesto que son ellos los que en última instancia reproducen o transforman el orden institucional, a partir de las posibilidades, claro está, que les brinda el contexto.

⁷⁰ Delgado, Manuel. “Tránsitos”. Op. cit. p. 15



Capítulo 2:

Los espacios: La Catedral de La Plata



2.1 Historia

El templo catedralicio tiene un significado religioso y eclesial que se puede remontar hacia los orígenes mismos del catolicismo. La Catedral aloja la sede o “cátedra” del obispo, desde donde, según la tradición cristiana, ejerce su función de “maestro, pastor y sacerdote” de la iglesia local, reuniendo a los fieles para la celebración de los ritos religiosos⁷¹.

Al ser la residencia del Obispo, la Catedral se transforma, para la organización administrativa de la Iglesia Católica, en la sede del Arzobispado, del que dependen todas las iglesias y basílicas de la región que le hayan asignado. Por ello es justamente la presencia del Obispo, y no una característica arquitectónica especial, la que le otorga el rango institucional de Catedral a un templo.

En el caso de la Catedral de La Plata, su jurisdicción comprende los Partidos de La Plata, Berisso, Ensenada, Magdalena y Punta Indio, abarcando una superficie de 4.652 kilómetros cuadrados. En total, la jurisdicción eclesiástica cuenta con 64 parroquias.

La historia de la construcción de la Catedral de La Plata es compleja y se prolonga a lo largo de un siglo: tiempo que va desde la colocación de la piedra fundacional hasta su “completamiento” con la colocación de las dos torres principales.

La construcción comenzó en 1885 –un año antes se había colocado la piedra fundamental– bajo la supervisión de Pedro Benoit, por entonces director del Departamento de Ingenieros de la Provincia de Buenos Aires, a quien se le encargó el diseño de la mayoría de los edificios gubernamentales de la recientemente creada ciudad de La Plata.

El plano original está inspirado en los modelos de las catedrales de Colonia, en Alemania, y Amiens, en Francia, ambas de estilo neogótico.

El templo platense obtuvo su primer impulso constructivo a partir de 1898, bajo el obispado de Marino Espinoza. En esta época comenzaron a levantarse los muros perimetrales y se completaron las bases para las columnas⁷².

⁷¹ Fuente: www.catedraldelaplata.com

⁷² *Ibíd.*



La Catedral de La Plata hacia 1925, unos años antes que concluya la primera etapa de construcción, en 1932.

Fuente: www.catedraldelaplata.com

Como la construcción demoraba demasiado, en 1902 se inauguró provisoriamente la Parroquia Nuestra Señora de los Dolores, ubicada originalmente donde hoy se encuentra el altar a la Virgen de Luján, sobre la nave derecha del templo, a un costado del altar principal. Como esta iglesia presentaba condiciones precarias, y la construcción de la Catedral continuaba en torno a ella, las autoridades eclesiales decidieron trasladar provisoriamente la sede del Obispado a la iglesia San Ponciano, que se convirtió de ese modo en la primera Catedral.

Hacia 1912, bajo el mando del constructor italiano José Valli, las obras cobran nuevo impulso: se inician la construcción de las bóvedas y los arcos, se elevan los muros de la nave central y se instala el Rosetón, ventanal central del templo. Esto permitió que en 1932, en el 50 aniversario de la ciudad de La Plata y a más de 40 años de iniciada la construcción, el edificio sea finalmente inaugurado de forma oficial.

A pesar de ello, aún quedaba mucho por hacer para finalizar los trabajos tal como habían sido previstos originalmente por Benoit que, entre otras cosas, contaba con el levantamiento de dos torres de 112 metros de altura.

Pero las dudas sobre la magnitud del asentamiento de las torres faltantes y la inexistencia de tecnología para la realización de los estudios previos llevaron a paralizar la construcción a los 42 metros. Los expertos consideraban que si se comenzaban a construir las torres, los precarios cimientos construidos 50 años antes no aguantarían todo su peso.

A partir de aquí se evidenció un estancamiento casi total de las obras, producido por la incertidumbre acerca de la construcción de las torres y la falta de financiamiento. No obstante, por esos años se ejecutaron los revestimientos de las bóvedas, el contrapiso del ábside, los capiteles de las columnas, se instalaron los primeros vitrales –provenientes de la Casa Zetler de Alemania-, el trono Arzobispal, la sillería del coro de canónigos y los confesionarios –obra de los hermanos Mahlkecht- y, en 1942, se colocó el piso de granito rosado de Olavarría, con junta gris de San Luis y negro de Balcarce⁷³.

Desde ese momento, las obras quedaron prácticamente paralizadas hasta la década del '90, cuando, con un fuerte apoyo gubernamental, se ideó un ambicioso proyecto de completamiento de la obra original.

De acuerdo a ese proyecto, el completamiento del Templo se dividió en tres obras adjudicadas por licitación: la conservación, restauración y puesta en valor de la envolvente edilicia; el refuerzo de cimentaciones de torres principales; y el completamiento de torres principales, torretas, pináculos, imágenes e instalaciones electromecánicas⁷⁴.

En la práctica, para realizar estas tres etapas se debió reforzar los cimientos; detener el deterioro de los ladrillos y las juntas; completar las dos torres laterales, seis torretas, 200 pináculos, y 800 agujas y detener su derrumbe parcial; instalar un carillón de 25 campanas; sustituir la cruz de hierro del cuerpo principal y un sinfín de tareas menores tendientes a restaurar y mantener la estructura original, visiblemente desmejorada por el correr de los años.

⁷³ *Ibíd.*

⁷⁴ *Ibíd.*



Vista de la Catedral antes de su completamiento, iniciado a mediados de 1997 y concluido el 19 de noviembre de 1999. Fuente: www.catedraldelaplata.com

Finalmente, se decidió no revestir el templo de piedra como estaba contemplado originalmente, sino dejarlo con ladrillo a la vista, lo que hace diferenciar a la Catedral de La Plata de otros templos de su estilo.

Las obras de completamiento fueron inauguradas el 19 de noviembre de 1999, 115 años después de colocada la piedra angular del edificio.

2.2 Características arquitectónicas

2.2.1 El Neogótico

El diseño de la Catedral de La Plata se inscribe dentro de lo que se conoce como el estilo neogótico. El Arte Gótico se generó en el norte de Francia, en la segunda mitad del siglo XII. Su principal característica reside en la preeminencia de construcciones altas, fuertemente iluminadas por luz natural: de ahí la irrupción de los grandes ventanales en las iglesias, que hasta entonces eran unas verdaderas fortalezas amuralladas.

El estilo gótico se caracteriza por su carácter ascensorial: la altura de sus edificios, la disposición de las naves y el crucero, las torres y los pináculos representan la idea de la ascensión al cielo.

Además, irrumpen en los grandes ventanales los vitrales, cuyo propósito era educar en la religión a aquellas personas que no sabían leer. En los vitrales están representados pasajes del Viejo y Nuevo Testamento, y su lectura se realiza de arriba hacia abajo, y de izquierda a derecha.

El arquitecto Jorge Bozzano afirma que “la catedral gótica representa la suma artística de la Edad Media. Allí se sintetiza la visión del hombre cristiano en el principio estético de la concordancia, que rige los principios ordenadores de la Catedral”⁷⁵.

En ese sentido, el estilo gótico intenta reflejar dentro de sus edificios religiosos lo que la Iglesia llama la “Ciudad Santa”, la Jerusalén celestial relatada por la Biblia. Todo su ordenamiento arquitectónico se presenta con este propósito, y cada disposición apunta a cumplir con estas características.

Si bien el estilo gótico se perdió en el tiempo, fue nuevamente reimpulsado durante fines del siglo XVIII y principios del XIX, en medio del entusiasmo romántico por lo medieval como reacción frente al neoclasicismo academicista y el historicismo.

El neogótico apareció en principio en las restauraciones de los grandes edificios medievales, para pasar luego a tener autonomía propia a partir de la construcción de grandes edificios, como el Castillo de Neuschwanstein, en Baviera, Alemania; la Iglesia Votiva, en Viena; la Catedral Metropolitana de Guayaquil, en Ecuador; la Catedral de La Plata y la Basílica de

⁷⁵ Zago, Manrique. “La Catedral de La Plata. Obras de conservación, puesta en valor y completamiento”. Fundación Catedral de la Plata. 1998.

Nuestra Señora de Luján, en Argentina; el Palacio de Westminster en Londres; y el Parlamento de Budapest, en Hungría, entre otros.

Los cambios respecto al gótico no son demasiado importantes, puesto que se trató de una recuperación de ese estilo en una época diferente a la de su desarrollo –de allí el prefijo “neo”-.

A diferencia de otros estilos, el neogótico despoja prácticamente a los edificios religiosos de ornamentación y reduce su atractivo a los elementos estructurales, como las grandes columnas, los vitrales y la sillería.

Una de sus principales características es el arco ojival, del que se deriva la bóveda de crucería por medio de la cual se logra construir edificios más amplios y elevados.

Además, explota como ningún estilo lo había hecho antes las características de la luz natural, que simboliza en los edificios religiosos la presencia de Dios. Las nuevas técnicas de construcción hicieron que no sean necesarios los grandes muros de piedra, por lo que la luz será física, no la figurada en pinturas y mosaicos.

El tratamiento de la luz estará dominado por el uso de vitrales y rosetones, que la transformarán y colorearán de diferente manera.

A diferencia del gótico, en el neogótico las esculturas de piedra van perdiendo terreno en manos de la madera: las técnicas de tallado se hacen cada vez más sofisticadas y adquieren características naturalistas, donde predominan los asombrosos detalles del cuerpo humano, en escala real y con una precisión destacable.

2.2.2 La Catedral

La Catedral está ubicada en el centro geográfico de La Plata, en la manzana comprendida por las calles 14 y 15, dentro del eje monumental de la ciudad que forman las avenidas 51 y 53. El templo se encuentra frente a la Plaza Moreno, y está rodeado de otros edificios importantes como la Municipalidad de La Plata, las Torres Administrativas del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, la sede del Arzobispado de La Plata y la Escuela Normal N° 1.

La catedral posee un largo exterior de 120 metros y ocupa 7.000 metros cuadrados de superficie cubierta, mientras que se eleva a 112 metros de altura.



La Catedral de La Plata está ubicada en el centro geográfico de la ciudad, frente a Plaza Moreno.

El templo posee cinco naves, divididas por grandes pilares de piedra. En la nave central se disponen dos filas de bancos que miran directamente hacia el altar principal, donde se encuentra el trono Arzobispal y, detrás de él, la sillería del coro de canónigos.

Por las naves laterales hay un amplio pasillo que permite el recorrido de los fieles por el templo. Allí se encuentran los cuatro confesionarios realizados en roble de Eslovenia confeccionados por José Shenke, y las principales imágenes del templo: a la derecha la Virgen de la Puerta de Perú y los restos de la beata Sor María Ludovica, y sobre la izquierda el Cristo bajado de la cruz.

Las dos esculturas principales están ubicados a cada lado del altar: a la derecha el Cristo Crucificado y a la izquierda la Inmaculada Concepción, ambas obras del escultor tirolés Leo Moroder, que se destacan por su gran realismo y por los detalles naturalistas.

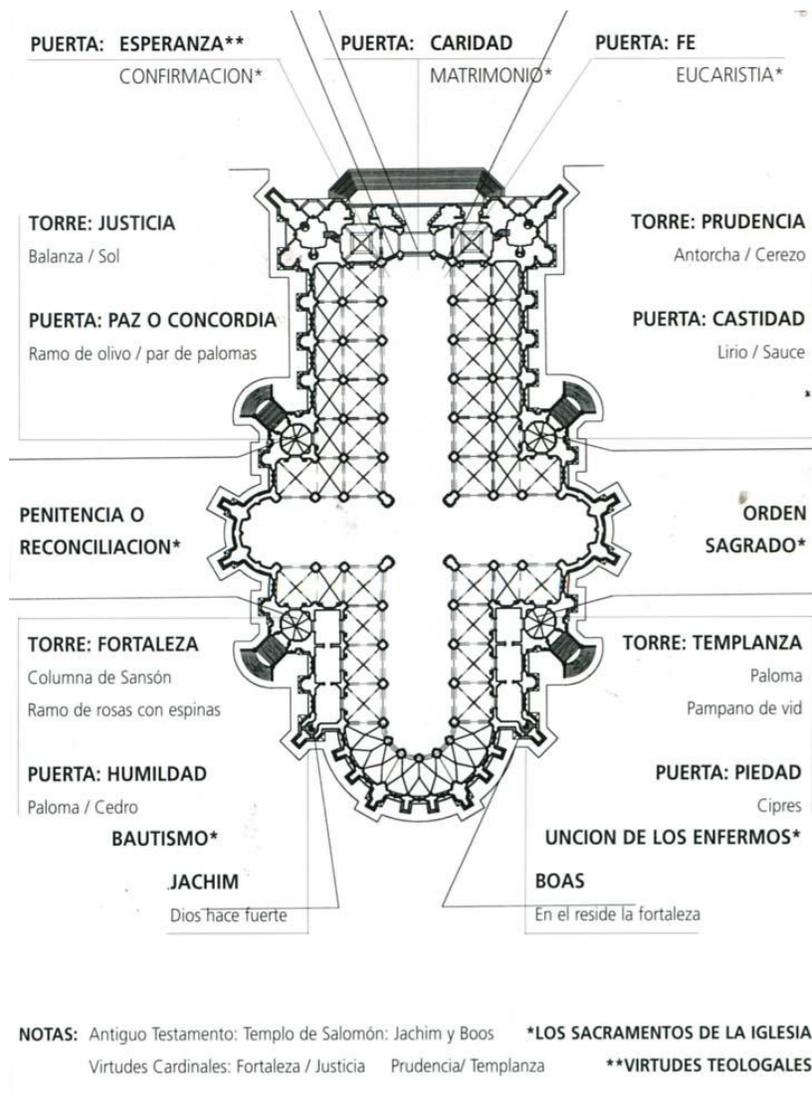
Completan el cuerpo del templo las dos naves que se encuentran a los costados del altar, y le dan a la Catedral la forma de una cruz, apreciable muy bien desde el aire. Estas naves están coronadas por dos altares, uno dedicado a la Virgen de Luján y otro al Santísimo Sacramento. Ambos están escoltados por dos tumbas cada uno, correspondientes a los diferentes obispos y arzobispos que pasaron por allí.

Detrás del altar y la sillería del coro de canónigos, realizada por los hermanos eslovenos Mahlkecht, hay una pequeña capilla, dedicada a la Virgen de los Dolores, con algunos

bancos y un altar de piedra, uno de los más antiguos del templo, desde donde antiguamente se celebraba la Misa.

Además de las esculturas ya mencionadas, se encuentran dentro del templo también una imagen de San Ponciano, San José y Sor María Ludovica, tallada esta última por la hija de Moroder.

Vista desde arriba, la estructura de la Catedral posee forma de cruz, ubicándose en el centro el altar principal. Como se mencionó anteriormente, todos los templos catedralicios son una representación de la Ciudad Santa: en este caso, la Catedral además está consagrada a los Sacramentos de la Iglesia y las Virtudes Teologales, como se puede ver en la siguiente imagen.





Vista aérea de la Catedral de La Plata, con la Plaza Moreno detrás. Como se puede apreciar, la estructura posee la forma de una cruz.

Fuente: Zago, Manrique. “La Catedral de La Plata. Obras de conservación, puesta en valor y completamiento”.

El templo posee un piso pulido a espejo, realizado en piedra granítica procedente de Olavarría (rosado), Calamuchita (negro) y San Luis (gris).

De sus 89 ventanales, 37 son vitrales de origen francés y alemán, y representan al Antiguo y al Nuevo Testamento. En la actualidad, los vitrales que se van incorporando son realizados en el taller que la Fundación Catedral posee en la zona administrativa de la institución, ingresando por calle 51.

En las naves laterales del cuerpo principal se halla la versión del Antiguo Testamento, que relata progresivamente “la Creación y el Diluvio”, “Los Patriarcas”, “El Éxodo”, “Los Reyes”, “Ruth, Tobías, Judit y Esther”, “Los Profetas Mayores”, “Los Profetas Menores”, y “Los Macabeos”.

En tanto, el Nuevo Testamento fue colocado en el transepto, y relata “La Anunciación- Nacimiento- Infancia de Jesús”, “Bautismo- Milagros- Vida Pública de Jesús”, “Milagros desde Bodas de Caná hasta la curación del ciego de nacimiento”, “Milagros continuación”, “La Última Cena - Vía Crucis – Sepultura”, “La Resurrección”, “Vida de San Esteban Protomártir”, “Vida de San Pedro y San Pablo”, y “Vida de San Martín de Tours”.

La estructura edilicia de la Catedral permite realizar un recorrido circular, comenzando por una de las naves laterales, dando la vuelta por la capilla de la Virgen de los Dolores, y concluyendo en la nave opuesta. La disposición original permitía realizar la vuelta detrás de la

capilla, en lo que se conoce como el ábside, pero por una disposición institucional se encuentra cerrado al público.



El "Cristo Crucificado", de Leo Moroder.

La Catedral permanece abierta todos los días de 9 a 19 horas, espacio dentro del cual se puede recorrer el templo sin ningún tipo de restricción, salvo los domingos a las 12 y a las 19, cuando se celebra Misa. El resto de la semana, la celebración se realiza en la Capilla Nuestra Señora de los Dolores, ubicada sobre la calle 53.

En cuanto a su estructura exterior, la Catedral de La Plata se caracteriza por ser una de las pocas en el mundo que no posee revestimiento. Sus torres, de 112 metros de altura, representan el punto más alto de la ciudad. La torre de la calle 51 está ornamentada con imágenes que representan la vida de la Virgen María, desde su nacimiento hasta su ascensión; mientras que las esculturas de la torre de la calle 53 representan la vida de Cristo desde su nacimiento hasta su resurrección.

En la Torre de María (calle 51) se ubica el Carrillón, compuesto por 25 campanas que pesan en conjunto unos 20 mil kilos y están distribuidas en tres niveles.

En la entrada principal del templo, sobre la calle 14, hay una imagen de cuatro metros que representa la Inmaculada Concepción, a la que la Catedral está dedicada. El Rosetón, dispuesto por encima de esta imagen, está compuesto por vitrales de nueve metros de

diámetro y 180 metros cuadrados de vidrio, representando en conjunto el Apocalipsis y la Jerusalén Celestial y constituyéndose en una de las principales fuentes de luz del templo.

Además de las torres centrales, inauguradas en 1999, la Catedral posee cuatro torretas y una aguja central, ubicada sobre el altar, que permite el ingreso de luz natural en ese punto. Adornan estas torres una gran cantidad de figuras que representan la fauna autóctona –esta idea fue introducida durante las obras de completamiento-. De esta manera se pueden ver, transformados en gárgolas de estilo gótico, a jabalíes, cóndores y diferentes especies de la flora y fauna local. Además, varias representaciones del Evangelio, como el Nacimiento que se encuentra sobre una de las puertas laterales de la entrada principal, tienen motivos criollos.

2.3 El Arzobispado, la Fundación Catedral y el Museo

2.3.1 El Arzobispado de La Plata

La Arquidiócesis de La Plata es la octava más antigua de la Argentina y comprende los partidos de La Plata, Berisso, Ensenada, Magdalena y Punta Indio, abarcando una superficie de 4.652 kilómetros cuadrados poblados por 717.304 habitantes. En total tiene a su cargo 64 parroquias.

El 15 de marzo de 1897 el Papa León XIII transformó esta zona en un obispado con sede en La Plata, y mientras se culminaban los trabajos en la Catedral, la sede del mismo se trasladó a la Basílica de San Ponciano. Finalmente, una vez concluidas las obras, el Papa Pío XI la elevó al rango de Arzobispado.

Actualmente, el Arzobispo es Monseñor Héctor Aguer (a partir del 12 de junio de 2000) y el Obispo Auxiliar Antonio Marino (asumió ese cargo el 31 de mayo de 2003).

Completan la nómina de autoridades el Vicario General Monseñor Rodolfo O'Neill; Pro-Vicario General, Monseñor Jorge Schoeffer; Canciller, Monseñor Rodolfo O'Neill; Vicecanciller, María Cabrera; Vicario de Justicia, Monseñor José Luis Kaufmann; Delegado para la Catequesis y la Liturgia, Monseñor Raúl Gross; Delegado para la Vida Consagrada, Monseñor Antonio Marino; y Delegado para la Educación, Presbítero José Álvarez.

Los antecesores de Aguer fueron Carlos Galán (27/07/1991-12/06/2000); Antonio Quarracino (05/07/1986-22/09/1990); Antonio Plaza (17/12/1955-20/12/1985); Tomás Solari (11/11/1948-13/05/1954); Pascual Chimento (09/12/1938-20/12/1946); Francisco Alberti (12/10/1921-27/06/1938); Juan Terrero (03/03/1901-10/01/1921) y Mariano Espinosa, primera autoridad eclesial de la Catedral (24/04/1898-10/11/1900).

Actualmente, el Arzobispado de La Plata es una de las diócesis más conservadoras del episcopado argentino y su titular, Héctor Aguer, ha mantenido fuertes polémicas con funcionarios nacionales y provinciales debido a sus opiniones acerca de temas como la educación sexual en las escuelas públicas y la orientación de los currículums de la escuela secundaria en la Provincia de Buenos Aires.



El Arzobispo de La Plata, Monseñor Héctor Aguer.

2.3.2 La Fundación Catedral

La Fundación Catedral fue creada en 1992 con el objetivo de avanzar hacia el completamiento del templo. En principio se estableció como un emprendimiento cuasi privado, que actuaba independientemente del Arzobispado, pero poco a poco, a medida que avanzó el proyecto para la realización de las obras, se fue acoplando con la Curia.

Según consta en la página Web de la Catedral, la Fundación nació con el fin de “cuidar, conservar, restaurar y finalizar la construcción del Templo Mayor de la ciudad de La Plata, complementando su accionar con la difusión de la Catedral como monumento histórico y como manifestación de cultura y fe religiosa”⁷⁶.

Si bien la tarea de la Fundación consistió en realizar diversos emprendimientos con el fin de recaudar fondos para la terminación de la Catedral –para ello reabrió el Museo en 1994-, la misma no tuvo preponderancia hasta 1996, cuando el entonces Gobernador bonaerense, Eduardo Duhalde, le encomendó la tarea de “dar los pasos que fueran necesarios para terminar este edificio inconcluso (...) ejecutar todo lo necesario para impedir que continuara el grave deterioro del templo y, al mismo tiempo, todo aquello que condujera a su terminación”⁷⁷.

⁷⁶ En www.catedraldelaplata.com

⁷⁷ Zago, Manrique. Op cit.

A partir de allí, la Fundación comenzó a ser miembro preponderante en la denominada Unidad Ejecutora Catedral, creada mediante la Ley Provincial 11.861 con el objetivo de llevar a cabo las tareas de completamiento.

Actualmente, es la propia Fundación la encargada del mantenimiento del templo, con algunas modificaciones en su estructura: mediante una reforma estatutaria, es el Arzobispo quien designa a los miembros de la Fundación, siendo éste la cabeza de la misma. De todos modos, el rol de la Fundación sigue siendo independiente de la estructura eclesial en sí: tiene a su cargo el Museo y la cafetería de la Catedral, que concesiona a la Confitería Ritz. Si bien estos fondos son destinados al mantenimiento del templo, no pertenecen a la Iglesia, así como tampoco la administración del Museo y la cafetería, que se encuentran en el propio edificio de la Catedral.

Según el arquitecto Esteban Casas, integrante de la Comisión Técnica de la Fundación Catedral y Jefe del Servicio de Guías del Museo, “la Fundación es una asociación civil católica sin fines de lucro cuyos objetivos son el mantenimiento del edificio. En su momento tuvo la función de completar el proyecto original de Benoit, y actualmente la de preservar y eventualmente si lo necesitara restaurar el edificio, y administrar todas las actividades que se desarrollan y difundir el patrimonio”⁷⁸.

Casas explicó que “el principal ingreso que tiene la Fundación viene por el lado del Museo, (...) después tenemos a la venta en la Santería, una pequeña biblioteca y un Instituto de enseñanza de vitrales”⁷⁹.

El arquitecto detalló que la Fundación está a cargo del Museo, pero que el servicio de cafetería fue concesionado para “jerarquizar el acceso al Museo y brindar un servicio al turista, porque por ahí la gente que viene al museo quiere tomar un cafecito, por ahí comer algo después de recorrer el museo (...) Nos manejamos con un canon mensual y les acondicionamos el lugar, y después ellos hacen la instalación y traen todo su equipamiento”.

Es importante destacar que todos estos ingresos son manejados por la propia Fundación, y no por el Arzobispado de La Plata.

En cuanto a su conformación, actualmente la Fundación Catedral –cuya figura máxima, como ya se consignó, es el Arzobispo Héctor Aguer- está presidida por Roberto Salaberren, siendo

⁷⁸ Entrevista al Arquitecto Esteban Casas, integrante de la Comisión Técnica de la Fundación Catedral, realizada el 7 de agosto de 2008. Ver anexos

⁷⁹ *Ibíd.*

Vicepresidente 1º, Bautista Marcheschi; Vicepresidente 2º, Emiliano Turchetta; Secretario, Alejandro Aprá; Tesorero, Néstor Noguiera; Pro Secretario, Ricardo Molina; Pro Tesorero, Leopoldo Acuña; y Asesor Eclesiástico, Monseñor Carlos Ruiz Díaz⁸⁰.

2.3.3 El Museo Catedral

El Museo de la Catedral de La Plata fue creado en 1977 por el entonces Arzobispo Antonio Plaza, y permaneció abierto hasta 1990. Tras varios años de inactividad, en 1994 la Fundación Catedral decidió reabrirlo para “difundir los valores patrimoniales, religiosos, artísticos e históricos del templo mayor platense, en cuanto manifestación viva de fe y cultura”⁸¹.

El Museo está ubicado debajo del templo y permanece abierto entre las 9 y 19 horas, con una entrada general de 5 pesos. Actualmente, recibe un promedio de 5.000 visitas mensuales, y cuenta con un servicio de guías que, en turnos de 20 minutos, realiza una ascensión hasta los 63 metros por medio del ascensor que se encuentra en la Torre de Jesús, desde donde se puede apreciar una vista panorámica de la ciudad.

Según Adela Juárez, directora del Museo, “la función del Museo es brindar a la comunidad platense y a los visitantes tanto del país como extranjeros la posibilidad de conocer tanto los bienes, como la documentación, historia y cultura de la Iglesia, y por supuesto de nuestra Catedral”⁸².

⁸⁰ En www.catedraldelaplata.com

⁸¹ *Ibíd.*

⁸² Entrevista a Adela Juárez, Directora del Museo de la Fundación Catedral, realizada el 11 de marzo de 2009. Ver anexos.



Ingreso al Museo Catedral, sobre la calle 14.

La museógrafa admite que el paso por el Museo “es un paseo muy lindo para hacer, la Catedral es un edificio emblemático dentro de la ciudad; todos los visitantes que llegan a la ciudad vienen aquí, y luego se encuentran que es una Catedral con un Museo y que también tienen la posibilidad de acceder a la Torre, que es lo que realmente más motiva”⁸³.

El Museo cuenta con dos salas permanentes: “Arzobispo Carlos Galán” y “Miguel Omelusik”. En la primera se muestra la historia de la Iglesia Católica y se conservan algunas reliquias, como la falange de Santa Florencia.

La decisión de tener esos bienes allí y no en el Templo como objeto de veneración se debe, según explica la Fundación Catedral, a que en el Museo se “protege esos bienes de valor artístico brindándoles una tutela especial”⁸⁴.

En el mismo sentido opinó Adela Juárez, quien señaló que “tiene una lógica de preservación, donde ya no se justifica la existencia de esa reliquia en el Templo y se quiere preservar la historia”⁸⁵.

⁸³ Ibid.

⁸⁴ En www.catedraldelaplata.com

⁸⁵ Entrevista a Adela Juárez, Directora del Museo de la Fundación Catedral, realizada el 11 de marzo de 2009. Ver anexos.

“No es lo mismo que estén en el Templo que en el Museo, el Museo las está preservando, las mantiene y muestra”, indicó la especialista y, consultada acerca de que si el hecho de encontrarse en el Museo “desacraliza” los objetos, respondió que “el sentido religioso lo siguen teniendo”⁸⁶.

“El Museo es una manera de mostrar la historia de la Catedral, que no tiene una historia tan larga, pero preserva las reliquias, tenemos todos los medios de seguridad para ello, y esas cosas, por más que estén guardadas, se muestran al visitante”⁸⁷, concluyó Juárez.

Quizás esto pueda rastrearse en el hecho de que el espacio del Museo fue concesionado a la Fundación Catedral: “el Museo es de la Fundación Catedral, es privado”⁸⁸.

Al respecto, el arquitecto Esteban Casas explicó que “la Catedral es un edificio que cuando uno ingresa, está bastante despojado de imágenes, fijese que cuando usted ingresa, más allá del edificio, lo que llama la atención son los trabajo en madera. El Museo no es un museo que tenga una historia muy importante, (...) la construcción de la Catedral tiene más de 120 años y la del Museo, 30, y de esos 30 años la mitad del tiempo estuvo prácticamente cerrado o con muy pocos objetos en exposición”⁸⁹.

“Las que están en el Templo son las imágenes más importantes, las imágenes con mayor carga para la persona que viene a rezar, y en el Museo lo que se hace es contar un poco la historia de los ebanistas que hicieron esos trabajos”⁹⁰.

Pero el Museo cumple también otra función, que más adelante será estudiada en detalle: la institución crea estos espacios privados como una manera de alejar al mero curioso o “turista ocasional” y privilegiar el acceso de personas con un verdadero interés religioso. Aquí la barrera no estaría dada por lo económico, pues la entrada cuesta sólo 5 pesos, sino por el interés religioso, ya que muchos turistas pueden verse abrumados ante tanta imaginaria religiosa e historia, y no ocupar esos espacios, que de esa manera quedarían reservados para quienes se sientan interesados.

En tanto, en la Sala “Miguel Omelusik” se muestra la historia de la Catedral: su construcción, las herramientas utilizadas, los planos de obra; y se rinde homenaje a los hombres que

⁸⁶ *Ibíd.*

⁸⁷ *Ibíd.*

⁸⁸ *Ibíd.*

⁸⁹ Entrevista al Arquitecto Esteban Casas, integrante de la Comisión Técnica de la Fundación Catedral, realizada el 7 de agosto de 2008. Ver anexos.

⁹⁰ *Ibíd.*

trabajaron en su realización. Además, se exponen allí vestimentas, misales y pertenencias de los diferentes obispos que gobernaron la Catedral, con una explicación del sentido de cada objeto.



Reliquia de San Antonio María Gianelli que se encuentra en el Museo Catedral.

El Museo también cuenta con tres salas temporarias -"Monseñor Alberti", "Presbítero José Mutti" y "Obispo Espinosa"-, donde se exponen la obra de diferentes artistas, ya sean laicos o religiosos. Las salas se renuevan bimestralmente, y en ellas se ha expuesto la obra de Leo Moroder, Carlos Pacheco, Carlos Aragón, Aldo Severi, Benito Quinquela Martín, Pérez Celis, Koek-Koek, Susana Fedrano, colecciones privadas como la de Arte Sacro hispanoamericano de la firma Eguiguren y, la más reciente, las pinturas de Fray Guillermo Butler.

Además, como servicio adicional, el equipo de guías realiza visitas guiadas a la Catedral y al Museo para contingentes. A diferencia del resto de las actividades, para poder acceder a este servicio se debe realizar una reserva.

Además, en la entrada del Museo se encuentra el Café de la Catedral, concesionado actualmente a la Confeitería Ritz.

2.4 Los espacios públicos

Siguiendo el grueso de la tradición teórica descrita en el capítulo 1, podría decirse que existen dos tipos de espacios públicos: los “territorios” y los “no-lugares”. Bajo estas dos grandes divisiones entrarían, en primer lugar, todos aquellos espacios en los que predomina un orden institucional que regula los comportamientos de las personas que en ellos interactúan; y en segundo lugar aquellos espacios abiertos en los que el accionar de los sujetos que los ocupan es libre.

Las preguntas que caben hacerse son ¿hasta qué punto estos espacios son realmente “libres”?, y ¿no están sujetos a ningún tipo de restricciones? Resulta imposible pensar que en un ordenamiento social puedan existir espacios con estas características, en donde los eventuales ocupantes puedan actuar con una libertad absoluta.

Por ello, habría que pensar a los espacios públicos, cualquiera sean sus características, atravesados, al menos, por tres grandes niveles normativos.

En primer lugar, un espacio está regido principalmente por **normas sociales**. Estas trascienden el espacio en sí y están determinadas por otros factores, pero influyen fuertemente en los comportamientos de los sujetos.

Se entiende por normas a aquellas consideraciones sociales acerca de lo que está bien o está mal, “las reglas que regulan la conducta social”, según la perspectiva sociológica.

La pretensión de que los no-lugares son espacios completamente libres, en donde los sujetos intervienen sin ningún tipo de control normativo, va en contra de esta perspectiva. Suponer esto desconocer que en cualquier espacio público existen normas de comportamiento que regulan y prohíben cierto tipo de conductas. Estas normas de ningún modo tienen que ver con una posible estructura institucional que, al regular ese espacio, impone sus reglas, sino con aquellas pautas de comportamiento aceptadas por todos en cualquier lugar.

Por ejemplo, si bien la calle es el espacio público por excelencia, a nadie se le ocurriría en una hora pico, orinar en una pared o en medio de la vereda, porque ello traería la sanción y el repudio social de aquellas personas que ocasionalmente transiten por allí.

Erving Goffman señala que las normas son “tipos de guía de acción apoyadas por sanciones sociales negativas que establecen penas por la infracción y positivas que establecen recompensas por el comportamiento ejemplar”⁹¹.

Según este autor, las normas pueden clasificarse por la sanción que conllevan: “Las sanciones formales sostienen a las reglamentaciones, las sanciones informales a lo que se considera a veces presión social”⁹².

Goffman señala que la visión del control social divide el proceso de sanción en tres partes: **delito**, **juicio** y **castigo**. Sin embargo, aclara que “la esfera del orden público no puede someterse a esta división. Tanto la escena del delito como las salas de juicio y el lugar de castigo se hallan ubicadas en el mismo cubículo. Además, todo el ciclo de delito, aprehensión, juicio, castigo y regreso a la sociedad puede transcurrir en dos gestos y una mirada. La justicia es sumaria”⁹³.

En segundo lugar, cualquier espacio público propone un estatuto de conductas particular, que tiene que ver con la función social que desempeña y con las actividades que en él pueden desarrollarse.

En muchos casos, esto también está determinado por una norma social más amplia, que excede al propio lugar, pero que tiene que ver con el uso o función que histórica o culturalmente la sociedad le asignó a este tipo de espacios, sin que ello signifique que exista una normativa legal explícita al respecto, ni un control institucional.

Por ejemplo, en una plaza se puede pasear, jugar a la pelota, sentarse en el pasto, tomar mates, etc. pero no instalar una carpa y quedarse a vivir allí, o mantener relaciones sexuales en un banco.

Este segundo nivel normativo podría denominarse “**estatuto de lugar**”, y tiene que ver con las características que a través del tiempo adquiere un espacio, que hace que se genere una expectativa de conductas particular y se puedan prever las acciones que las personas van a desarrollar allí.

El tercer nivel, el más específico, tiene que ver con un control institucional sobre un espacio restringido. La institución que controla ese “territorio” establece determinadas disposiciones para regular el uso y el comportamiento de las personas que allí concurren.

⁹¹ Goffman, Erving. Op. cit. Pág. 108

⁹² Ibíd. Pág. 109

⁹³ Ibíd. Pp. 118-120

Este tercer nivel normativo está relacionado con las disposiciones propias que adopta un grupo social acerca de la forma de apropiarse de un lugar que controla. Generalmente, la mayoría de las normas son explícitas, y aparecen indicadas en carteles o por medio de un estatuto que quien participa debe conocer para no ser sancionado. Otras reglas ya se dan por supuestas y pueden aparecer sólo implícitamente con la disposición de ciertas características dentro del espacio.

Esto se da en aquellas instituciones cuyas funciones y características están muy fuertemente asentadas en el imaginario social de las personas. Hay un contrato implícito de que ciertos comportamientos no van a ser tolerados y serán castigados.

A diferencia de los casos anteriores, romper ciertas reglas no será objeto sólo de una sanción social, sino que se puede esperar cierto tipo de sanciones disciplinarias, como la expulsión del lugar, el apercibimiento o la imposibilidad de ingresar en el futuro.

En general, los dos primeros niveles normativos se dan en todo tipo de espacios, sean estos abiertos o cerrados, pues se trata, en primer lugar, de normas sociales generales que trascienden un ordenamiento particular; y en segundo lugar, de reglas inherentes a cada espacio público que, aunque diferentes de acuerdo al lugar del que se trate, están presentes en todos ellos.

Sin embargo, el tercer nivel normativo sólo puede aparecer en los “territorios”, los espacios ocupados por instituciones o grupos de personas que establecen su “marca social” en esos lugares.

2.5 La Catedral, su “estatuto de lugar” y las marcas institucionales

A partir de lo descrito en el punto anterior, se podría afirmar que la Catedral de La Plata contiene, en algún sentido, los tres niveles normativos que operan sobre los espacios. El primero de ellos, las normas sociales que rigen el comportamiento de las personas, son comunes a todos los sitios.

En cuanto al segundo nivel normativo, se podría hablar de un “estatuto de lugar” general y uno específico. El primero de ellos tiene que ver con la inserción de la Catedral dentro de una institución con 2.000 años de historia como lo es la Iglesia Católica. Esto permite generar un “horizonte de expectativas” en quienes concurren al lugar, al conocer, aunque sea de manera poco precisa, qué actividades se desarrollan en el templo.

La tradición y permanencia de la Iglesia Católica como institución, sobre todo en nuestro país -mayoritariamente católico-, hace que muchos conozcan de antemano algunas de las pautas de comportamiento establecidas por la institución y, por sobre todas las cosas, las prácticas que allí se realizan y las que de ninguna manera serían aceptadas.

Por ejemplo, es común que dentro del templo reine un completo silencio, y todas las personas que por allí circulan, ya sea con fines religiosos o turísticos, lo respetan: hablando casi en susurros, o reprendiendo a las personas que lo hacen en voz alta. Incluso durante las visitas guiadas que organiza el Museo para escuelas o contingentes turísticos, en las que el guía se permite levantar la voz para explicar las características del templo a los visitantes, las maestras o los organizadores sancionan el menor ruido hecho por parte de los visitantes.

En cuanto al estatuto específico de la Catedral podría decirse que el templo, además de sus características religiosas, es tomado como un sitio turístico, una atracción para las personas que visitan la ciudad o los propios habitantes de La Plata.

A diferencia de lo que sucede con otros templos religiosos, sus características arquitectónicas y su particular historia hacen de la Catedral un sitio interesante para ser visitado, más allá de las motivaciones religiosas.

Además, la propia institución fomenta esto, montando alrededor del templo una serie de servicios que apuntan a atraer turistas: el Museo, las visitas guiadas, el Café, la venta de souvenirs y libros relacionados con el templo, etc.

Es interesante ver cómo ambos estatutos de lugar –el templo como sitio religioso/turístico- conviven en el mismo espacio sin entrar en contradicción, pero para que eso suceda intervienen ciertos procesos de negociación y re-negociación que se describirán más adelante. Finalmente, el tercer nivel normativo es el más específico de la Catedral: el templo es un espacio creado para que allí funcione la Iglesia Católica –a través del Arzobispado- como institución, el terreno donde ésta despliega sus actividades y se desarrolla. Para ello, dispone de ciertas normas y restricciones para regular los comportamientos.

Aquí se dispara una cuestión importante, que ayudará a comprender el por qué del control: en los espacios institucionales, el “territorio” es la cara visible de la institución. Estos dos conceptos no se pueden dissociar, puesto que la institución sólo puede existir en tanto posea un espacio para desarrollarse y sólo puede ser visible a partir de los espacios que ocupa. Éstos son su carta de presentación hacia la sociedad.

Como señala Marc Augé, “el dispositivo espacial es a la vez lo que expresa la identidad del grupo –los orígenes del grupo son a menudo diversos, pero es la identidad del lugar la que los funda, los reúne y los une- y es lo que el grupo debe defender contra las amenazas externas e internas para que el lenguaje de la identidad conserve su sentido”⁹⁴.

El territorio es la institución. Estos dos elementos son, al igual que la metáfora de Ferdinand de Saussure sobre el lenguaje, las dos caras de una moneda. De ahí que el control en todos los espacios institucionales sea tan estricto: quien interviene el territorio, interviene la institución misma.

En el caso aquí estudiado se puede ver claramente esta situación: la Catedral es el territorio controlado por el Arzobispado de La Plata y a la vez, el espacio donde éste desarrolla todas sus actividades. Esta relación, además, está sostenida en cuestiones que tienen que ver con el Derecho Canónico, puesto que el templo sólo puede ser proclamado Catedral si allí reside el Obispo, y éste sólo puede residir en un sitio donde pueda dar “cátedra” a los presbíteros y diáconos. Y hasta tiene un justificativo lingüístico, pues el templo es nombrado mayoritariamente con la denominación general de “iglesia”, que remite a la propia institución general.

Además de estos ejemplos se pueden encontrar muchos otros en las prácticas cotidianas que se realizan en el templo, puesto que todas las actividades institucionales tienen lugar en ese

⁹⁴ Augé, Marc. Op. cit. Pág. 51

espacio: las misas, los responsos, la expresión de la palabra institucional a través de las homilias, la celebración de fechas sagradas y patrias, etc.

En el caso de la celebración de la Misa, podría decirse que es la razón fundamental de la existencia de la Iglesia como institución y del templo como espacio. Según la tradición, el momento fundacional de la religión fue cuando Cristo, durante la Última Cena, instruyó a sus apóstoles que lo recordaran compartiendo el pan y el vino, la principal razón en la actualidad de la celebración de una Misa.

Para poder llevarla a cabo, la Iglesia necesita de un lugar sagrado en donde poder “consagrar” el pan y el vino –según el rito católico, éstos son transformados en “El Cuerpo y la Sangre de Cristo”-. Es por eso que todos los templos disponen en su interior de un Sagrario, una guarda de metal dentro de la cual se encuentra la hostia consagrada, es decir, la presencia de “Cristo Vivo”, representada mediante una luz que permanece prendida todo el año, excepto el Viernes y Sábado Santo. Es decir, que si no cuenta con un Templo, la Iglesia no puede desarrollarse como tal.

De lo expuesto hasta aquí surgen dos cuestiones importantes, que serán abordadas a continuación: las marcas institucionales de la Catedral y el “control” que ejerce sobre el espacio.

2.5.1 “Lo institucional” en la Catedral

Como se vio, la Catedral de La Plata no puede ser vista separada de la institución a la que representa: La Iglesia Católica o, más específicamente, el Arzobispado de La Plata. Y esta institución posee una fuerte tradición dentro de la sociedad, pues tiene, como ya se dijo, dos mil años de historia.

La Catedral, en tanto, está fuertemente arraigada en la historia de la ciudad, ya que su construcción estuvo incluida dentro de los edificios fundantes de La Plata, emplazados en lo que se denomina el “Eje Monumental”, trazado sobre la calle 52.

Ni Dardo Rocha ni Pedro Benoit imaginaron a la ciudad sin este edificio, y su planificación fue, junto con el Palacio Municipal y la Gobernación, uno de los proyectos más ambiciosos de la época, cuando el recientemente consolidado Estado Nacional y la Iglesia Católica habían forjado una alianza inquebrantable.

Ahora bien, más allá de las cuestiones histórico-contextuales, la Catedral como institución tiene ciertas características propias que la diferencian de otros templos religiosos. Para que eso suceda, debió atravesar por sus propios procesos de formación institucional, separados –o incluidos dentro- de los que pudo haber sufrido la Iglesia Católica en sí.

Peter Berger y Thomas Luckmann señalan que todo proceso de institucionalización se da a partir de la “habitualización”. Para ellos, este fenómeno aparece “toda vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores”⁹⁵.

Según esta visión, la institucionalización es una “normatización” de procesos que ya existen, un ordenamiento de acciones preexistentes de un grupo dado que se formalizan mediante la imposición de cierto tipo de reglas y estatutos particulares.

Para Berger y Luckmann las instituciones implican “historicidad y control”. Historicidad porque las instituciones “se construyen en el curso de una historia compartida: no pueden crearse en un instante. Las instituciones siempre tienen una historia de la cual son producto”; y control porque “por el hecho mismo de existir, también controlan el comportamiento humano estableciendo pautas definidas de antemano que lo canalizan en una dirección determinada, en oposición a muchas otras que podrían darse teóricamente”⁹⁶.

No obstante, los autores relativizan la necesidad de un efectivo control dentro de las instituciones, ya que creen que el hecho mismo de encontrarse “institucionalizado” significa que el sujeto acepta y respeta las normas impuestas por esa institución. Esto quiere decir, entonces, que la institucionalización encierra en sí misma la represión y el control de ciertos comportamientos.

De todos modos, añaden que “solamente se requieren mecanismos de control adicionales cuando los procesos de institucionalización no llegan a cumplirse cabalmente”⁹⁷.

Esto significa que la institución como tal no debe preocuparse por posibles cuestionamientos al origen de su conformación, sino a controlar y encauzar “pequeñas desviaciones”.

En el caso de la Catedral, esto supondría que la institución no debería preocuparse por controlar que dentro del templo se cumplan con las funciones básicas de éste –la celebración de la Misa, la oración, la contemplación de imágenes religiosas, etc.-, pues los concurrentes las conocen y respetan, ya que –salvo excepciones- concurren allí sabiendo cuál es su

⁹⁵ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. Op. cit. Pág. 76

⁹⁶ *Ibíd.* Pp. 76-77

⁹⁷ *Ibíd.* pág. 77

“estatuto de lugar” particular. Sí puede remarcar ciertas cuestiones particulares y controlar que se cumplan, como la prohibición de entrar con cierto tipo de vestimentas, con animales o alimentos.

La internalización de las normas y funciones de una institución se da a partir de la “objetivación” de la misma: “todas las instituciones aparecen en la misma forma, como dadas, inalterables y evidentes por sí mismas (...) Un mundo institucional pues, se experimenta como realidad objetiva, tiene una historia que antecede al nacimiento del individuo y no es accesible a su memoria biográfica”⁹⁸. De ahí que sea más fácil para la institución imponer ciertas normas y comportamientos, y más difícil –pero no imposible- modificarlos para quienes intervienen en ella.

A medida que este proceso se desarrolla se van sedimentando en el imaginario de los actores institucionales las normas impuestas, que son no sólo acatadas, sino corporizadas, tomadas como propias.

Pero la acción institucional no reside sólo en el hecho de generar una normativa especial para su funcionamiento, sino que también “tipifica acciones y actores”: “Hay que destacar la reciprocidad de las tipificaciones institucionales y la tipicalidad no sólo de las acciones sino también de los actores en las instituciones”⁹⁹.

Esto significa que, además de generar un “horizonte de expectativas” respecto de las acciones que pueden desarrollarse en un espacio, la institucionalización también crea “tipos” de actores: “las tipificaciones de las acciones habitualizadas que constituyen las instituciones siempre se comparten, son accesibles a todos los integrantes de un determinado grupo social, y la institución misma tipifica tanto a los actores individuales como a las acciones individuales. La institución establece que las acciones del tipo X sean realizadas por actores del tipo X”¹⁰⁰.

Berger y Luckmann señalan en este punto que “todo comportamiento institucionalizado involucra roles” puesto que, a la vez que un proceso de este tipo genera acciones habitualizadas, también produce figuras institucionales que deben ejecutarlas.

⁹⁸ *Ibíd.* Pág. 82

⁹⁹ *Ibíd.* Pág. 97

¹⁰⁰ *Ibíd.* Pág. 76

Estas figuras están más allá de las personas que eventualmente ocupan el “rol” y suelen prolongarse en el tiempo, pero no todas necesariamente requieren de un reconocimiento institucional para poder desempeñarse, a pesar de que surgen de su propia dinámica.

Por ejemplo, en la Catedral se pueden identificar diferentes tipos de roles institucionales desde el punto de vista jerárquico y desde lo organizacional. En el primer caso, aparecen el Arzobispo, el Obispo Auxiliar, el Vicario, el Canciller, el Cura Párroco, el sacerdote, etc., mientras que en el segundo se identifican el ordenanza, el oficial de seguridad, el personal de limpieza, el guía turístico, etc.

Pero además irrumpen allí otro tipo de actores ajenos a la estructura institucional-formal, que son parte integrante de la dinámica del espacio: los “concurrentes”, que podrían diferenciarse entre los “feligreses” y los “turistas”.

Las relaciones entre los diferentes actores institucionales serán analizadas en el capítulo siguiente, pero se puede señalar que así como la institucionalización implica una habitualización de tipos de acciones, generando un “horizonte de expectativas” respecto de lo que allí puede suceder, la conformación de roles opera en el mismo sentido, brindando previsibilidad acerca del accionar de las personas.

También los roles, al igual que las instituciones, aparecen objetivados, es decir, tomados como algo estable e inalterable, que data de los principios mismos de la constitución de la institución como tal. Esta “reificación de los roles”, como la denominan Berger y Luckmann, “restringe la distancia subjetiva que el individuo puede establecer entre él y su desempeño de un ‘rol’”¹⁰¹, naturalizando su función y, en muchos casos, evitando cuestionamientos. Más adelante se verá cómo opera este fenómeno en el proceso de legitimación de nuevas prácticas dentro de la Catedral.

Pero además de cumplir una función particular, cada actor institucional debe estar en relación con los demás, y para tal fin la institución debe crear un sentido de pertenencia que los incluya dentro de su organización.

Este proceso de integración se da en dos planos, uno horizontal, que “relaciona el orden institucional con varios individuos que participan de él en varios roles”; y otro vertical, “la biografía individual en sus varias fases sucesivas y predefinidas institucionalmente”¹⁰².

¹⁰¹ Ibid. Pág. 119

¹⁰² Ibid. Pág. 120

Para Berger Y Luckmann, “la totalidad del orden institucional deberá tener sentido, concurrentemente, para los participantes en diferentes procesos institucionales”. Este proceso de integración que se da en el plano horizontal tiene que ver con lograr la cohesión de los diferentes actores institucionales, cualquiera sea su rol o status dentro de la organización; que todos, más allá de su función, puedan sentirse identificados, “incluidos” dentro. Esto se logra, según los autores, alcanzando un “reconocimiento subjetivo de un sentido general detrás de los motivos situacionalmente predominantes, sólo parcialmente institucionalizados, tanto propios como ajenos”¹⁰³.

En segundo lugar, “la totalidad de la vida del individuo, el paso sucesivo a través de diversos órdenes del orden institucional debe cobrar significado subjetivo”¹⁰⁴, es decir, que se debe agregar “un nivel vertical dentro del espacio de vida de cada individuo” al plano horizontal de integración, que tenga que ver con el propio recorrido de cada actor dentro de la institución, que en muchos casos determinará su comportamiento posterior.

Esto, llevado a una situación institucional concreta como la Catedral, podría encontrarse, en primer lugar, en la existencia de un elemento cohesionador en común: la Fe. Más allá del status institucional que cada actor tenga, la creencia en la resurrección de Cristo, en la vida después de la muerte, la veneración de santos, entre otras cosas, es común a todos los actores institucionales.

Individualmente, cada uno de ellos se integrará a la institución de acuerdo a su recorrido personal, y eso lo diferenciará del resto de los actores, pues no será lo mismo quien realizó sus estudios para ordenarse sacerdote que quien sólo concurre allí a rezar.

Ambas situaciones, el recorrido realizado por cada actor dentro de la Catedral y la existencia de un código común, insertan al individuo dentro de la institución.

2.5.2 El control institucional

Como se vio más arriba, el control institucional es fundamental para los territorios, puesto que de ello depende la supervivencia de la institución como tal.

¹⁰³ Ibid. Pp. 120-121

¹⁰⁴ Ibid. Pág. 121

Así como no puede separarse institución de territorio porque éste representa la realidad material de aquella, tampoco puede disociarse a la institución de las normas que la rigen, puesto que son, justamente, su fundamento constitutivo; si éstas fueran diferentes, la institución también lo sería. La institución no sólo es el espacio, sino también sus reglas.

Como señalan Berger y Luckmann, las pautas de comportamiento establecidas son vistas como una realidad objetiva, como algo dado de antemano, que se encuentra en los fundamentos mismos de la institución. En otras palabras, forman parte del estatuto de lugar, asentado a lo largo de la historia institucional.

Quienes actúan en un territorio conocen sus reglas y, en su mayoría, las respetan. Ya existían cuando ellos ingresaron, e ingresaron aceptándolas. Y no sólo eso, ingresaron en muchos casos por estar de acuerdo con ellas.

De todas formas, toda institución se vale de un sistema sancionatorio para evitar las transgresiones y los ataques a sus fundamentos que puedan provenir desde dentro o fuera de la misma.

Este sistema, que puede ir desde pequeños llamados de atención hasta la exclusión definitiva del grupo con la prohibición de ingreso al lugar, refuerza el carácter totalitario de las normas en cuestión.

Por supuesto que en estos casos se trata de las normas “generales” que rigen a la institución, cuya modificación implicaría una desnaturalización de las funciones específicas del territorio.

Para dar un ejemplo extremo, esto podría suceder si a la Catedral ingresa un grupo de chicos y se pone a jugar al fútbol en uno de los pasillos, y pretenden hacerlo a diario. Esta acción se enfrenta directamente con los fundamentos de ese espacio y, por supuesto, será reprimida de inmediato por los actores institucionales, e incluso por la fuerza pública.

En ese sentido, el Cura Párroco de la Catedral, **Fulano de Tal**, dio durante la entrevista un ejemplo real: en ocasiones encontraban detrás del ábside “gente que a veces se escondía, o linyeras que venían a dormir la siesta en el verano porque estaba más fresco”.

Por su parte, el Jefe de Guías del Museo, Adrián Casas, señaló que en aquel lugar “uno lamentablemente se encuentra con cualquier cosa, con situaciones desagradables, uno muchas veces va ahí atrás y no sabe que es lo que está pasando”.

La Catedral tiene como fundamento principal la propagación de la fe católica, y debe controlar que allí no ocurran transgresiones que afecten este propósito. En estos casos, el

control institucional es tajante, y no se permiten excepciones. Este tipo de vigilancia puede verse corporizado en la Catedral de La Plata a través de la guardia policial que trabaja dentro del templo.

Pero existen en toda institución transgresiones menores, en muchos casos no contempladas por los estatutos, pero que también deben ser controladas por la institución.

Estas prácticas no ponen en riesgo a la institución como tal pero desafían algunas de sus reglas, ciertos comportamientos que se desearían como ideales. Por lo general, son pequeñas “desviaciones” que no son advertidas por los grandes controles institucionales, puesto que se trata de confrontaciones subterráneas que están, en la mayoría de los casos, fuera del alcance de la vigilancia institucional.

De todos modos, para éstas también existe un complejo aparato normativo, conformado a través de la práctica, que intenta regular todo lo más que pueda esas conductas. Aquí la cuestión es más complicada, pues se trata de pequeñas acciones, a veces imperceptibles, que la institución debe controlar para evitar el desorden.

Estos mecanismos de control pueden traducirse en reglas explícitas, plasmadas en carteles en distintos puntos de la institución (“Se ruega no circular durante la Misa”; “No ingresar sin la compañía del Servicio de Guías”; etc.), o implícitas, que están latentes en las mismas prácticas.

A estas acciones se las puede explicar con lo que Michel Foucault llama “Micropenalidades”. Estas son “técnicas minuciosas siempre, con frecuencia ínfima, pero que tienen su importancia, puesto que definen cierto modo de adscripción política y detallada del cuerpo”¹⁰⁵.

Estos ardidés que operan desde los detalles son para Foucault terriblemente eficaces en el control de las conductas de las personas. Sutiles, las micropenalidades abarcan aquello que no entra en el Código Penal pero que puede infringir las mínimas normas de convivencia.

¹⁰⁵ Foucault, Michel. “Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión”. Siglo XXI Editores. 2006. Pág. 142



Hay en el templo una serie de reglas explicitadas. En el caso de la imagen, el cartel reza: “No pasar. Se permite el ingreso sólo con la compañía del servicio de Guías de la Catedral.

“En el corazón de todos los sistemas disciplinarios funciona un pequeño mecanismo penal. Beneficia de cierto privilegio de justicia, con sus propias leyes, sus delitos especificados, sus formas particulares de sanción, sus instancias de juicio. Las disciplinas establecen una ‘infra-penalidad’, reticulan un espacio que las leyes dejan vacío, califican y reprimen un conjunto de conductas que su relativa indiferencia hacía sustraerse a los grandes sistemas de castigo”¹⁰⁶.

Esas penas menores pueden ser ejecutadas en cualquier lugar y por cualquier persona, al igual que lo señala Goffman cuando habla de las “sanciones informales”: el delito, el juicio y el castigo pueden transcurrir en “dos gestos y una mirada”¹⁰⁷.

El verdadero poder de estas penalidades es que no requieren de un representante institucional para aplicarlas, sino que pueden ser administradas por cualquiera que conozca las reglas: el castigo es la sanción social, la vergüenza en público. El infractor puede recibir un llamado de atención, puede ser mirado desdeñosamente, etc.

En la Catedral, estas situaciones se repiten de manera constante: puede suceder con personas que miran a otras con reprobación a causa de su vestimenta; que piden silencio cuando están rezando; o que se muestran incómodos ante la presencia de “turistas” dentro del templo.

¹⁰⁶ Ibid. Pág.183

¹⁰⁷ Goffman, Erving. Op. cit. Pp. 118-120

Pero con esto sólo no alcanzaría para evitar cierto tipo de desviaciones o desafíos a las reglas. Entonces cabría preguntarse qué es lo que las hace tan efectivas. Y la respuesta está en el propio Foucault, y en sus conceptos de “Disciplina” y “Panoptismo”.

El filósofo francés se refiere a las disciplinas como “métodos que permiten el control minucioso del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad”¹⁰⁸.

La disciplina “fabrica cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos dóciles. La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo –en términos económicos de utilidad- y disminuye esas mismas fuerzas –en términos políticos de obediencia-”¹⁰⁹.

Para comprender cómo opera este sistema dentro de la Catedral, habría que pensar la relación no en términos generales, sino sujeto al microcosmos de esta institución en particular. Un cuerpo disciplinario no necesariamente tiene que ver con un sistema de normas aplicadas a la fuerza, sino con las pautas institucionales generadas a través del tiempo y aceptadas como normales por las personas que ingresan a una institución. En esto tiene mucha importancia el rito, en cuya práctica se pueden encontrar los principales fundamentos de la institución como tal.

Como señala Néstor García Canclini, el rito sirve “como práctica de reproducción social”, prácticas en las que “la sociedad reafirma lo que es, defiende su orden y su homogeneidad”¹¹⁰. En este sentido, las ritualizaciones “confirman las relaciones sociales y les dan continuidad”¹¹¹.

El rito católico por excelencia es la celebración de la misa, durante la cual se practican las principales doctrinas religiosas de la institución. El control y el ordenamiento espacial que la iglesia logra durante este momento son únicos: sólo en esa hora que dura la ceremonia la Catedral prohíbe cualquier tipo de circulación dentro del templo que no tenga que ver con el desarrollo de la misa. Se prohíbe circular por los pasillos y, además, se restringe el paso hacia la parte posterior del altar, adelantando los carteles de “Prohibido pasar” que siempre se encuentran a la entrada del ábside.

¹⁰⁸ Foucault, Michel. Op. cit. Pág. 140

¹⁰⁹ Ibid. Pág. 142

¹¹⁰ García Canclini, Néstor. “Culturas híbridas”. Sudamericana. Buenos Aires. 1992. Pág. 44.

¹¹¹ Ibid.

Durante la misa, la institución mantiene un control casi total sobre los cuerpos, al punto de ordenarles cuándo estar sentados o permanecer de pie, arrodillarse o avanzar hacia el altar. Este rito regula al extremo los comportamientos y el uso del espacio, bajo la idea de que el momento sagrado que se está viviendo no da lugar a discusiones.

El ritual de la misa ordena al extremo los espacios, los trabaja “de una manera mucho más flexible y más fina (...) A cada individuo su lugar, y en cada emplazamiento un individuo (...) Se trata de establecer las presencias y las ausencias, de saber dónde y cómo encontrar a los individuos, instaurar comunicaciones útiles, poder en cada instante vigilar la conducta de cada cual, apreciarla, sancionarla, medir las cualidades y los méritos”¹¹².

En la misa la iglesia reafirma el carácter sagrado de ciertos sitios y lugares, tales como el altar y el Santísimo, a los que se respeta más allá de esa celebración en particular.

Pero también puede encontrarse otro sentido a las ritualizaciones: el propio Canclini indica que los ritos también son “movimientos hacia un orden distinto, que la sociedad aún proscribe y resiste”. En este sentido, estas prácticas efectúan “en escenarios simbólicos, ocasionales, transgresiones impracticables en forma real o permanente”¹¹³.

Citando a Bourdieu, el antropólogo explica que “muchos ritos no tienen por función únicamente establecer las maneras correctas de actuación, y por lo tanto separar lo permitido de lo prohibido, sino también incorporar ciertas transgresiones limitándolas. El rito, ‘acto cultural por excelencia’ que busca poner orden al mundo, fija en qué condiciones son lícitas transgresiones necesarias e inevitables de los límites”¹¹⁴.

En este caso, un sólo ejemplo podría explicar este razonamiento: la organización, a cargo del Museo Catedral, de visitas guiadas a través del templo. Durante las mismas se rompen ciertas reglas, se da preponderancia a la “veta turística” de la Catedral y se permiten acciones que estarían totalmente vedadas en la misa: hablar en voz alta –lo hace el guía mientras le explica al grupo, y también los visitantes, cuando tienen alguna duda-, sacar fotos, recorrer ciertos espacios prohibidos, etc.

Durante la visita, el grupo –la institución permite un contingente de hasta 30 personas por vez y les cobra 2 pesos a cada una- recorre el templo desde la nave derecha hacia la izquierda, mientras el guía se detiene para explicar todos los detalles arquitectónicos e, incluso, aporta

¹¹² Foucault, Michel. Op. cit. Pág. 147.

¹¹³ García Canclini, Néstor. “Culturas híbridas”. Op. cit. Pág. 44.

¹¹⁴ *Ibid.*

datos históricos sobre la fundación de la ciudad. El contingente se detiene a escuchar las indicaciones del guía o se sienta en los bancos, sin guardar ningún tipo de orden. En otras palabras, actúan como un verdadero grupo turístico.

Si esta misma situación se repetiría, por ejemplo, durante una misa con un grupo de personas guiados por alguien que no perteneciese a la institución, probablemente serían seriamente reprendidos, y hasta expulsados del lugar.

Las ritualizaciones no sólo sirven para incorporar las transgresiones “diluidas” dentro las prácticas religiosas, sino que también regulan la apropiación de las figuras que se encuentran dentro de la Catedral para que sean tomadas como símbolos religiosos. Las tallas en madera de Leo Moroder, por ejemplo, son excepcionales y podrían estar en cualquier museo de arte por su estética y su grado de realismo. Pero están en la Catedral, y allí, más que las tallas en maderas, son el Cristo Crucificado y la Inmaculada Concepción. Así son “consumidas”.

Otra forma de regular los comportamientos de las personas es la disposición espacial. Es de este modo que en la Catedral se controlan los “tránsitos” de los concurrentes.

Al establecer una determinada distribución espacial, la institución puede controlar los recorridos, o por lo menos darle cierta previsibilidad. Esto se logra creando un “itinerario” a partir de la disposición de imágenes y objetos de veneración en diferentes puntos del templo.

Generalmente, en la Catedral de La Plata los visitantes pueden iniciar ese recorrido desde cualquiera de las naves laterales del templo. Si se comienza, por ejemplo, por la derecha, se encontrarán con la imagen de la Virgen de la Puerta, los confesionarios, el oratorio con los restos de Sor María Ludovica, un altar a la Virgen de Luján, la pira bautismal y la imagen de San José. Ambos recorridos conducen a la parte posterior del altar, donde se encuentra una pequeña capilla a la Virgen de los Dolores, antes de ingresar al ábside. Justamente ese es el lugar de paso obligado, ya que, como se consignó, el paso por el ábside quedó inhabilitado desde que allí se encontraron “cosas desagradables”.

Otro indicio de esta organización son los vitrales: cada uno representa una escena de la Biblia, y están ordenados de acuerdo a un criterio cronológico, que comienza con el Antiguo Testamento. Para seguirlos ordenadamente, los visitantes deberán comenzar a recorrer el templo desde la nave derecha.

El sacerdote Hernán Remundini señala que el lugar “está organizado para que la gente pueda venir, por eso en las visitas guiadas se van explicando distintas cosas de la Catedral, de la

construcción, etc. y eso también motiva, porque si la Catedral estuviera sola, habría gente que vendría porque igual es hermosa, pero al haber una organización, a través del Museo, de visitas guiadas todo es más enriquecedor”¹¹⁵.

“Los Templos son todos ellos un lugar de oración, pero también se han transformado en centros de irradiación de cultura, por eso hay que ayudar a que estas dos realidades convivan. También la Catedral tiene en el subsuelo una capilla que no es visitada por los turistas, que aquellos que buscan mayor recogimiento pueden ir allí: está abierta durante la tarde, y al mediodía, y allí hay misa, en un ambiente donde no hay mucha dispersión”¹¹⁶, indica Hernán Remundini.

Dentro de ese cúmulo de posibilidades es donde se mueven los concurrentes a la Catedral, y es en ese marco en el que se dan las negociaciones por los espacios.

Pero en la disposición espacial intervienen múltiples determinaciones: “al organizar las ‘celdas’, los ‘lugares’ y los ‘rangos’, fabrican las disciplinas espacios complejos: arquitectónicos, funcionales y jerárquicos a la vez. Son unos espacios que establecen la fijación y permiten la circulación, recortan segmentos individuales e instauran relaciones operatorias, marcan lugares e indican valores; garantizan la obediencia de los individuos, pero también una mejor economía del tiempo y los gestos. Son espacios mixtos: reales, ya que rigen la disposición de pabellones, salas de mobiliarios; pero también ideales, ya que se proyectan sobre la ordenación de las caracterizaciones de las estimaciones, de las jerarquías”¹¹⁷.

Foucault hace una separación entre el “territorio”, como “unidad de dominación”, y el “lugar”, como “lugar de residencia”. Es en el primero donde operan las relaciones mencionadas más arriba, relaciones que están atravesadas no sólo por cuestiones jerárquicas sino también por criterios arquitectónicos, que no siempre coinciden.

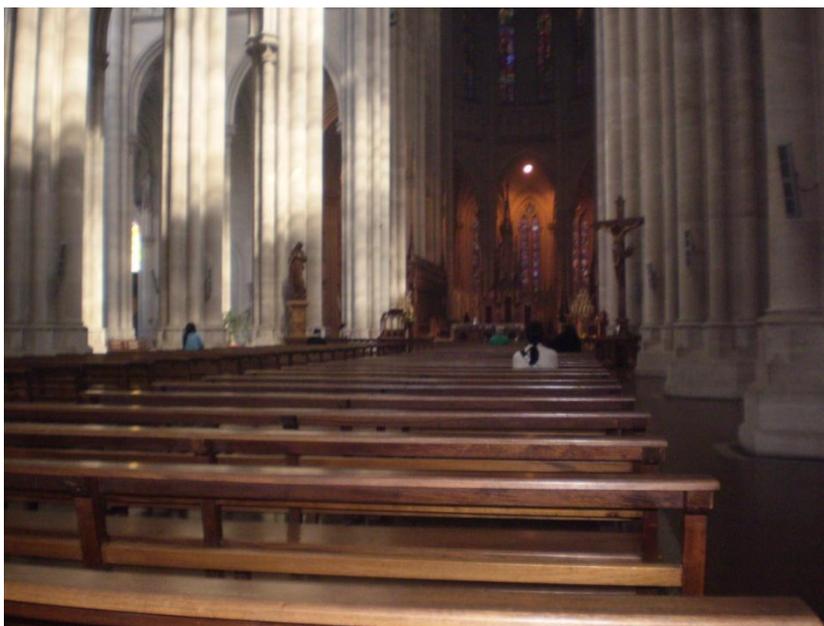
Realizando un comentario acerca de la distribución del espacio en la Catedral, el Cura Párroco manifestó que “puede ser que la Capilla del Santísimo no esté bien ubicada, eso es algo para pensar también, no siempre estuvo allí donde está ahora. Eso se hizo precisamente buscando un lugar más apropiado donde estuviera el Santísimo, donde no hubiera tanta dispersión.

¹¹⁵ Entrevista al sacerdote Hernán Remundini, Cura Párroco de la Catedral, realizada el 21 de noviembre de 2008. Ver anexos.

¹¹⁶ *Ibid.*

¹¹⁷ Foucault, Michel. *Op. cit.* Pág. 151

Antes estaba en el ábside, atrás del Altar, donde está la Virgen de los Dolores ahora, y es como que era un lugar muy de paso, circulaban los contingentes, entonces era una complicación. Pero tampoco sé si el lugar donde está es muy apropiado, a mí personalmente me parece que debería haber otro lugar, además es un lugar muy chico, pero los arquitectos y toda la gente que sabe de esas cosas consideraron que por ahora estuviera allí. Antes de estar en el fondo estuvo en el altar del Santísimo, donde ahora no hay nada, pero era un lugar más de paso todavía¹¹⁸.



Desde lo arquitectónico, la Catedral propone un cierto tipo de recorrido.

Como se ve, las disciplinas operan en los comportamientos desde lo ritual y arquitectónico, estableciendo ciertas pautas. Pero no son las únicas que trabajan así.

Otra cuestión central a tener en cuenta a la hora de abordar el control institucional es el panoptismo. Si bien nunca es fácil estudiar a Foucault o trasladar sus conceptos para explicar algunas cuestiones particulares sin caer en el error, es pertinente, por las características observadas en la Catedral de La Plata, utilizar esta categoría, central para el pensamiento del filósofo francés.

¹¹⁸ Entrevista al sacerdote Hernán Remundini, Cura Párroco de la Catedral, realizada el 21 de noviembre de 2008.

Basado en el libro del arquitecto inglés Jeremy Bentham¹¹⁹, quien estableció un sistema carcelario para hacer más eficiente el control de los presos a partir de crear en éstos la sensación de la vigilancia permanente, Foucault señala que “con el panoptismo, tenemos la disciplina-mecanismo: un dispositivo funcional que debe mejorar el ejercicio del poder volviéndolo más rápido, más ligero, más eficaz, un dispositivo de coerciones sutiles para una sociedad futura”¹²⁰.

La cárcel de Bentham consiste en una construcción circular, en el medio de la cual se erige una gran torre de vigilancia. Todas las celdas invariablemente dan hacia el patio interno, de manera tal que desde la torre se tenga una visión total de cada una de ellas y se puedan registrar todos los movimientos de las personas que las ocupan, sin que estos puedan ver a quienes ocupan el puesto de vigilancia. Así, el prisionero no sabrá cuándo se lo mira, pero tendrá la certeza de que siempre puede ser visto.

Ante esto, Foucault señala que “el poder debe ser visible: en el panóptico, el detenido tendrá ante sus ojos la elevada silueta de la torre central desde donde es empleado; e inverificable, el detenido no debe saber jamás si en aquel momento se lo mira, pero debe estar seguro de que siempre puede ser mirado”¹²¹.

Para el filósofo francés, “el que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí mismo la relación de poder en la que juega los dos papeles, se convierte en el principio de su propio sometimiento. Por ello, el poder externo puede aligerar su peso físico, tiende a lo incorpóreo, y cuanto más se acerca a este límite, más constantes, profundos e incesantemente prolongados serán sus efectos”¹²².

Ahora bien, ¿dónde se encuentran, en la Catedral, estas cuestiones? En primer lugar, hay que detenerse en su estructura arquitectónica. Las características de la Catedral ayudan a pensar en una estructura panóptica por el modo de circulación que propone.

El recorrido, como ya se consignó, puede empezar desde la entrada por cualquiera de las dos naves laterales, y se interrumpe antes de llegar al ábside para desviarse por la capilla de la

¹¹⁹ Benthan, Jeremy. “El Panóptico”. Buenos Aires. 2004.

¹²⁰ Foucault, Michel. Op. cit. Pág. 212

¹²¹ Foucault, Michel. Op. cit. Pág. 205.

¹²² Foucault, Michel. Op. cit. Pág. 206.

Virgen de los Dolores y continuar por el otro corredor. Es decir, se da un recorrido circular a través del templo.

En cuanto a las formas de ser “mirados” dentro del templo, se pueden tomar varios ejemplos. En primer lugar está el altar, ubicado en medio del edificio, de manera de tener un campo de visión casi completo –no hay que olvidarse que durante la celebración de la misa, los carteles de “Prohibido pasar” llegan hasta delante del altar, de manera que el sacerdote tiene a toda la gente delante de él-; el coro, en las alturas sobre la entrada principal, desde donde se puede tener una vista panorámica del lugar; y dos elementos simbólicos muy fuertes: el rosetón y la torre central.

Esta última, ubicada sobre el altar, es la principal fuente de luz natural del templo, y está construida de manera tal que durante gran parte del día, la luz caiga directamente sobre el templo. Esto significa, según las lógicas del estilo gótico, el ingreso de Dios al templo. O, si se quiere, la mirada de Dios sobre el recinto, fuente de una vigilancia constante.

En tanto, desde el coro se puede ver casi la totalidad del templo, y sólo quedaría fuera de la vista el ábside que justamente, como reconocen los propios responsables institucionales, está cerrado al paso por ser muy difícil de controlar: es que, desde una visión panorámica como aquella, ese sería el único sitio del templo que quedaría afuera de todos los controles.

Para esa falta de visibilidad hay una solución: el control policial. Según el Padre Remundini, las guardias permanentes se establecieron en el templo porque “es un edificio público. Eso es lo que hace que la catedral esté siempre abierta. Hoy en día roban muchísimo, es lo que les pasa a las parroquias, entonces hay muchas que no pueden costear una seguridad privada, por eso muchas veces tienen que cerrar y abrir solamente para los momentos de la Misa o poner unas rejas, de manera tal que la gente pueda rezar desde las rejas”.¹²³

La seguridad dentro de la Catedral es de la policía bonaerense porque “es un edificio público, que depende del ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires”.¹²⁴

De esta forma, el control policial suple aquello que no puede ser controlado por la institución. Por ejemplo, durante la festividad de Semana Santa, tras el rezo de Laudes un Sábado Santo, ingresó al templo una mujer humilde, se persignó y se sentó en un banco, murmurando algo.

¹²³ Entrevista al sacerdote Hernán Remundini, Cura Párroco de la Catedral, realizada el 21 de noviembre de 2008. Ver anexos.

¹²⁴ *Ibid.*

Al minuto entró tras ella una oficial de policía y le entregó media rosca de pascua y una botella de vino u otra bebida alcohólica y le dijo “esto no se puede dejar afuera”.



La bóveda de luz, desde donde ingresa “la mirada de Dios” sobre el Templo.

La oficial de policía no sabía qué hacer con la mujer, y prefirió irse. En tanto, la anciana dejó lo que le había entregado en el piso, murmurando.

Cuando terminó el oficio, todos los que se conocían comenzaron a saludarse. La mujer humilde se quedó un rato sentada, y a algunas personas se las notaba incómodas con su presencia. La organizadora de la celebración realizó un comentario al respecto, haciendo un gesto de desagrado, seguramente por el vino y la rosca.

Luego vio a la mujer policía y se paró para saludarla, y no se privó de hacer otro comentario sobre la mujer humilde, que minutos antes había dejado el vino y la rosca sobre la imagen de la Virgen, y se fue diciendo: “lo dejé ahí porque no me lo puedo llevar, se lo tengo que dejar a la virgencita”.

La policía miró la botella y el paquete con la media rosca, hizo un gesto de desenfado, pero no lo sacó de ahí, parecía esperar que no quedara nadie para hacerlo¹²⁵.

Esto indica que, debido a la dinámica institucional, algunos oficiales ya no sólo cumplen la tarea mencionada por el sacerdote, sino que también pueden intervenir para “poner orden” en cuestiones que hacen al equilibrio interno de la institución, pero donde no interviene una cuestión legal, ya que se tratarían de aquellas “pequeñas desviaciones” de las que se habló más arriba.

¹²⁵ Relatoría de la Observación Participante. Ver anexo.

2.6 Espacios y fronteras.

Como ya se mencionó, la Catedral de La Plata se encuentra situada en el centro geográfico de la ciudad, y es una de los edificios pilares, en torno al cual se fue constituyendo el ejido urbano.

Frente a ella se erige la Plaza Moreno, a la que se podría denominar, en lo que a espacios públicos respecta, su “antítesis”. Ante esto, surgen dos preguntas: ¿Cómo conviven estos dos grandes sitios, tan diferentes entre sí, en un mismo espacio geográfico?, y ¿cómo puede evitarse que ambos se “mezclen”? Concretamente, lo que buscan estos interrogantes es rastrear por qué, a pesar de la cercanía, un espacio público como la plaza no “contamina” con sus prácticas a un territorio cerrado como es la Catedral.

Para encontrar una respuesta a esto hay que rastrear cuál es la “frontera” entre ambos espacios, que permita diferenciar a unos de otros.

En primer lugar está la calle 14, que en ese tramo se convierte en avenida, y es muy transitada por vehículos y colectivos. Aquí se encuentra una primera “barrera” para delimitar ambos espacios, amplificada por el hecho de que para cruzar hacia la Catedral desde la plaza –o a la inversa- sólo hay habilitados pasos peatonales en las calles 51 y 53, lo que impediría –no siempre- que se acceda directamente desde el centro del paseo público.

Si bien parece un detalle sin trascendencia, la calle 14 marca una diferenciación bien clara entre el espacio público-plaza del territorio-Catedral, y una vez que se atraviesa esa frontera se está en un espacio totalmente diferente, con otras lógicas de comportamiento.

El carácter fronterizo es tan fuerte, que durante los festejos por el 126 aniversario de la ciudad, el 19 de noviembre de 2008, cuando allí se interrumpe el tránsito para dar lugar a las celebraciones oficiales, que incluyen recitales al aire libre en la Plaza, la calle permanecía desolada: muy poca gente caminaba por allí o se animaba a sentarse en el cordón de la vereda, y daba la sensación que lo único que la convertía en peatonal era la falta de autos¹²⁶.

Esto es muy interesante para estudiarlo con detenimiento: en la plaza Moreno estaba centrada la fiesta, con cientos de personas que paseaban y escuchaban a los artistas. Más allá, en la Catedral, se había producido en los jardines y escalinatas una lógica similar. Pero entre ambos

¹²⁶ Ibid.

sectores, cuya gente pertenecía a la misma fiesta, había una gran brecha de asfalto que separaba todo.

Es tal el “respeto” que existe, que un padre que venía con su hijo de la mano, al cruzar la calle le quiso hacer una broma y le gritó “guarda con el auto”, y el chico se frenó de golpe, asustado.

Esto tiene que ver, también, con el “estatuto de lugar”, marcado al inicio de este capítulo, acerca de los usos y comportamientos históricamente determinados de ciertos espacios públicos.



La calle 14 constituye una “frontera” entre la Catedral y la Plaza Moreno.

Ahora bien, como se comentó antes, el día del aniversario de la ciudad, mucha gente estaba tomando mates en los jardines de la Catedral, costumbre que no sólo se da en los días festivos, sino que es una postal repetida durante la primavera y el verano, sobre todo con chicos que salen del colegio y se reúnen allí.

Esto significa que la calle 14 no es una “barrera” suficiente como para interrumpir algunas de las prácticas que se dan en la Plaza, por lo que podría establecerse una segunda frontera, ésta más sólida que la primera. Se trata de las escalinatas y el atrio de la Catedral, último sitio antes de ingresar al templo. Allí se evidencia una ruptura definitiva entre el afuera y el adentro, con sus propias lógicas institucionales.

Las escalinatas marcan el límite antes de ingresar a la Catedral a través del desplazamiento espacial, ya que una vez cruzada esa frontera la calle queda “lejos”, varios metros hacia abajo; y del comportamiento de las personas: quien se dirige hacia allí sabe que va a ingresar a un templo y conoce –aunque nunca haya pisado la Catedral- cuáles son las normas.

Una forma sencilla de darse cuenta de esa ruptura entre el adentro y el afuera tiene que ver con la desaparición progresiva de los ruidos: a medida que uno avanza hacia adentro, va disminuyendo en intensidad el sonido de los colectivos, de las bocinas de los autos y del ajeteo típico que se produce en la calle, hasta ingresar al silencio casi absoluto del templo. Una vez adentro, cualquier concurrente a la Catedral puede tener la sensación que allí afuera no hay nada de eso que acaba de dejar atrás, cuyo ruido apenas se filtra como un leve murmullo.

Pero las escalinatas, al estar aún en contacto con el exterior, dejan lugar a cierto tipo de “transgresiones”, y generalmente hay chicos que se sientan allí a charlar, mientras que otros practican deportes.

Por ello, el último límite entre la Plaza y la Catedral es el atrio. Este espacio ya pertenece definitivamente al templo, pero continúa siendo una suerte de enlace con el exterior, puesto que desde allí aún se puede ver el movimiento de afuera, mas no lo que sucede dentro.

El atrio funciona también como una suerte de preparación para ingresar al templo: allí aparecen las primeras “instrucciones” acerca del comportamiento que se debe tener adentro, una de las pocas que la institución marca por escrito. A un costado de ambas puertas de ingreso se puede leer un cartel que reza: “*Señores visitantes: se ruega favor mantener el decoro en el vestir, no ingresar con short, musculosa o similares. Cura Párroco*”.

Hernán Remundini, cura Párroco de la Catedral, explicó que el cartel se puso porque “siempre hay gente que busca transgredir las normas. Una vez le tuvieron que decir a una chica que venía vestida de una manera escandalosa que a la Catedral no se podía entrar de esa manera. Venía vestida tipo como en bikini, entonces el que está encargado de la seguridad le dijo ‘mire, discúlpeme’, y ahí se generó un altercado de palabras. Pero bueno es un caso, en general la gente es respetuosa, todavía, de los lugares sagrados”¹²⁷.

¹²⁷ Entrevista al Padre Hernán Remundini, cura Párroco de la Catedral de La Plata, realizada el 21 de noviembre de 2008. Ver anexos.

En definitiva, las fronteras entre el espacio público y el institucional se van reforzando mientras aumenta la proximidad con el templo: comenzando con la calle, siguiendo por las escalinatas, y concluyendo en el atrio, en donde se marcan ya pautas de comportamiento precisas, y aparece la primera marca institucional clara.

El resto de los espacios, como toda frontera, poseen aún ciertos rasgos de “hibridaciones”, en donde lo cotidiano y lo sagrado conviven aún, sin la intervención de un poder especial que los regule.



Las escalinatas de la Catedral.



Capítulo 3:

Los Cuerpos: “Turistas” y “Feligreses” en la Catedral



3.1 La determinación institucional

Como ya se señaló en el capítulo anterior, los espacios determinan en algún punto los comportamientos de las personas que en ellos interactúan, sobre todo aquellos cuyo estatuto de lugar depende del cumplimiento de ciertas reglas.

Todo espacio público cuenta con normas de comportamiento, por más mínimas que éstas sean, que apuntan a hacer cumplir cierta “expectativa” que existe acerca de las funcionalidades del lugar.

La rigurosidad de estas reglas dependerá del lugar en cuestión: en los espacios institucionalizados, el control es más estricto debido a la necesidad del grupo que controla el territorio de mantener su propio orden. Aquí las acciones de los concurrentes estarán limitadas a las reglas propuestas por la institución, y si no las cumplen serán sancionados.

De todos modos, el sujeto que interactúa en este tipo de instituciones generalmente conoce esta situación, y en su accionar se ajusta a ellas. Como señala Stuart Sigman, interactuar en un contexto institucional “implica el dominio –generalmente implícito- de las reglas para una apropiada conducta”¹²⁸.

Al realizar un estudio sobre un geriátrico de Estados Unidos en la década del '70, Sigman detalló que en ciertos espacios institucionales el conocimiento de las reglas internas garantiza la “supervivencia” de los actores: “el seguimiento o la desviación de estas reglas tiene consecuencias en las definiciones de situación, rol, relación social, etc., que otros miembros institucionales le conceden”¹²⁹.

Para graficar esto, el autor cita a Erving Goffman, quien señala que “pequeños segmentos de la línea de actividad de una persona pueden estar sometidos a regulaciones y juicios por parte del personal; en la vida del interno hay una penetración constante de una interacción sancionadora desde arriba, especialmente durante el periodo inicial de estancia, antes de que el interno acepte las regulaciones instintivamente”¹³⁰.

Pero no siempre esta “adhesión” a las reglas institucionales de un territorio tiene que ver con una obligación: en los espacios institucionales en los que –a diferencia del asilo del ejemplo de Sigman- las personas participan por decisión propia, las normas son aceptadas, en

¹²⁸ Sigman, Stuart. Op. cit. Pág. 268

¹²⁹ *Ibid.* Pág. 270

¹³⁰ *Ibid.* Pág. 273

ocasiones, porque existe la creencia de que son verdaderamente válidas. El proceso de por qué puede llegarse a ello ya fue explicado en el capítulo anterior.

De todos modos, existen ciertas desviaciones y desafíos a las reglas establecidas, que generan tensiones entre las personas que concurren a los espacios y la institución que regula ese sitio.

En este caso se puede ver que el accionar de los “cuerpos” en los “espacios” no es el de una simple supeditación absoluta a las reglas impuestas, sino que existen ciertos desafíos que a veces “ponen en crisis” esas normas, y otras veces pasan desapercibidos por no representar un peligro real para la institución.

Más adelante se verá en qué situaciones se producen este tipo de tensiones y cómo intervienen ambos factores, estableciendo una relación de fuerzas interesante, que puede llegar a producir cambios estructurales en la institución.

Pero antes habrá que detenerse en aquellos casos en los que la “determinación institucional” juega un papel preponderante. Se trata de pequeñas reglamentaciones establecidas por la institución que son respetadas sin cuestionamientos por parte de los concurrentes: pedidos de silencio, recomendaciones sobre vestimenta, establecimiento de ciertos recorridos, etc.

En este sentido, se pueden encontrar ejemplos repetidos en torno al cartel de “Prohibido Pasar” ubicado en el ingreso al ábside e interrumpe el recorrido circular por el templo debido a que allí, según los actores institucionales consultados, “ocurrían cosas desagradables”.

Una tarde, recorría el templo una mujer y una pareja de chicos. Al llegar a ese sector, la mujer ingresó a la capilla de la Virgen de los Dolores, que se encuentra detrás de la sillería del Coro de Canónigos. Los chicos la esperaron en el ingreso, justo delante del cartel que imponía la prohibición.

En un momento, el joven se paró al lado del cartel mientras la chica, nerviosa, le decía que se corriera de ahí, que estaba prohibido. El chico, riendo, dio un paso hacia delante, pasando el cartel, y se volvió.

Esta situación llama la atención por cómo se “teme” a esas reglas impuestas y como la prohibición caló tan fuerte en la chica, al punto de ponerse visiblemente nerviosa por el accionar de su compañero quien, con su actitud desafiante, también muestra esa aceptación –o validación- de las reglas, ya que se creyó “transgresor” por dar un paso más allá del cartel¹³¹. Probablemente no hubiera sucedido nada si el joven daba dos pasos más hacia adelante, pero

¹³¹ Relatoría de la Observación Participante. Ver anexo.

la carga simbólica que tuvo esa prohibición generó una gran tensión entre ellos, y un visible nerviosismo por parte de la chica.

A veces, estos pequeños desafíos no hacen otra cosa que reconocer la validez de las reglas dándoles entidad, pues el propio intento de transgresión supone la aceptación de que allí hay un límite.

Otro ejemplo parecido ocurrió durante la celebración de una Misa, cuando el cartel se encuentra más adelante, sobre la línea del altar. Esta vez, un niño de dos o tres años, a quien probablemente sus padres le habían advertido que no pasara por allí, se acercaba al límite, mirándolos y riéndose. Finalmente, se asustó cuando dos monaguillos fueron a buscar algo a la sacristía y pasaron cerca de él, y se volvió con sus padres¹³².

Pero también los controles institucionales operan a veces sin la intervención de indicaciones: algunas disposiciones simplemente “atraviesan” los cuerpos, se encuentran instaladas en su memoria a pesar de que no exista una norma o disposición explícita al respecto.

Por ejemplo, una tarde ingresó a la Catedral una madre con cinco chicos. Desde afuera se sentía el bullicio, pero al cruzar la puerta de entrada, los niños hicieron silencio. Durante su estancia en el templo, los nenes caminaban sigilosamente, exagerando sus movimientos para no emitir el menor ruido, y hablaban entre ellos en voz muy baja.

Pero en un momento de su visita cruzaron una puerta de vidrio que se encuentra sobre la nave izquierda, y que permite salir hacia calle 53, y allí, instantáneamente, comenzaron a correr y a gritar. Cuando volvieron a entrar -salvo por leves risas-, hicieron nuevamente silencio¹³³.

Otra situación llamativa se dio con una niña que, parada frente al altar de la Virgen de Luján con su madre, sacó un monedero y puso una moneda de 5 centavos en la urna de las limosnas. Al verla, la madre le reprochó “¿tan poco?”, pero ella le respondió: “Y bueno má, por lo menos colaboro con la Iglesia de Dios”¹³⁴.

En todos estos ejemplos se nota claramente cómo la “determinación institucional” actúa de alguna manera sobre los comportamientos de las personas, al punto de regular su accionar frente algunos espacios, por temor a ser sancionados. En estos casos no sólo interviene la posibilidad de no “cumplir” con lo establecido para encajar en el grupo, como podría suceder

¹³² Ibid.

¹³³ Ibid.

¹³⁴ Ibid.

en el ejemplo de los ancianos en un asilo, sino, quizás, el miedo a una posible sanción, a una amonestación recibida en público.

El hecho de desafiar ciertas normas, como sucede en los ejemplos del cartel de “Prohibido Pasar” implica también el reconocimiento de esas normas como válidas, ya que desde el momento mismo en que se intenta “transgredirlas”, aunque más no sea para asustar a quien se tiene al lado, se les da entidad como tal.

Todos estos comportamientos –tanto los de quienes aceptan las normas como de quienes intentan desafiarlas- deben ser vistos y estudiados teniendo en cuenta las reglas institucionales que intervienen en ese espacio, la mayoría de las cuales fueron abordadas en el capítulo anterior. Más allá de las discusiones que pueda haber en torno a la apropiación del espacio, todas ellas se encuentran englobadas dentro de las normas que propone la Catedral.

3.2 Los roles dentro de la institución

Dentro de cualquier institución existen diferentes tipologías de roles, es decir, distintas figuras “institucionales”, independientes de las personas que eventualmente ocupan ese lugar.

Como señalan Berguer y Luckmann, “la institución misma tipifica tanto a los actores individuales como a las acciones individuales. La institución establece que las acciones del tipo X sean realizadas por actores del tipo X”¹³⁵.

Como ya se indicó, los autores mencionan que “todo comportamiento institucionalizado involucra roles”¹³⁶ que ejecutan las acciones “habitualizadas” generadas en un proceso de institucionalización.

Quitando aquellas figuras relacionadas directamente con la organización formal de la institución, tales como las autoridades eclesiásticas y civiles, en la Catedral pueden reconocerse dos tipos de roles: los “feligreses” y los “turistas”, identificados los primeros con aquellas personas que se acercan al templo de forma asidua para realizar una oración, recorrer algunas imágenes y retirarse; y los segundos con quienes recorren el templo por su interés turístico, deteniéndose en los sitios de mayor simbología, tomando fotografías, etc.

Dentro del primer grupo podría hacerse una subdivisión entre los feligreses que concurren sólo a participar de las celebraciones o a orar un momento y el “staff permanente”¹³⁷, que colabora en la organización de los eventos y generalmente se destaca en ellos por su participación activa.

Estos dos tipos de roles se pueden identificar dentro de la institución de diferentes formas. Los “feligreses”, por ejemplo, entran a la Catedral y van directamente a sentarse en un banco, o a arrodillarse frente a una imagen. Allí se quedan un momento, rezando, y tras ello vuelven a salir, aunque quizás en el camino se persignan frente a alguna imagen¹³⁸.

En muchos casos estos roles están bien diferenciados, pero en otros las fronteras son más difusas y los visitantes pueden sentarse a “rezar” además de recorrer el lugar, o viceversa.

En el caso de estos últimos, generalmente se distinguen por llevar un paso tranquilo, expectante. Van mirando todo a su alrededor, sacan fotos y comentan diferentes aspectos del

¹³⁵ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. Op. cit. Pág. 76

¹³⁶ *Ibid.* Pág. 78

¹³⁷ Relatoría de la Observación Participante. Ver anexo.

¹³⁸ *Ibid.*

Templo. A veces se detienen en algunas imágenes, se hacen la señal de la Cruz, y continúan caminando¹³⁹.

Un ejemplo de ello, ocurrido en una visita el 12 de marzo de 2008, es el siguiente: un grupo de tres personas caminaba por la nave derecha de la Catedral, charlando, mirando imágenes, sacando fotos. Su actitud fue muy rara, porque no hacían el recorrido como el que propone la institución, sino que iban y venían por ese mismo pasillo, y uno de ellos les señalaba cosas a los otros dos, quienes se limitaban a seguirlo y mirar. El “guía” se detenía a mirar las imágenes, aunque en una actitud muy rara. En un momento, cuando se arrodilló frente al Cristo Crucificado, miró para atrás, donde estaban sus amigos, y estos les tomaron una foto “rezando”¹⁴⁰.

En líneas generales, los “feligreses” son casi siempre gente de paso, que sale o entra del trabajo, la facultad, etc., o personas mayores que van allí a rezar. Los “turistas”, en cambio, visitan el lugar con más tiempo, exclusivamente para conocer el templo o mostrárselo a otros. El 18 de marzo de 2008, al consultar a una religiosa respecto de si la Catedral era un buen lugar para ir a rezar, respondió lo siguiente:

- Como lugar es muy lindo, pero hay otra Iglesia que es San Ponciano, que es la segunda después de ésta.

-Acá es lindo, pero se ve que viene mucha gente a visitar, ¿no?

-Sí, no es un mal lugar, pero muchos vienen por el atractivo turístico¹⁴¹.

Esto demuestra también que, desde la visión de los responsables institucionales, el templo como lugar turístico ocupa un lugar muy importante.

Durante la entrevista, el sacerdote Hernán Remundini, señaló que “a la Catedral concurren todo tipo de personas. Están aquellos que vienen movidos por un espíritu religioso o de piedad, aquellos que cuando van a trabajar entran a hacer una oración o una visita al Santísimo, y aquellos que vienen a participar de los ritos, a los bautismos, a los casamientos, a las misas, por supuesto”¹⁴².

Dentro del grupo de los “feligreses”, como se mencionó, se encuentra el “staff permanente” y los visitantes ocasionales, quienes participan de los ritos, mas no de su organización.

¹³⁹ Ibid.

¹⁴⁰ Ibid.

¹⁴¹ Ibid.

¹⁴² Entrevista al sacerdote Hernán Remundini, Cura Párroco de la Catedral, realizada el 21 de noviembre de 2008. Ver anexos.

Al respecto, el sacerdote indicó que “las personas que vienen a las misas podríamos decir que son el ‘staff permanente’ de gente que está vinculada a la Catedral, algunos por cercanía espacial, porque viven en la zona y otros porque el ámbito edilicio de la Catedral los ayuda más a la vivencia de su Fe”¹⁴³.

Esta condición se hace notar en la celebración de los ritos más significativos para la institución: los integrantes de este subgrupo participan activamente de la organización de los eventos más importantes, incluso –si la situación lo requiere- con varios días de antelación, organizando hasta los pequeños detalles, bajo la supervisión de algún sacerdote.

En las misas, ellos son los que leen las lecturas de la Biblia, pasan el canasto de la ofrenda, llevan las Especies –el pan y el vino que, según el rito, serán convertidos en “Cuerpo y Sangre de Cristo”- al altar, participan de los cantos, etc. Y en las ocasiones especiales, su presencia se hace notar aún más.



Los visitantes pueden dividirse entre “feligreses”, y los “turistas”.

Ejemplo de ello podría ser la observación participante realizada en la Lectura de Salmos y Laudes, del Viernes Santo de 2008: “llegué cuando la ceremonia ya había comenzado. Ni bien notó mi presencia, una mujer que estaba sentada en la tercera fila me alcanzó una guía y me indicó por donde estaban leyendo, incorporándome enseguida al grupo.

¹⁴³ Ibid.

Los celebrantes eran tres: un sacerdote que estaba sentado delante; y una monja y una mujer que estaban detrás de todos, a un costado del altar mayor, tocando el órgano y cantando.

Me pareció notar que el cura me miró un par de veces, como notando una presencia extraña. Eso es el indicio de que a ese tipo de eventos concurre siempre la misma gente, y aquellos que no pertenecen a ese grupo se ‘destacan’ enseguida”¹⁴⁴.

Esta presencia se nota también en la ubicación de las personas: los “estables” –había varias personas que se destacaban porque hablaban entre ellas al final del oficio, saludaban al sacerdote y seguían debatiendo preparativos para más adelante- estaban en los primeros cinco bancos.

“Al terminar el oficio, los fieles estables se quedaron charlando por grupos durante varios minutos, reafirmando que ese era su territorio y su momento. Una mujer, cuyo marido leyó parte de la ceremonia, se levantó y recogió los devocionarios, repitiendo a cada uno de los ‘extraños’ que ‘mañana rezamos nuevamente a la misma hora’”¹⁴⁵.

Podría decirse que este grupo de personas es el que más se destaca dentro de la Catedral, por su cercanía con las autoridades de la institución, y por participar de todos los eventos que allí se realizan.

Existe aquí un interesante juego de poderes por la ocupación de los espacios, que se da internamente entre los diferentes tipos de “usuarios” que circulan por la institución, al margen de la lucha por la apropiación del lugar entre “los cuerpos y los espacios”, pero siguiendo las mismas características de ella. Esta lucha tiene que ver con la significación y el uso que pretende darle cada grupo a la Catedral de La Plata: los “feligreses” –incluidos los integrantes del “staff permanente”- luchan por mantener al templo como un sitio sagrado, mientras que los “turistas” intentan modificar el uso de los espacios para satisfacer su “curiosidad”.

Estas situaciones se pueden encontrar todos los días en el templo. Por ejemplo, en una de las primeras observaciones participantes, el investigador adoptó el rol de “turista” para recorrer el templo.

Al ingresar, se paró frente a la Virgen de la Puerta, donde había una persona rezando, moviendo los labios con un susurro apenas audible. Se puso en una posición deliberadamente molesta, parado detrás de ella, mirando con curiosidad la imagen, estudiándola. La mujer

¹⁴⁴ Relatoría de la Observación Participante. Ver anexo.

¹⁴⁵ *Ibid.*

comenzó a incomodarse, y ya su posición de rezo cambió: no movía más los labios y estaba rígida.

En el relicario de Sor Ludovica una mujer también rezaba: lo hacía en voz baja, moviendo frenéticamente un rosario que tenía en sus manos. Al notar otra presencia en el lugar, dejó de rezar y de mover el rosario. Se había quedado quieta, y miraba la imagen de Ludovica¹⁴⁶.

Otro día, durante una “visita fotográfica” al templo, mientras tomaba fotos detrás del altar, una mujer que rezaba a la Virgen de los Dolores se molestó por la intromisión, al igual que, al fotografiar el Cristo Crucificado de Leo Moroder, dos chicas que rezaban en los primeros bancos miraron como calculando qué iba a hacer el fotógrafo, pues el hecho de tener una cámara parecía ser “peligroso”.

Finalmente, cuando el investigador tomaba unas fotos del altar desde la entrada al templo, se paró al lado de una mujer que rezaba en uno de los bancos, y esta vez fue él mismo quien sintió la “incomodidad” de estar interrumpiendo un momento de oración, por lo que actuó sigilosamente, casi con vergüenza¹⁴⁷.

La “molestia” por parte de quienes están rezando ante la irrupción de un turista tiene que ver como una reivindicación propia que los feligreses hacen del espacio, sancionando a aquellos que quieren transformarlo en un sitio “de paseo”.

Los feligreses quieren reservar para sí la utilización del espacio sagrado de la Catedral, sin la interrupción de grupos que puedan llegar a quebrar el clima religioso que prima en el templo. Pero al no poder “vedar” el uso del lugar para fines turísticos, deben diferenciarse del resto de los grupos, a partir de ocupar los sitios de otro modo.

Aquí es interesante utilizar el concepto de “distinción” esbozado por Pierre Bourdieu. Si bien el sociólogo francés acuñó este término para explicar el consumo de bienes culturales como una forma de diferenciación por parte de las elites, el mismo podría trasladarse a la ocupación de los espacios por parte del “staff permanente” de la Catedral.

Antes que nada, vale la pena explicar el concepto: Néstor García Canclini señala que “en sociedades modernas y democráticas, donde no hay superioridad de sangre ni títulos de nobleza, el consumo se vuelve un área fundamental para instaurar y comunicar las diferencias. Ante la relativa democratización producida al masificarse el acceso a los productos, la

¹⁴⁶ Ibid.

¹⁴⁷ Ibid.

burguesía necesita ámbitos separados de las urgencias de la vida práctica, donde los objetos se ordenen –como en los museos- por sus afinidades estilísticas y no por su utilidad”¹⁴⁸.

Esto significa que la sociedad siempre genera las condiciones para que el grupo predominante, de una u otra forma, pueda “destacarse” del resto. Ante cada avance hacia una cierta “equiparación” de las condiciones produce nuevas necesidades a partir de las cuales lograr la “distinción”.

Ahora bien, ¿cómo encaja esto en la disposición de los espacios en la Catedral de La Plata? La distinción aquí reside en el hecho de que los grupos puedan “utilizar” de un modo diferente los espacios, explotando la significación religiosa que ellos encierran. Para poder explicar bien esta situación, conviene hacer un poco de historia: en la antigüedad, los templos judíos tenían ciertas reglas de acceso de acuerdo a la jerarquía religiosa y la condición social. El templo estaba dividido en varios compartimentos, a los cuales se podía acceder de acuerdo al rango que se ostentaba. Así, sólo el sumo sacerdote y el Rey podían llegar al cuarto principal, mientras que la mayoría de las personas debía quedarse en la primer recámara, o incluso afuera.

Estas diferencias se fueron borrando hasta la actualidad, donde no existen restricciones jerárquicas ni sociales.

De todos modos, sigue siendo necesario, sobre todo para el grupo de feligreses más allegado a la institución, establecer ciertas pautas de apropiación del espacio que los diferencien del visitante ocasional.

En este caso, la distinción no estará dada por la apropiación en exclusiva de algunos sitios ni por la restricción del ingreso a algún grupo, sino por la utilización “cualitativa” de los espacios.

En esto interviene el conocimiento de todos los ritos, la utilización de un lenguaje común, la cercanía a las instancias institucionales y el reconocimiento de éstas hacia la labor realizada por el grupo, etc. Todos estos factores marcan, de alguna manera, que estas personas sean consideradas “usuarios especiales” del templo, frente al visitante ocasional cuya implicación con el espacio no va más allá de un recorrido turístico.

Según esta lógica, no alcanza sólo con apreciar una imagen o detenerse a rezar allí un minuto: se debe conocer la historia que evoca –la Crucifixión, la Inmaculada Concepción, San

¹⁴⁸ García Canelini, Néstor. “Cultura Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad”. Op. cit. Pág. 36

Ponciano, San José, etc.-, sus características principales, las fechas conmemorativas, las oraciones en su honor, el autor de la obra, etc.

Durante una visita guiada ocurrió un hecho que podría ejemplificar muy bien esta situación: la “líder” del grupo visitante, una mujer no vidente, ponía permanentemente a prueba los conocimientos del guía y, además, intentaba lucirse delante de sus compañeras.

En varias oportunidades hizo preguntas o acotaciones respecto de la vida de los santos, o las características de una determinada Virgen, mientras el guía trataba de salir de la situación como podía, a veces desviando el tema.

La más notoria de sus intervenciones se dio frente a la imagen de San Ponciano, ubicada sobre la nave izquierda, a un costado del altar. La mujer le preguntó acerca del martirio al que fue sometido el santo, ya que dijo recordar muy bien de qué se trataba. El guía no supo responderle e intentó cambiar de tema, pero la no vidente insistió, y pidió que la dejaran tocar la imagen ya que –decía- las características de la misma indicaban el tipo de muerte que recibió. Después de unos minutos, llegó a la conclusión de que, efectivamente, el martirio había sido el que ella había planteado en un primer momento¹⁴⁹.

Este ejemplo se suma a otros en los que se puede apreciar la participación del “staff permanente” en la organización de las celebraciones: el Jueves Santo, por la mañana, un grupo bastante nutrido conversaba sentado en los primeros bancos, mientras que en el altar, el sacerdote y algunos chicos practicaban algunos movimientos. El religioso daba órdenes y marcaba los detalles más mínimos.

El protocolo era, para el cura, lo más importante. Corrigió a dos chicos que practicaban el ingreso al altar y se inclinaron mucho y les indicó que sólo hagan un movimiento de cabeza; después les explicó a todos cómo debían retirarse con su silla, enfatizando en que la misma se llevaba pegada contra el cuerpo y no muy suelta.

Después se fueron atrás y volvieron por uno de los costados del altar con una especie de “manto” sostenido por seis soportes llevados por los chicos y el cura¹⁵⁰.

Esta reivindicación del espacio a través del conocimiento y la participación tiene como finalidad defender ese sitio como propio y marcar una diferencia de abordaje del mismo, frente a otros usos que puedan llegar a existir en el lugar.

¹⁴⁹ Relatoría de la Observación Participante. Ver anexo.

¹⁵⁰ *Ibíd.*

Ahora bien, los diferentes tipos de usos que las personas pueden otorgarle a la institución marcan un nuevo punto de análisis: no todo en los territorios ocurre a partir de la “determinación institucional”, sino que existen por parte de los “cuerpos” acciones que pretenden transformar o resignificar ese espacio. Esto quiere decir que si bien la institución puede regular –o pretender hacerlo- ciertos comportamientos, los usuarios pueden generar sus propios usos a partir de sus experiencias, sus vivencias anteriores, su ideología, etc., sin que ello choque frontalmente con las reglas impuestas.

Esto significa que ni los roles ni los comportamientos que las personas adoptan son producidos directamente por la institución, sino que en ello interviene un complejo proceso de negociación que será estudiado más adelante. Pero ahora habrá que detenerse en el análisis de esas acciones, por así llamarlas, “autónomas” de los actores institucionales.

3.3 Los espacios personales.

“El espacio personal es el espacio en torno a un individuo, en cualquier punto dentro del cual la entrada de otro hace que el individuo se sienta víctima de una intromisión, lo que le lleva a manifestar desagrado y, a veces, a retirarse. Se trata de un contorno, no de una esfera, pues las exigencias espaciales directamente frente a la cara son mayores que por detrás”¹⁵¹.

De esta manera define Erving Goffman a los “espacios personales” de los individuos, e introduce una nueva manera de analizar el espacio público: ya no sólo teniendo en cuenta las normas institucionales, sino la presencia de “otros” que pueden modificar de igual manera las condiciones espaciales e influir en los comportamientos.

A diferencia de los territorios, el espacio personal no es para Goffman “una reivindicación en posesión permanente y egocéntrica”, sino “una reserva pasajera y situacional en cuyo centro se desplaza el individuo”¹⁵².

Esto significa que el espacio personal es un territorio reivindicable alrededor de la persona, donde quiera que esta se encuentre, que varía de acuerdo a las circunstancias: “una característica central del espacio personal es que las reivindicaciones legítimas sobre él varían mucho según las explicaciones que brinde el contexto, y que las bases de éstas cambian constantemente. Hay factores como la densidad demográfica local, el objetivo de quien se acerca (...) que pueden influir radicalmente de momento a momento en lo que se considera una infracción”¹⁵³.

En efecto, el espacio personal de una persona es un territorio móvil y cambiante, de acuerdo a las circunstancias y al sitio en el que se encuentre, pero la negociación por la aplicación de las reglas de ese espacio individual no sólo se da con otras personas, sino también con el espacio que lo “contiene”.

En ocasiones, el espacio personal puede transformarse en un “territorio dentro del territorio”, impidiendo el ingreso de cualquier individuo en una determinada “zona de influencia” del cuerpo, que dependerá de las circunstancias en las que se encuentre. No es lo mismo el grado de acercamiento que un “cuerpo” pueda tolerar en un espacio abierto y amplio que en una

¹⁵¹ Goffman, Erving, Op. cit. Pp. 47 a 49.

¹⁵² Ibid.

¹⁵³ Ibid.

discoteca colmada de gente, donde la cercanía entre las personas es mayor por cuestiones de espacio.

En cualquiera de estos sitios, por más reducidos que sean, opera el espacio personal, determinado por el propio individuo como un “límite” para el acercamiento de otros. Este límite genera nuevos territorios, subzonas vedadas al acceso de cualquier persona.

Las lógicas mediante las cuales se conforman estos espacios son diferentes a las que intervienen en la generación de los “territorios” o “no lugares” –son decisiones netamente personales- pero modifican de muchas formas esos espacios.

Se pueden presentar varios ejemplos al respecto: en una plaza, cuando un grupo se sienta en el pasto a tomar mates, formando un círculo, no puede sentarse allí un desconocido que circulaba por allí, pues seguramente será rechazado por el resto.

¿Qué factores intervienen para que esto suceda, según la lógica de los espacios, si una plaza es un sitio netamente “libre”?

Lo mismo sucede en un café, donde una persona no podría sentarse en una mesa en la que charla una pareja sin ser observado con extrañeza; o en un boliche, cuando se forman “rondas” de baile entre amigos: si allí entra un desconocido corre el riesgo de ser expulsado.

En la propia Catedral ocurre lo mismo con los grupos de personas que la recorren, o se encuentran participando de una misa.

Un ejemplo: durante una visita guiada contratada por un contingente de San Isidro, el grupo – conformado por alrededor de 20 mujeres- se encontraba en todo momento alrededor del guía. Durante el recorrido, otras personas se acercaban a escuchar y permanecían durante algunos minutos parados, mientras el guía explicaba alguna característica del templo. Pero luego los mismos se retiraban y el grupo seguía con la visita.

Es que las mujeres miraban varias veces a los “extraños”, como incomodadas por su presencia en aquel sitio. Por ello quienes se unían provisoriamente al grupo se paraban detrás de él, escuchaban al guía, y cuando las mujeres se movilizaban ellos seguían su camino, comprendiendo que ese era un espacio “privado” y que su presencia allí podría resultar invasiva.

Sólo al final un joven siguió el contingente desde la imagen de San Ponciano hasta afuera, pero después se retiró. Quedaba muy claro que la visita era privada y no se podía meter¹⁵⁴.

¹⁵⁴ Relatoría de la Observación Participante. Ver anexo.

Todas estas situaciones ocurren en espacios públicos o semipúblicos, donde la circulación de personas debería ser -en teoría- libre. Pero dentro de esos sitios se generan espacios privados, inaccesibles a pesar del estatuto de lugar en el que se conforman.

Esta intervención de los cuerpos no afecta sólo a otros usuarios, sino también a la dinámica espacial: ese espacio privado genera una suerte de “burbuja” espacial que en ocasiones actúa en confrontación directa con el sistema normativo. Por lo general este tipo de prácticas son efímeras, y una vez concluidas no dejan ningún tipo de marcas sobre el sitio. Se puede pensar, a modo de ejemplo, en una pareja besándose en los bancos, o una persona hablando por teléfono en el Sagrado, un sitio extremadamente solemne y silencioso.

Esta situación marca la importancia que cobran los “cuerpos” en la dinámica de los espacios y genera un punto de quiebre con las teorías que estudian la preeminencia de los espacios en la determinación de las dinámicas que se producen en su interior.

Como dijo Delgado, “toda práctica social practica el espacio, lo produce, lo organiza, y sólo puede hacerlo a través de esa herramienta con que sus componentes cuentan y que es el cuerpo”¹⁵⁵.

3.3.1 Reivindicaciones, señales y sanciones

Goffman marca la existencia de diferentes tipos de espacios personales y las reivindicaciones que éstos pueden llegar a hacer del territorio que los rodea.

Estos espacios pueden identificarse a partir de las reivindicaciones que las personas puedan hacer sobre determinados sitios u objetos: el **recinto**, “espacio que los individuos pueden reivindicar temporalmente”¹⁵⁶; los **espacios de uso**, “el territorio que está inmediatamente en torno o en frente de una persona, cuya reivindicación de él se respeta debido a evidentes necesidades instrumentales”¹⁵⁷; y el **territorio de posesión**, “conjunto de objetos que se puedan identificar con el yo y ordenar en torno al cuerpo donde quiera que se halle éste”¹⁵⁸.

¹⁵⁵ Delgado, Manuel. “Tránsitos”. Op. Cit. Pág. 15

¹⁵⁶ Goffman, Erving. Op. Cit. Pág. 50

¹⁵⁷ *Ibid.* Pág. 52

¹⁵⁸ *Ibid.* Pág. 56

Para demostrar la ocupación momentánea de estos sitios u objetos intervienen las “señales”: “la reivindicación de una reserva por poseedor putativo se hace visible mediante un signo de algún tipo que, conforme a la práctica etológica, cabe calificar de ‘señal’”¹⁵⁹.

Las señales son anuncios de que un sitio u objeto está ocupado momentáneamente, e indica a un eventual interesado que se abstenga de hacer uso de él. Existen señales “centrales”, ciertos objetos que “anuncian una reivindicación territorial, cuyo territorio irradia a partir de ellas”; señales “límite”, que indican “la línea entre dos territorios adyacentes”, como el brazo compartido de dos butacas en el cine; o señales “de oído, firmas incrustadas en un objeto para reivindicarlo como parte del territorio de posesión del firmante”¹⁶⁰.

Este sistema de referencias es central según Goffman para mantener cierto equilibrio en las relaciones que se dan dentro de los espacios públicos, pero a la vez está sujeto a muchas malas interpretaciones que pueden romper el orden establecido.

Estas pueden derivar en “infracciones territoriales”, que ocurren cuando “un individuo se entromete en la reserva que reivindica para sí otro individuo”¹⁶¹.

Las infracciones territoriales pueden ocurrir por errores de interpretación de las reivindicaciones territoriales de otro sujeto. Cuando esto sucede, generalmente se dan una serie de “intercambios correctores”, mediante los cuales el infractor intenta corregir la situación. Como ya se marcó, la infracción, su señalización, el castigo y el encauzamiento de la situación puede transcurrir en “dos gestos y una mirada”.

3.3.2 Las apariencias normales

Goffman describe muy bien las relaciones que se establecen en un espacio como la Catedral: “cuando un individuo se encuentra en un lugar público no está simplemente desplazándose de un punto a otro en silencio y resolviendo mecánicamente problemas de circulación; también se está ocupando constantemente de mantener una posición viable en relación con lo que ha llegado a ocurrir en torno a él, e iniciará intercambios gestuales con otros, conocidos o desconocidos, a fin de establecer cuál es esa posición. En un lugar público, el individuo parece ser indiferente a los desconocidos que están presentes, pero de hecho está lo bastante orientado a ellos de modo que, entre otras cosas, si advierte la necesidad de realizar rituales

¹⁵⁹ Ibid. Pág. 59

¹⁶⁰ Ibid. Pp. 59 y 60

¹⁶¹ Ibid. Pág. 66

correctores, puede transformar a los desconocidos que lo rodean en un público que reciba su espectáculo”¹⁶².

Esto significa que, más allá de tratarse de espacios públicos o instituciones cerradas, los comportamientos de las personas no pueden estudiarse en forma aislada, sino en el contexto en el que interactúan, teniendo en cuenta, según Goffman, tres aspectos fundamentales: el individuo reivindica una serie de territorios; aprecia sus propias reivindicaciones y las de otros, tratando de reducir la infracción al mínimo; y se permite el derecho a exigir castigo a los infractores.

Por supuesto, las expectativas acerca de los comportamientos que una persona puede tener en un determinado espacio están dadas de acuerdo al lugar en que se desarrollen los hechos. El contexto siempre interviene en este tipo de relaciones, puesto que brindará el “marco de expectativas” a partir del cual se pueden esperar ciertos comportamientos y no otros.

Estas expectativas son lo que Goffman denomina “apariencias normales”. A su cumplimiento contribuirán diversos “agentes de control social” como los descritos anteriormente aquí.

Para controlar cualquier tipo de desviaciones, existen las “alarmas”, el estado en que una persona se encuentra atenta a que no ocurran desviaciones a lo que considera una situación normal.

Para ser prácticos, una situación similar ocurre en la Catedral cuando los “feligreses” que se encuentran rezando en distintos sectores del templo están alertas a su entorno para detectar intromisiones a su espacio. Esto ocurre, por ejemplo, cuando un turista molesto se acerca al sitio donde la persona se encuentra y empieza a examinar el lugar, o a tomar fotografías. En este caso, el fiel está “midiendo” al turista para descubrir cuál será su actitud, y si ésta interferirá su tarea.

“El estado de alarma del hombre hace que la persona preste especial atención a determinados signos y señales provenientes de su entorno. De esta manera “mide” a su prójimo para ver qué se puede esperar de él”¹⁶³.

¹⁶² Ibid. Pág. 243

¹⁶³ Ibid. Pág. 244

3.4 Los ámbitos de significación.

Con todo lo visto hasta aquí se puede concluir que el estudio de los espacios públicos no puede prescindir de un pormenorizado análisis de los actores que lo intervienen. Sus acciones modifican permanentemente el contexto, pese a los controles institucionales que puedan existir.

Para estudiar el accionar de los “cuerpos” en estas situaciones, encontraremos en el ámbito de la comunicación la mejor respuesta: más precisamente en los estudios y las teorías de la recepción.

Dice Florencia Saintout al respecto de la recepción que “como momento que da sentido al hecho cultural, habilita para comprender cómo se constituyen determinadas significaciones culturales”¹⁶⁴.

Contraponiendo dos miradas de la recepción, una que la entiende como proceso en sí mismo, la otra como momento de producción de sentido, Saintout señala que “en la segunda perspectiva la recepción no es un objeto de estudio en sí misma, sino que ubicados en la recepción se vuelven significativos hechos culturales que con la mirada puesta en los medios o en los mensajes, por ejemplo, se perderían”¹⁶⁵.

Además, indica que la segunda tendencia “entiende que la comunicación habla de historia y cotidianidad, de producción y no sólo de reproducción, de hombres y no sólo de estructuras, de lecturas y no sólo de efectos, es decir, habla de la complejidad de las tramas culturales”¹⁶⁶.

Habilitar para el análisis este punto de vista significa comenzar a tener en cuenta la posición de los “cuerpos” en el estudio de los espacios, ya no sólo como actores supeditados a los vaivenes de éstos, sino como agentes de transformación.

Afirmar esto es contraponer, a la corriente que propone la preeminencia de los espacios, una nueva relación de fuerzas a partir de la irrupción de los “cuerpos” como un elemento fundamental a la hora de estudiar las dinámicas que permiten modificaciones en las lógicas espaciales.

¹⁶⁴ Saintout, Florencia. “Lo estudios de la Recepción en América Latina”. Ediciones de Periodismo y Comunicación Social. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP. Pág. 21

¹⁶⁵ *Ibid.* Pág. 22

¹⁶⁶ *Ibid.*

Para comprender mejor el anclaje que pueden llegar a tener estas teorías en el estudio de los espacios conviene realizar un breve repaso de las características principales de los estudios de la recepción, dejando en claro que si bien la mayoría de ellos abordan las mediaciones desde los consumos mediáticos, las características esenciales del proceso pueden ser trasvasadas para el propósito que aquí se persigue.

No es la intención realizar una “arqueología” de las teorías de la recepción, sino referenciar aquellos conceptos que puedan ser utilizados en función del estudio de los espacios.

Por ello, vale como un buen resumen de lo que se pretende buscar, la siguiente reflexión de Michelle Mattelart y Mabel Piccini: “la significación del mensaje no está encerrada en éste, como propiedad intangible, inmodificable fuera de las categorías históricas congeladas en él. La significación se desarrolla en la relación dialéctica que se establece entre el mensaje y el receptor; un receptor definido como productor de sentido”¹⁶⁷.

Es decir, el “significado” en un proceso de comunicación no puede ser rastreado ni en la intencionalidad del mensaje, ni en la interpretación del lector, sino a través de la relación de ambos factores, de su “enfrentamiento” durante, por ejemplo, una lectura.

De la misma manera, Wolfgang Iser señala que “la obra no puede identificarse exclusivamente ni con el texto ni con su concreción, y ésta no es independiente de las disposiciones aportadas por el lector, aún cuando tales disposiciones son activadas por los condicionamientos del texto. El lugar de la obra de arte es la convergencia de texto y lector, y posee forzosamente carácter virtual, puesto que no puede reducirse ni a la realidad del texto ni a las disposiciones que constituyen al lector”¹⁶⁸.

Según esta lógica, la lectura se produce “en la fusión y tensión de ambos horizontes. La recepción es el momento de puesta en común de estos dos horizontes (...) No hay comunicación sino sucede esta fusión”¹⁶⁹.

Esta corriente ubica al proceso de comunicación no ya en el mensaje ni en el emisor, pero tampoco en el receptor, sino en el proceso de recepción de ese mensaje.

Este proceso, según Orozco, cuenta con 6 premisas básicas:

¹⁶⁷ Piccini, Mabel y Mattelart, Michelle. “La televisión y los sectores populares”. Revista de Comunicación y Cultura N° 2. Editorial Galerna. Buenos Aires. 1974

¹⁶⁸ Iser, Wolfgang. “El proceso de lectura”, en “Estudios de la Recepción”. Editorial Visor, Madrid, 1989. Pág. 149.

¹⁶⁹ Saintout, Florencia. Op. cit. Pág. 62.

- **Proceso:** Es indispensable entender la comunicación como un proceso no circunscripto al momento en que se recibe el mensaje, sino que trasciende esa situación fusionándose con las prácticas cotidianas.
- **Mediaciones:** Intervienen en la percepción mediaciones de distinta índole en cada uno de los momentos.
- **Interacción:** La recepción es interacción en distintas direcciones: con el medio, con el género, con la cultura, con las instituciones, etc.
- **El cómo de la exposición:** La exposición a los mensajes no es la variable determinante sino cómo es esa exposición, desde qué lugares, saberes y prácticas.
- **Receptor como múltiple agente social:** El receptor no es sólo eso sino que se presenta en su interacción como un sujeto social con una historia y un cúmulo de experiencias, nombres, situaciones y relaciones que van más allá de los mensajes.
- **Comunicación en la recepción:** Es en la recepción y no en la emisión donde se produce la comunicación¹⁷⁰.

Orozco Gómez resalta la figura del receptor: “no es un recipiente vacío, es un sujeto históricamente situado que interactúa con los mensajes”¹⁷¹.

Para el autor, entonces, “la producción de sentido que realiza la audiencia depende de la particular combinación de mediaciones en su proceso de recepción, combinación que a su vez depende de los componentes y recursos de legitimación a través de los cuales se realizan cada una de las mediaciones”¹⁷².

Intervienen en el proceso una serie de “guiones mentales”, conformados en el sujeto a partir de su experiencia histórica, sociopolítica y cultural. Estos guiones son la “esfera de significación” a través de la cual el mensaje es recibido e interpretado.

El autor le otorga capital importancia a la propia subjetividad del sujeto al momento de recibir un mensaje: “la cantidad y calidad de información, conocimiento y valoraciones que un sujeto receptor ‘traiga’ a la pantalla del televisor median su recepción del mensaje en tanto que influyen en aquellos aspectos que son percibidos en general, en aquellos otros que son

¹⁷⁰ Ibid. Pág. 131

¹⁷¹ Orozco Gómez, Guillermo. “El comunicador frente a la recepción”, en “Al rescate de los medios. Desafíos democráticos para los comunicadores”. Fundación Manuel Buendía. UIA, México. 1994

¹⁷² Orozco Gómez, Guillermo. “La audiencia frente a la pantalla: una exploración del proceso de recepción televisiva”. Revista Dia-Logos de la Comunicación N° 30. Junio de 1991. Pág. 60

percibidos como relevantes, y en las asociaciones posibles que resulten de lo percibido con lo anteriormente asimilado en la mente del sujeto”¹⁷³.

Avanzamos así hacia un término que nos permitirá, de alguna manera, conjugar los estudios de recepción con aquellos que podríamos denominar de “recepción en espacios públicos”: los “ámbitos de significación”, el marco a través del cual el sujeto “lee” y reinterpreta aquello que recibe.

Orozco Gómez lo define como “ese conjunto de valores en los cuales el guión adquiere su sentido y de los cuales surgen las prescripciones. Potencialmente todo guión tiene diferentes significados, pero solamente una interpretación ‘satisfará’ su correcta valoración”¹⁷⁴.

Si bien Orozco Gómez dedicó gran parte de sus trabajos a estudiar la recepción de la televisión, es importante marcar que aquí se puede permitir un trasvase de sus conceptos hacia el estudio de los espacios públicos, sobre todo en el punto en que marca que el impacto de la recepción televisiva no puede limitarse sólo a los efectos intencionados de ésta, sino que hay que abrir el abanico de posibilidades hacia las interpelaciones que genera en la audiencia.

Así, se podría suponer que el ámbito de significación, ese marco interpretativo desde el que una persona “recibe” determinadas informaciones y hace que adopte una u otra postura frente a diferentes estímulos, podría equipararse con lo que aquí ya se habló del “espacio personal” que acompaña a una persona a cada lugar al que va.

¿Cómo explicar esto? Ese espacio personal es la reserva más íntima de la persona que interactúa con otras en un espacio público. Podría decirse que allí no sólo lleva a cuentas sus reivindicaciones territoriales, sino también su historia, su marca social, sus gustos culturales, etc. A partir de ellas se enfrentará a la marca espacial, a las imposiciones del territorio. Y es desde ellas que reinterpretará las disposiciones institucionales y que mantendrá una puja con la institución.

Algunos ejemplos de ello pueden encontrarse en la actividad diaria de la Catedral. Durante la Misa, por caso, la gente participa activamente, es decir, respondiendo las invocaciones del celebrante, cantando las canciones dispuestas, dando ofrendas, tomando la comunión. Pero alrededor de ellos se despliega, en los pasillos, una actividad paralela, constante pero silenciosa. Muchas personas se cambian de lugar, otros salen y luego se vuelven a sentar, los

¹⁷³ Orozco Gómez, Guillermo. “Recepción televisiva. Tres aproximaciones y una razón para su estudio”. Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales. Universidad Iberoamericana. México. 1991. Pág. 31

¹⁷⁴ *Ibid.* Pág. 46

más chicos, aburridos, recorren todo el Templo, se agrupan y empiezan a jugar. Todo ello, pese a que la institución prohíbe “tajantemente” circular en horario de Misa por los pasillos. A pesar del control institucional, muchas de las personas que participan del oficio religioso, se encuentran pendientes de sus cosas, sin prestar casi nada de atención a la Misa: matrimonios charlando, padres jugando con sus hijos, etc.



A pesar de los controles institucionales, los actores intervienen el espacio de acuerdo a criterios personales.

No sólo en las misas pueden notarse este tipo de acciones: durante el tiempo que el templo permanece abierto ocurre lo mismo.

Una tarde, un grupo de cinco personas –una pareja de 70 años, dos mujeres más jóvenes y un hombre- recorrían el templo con una caja azul que cuidaban mucho. El hombre mayor y una de las mujeres le explicaban a la anciana cómo sacar una foto, y posaron frente al corralito del altar de costado, como usualmente se hace cuando alguien se fotografía frente a un monumento.

En un momento, la anciana, que se había sentado en el primer banco discutía con una chica que estaba en el segundo, le sacó algo de las manos, se lo puso en el hombro y se fue a la parte de atrás del altar, donde estaba el hombre: probablemente se trataba de un loro. Al salir, una de las chicas lo llevaba envuelto contra su pecho, quizás para no delatar su presencia en el templo.

Ese mismo día, en el Santísimo, se encontraba un hombre, rezando. En un momento, sacó un Blackberry de su bolso y comenzó a escribir, muy concentrado. Ni la presencia de una moja lo inhibió. Cuando terminó de escribir, guardó el aparato, se sacó los anteojos y se mostró repentinamente compungido, como lamentándose, y continuó con su oración.

También se dan en la Catedral algunas situaciones llamativas, una suerte de movimiento que se desarrolla en las márgenes de la religiosidad, pero que es permitido por la institución, como una manera de mantener ciertos lazos con los feligreses, y evitar grandes desvíos. En varias ocasiones se puede encontrar una suerte de “cadenas” de oración que, mezclados con el fin religioso, ponen en juego una tradición pagana: en una ocasión había sobre la imagen de la Virgen de la Puerta un papel que pedía realizar una oración a Santa Bernardita (Patrona de lo imposible), con instrucciones de cómo hacer el rezo y luego pedir “una gracia”. Finalmente, advertía que había que llevar 25 copias a la iglesia y señalaba que “en 25 días tu Gracia será cumplida”.

Es interesante pensar por qué la institución permite este tipo de acciones, más cercanas a un “rito pagano” que a una práctica religiosa, y ver cómo ésta se mezcla con otro tipo de intervenciones dentro de la institución. La cadena se relaciona con una cuestión azarosa: hay que cumplir con ciertos requisitos y hacer circular el mensaje como condición de que cierto deseo o gracia se cumpla. Al incorporar estas prácticas -y permitir que circulen en el templo- la institución logra acercarlas y reconvertirlas hacia un uso religioso, permitiendo de esta forma “ampliar” el horizonte de feligreses que, en diferentes grados, están unidos bajo un mismo rito. Lo mismo sucede cuando la Iglesia permite que ciertos ídolos populares sean adorados como santos, y en nombre de ellos se levanten santuarios. O cuando, al peligrar su poderío por la reforma protestante, permitieron el uso de imágenes para contar la vida de los santos o los principales sucesos de la historia del catolicismo.

También en el relicario de Sor María Ludovica se da una situación extraña. A pesar que en la caja de cristal que contiene los restos de la religiosa no hay ninguna abertura para colocar cartas o notas, la misma está repleta de mensajes. Una tarde, una mujer quiso introducir un papel dentro de la caja, pero se le quedó trabado en el pequeño espacio que existe entre el vidrio y el marco de madera. Otra mujer, que estaba rezando, fue con una tarjeta de crédito y la empujó para adentro, no sin antes estudiar y discutir los pormenores de la operación con los demás presentes.

3.5 Claves para un nuevo estudio de los espacios.

En el apartado anterior se demostró la necesidad de estudiar las relaciones en los espacios públicos desde otra perspectiva, no ya centrada en el análisis de las determinaciones –o determinismos- espaciales, sino comenzando a tener en cuenta las lecturas que de ellas hacen los actores que intervienen el espacio.

Ahora bien, aplicar esta lógica no significa volcarse al otro extremo y estudiar a las relaciones espaciales sólo desde la perspectiva de los actores y de las interpretaciones y usos que hagan de los espacios públicos.

Existe la necesidad de comenzar a centrarse, no en éstos últimos, sino en ese “choque” entre las lógicas institucionales y los modos de ver de los actores, en el momento mismo en que se produce la negociación por el uso del espacio.

La propuesta no es estudiar sólo las lógicas espaciales, ni tampoco sólo las interpretaciones que de éstas realicen los actores que intervienen el espacio, sino las negociaciones que se establecen entre ambas, el proceso mediante el cual se conforman nuevas lógicas de apropiación a partir del diálogo entre, por un lado, las reglas institucionales y por otro, las lógicas de apropiación de los actores que lo intervienen.

Se propone estudiar el momento del choque y no su resultado, porque este es un proceso continuo, que se da en todo momento, y cuyos resultados son, en el corto plazo, invisibles. Por ello la insistencia en lograr centrar el estudio en el momento de la negociación, pues allí hay todo un campo todavía inexplorado, del cual pueden surgir innumerables conclusiones. Pero por sobre todas las cosas, el propósito es comenzar a abrir los estudios de los espacios públicos hacia otros horizontes, hacia una nueva relación de fuerzas en la que los actores sean parte integrante de ellos y sean tenidos en cuenta como uno de los factores fundamentales a la hora de conocer las configuraciones espaciales. Hacia allí se avanzará en el próximo capítulo.



Capítulo 4: Las negociaciones



4.1 La Catedral, espacio híbrido.

Dice Manuel Delgado que “lo que distingue a la ciudad de las implantaciones de la de los desplazamientos –la primera sometida a una lógica de territorios, la segunda a una de superficies- es el tipo de sociabilidad que prima en cada una de ellas. Los colectivos interiores están formados por conocidos, a veces conocidos profundos; los exteriores, en cambio, los constituyen desconocidos totales o relativos. Eso implica el despliegue de códigos de relación del todo distintos en un escenario y el otro”¹⁷⁵.

Aquí Delgado vuelve a trabajar sobre la lógica de dos configuraciones espaciales completamente diferentes: los territorios y los no-lugares, cada uno con su propio “tipo” de concurrentes, delimitado por su status espacial.

Ahora bien, ¿qué ocurre, por ejemplo, en la Catedral? En principio, por lo descrito por Delgado, pareciera corresponder a la primera categoría, pues se trata de un “colectivo interior” sometido a la lógica de territorios, y sin embargo, en su dinámica, está compuesta mayoritariamente –salvo por ese núcleo integrado por las autoridades eclesiales y el “staff permanente”- por “desconocidos totales o relativos”.

Esto significa que la Catedral presenta un carácter “híbrido” según las categorías espaciales repasadas aquí: es una institución, un “espacio del adentro”, pero en su seno se dan otro tipo de relaciones sociales, un tipo de relaciones entre desconocidos, al igual que podría suceder en la calle.

Es decir que las relaciones que se dan entre los actores que intervienen en la Catedral se encuentran más cerca de corresponder a los espacios públicos abiertos; mientras que sus lógicas institucionales corresponderían a un “lugar cerrado”, un territorio.

Esta dualidad del espacio, la convivencia de dos lógicas en apariencia contradictorias, vuelve a correr el eje de los estudios de los espacios públicos: ya no alcanza con el “status” que se le pueda otorgar a priori a un sitio, éste dependerá de las relaciones que se den en su interior.

Esto marca nuevamente la importancia de los “cuerpos” a la hora de determinar las características de un sitio, y pone en el centro, no las características intrínsecas del espacio,

¹⁷⁵ Delgado, Manuel. “Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles”. Editorial Anagrama. 2007. Pág. 34

sino las relaciones que se puedan conformar en su interior a partir de la confluencia de múltiples factores.

Por ello, en el estudio de los espacios públicos no será determinante la posesión de un sitio en particular, sino el valor de uso que se le pueda otorgar: en la dinámica de funcionamiento de los espacios no importa la propiedad de los mismos –o, dicho de otro modo, para ser más abarcativos, quién sustente las reglas-, sino el uso que le dan quienes intervienen en él. El espacio se practica, no se posee. Finalmente, se podrá conocer más de él a través de las prácticas que allí se registran que de las leyes o normas que lo rigen.

No es inválida la existencia de normas, pero para que funcionen habrá que imponerlas en el uso y no sólo en los papeles. En otras palabras, al estudiar las características de un espacio público habrá que dejar de lado la indagación acerca de la confección de normas que la rigen y comenzar a prestar atención en la forma en que se intenta aplicarlas.

Esto demuestra, entonces, que es incorrecto catalogar a priori un espacio, puesto que cada sitio tiene una dinámica propia que puede determinar que su status también varíe y no esté circunscripto a las categorías creadas para encasillarlos en ciertos grupos, de acuerdo a características pensadas de antemano –un templo religioso es un “territorio” pues está controlado por una institución-.

Puede ocurrir por ejemplo, que así como se piensa a la Catedral como un “híbrido” entre las categorías espaciales conocidas, otro templo religioso funcione, porque así lo determina su dinámica interna, como un territorio. Esto se podrá determinar una vez que se haya estudiado el espacio en cuestión.

Ahora bien, esta situación debe conducir a una revisión de las categorizaciones otorgadas a los espacios públicos –lugares, no-lugares, territorios, etc.- Un espacio en sí no posee estas características de forma intrínseca, es decir, no les vienen dadas de antemano, no surgen siendo un “territorio” o un “lugar”: estos espacios son tales por el accionar previo de un grupo social.

Como bien señala Augé, “en la realidad concreta del mundo de hoy, los lugares y los espacios, los lugares y los no-lugares se entrelazan, se interpenetran. La posibilidad del no-lugar no está nunca ausente de cualquier lugar que sea”¹⁷⁶.

¹⁷⁶ Augé, Marc. Op. cit. Pág. 110

La Catedral, por ejemplo, no es un “territorio” porque sí, sino porque un grupo operó sobre él a través de los años, generando en su interior las características espaciales antes descritas.

Esta desnaturalización del origen de los espacios permite romper con la reificación de los mismos y quiebra el mito de la invulnerabilidad de los territorios, entendido por la tradición teórica como un espacio fijo e inalterable a perpetuidad: así como un grupo social operó sobre él para convertirlo en lo que es, otros pueden modificarlo con sus intervenciones.

Esto no ocurre sólo con los territorios, en el otro extremo, los no-lugares también adquieren sus características por el accionar de grupos sociales que intervienen el espacio público: sus prácticas determinan que sea abierto.

Podría decirse también, a partir de la frase de Manuel Delgado, que un espacio no “se pasa el tiempo reterritorializándose y volviéndose a desterritorializar”, sino que diferentes grupos sociales lo “reterritorializan” y lo vuelven a “desterritorializar”.

El cambio de perspectivas respecto del enfoque que hace hincapié en el poder determinante de los espacios permite poner el foco en nuevas relaciones que aparecen a la luz de esta dinámica. Por ejemplo, la aparición de “microespacios”, pequeñas reivindicaciones territoriales que las personas hacen dentro de un espacio, más allá de si las mismas están permitidas o no. En “El Animal Público”, Delgado habla de los “espacios transversales” y señala que en los mismos “toda acción se plantea como un a través de... No son nada que no sea un irrumpir y disolverse, son espacios-tránsito”¹⁷⁷.

Delgado vuelve a referirse aquí al espacio viario, cuestión que le ocupará la mayor parte del libro citado. Pero existe la posibilidad de que estos “espacio-tránsito” puedan configurarse dentro de un territorio, es decir, que existan, por la acción de las personas, “microespacios” dentro de un espacio más general, que duren un breve período de tiempo.

Como se dijo más arriba, la hibridez de los espacios públicos permite la convivencia de varias lógicas espaciales en un mismo sitio. Hasta ahora se había considerado que un “territorio” o un “no-lugar” no podían desarrollarse en un mismo terreno por sus características contrapuestas, pero se ha visto aquí que los espacios guardan dentro de sí relaciones mucho más complejas, que permiten la posibilidad de que las lógicas “del adentro” y “del afuera” convivan.

¹⁷⁷ Delgado, Manuel. “El animal público”. Op. cit. Pág. 37

En ocasiones, las prácticas que una persona realiza en un espacio pueden no estar de acuerdo con las reglas que rigen el mismo. Es allí donde se genera una suerte de “burbuja” espacial, un nuevo espacio dentro del espacio institucional, con otras reglas y lógicas de apropiación. Esta intervención por lo general no se prolonga en el tiempo, ya sea por la voluntad del accionante –quien reconoce su práctica como “subversiva” de las reglas instituidas- o porque sobreviene una advertencia y posterior sanción al “desvío” por parte de los responsables institucionales. Esto no significa que mientras dura la operación se modifica el “estatuto” del lugar en su totalidad, sino que los cambios se acotan al campo de acción del sujeto. Podría entenderse mejor con la noción de “espacio personal” de Erving Goffman: el sujeto sólo transforma, mientras desarrolla la acción, su propio entorno.

Esta intervención provoca cambios transitorios del estatuto espacial para adaptarlo a la nueva situación, y puede ocurrir incluso en espacios altamente institucionalizados y con fuertes controles. Así, y de acuerdo a la acción de un “espacio personal”, un territorio puede transformarse momentáneamente en un “no-lugar” de manera casi inmediata y mientras dure la intervención.

Los ejemplos de esto son sencillos: cuando dos personas se sientan en un banco frente a una imagen y en lugar de rezar, conversan, están modificando en parte la función que la institución guarda para ese sitio, y lo hacen sólo durante su intervención. Un caso extraño, porque ocurre por propia iniciativa de la institución, es la visita guiada. Allí las reglas que operan para la mayoría de las prácticas dentro del templo –no circular, hacer silencio, etc.- son pasadas por alto sistemáticamente por personal de la propia institución, a instancias de ésta.

Pero un caso llamativo sobre una intervención que modifica momentáneamente el estatuto de lugar, en este caso de la Catedral, es el referenciado tanto por el sacerdote como por el jefe de Guías del Museo, que hizo que el recorrido por detrás del ábside se suspendiera. Tiene que ver con un hombre que fue encontrado durmiendo en ese sitio, aprovechando que no puede verse desde ningún punto del templo. En este caso, el hombre modificó completamente el estatuto de lugar del templo y convirtió, durante una noche, el ábside en una suerte de “dormitorio”, en franco enfrentamiento a las reglas del lugar.

Por lo general, estas acciones transcurren sin dejar ningún tipo de “marcas” sobre el espacio, tal como Augé describe el funcionamiento de las prácticas en un “no-lugar”: una vez practicado, dará paso a nuevas prácticas, pero sin modificar el estatuto del lugar.

Pero podría ocurrir que una acción de este tipo se vuelva sistemática y actúe cada vez con más frecuencia sobre el espacio, perimiendo los cimientos de la organización institucional y modificando sutilmente las reglas. ¿Qué sucede en estos casos? ¿Cómo reacciona la institución ante esta nueva intervención?

4.2 Las formalidades.

Ya se ha visto aquí que en la configuración de los espacios públicos intervienen innumerables factores, muchos más de los que, hasta ahora, habían aparecido en un primer rastreo por el campo de estudio.

También se determinó que la dinámica de funcionamiento de los espacios públicos no está supeditada solamente a la capacidad de éstos por imponer ciertas reglas, sino que en su interior se producen una serie de relaciones que son fundamentales para entender el proceso.

Finalmente, se pudo ver que los actores que interactúan dentro de cualquier sitio cumplen un papel más que importante a la hora de determinar su status espacial.

Ahora bien, todavía resta por indagar cuándo, cómo y dónde se da el “choque” entre ambas lógicas.

En primer lugar, hay que aclarar cuál es el “terreno” en el que se producen las negociaciones. Para ello habrá que apelar al sociólogo francés Gregoire Chelkoff, y a su concepto de “formalidades”¹⁷⁸.

Chelkoff indica que existe un esquema que organiza la vida social en los espacios públicos, ilustrado a través de una relación dialéctica en la que intervienen tres elementos: la forma, los formantes y las formalidades¹⁷⁹.

En la base de este esquema, Chelkoff ubica el espacio urbano en tanto que **forma**, “como dispositivo arquitectónico o urbanístico provisto desde el proyecto y la planificación”¹⁸⁰. Es decir, la ciudad “a secas”, sin contar con la intervención humana; la ingeniería urbanística pura.

Esta estructura mantiene una relación dialéctica con los **formantes**, los actores que la habitan, quienes por otra parte practican ese mismo ambiente, “entendido ahora como esfera de y para la aparición de todos y ante todos”¹⁸¹; y también con las **formalidades**, “espacio urbano

¹⁷⁸ Chelkoff, Gregoire. “Formas, formantes y formalidades. Categorías de análisis del entorno urbano”, en M. Gosjean y J.-P. Thibaud, ed. “Los métodos del espacio urbano”, Parenthèses, Marsella. 2001.

¹⁷⁹ Citado en Delgado, Manuel. “Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles”. Op. cit. Pág. 91

¹⁸⁰ *Ibid.* Pág. 92

¹⁸¹ *Ibid.*

considerado en tanto que conjunto de acciones y competencias que los formantes siguen y también crean de manera concertada”¹⁸².

Como se ve, hay en el esquema dos acepciones del espacio urbano: la **forma**, en tanto dispositivo arquitectónico, y las **formalidades**, en tanto que conjunto de acciones y competencias. Chelkoff desdobra así las funciones del espacio y coloca por un lado el sitio “a secas”, pensado sólo como estructura y contenido de las relaciones que allí se presentan; y por otro el espacio vivido y practicado, en permanente estructuración y reestructuración.

El autor parece añadir un segundo plano espacial, en cuyo seno se generan y regeneran, a través de una continua negociación, las características de un sitio determinado.

Las formalidades podrían considerarse como las prácticas que los formantes realizan sobre las formas: el conjunto de acciones tendientes a transformar el espacio, transformación que sólo se alcanza al practicarlo.

Pero no son sólo eso: esas prácticas no son arbitrarias, puesto que parten de las disposiciones espaciales preexistentes –“acciones y competencias que los formantes **siguen** y también crean de manera concertada”-.

Es decir, que en este proceso también intervienen las normas espaciales: éstas son la materia prima sobre la que los formantes operarán. Es decir, que los cambios que surjan de las negociaciones por los espacios no serán caprichosos, sino que actuarán a partir de condiciones preestablecidas y a su vez funcionarán como el punto de partida para nuevas intervenciones.

Podría decirse entonces que las formalidades son el punto en el que confluyen los cuerpos y los espacios, el punto en donde se produce la negociación tantas veces mencionada durante el presente trabajo. Son una suerte de **espacio de uso**, la forma en que los usuarios y la institución decidirán “dar sentido” al entorno.

En el esquema de Chelkoff, sin ellas, el espacio es sólo un punto muerto, una estructura que puede ser estudiada desde lo arquitectónico o urbanístico, pero no desde una teoría que intente explicar las relaciones que se dan al interior de un espacio público.

Es a partir de las formalidades que los cuerpos operan: no discuten el control de los espacios en el plano de lo arquitectónico –es decir que no intentan modificar el sentido profundo de un sitio-, sino los usos que pueden otorgarle al mismo: en la Catedral, por ejemplo, los

¹⁸² Ibid.

concurrentes no discuten sobre el sitio en el que debería estar ubicada la imagen de Sor María Ludovica, sino qué se puede hacer con ella.

De todos modos, las “formalidades” cumplen una doble función: no son sólo el espacio donde ocurren las negociaciones, sino también la acción misma. ¿Cómo se explica esto? Chelkoff define a las formalidades como “acciones y competencias que los formantes siguen y también crean de manera concertada”. Esto significa que mantienen una doble función: son el terreno en donde se llevan a cabo las negociaciones por el espacio, y también la negociación misma.

Es decir, son el espacio “en proceso de estructuración y reestructuración”, una acción continua que encuentra su base en los resultados de la negociación anterior. Este dato no es menor, puesto que significa que las bases espaciales desde donde parte cualquier negociación no son generadas sólo desde la institución sino de un proceso anterior en el que intervinieron ambos factores.

Resuelto esto, falta ahora indagar acerca del proceso mismo de negociación y sus resultados. Hasta ahora se han descrito las características de cada parte que interviene en la confrontación por la apropiación de los espacios, e incluso se indicó el terreno donde se produce la misma, pero no se abordó aún el proceso en sí mismo.

Para poder explicar mejor estas relaciones será conveniente tomar prestados algunos aportes de la teoría de los campos culturales de Pierre Bourdieu, explicado por Néstor García Canclini durante una serie de conferencias dictadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires¹⁸³.

Bourdieu considera que todo campo cultural está compuesto por dos elementos: “la existencia de un capital simbólico común, y la lucha por la apropiación de ese capital”¹⁸⁴.

Este capital “de conocimiento, habilidades y creencias” es acumulado a través de la historia del campo, y respecto de él actúan dos posiciones, la de quienes lo detentan, y la de quienes aspiran a poseerlo.

Bourdieu se refiere a los campos culturales, tales como la pintura, la escritura, la música, etc., y establece estas relaciones en base a las luchas que se dan en su interior para controlar el capital cultural, es decir, aquello que se considera válido para cada campo.

¹⁸³ García Canclini, Néstor. “Cursos y Conferencias”. Ediciones de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Buenos Aires. 1984

¹⁸⁴ *Ibid.* Pág. 34

Es necesario aclarar que, para el caso de la Catedral, el campo en cuestión tiene que ver con el espacio y aquello que contiene, y que la lucha, más que por controlarlo, es por resignificarlo. No se busca en este caso “la apropiación diferencial de lo que el campo produce”, sino una reinterpretación, una manera diferente de abordarlo.

Respecto de las dos posiciones que pugnan por controlar el campo –identificadas claramente en el caso de la Catedral en la institución, por un lado, y los actores, por otro-, dice Bourdieu que ambas poseen un conjunto de intereses comunes, un mismo lenguaje, lo que les da “una complicidad subjetiva, que subyace a todos los antagonismos”¹⁸⁵.

Como se ha referenciado en capítulos anteriores, los cuerpos y los espacios pugnan por la apropiación de los bienes simbólicos que ofrece la Catedral para practicarlos a su manera. Ambos, en última instancia, comparten el mismo objetivo, y por ende, manejan un mismo código. No se trata en este caso de que unos luchan por la preservación de cierto capital cultural y otros por su destrucción, sino que ambos intentan controlarlo, otorgarle su sentido e imponerlo al resto.

En el caso de la Catedral, es el sentido religioso lo que perdura en ambas posiciones: si bien los concurrentes a la institución en muchos casos se acercan al lugar por su atractivo arquitectónico, lo que ven allí dentro son imágenes religiosas. Se trata, en todo caso, de un turismo religioso.

Es por ello que, más allá de los enfrentamientos que puedan existir, los actores reconocen como válidos ciertos elementos que aparecen en la Catedral: “el hecho de intervenir en la lucha por la apropiación de un capital dentro de un campo contribuye a la reproducción del juego mediante la creencia en el valor de ese juego”¹⁸⁶.

Si bien toda transpolación de una teoría a otras situaciones diferentes a las que fue pensada puede llevar al error, en este caso, el sentido de presentar una breve descripción de la teoría de los campos culturales de Bourdieu sirve para mostrar cómo se posicionan los factores que intervendrán en la lucha por la resignificación de los espacios, en este caso, en la Catedral de La Plata.

¹⁸⁵ Ibid. Pág. 39

¹⁸⁶ Ibid.

Además, marca muy bien las relaciones entre los dos grupos que pugnan por controlar un sitio, y deja en claro en qué punto ambos comparten códigos comunes, lo que a la vez les permitirá “acercarse” de una manera similar a ese objeto por el cual luchan.

Repasando un poco, aparecen entonces en los espacios públicos los siguientes elementos:

- El “campo” donde se desarrolla la lucha/negociación: en este caso el escenario es la Catedral de La Plata.
- Un capital simbólico; aquí la cuestión es más complicada, puesto que no se trata sólo de los objetos que aparecen en el Templo, sino que la negociación se da de forma ampliada a las normas impuestas por la institución, a la forma de apropiarse –no en el sentido de propiedad, sino en el sentido de “uso”- de esos objetos, etc. No se tratará sólo de “luchar” por el control de un capital simbólico, sino por resignificar su uso, modificar las normas de apropiación de los objetos, desregular el “tránsito” de ese espacio, etc.
- Dos grupos antagónicos que pugnan por controlar ese capital cultural “ampliado”, descrito en el punto anterior.
- La existencia de un lenguaje común por parte de los dos grupos antagónicos, puesto que en definitiva se trabajará sobre un mismo capital cultural, y lo que se pretende de él, de un lado, no es su destrucción, sino su modificación en base a los diferentes intereses que impulsan al grupo.

Todos estos elementos intervendrán en la lucha por la resignificación del espacio, cualquiera sea el caso de que se trate. Ahora bien, a pesar de ese lenguaje común que ambos comparten, tanto los “cuerpos” como los “espacios” tienen diferentes objetivos a la hora de enfrentarse: la institución Catedral pretende mantener las reglas institucionales tal como están; mientras que los concurrentes querrán otorgarle un nuevo sentido al capital simbólico, modificar ciertas reglas.

En otras palabras, la intención de la institución como tal es lograr que quienes practiquen ese espacio acepten las reglas impuestas; mientras que los viandantes buscarán que la Catedral incorpore nuevas prácticas, valide sus intervenciones.

Para ello, ambos pondrán en esa empresa todas las armas con las que cuentan.

Los espacios desplegarán todo un complejo aparato normativo para mantener el status actual. Utilizarán para ello diferentes niveles de “legalidad” que se pueden aplicar de acuerdo al sitio en cuestión: las normas sociales que trascienden las particularidades del espacio en sí; el estatuto de lugar, que marca una serie de expectativas de conductas para cada espacio en particular; y el control institucional, presente en los “territorios” o sitios cerrados, en los que una institución imprime un control rígido a los comportamientos de sus integrantes (Ver el Capítulo 2.4, “Los espacios públicos”).

En el caso particular de la Catedral, dentro de su estatuto de lugar están contempladas dos cuestiones. La primera tiene que ver con la historia del templo, por un lado, y del catolicismo en general, por el otro, que hace que se genere un horizonte de expectativas más preciso acerca de las normas de conducta aceptables allí dentro; y la segunda con las características arquitectónicas del templo, que lo hacen atractivo en términos turísticos.

El control institucional es el más visible de todos, aunque no por ello más efectivo que el resto. En todo caso, podría decirse que éste opera como un “refuerzo” menos sutil de otros mecanismos que permanecen ocultos.

Toda institución cuenta con un sistema sancionatorio para evitar las transgresiones y los ataques a sus fundamentos, que pueden ir desde simples llamados de atención hasta la expulsión definitiva del lugar.

Pero además de los grandes controles –que consisten, como se vio en el caso de la Catedral, en la inclusión de una guardia policial, en la manutención de un espacio de visibilidad que permita “vigilar” todo el entorno y en la incorporación de reglas escritas-, las instituciones despliegan un sistema de “infrapenalidades”, el control de pequeños detalles. Estas llenan el espacio que dejan descubierto los grandes controles, y operan a nivel corporal.

También existe otro tipo de regulación operada a través del rito, que logra establecer el control sobre los cuerpos puesto que funciona como “una práctica de reproducción social”¹⁸⁷.

La celebración de la Misa dentro de la Catedral es un ejemplo más que claro en este sentido. Además, los ritos operan otra forma de control: incorporan algunas transgresiones limitándolas, como ocurre en el templo platense con las visitas guiadas.

¹⁸⁷ García Canelini, Néstor. “Culturas híbridas”. Op. cit. Pág. 44

Particularmente, la Catedral también cuenta con otros recursos para limitar las transgresiones, como el control de la disposición espacial que permite regular el tránsito de los concurrentes a través del templo.

En cuanto a las “armas” desplegadas por los cuerpos a la hora de enfrentarse a estos controles, podría mencionarse los “ámbitos de significación”, el conjunto de elementos personales – historia, ideología, experiencia, etc.- que influyen a la hora de abordar ciertos estímulos.

Esto puede materializarse en el denominado “espacio personal” de las personas, un territorio móvil y cambiante que acompaña al sujeto allí donde va, y que puede modificarse de acuerdo al sitio donde se encuentre. El espacio personal, convertido en un “territorio dentro del territorio”, puede cambiar provisoriamente las reglas de cualquier sitio.

4.3 La apropiación.

Finalmente, antes de abordar esta cuestión, vale aclarar una serie de puntos. En primer lugar, el “choque” no es una pelea propiamente dicha, ni existe tampoco un enfrentamiento abierto: se trata de una puja constante, silenciosa la mayoría de las veces. En esta puja, cada parte intenta imponer su sentido a los espacios; intenta apropiarse de ellos y utilizarlos a su manera. La negociación por los espacios es constante, no puede identificarse en un momento ni en un lugar preciso, no tiene un principio determinado y menos aún un final: ocurre todo el tiempo. Cada vez que el espacio es utilizado por alguien se ponen en juego estos mecanismos. Tampoco pueden encontrarse resultados concretos en un corto plazo de tiempo, pues se trata de cambios estructurales. Si bien, pensado desde la subjetividad de los actores, una intervención puede modificar momentáneamente los estatutos de lugar, esta situación sólo dura lo que esa intervención: para que se prolongue en el tiempo tienen que intervenir negociaciones más complejas.

A tal punto estos cambios son imperceptibles, que para poder ver el fruto de esas intervenciones con claridad habría que comparar la situación actual de un espacio con ese mismo sitio 5 o 10 años atrás.

Ahora bien, con todo esto, ¿qué es lo que sucede en el “choque” propiamente dicho? ¿Qué nuevas relaciones se conforman?

Para poder resolver esta cuestión, será necesario apelar a Henry Lefebvre. El filósofo francés habla de “la producción del espacio”¹⁸⁸ en contraposición a la “producción en el espacio”.

Conceptos, dice Lefebvre, parecidos pero diferentes, productos ambos de dos épocas distintas del desarrollo del capitalismo. Como se sabe, Lefebvre elaboró su teoría desde una perspectiva marxista, basándose en las relaciones productivas que se alojan en su seno.

Para él, la producción en el espacio es producto de las relaciones de producción capitalistas, que toman los sitios como “espacios instrumentales” a partir de los cuales se pueden operar ciertos cambios. Esta lógica muestra a los espacios como algo rígido, que sólo funcionan como *marco de* ciertas relaciones sociales.

¹⁸⁸ Lefebvre, Henry. “La producción del espacio”. Extraído de “Papers”, Revista de Sociología. 1974. En <http://www.raco.cat/index.php/Papers/article/viewFile/52729/60536>

Frente a esta producción en el espacio, que sólo ve al sitio como contenedor de las relaciones de producción que se dan en su seno, el filósofo antepone la producción *del* espacio.

Para Lefebvre, en los últimos años asistimos a un “estallido” de los espacios, a “la importancia creciente de un sector que antes creíamos secundario (...) la construcción, la urbanización, las inversiones en este terreno, la venta y la compra del espacio como totalidad”¹⁸⁹.

Desde un análisis puramente marxista, el francés señala que “es el espacio y por el espacio donde se produce la reproducción de las relaciones de producción capitalista”¹⁹⁰.

Este tipo de espacios instrumentales devienen según el autor en “espacio abstracto, el espacio del hormigón”. Es un espacio óptico y visual: “no es un espacio sensorial que interesa al conjunto del cuerpo; es un espacio óptico, que entraña problemas de signos, de imágenes, que se dirige únicamente a los ojos”¹⁹¹.

En este escenario se produce para Lefebvre la reproducción de las relaciones de producción, pero para que ello ocurra con normalidad frente a las contradicciones del espacio se debe apelar a “un uso perpetuo de la violencia”.

Sin embargo, avanza sobre el espacio instrumental una nueva relación “del cuerpo y la sociedad”: “las fuerzas productivas no pueden definirse únicamente por la producción de bienes o de cosas en el espacio. Se definen hoy como la producción del espacio. Esta producción no suprime la antigua; la producción en el sentido clásico del término, que sigue siendo la base, las fuerzas productivas que conciernen a la producción de los bienes en el espacio no han desaparecido, pero desde cualquier punto de vista, sea técnico, científico o social, hay modificaciones de una importancia excepcional en las fuerzas productivas en sí mismas”¹⁹².

Aquí Lefebvre menciona la irrupción en el espacio de nuevas prácticas de los usuarios que tienden a reivindicar, de diferentes formas, su derecho a participar en la conformación de los espacios.

También en este esquema se nota cómo dos factores compiten por la definición de los espacios. Pero la diferencia es que aquí Lefebvre propone una solución a esta puja a través de

¹⁸⁹ Ibid.

¹⁹⁰ Ibid.

¹⁹¹ Ibid.

¹⁹² Ibid.

un concepto clave para entender, finalmente, las relaciones que se generan durante las negociaciones: la **apropiación**.

Este concepto -dice- no debe ser entendido en el sentido de la propiedad, de la enajenación o robo. “Apropiación como lo que se pone al servicio de las necesidades humanas”¹⁹³, indica Manuel Delgado.

El concepto aquí es interpretado como uso, una suerte de interacción, dinámica mediante la cual cada elemento toma del otro una parte y la usa para su beneficio, *generando una nueva práctica, sensiblemente diferente a la planteada por ambos*.

Esta idea sugiere que ambos factores se ven beneficiados por la confrontación. En la negociación, cada uno resigna ciertas reivindicaciones y consigue otras, y producto de ello se generan nuevas prácticas, sensiblemente diferentes a las anteriores. Con el tiempo, estas nuevas prácticas van asentándose dentro del propio espacio hasta que, finalmente, son tomadas como naturales, como propias de ese sitio –en el caso de las instituciones, se puede decir que se transforman en “reglas” del territorio-.

Las intervenciones de unos y otros en el espacio, lejos de destruir o transformar completamente el sitio, refuerzan ciertas reglas, amenguan otras, generan nuevas prácticas, etc. Pero todas estas acciones se desarrollan dentro del marco general de los espacios. Es decir, no se destruye el fundamento de los mismos, sino que se los acomoda a ciertas demandas, a nuevas prácticas que emergen en su seno.

En este punto resulta importante retomar la noción de “formalidades” de Chelkoff: la negociación de la que se habla, que deviene en “apropiación”, ocurre en el plano simbólico. Es decir que lo que se negocia es el modo de apropiación de los bienes simbólicos que se encuentran en un sitio determinado y las normas que regulan esa apropiación.

Además, se puede decir que las negociaciones, al partir del terreno de las “formalidades” - “conjunto de acciones y competencias que los formantes siguen y también crean de manera concertada”-, lo hacen desde un punto en el que se pueden identificar ciertos rasgos propios de la institución. Es decir, que las negociaciones comenzarán sobre una base: las normativas institucionales vigentes al momento en que se produce la apropiación.

Pero ello, como ampliamente se trabajó hasta aquí, no será lo único que determine el resultado de esas negociaciones: los usuarios ocuparán esos espacios de acuerdo a su historia personal,

¹⁹³ Delgado, Manuel. “Tránsitos”. Op. cit. Pág. 20

a sus vivencias, a su ideología, etc. Este “espacio personal” determinará su acercamiento a la institución y la forma en que operarán sobre las “formalidades”.

El modo en que usarán el espacio disponible dependerá no sólo de las determinaciones institucionales ni de una apropiación unilateral por parte de los “cuerpos”, sino de la “relación dialéctica entre mensaje y receptor” que mencionan Piccini y Mattelart¹⁹⁴: la interpretación de determinados bienes simbólicos no está asentada sólo en lo que éstos encierran, no es “inmodificable fuera de las categorías históricas congeladas en él”¹⁹⁵, sino que los mismos están supeditados a las interpretaciones que, en tanto “productoras de sentido”, hagan las personas.

Producto de este proceso surgirán nuevas reglas institucionales, sensiblemente diferentes a las anteriores, que permitirán validar, además, otro tipo de apropiaciones por parte de los concurrentes. También se reforzarán algunos controles para evitar nuevas desviaciones.

Tras las negociaciones, entonces, se genera la base desde la que se partirá para nuevas reconfiguraciones del espacio: ese es el espíritu de las “formalidades” de Chelkoff, servir como punto de partida de los procesos de negociación territoriales, y ser a la vez la meta de los mismos, el resultado de esa confrontación.

Estas negociaciones nunca se acaban por completo, siempre están llevándose a cabo y, una vez finalizadas, vuelven a comenzar inmediatamente. De todos modos, los resultados son difíciles de ver en el corto plazo, puesto que se trata de pequeñas modificaciones que, en el día a día, son imperceptibles.

Se pueden enumerar varios ejemplos concretos de esta situación en la Catedral. El primero de ellos tiene que ver con la utilización de las cámaras de fotos. Hasta no hace muchos años, esa práctica estaba prohibida por la institución. De ninguna forma se permitía el ingreso con cámaras a un sitio considerado sagrado por la institución, y mucho menos se podía tomar fotos de esos lugares. Sin embargo, con el tiempo esa norma fue entrando en desuso hasta desaparecer, y hoy la utilización de cámaras fotográficas dentro del templo es habitual. Esta situación no se daría sino hubiese existido por parte de los concurrentes a la institución una reivindicación del uso de las cámaras fotográficas en la práctica misma, puesto que esto no se

¹⁹⁴ Piccini, Mabel y Mattelart, Michelle. Op. cit.

¹⁹⁵ *Ibid.*

resuelve, por ejemplo, elevando un reclamo a los responsables institucionales para que permitan tomar fotos dentro del templo.

La realización cada vez más cotidiana de esta práctica -ayudada por otros factores, tales como el avance tecnológico- obligó finalmente a las autoridades a ceder en este punto y convivir con el uso de cámaras fotográficas dentro de la institución.

Otro ejemplo de esta situación es el caso del turismo. La “circulación” por el templo no era bien vista por la institución, puesto que el lugar era reservado para la oración. En la actualidad, esta práctica cambió, sobre todo por las acciones que los concurrentes fueron desarrollando dentro de la Catedral.

Las visitas cada vez más frecuentes al templo de personas que llegaban atraídas por las características arquitectónicas del mismo, hizo que las autoridades permitieran la utilización de las instalaciones como un lugar turístico.

Más aún, se generó en torno al templo una serie de emprendimientos relacionados al turismo: se fundó un Museo, se instaló un puesto de venta de souvenirs en el atril y se licitó la instalación de una cafetería. Además, también se comenzaron a realizar visitas guiadas a través del templo y el museo.

En este caso, la institución transformó la inquietud de muchas personas que arribaban al templo atraídos por su fachada, en el desarrollo de un “turismo religioso” en el que se refuerzan los aspectos vinculados a la fe desde las características arquitectónicas.

Por supuesto que ello se produjo por la presión de los concurrentes, quienes fueron interviniendo ciertos espacios con fines turísticos. Ello obligó a la institución a encauzar estas actitudes dentro de ciertas acciones que le resultaran “útiles” a los fines de difundir su mensaje.

Durante una visita guiada, por ejemplo, el guía explica desde los pormenores de la fundación de La Plata, hasta el origen y sentido de los vitrales que hay en la Catedral. También se detiene en la historia de los santos que se encuentran en el templo; en las características del altar y sus funciones; y en los detalles arquitectónicos y su explicación a la luz de la simbología religiosa, etc. En definitiva, resalta todas aquellas cuestiones arquitectónicas-religiosas del templo, y la charla puede estar dirigida tanto a un contingente religioso como a aquellos que se acercan para conocer el sitio como un monumento arquitectónico¹⁹⁶.

¹⁹⁶ Relatoría de la Observación Participante. Ver anexo.



Conclusiones



I. ESTADO DE LA TEORÍA

Hasta ahora, los estudios de los espacios públicos estaban basados en dos grandes supuestos, uno consecuencia del otro, que desviaron la atención de la teoría hacia una característica del campo que no refleja la complejidad del mismo.

El primero de ellos tiene que ver con el concepto de **territorio**, definido como “la marca social del suelo”, aquel sitio que una institución o un grupo de personas toma como propio y defiende de las amenazas externas. Es un “lugar ocupado”.

Este concepto es, para muchos autores, el paradigma del espacio público, aquel en el que se presentan todos los fenómenos estudiados: a partir de o en oposición a este se articulan el resto de los elementos que intervienen en el estudio de los espacios.

En este contexto, el No-lugar de Augé aparece señalado como un “territorio desterritorializado que se pasa el tiempo reterritorializándose y volviéndose a desterritorializar, que se caracteriza por la sucesión y el amontonamiento de elementos inestables”¹⁹⁷.

El no-lugar se construye en oposición al territorio: aquel es un sitio “desterritorializado”, y por ende “inestable”. El concepto de no-lugar no posee características propias, sino que es en oposición al lugar, al espacio reivindicable.

Pero lo más importante que puede inferirse de esta definición es el papel que juegan los “cuerpos”: mientras que en los territorios su capacidad de acción está completamente vedada por los controles institucionales, en los “no-territorios” su actividad es constante.

Esto se debe a que en ellos no están presentes los controles que aparecen en los espacios institucionalizados y es una prueba más de que todos los elementos de la teoría se estructuran a partir del concepto de territorialidad: la capacidad o no que poseen los cuerpos para modificar la dinámica de los lugares está determinada por la presencia o ausencia de reglas.

Es a partir del concepto de no-lugar en oposición al de territorio donde se genera la posibilidad de que los cuerpos actúen sobre los espacios.

Esto provoca, además, un nuevo equívoco: muchos autores, a partir de esta situación, otorgan a los cuerpos la exclusividad en el dominio de los espacios. Es en base a un análisis de los

¹⁹⁷ Delgado, Manuel. “El animal público”. Op. cit. Pág. 46

sitios “desterritorializados”, de donde surgen los conceptos que proponen una acción “transformadora” de los actores.

Muchas de estas nociones se pueden encontrar en Manuel Delgado o Henri Lefebvre: el español señala, que “el transeúnte (...) tiene sólo su cuerpo y es su cuerpo lo único que en última instancia le puede servir”¹⁹⁸.

En tanto, Lefebvre¹⁹⁹ manifiesta que “toda práctica social practica el espacio, lo produce, lo organiza, y sólo puede hacerlo a través de esa herramienta con que sus componentes cuentan y que es el cuerpo”²⁰⁰.

Ambos autores pensaron estas relaciones a partir del análisis de espacios desterritorializados. Delgado trabajó, sobre todo, el “espacio viario”, la calle, de la cual señala que “es objeto de un doble discurso. De un lado, es el producto de un diseño urbanístico y arquitectónico políticamente determinado, cuya voluntad es orientar la percepción, ofrecer sentidos prácticos, distribuir valores simbólicos e influenciar sobre las estructuras relacionales de los usuarios. De otro, es el discurso deliberadamente incoherente y contradictorio de la sociedad misma, que es siempre quien tiene la última palabra acerca de cómo y en qué sentido moverse físicamente en la trama propuesta por los diseñadores. Es el peatón ordinario quien reinventa los espacios planeados, los somete a sus ardides, los emplea a su antojo, imponiéndole recorridos a cualquier modelamiento previo políticamente determinado”²⁰¹.

El segundo supuesto, consecuencia directa del primero, es tanto o más importante que aquel. Al no existir en los espacios públicos ninguna posibilidad de discusión al orden instituido dentro de un territorio –en los no lugares poco importa esta intervención, puesto que una vez practicada, la acción se “borra”- las teorías presentan las relaciones que se dan en estos espacios como algo “cerrado”, que no entra en análisis ni discusión.

¿Qué significa esto? Que al entender a los territorios como sitios dominados por reglas institucionales que impiden cualquier tipo de intervención, se niega la posibilidad misma de que allí existan negociaciones entre los cuerpos y los espacios, o en el mejor de los casos, se presenta una relación de sujeción de los usuarios a las reglas institucionales. Bajo esta lógica no hay relaciones que estudiar al interior de los espacios públicos, por la sencilla razón de que

¹⁹⁸ Ibid. Pág. 17

¹⁹⁹ Lefebvre, Henri. Op. cit.

²⁰⁰ Delgado, Manuel. “Tránsitos”. Op. cit. Pág. 15

²⁰¹ Delgado, Manuel. “El animal público”. Op. cit. Pág. 182

las mismas no existen: sólo conocemos, a través de estos análisis, las imposiciones institucionales y sus procesos unilaterales de generación.

Durante la presente Tesis se demostró que esta posición, que genera más de un equívoco en el abordaje de los espacios públicos, es errónea. En primer lugar, porque las determinaciones espaciales, sus reglas, no surgen sólo de mecanismos institucionales –que nunca son aclarados del todo por las teorías-, sino que se generan por un proceso de negociación complejo, en el que intervienen muchísimos factores, pero por sobre todas las cosas, la acción de los sujetos sobre el espacio.

A consecuencia de lo dicho anteriormente no puede esperarse de un estudio sobre los espacios públicos la mera exposición de las características del mismo, sino un análisis pormenorizado de las situaciones que lo conforman como tal.

Por ello, habrá que poner el foco, no ya en el proceso terminado –es decir, en la enumeración de reglas institucionales- sino en **el proceso mismo**, en la relación entre los cuerpos y los espacios, en lo que cada uno pone en juego para imponerse sobre el otro, para lograr establecer “su” modo de apropiación, “sus” propias reglas.

II. LOS CUERPOS Y LOS ESPACIOS

A. LOS ESPACIOS

En el desarrollo de la presente Tesis se ha intentado avanzar más allá de la posibilidad de ver a los espacios públicos como estructuras cerradas, y se los mostró como un campo dentro del cual se producen una gran cantidad de relaciones.

Como se mencionó en las primeras páginas, pensar los espacios como territorios inexpugnables llevó a obviar no sólo las relaciones que se presentan en su seno, sino a pasar por alto el estudio de su estructura interna, el mecanismo legal/represivo que los rige. Por ello, aquí se hará un breve repaso de lo expuesto hasta ahora.

En primer lugar, se determinó que los espacios están atravesado por tres grandes niveles normativos: las normas sociales, los “estatutos de lugar”, y las reglas institucionales.

En rigor, las normas están presentes en todos los espacios públicos, puesto que son “las reglas que regulan la conducta social”. Estas son, según Goffman, “tipos de guía de acción apoyadas por sanciones sociales negativas que establecen penas por la infracción y positivas que establecen recompensas por el comportamiento ejemplar”²⁰².

Además de ellas, en cualquier espacio público se puede encontrar un **estatuto de lugar** inherente a éste, que tiene que ver con la función social que desempeña y con las actividades que en él pueden desarrollarse.

Se trata de las pautas de comportamiento que son aceptadas como válidas en ese sitio, que determinan en gran parte las actividades que allí pueden desarrollarse.

Este “estatuto” se va conformando a través del tiempo por la dinámica propia del lugar, y hace que se puedan prever las acciones que las personas van a desarrollar, generando una “expectativa de conducta” particular para cada caso.

El estatuto de lugar tiene dos aristas: el primero, identificado con la función que la sociedad le asigna a determinados espacios –las plazas, por ejemplo-; y el segundo con las características propias de un sitio particular, conformadas a través de las prácticas que se den en su interior – la Plaza Moreno, en La Plata, será diferente a otras plazas-.

²⁰² Goffman, Erving. Op. cit. Pág. 108

El tercer nivel, el más específico, tiene que ver con el control institucional liso y llano, presente sobre todo en los territorios. La institución que controla un sitio establece determinadas disposiciones para regular el uso y el comportamiento de las personas que allí concurren.

El control institucional es el más estricto de los tres niveles mencionados aquí, y esto se da porque a través de estas normativas, la institución intenta preservarse como tal, puesto que en estos espacios, el “territorio” es la cara visible de la institución: esta sólo puede existir en tanto posea un espacio para desarrollarse y sólo puede ser visible a partir de los espacios que ocupa. El territorio es la institución, representa su realidad material, y esto queda plasmado en las características mismas de la Catedral, como ya se explicó.

Y así como no puede separarse institución de territorio, tampoco puede dissociarse a la institución de las normas que la rigen, ya que ellas son su fundamento constitutivo: la institución no sólo es el espacio, sino también sus reglas; si estas fueran diferentes, también lo serían las características del espacio.

En general, los dos primeros niveles normativos aparecen en todos los sitios, mientras que los espacios institucionalizados son los únicos en los que confluyen los tres aspectos. Es a partir de esta característica que deben comprenderse los diversos modos de control que se aplican sobre las personas que intervienen este tipo de lugares.

Al estudiar los mecanismos de control que despliega un espacio institucional debe tenerse en cuenta esta triple concurrencia de normas sociales, estatuto de lugar y reglas institucionales. Desde la conjunción de estos tres elementos se puede explicar el complejo aparato normativo que aparece en la Catedral de La Plata.

Estas normas tampoco están desligadas del proceso de formación del propio espacio: a medida que éste se va creando y re-creando aparecen nuevas conductas que controlar y nuevos mecanismos para evitar las “desviaciones” que puedan surgir.

Pero estas normas aparecen como naturalizadas: mediante este proceso de “reificación” se oculta para los actores el verdadero origen normativo –producto del accionar de sujetos que intervinieron el sitio en el pasado y del suyo propio- y se toman esas prescripciones como inherentes al espacio.

La “reificación” de ciertas normas hace que los actores institucionales tomen esas reglas como constituyentes del espacio que ocupan, y las acepten desde que se incorporan al mismo.

Esto refuerza en gran parte el control que una institución puede lograr sobre sus integrantes: los actores que en ella interactúan ingresaron conociendo las reglas, e incluso estando de acuerdo con las mismas; y le asegura, en principio, el respeto a sus normas constitutivas, pudiendo concentrar el control sobre las transgresiones menores no contempladas por los estatutos.

Estas prácticas, que no ponen en riesgo los fundamentos mismos de la institución, desafían algunas de sus reglas, ciertos comportamientos que se desearían como ideales. Por lo general, son pequeñas “desviaciones” que no son advertidas por los grandes controles institucionales, puesto que se trata de confrontaciones subterráneas que están, en la mayoría de los casos, fuera del alcance de la vigilancia institucional.

Pero para estas conductas existe también un complejo aparato normativo, conformado a través de la práctica, que intenta regularlas y controlarlas todo lo más que pueda. Estas “micropenalidades” son muy eficientes en el control de las conductas de las personas que escapan a las normativas generales.

Estos controles de las pequeñas acciones, resultan más útiles que los mecanismos simbólicos de vigilancia, pues apuntan a aquellas conductas que no pueden ser visibilizadas ni advertidas por éstos. Por lo general, las “micropenalidades” se sostienen en el accionar mismo de los integrantes del espacio, convertidos a la vez en vigilados y vigiladores, cuerpos a controlar, pero también agentes de control.

Para ello hace falta que éstos internalicen las reglas, las tomen como propias y se sientan en el deber de hacerlas respetar. Por lo general, actúan desde los dos primeros niveles normativos, puesto que no se les ha otorgado ningún tipo de autoridad para imponer las reglas institucionales.

Estas penas menores son ejecutadas en cualquier momento y lugar. Son, al igual que las sanciones informales de las que habla Goffman, procesos que pueden transcurrir en “dos gestos y una mirada”.

El verdadero poder de estas penalidades es que no requieren de un representante institucional para aplicarlas, sino que pueden ser administradas por cualquiera que conozca las reglas: el castigo es la sanción social, la vergüenza en público. El infractor puede recibir un llamado de atención, puede ser mirado desdeñosamente, etc.

Pero además de este sistema de vigilancia, en los espacios se ponen en juego otro tipo de mecanismos, más complejos que los anteriores. Estos controles, reforzados por la disposición espacial, se sustentan en dos acciones fundamentales: **vigilar** y **prescribir**.

El primero de ellos está relacionado con el montaje de una estructura panóptica, que genera una sensación de vigilancia constante sobre las acciones de las personas. En la Catedral, como ya se mencionó, está presente en la mirada “total” que el sacerdote logra desde el altar, en la vista panorámica que otorga el coro, en las alturas, y en dos elementos simbólicos muy fuertes: el rosetón y la torre central.

Esta última, ubicada sobre el altar, es la principal fuente de luz natural del templo, y según las lógicas del estilo gótico, representa el ingreso de Dios al lugar. O, si se quiere, la mirada de Dios sobre el recinto, fuente de una vigilancia constante.

En cuanto a las prescripciones, vale nombrar, en primer término, el recorrido que propone la institución a través del templo, mediante la disposición de las imágenes religiosas.

En la Catedral de La Plata los visitantes pueden iniciar ese recorrido desde cualquiera de las naves laterales del templo, seguir hasta la parte posterior del altar, donde se encuentra una pequeña capilla a la Virgen de los Dolores, y volver por la otra nave hacia la salida.

Los vitrales también marcan un tipo de recorrido: cada uno representa una escena de la Biblia, y están ordenados de acuerdo a un criterio cronológico, que comienza con el Antiguo Testamento. Para seguirlos ordenadamente, los visitantes deberán comenzar a recorrer el templo desde la nave derecha.

En esta lógica, también juegan un papel importante las ritualizaciones. Mediante ellas, la Catedral logra un doble objetivo: reafirmar su posesión indiscutida del lugar e incorporar ciertas transgresiones, reducidas a su mínima expresión.

En el primer caso, el rito católico por excelencia es la celebración de la misa, durante la cual se realizan las principales doctrinas religiosas de la institución. El control y el ordenamiento espacial que la iglesia logra durante este momento son únicos: ordena a las personas cuándo pararse, cuándo estar sentados, arrodillarse, caminar, hablar, cantar, etc. Este rito regula al extremo los comportamientos y el uso del espacio, bajo la idea de que el momento sagrado que se está viviendo no da lugar a discusiones.

Pero además de ello, los ritos sirven para incorporar algunas transgresiones, de manera que se evite que las mismas entren en franco enfrentamiento con las normas institucionales. García

Canclini señala que los ritos también son “movimientos hacia un orden distinto, que la sociedad aún proscribe y resiste”²⁰³.

Estos ritos, que se relacionan sobre todo con aquellas prácticas que pueden identificarse con el desarrollo del “turismo religioso”, evitan que ciertas reivindicaciones de las personas se desarrollen de otra manera, de forma tal que se pongan en peligro las normas que rigen el espacio. De esta forma, se logra controlar las transgresiones, darle un marco de desarrollo, “domesticarlas”.

²⁰³ García Canclini, Néstor. “Culturas híbridas”. Op. cit. Pág. 44.

B. LOS CUERPOS

Así como las instituciones despliegan sobre los espacios que controlan una gran cantidad de dispositivos para imponer su modo de apropiación de los mismos, los cuerpos también van generando su recorrido de acuerdo a su historia personal, a sus intereses, al lugar que ocupan y a las percepciones que tiene de la institución y los espacios que controla.

Para analizar el rol de una persona en un ámbito institucional se deben tener en cuenta múltiples factores que hacen a su situación dentro de un espacio determinado.

En primer lugar, vale destacar el rol que ocupan dentro de la institución: esto generará una suerte de expectativa acerca de las conductas esperadas, y también prescribirá –aunque en menor medida- algunas de las funciones que podrá realizar.

Berger y Luckman sostienen que “todo comportamiento institucionalizado involucra roles” que ejecutan las acciones previstas por la institución.

Además de las figuras relacionadas directamente con la organización institucional, tales como las autoridades eclesiásticas, en la Catedral se visibilizan dos tipos de roles: los “feligreses” y los “turistas”.

Los primeros están identificados con aquellas personas que se acercan al templo de forma asidua; y los segundos son quienes recorren el templo por su interés turístico.

Dentro del primer grupo podría hacerse una subdivisión entre los feligreses que concurren sólo a participar de las celebraciones o a orar un momento y el “staff permanente”, que colabora en la organización de los eventos y generalmente se destaca en ellos por su participación activa.

Cada uno de estos grupos cumple una función diferente dentro de la institución, pero tienen una particularidad en común: ninguno se encuentra estrictamente “institucionalizado”, es decir, ninguno tiene un puesto formal dentro de la institución. El punto en común que tienen feligreses y turistas es su vinculación “libre” con la institución que controla el espacio que practican, vinculación que, de acuerdo a cada caso, será diferente.

Dentro del grupo de los feligreses, el “staff permanente” mantiene una cercanía mayor con los representantes institucionales, y ese involucramiento también genera otro tipo de responsabilidad.

En líneas generales, las acciones de los concurrentes dependen en buena medida del rol que ocupan dentro de la institución, no porque ello represente un “determinismo” del rol en sí, sino porque cada uno adscribió libremente a esos espacios, de acuerdo a su situación personal y a sus convicciones.

Los espacios personales y el ámbito de significación.

Pero más allá de la pertenencia que se tenga a uno u otro grupo, todas las personas poseen en sí un “espacio personal”, un territorio reivindicable a su alrededor, donde quiera que se encuentre, que varía de acuerdo a las circunstancias.

Dice Goffman que “el espacio personal es el espacio en torno a un individuo, en cualquier punto dentro del cual la entrada de otro hace que el individuo se sienta víctima de una intromisión, lo que le lleva a manifestar desagrado y, a veces, a retirarse”²⁰⁴.

La irrupción de este concepto en el estudio de la dinámica de los espacios públicos genera un cambio radical en la perspectiva de estudio: a las reglas institucionales impuestas en los territorios se les contrapone la voluntad de los individuos que practican el espacio; frente a un territorio cerrado aparece un espacio más fuerte aún, apoyado en la subjetividad de las personas e inalcanzable para los controles institucionales.

De todos modos, este espacio no será completamente libre, pues está sujeto a las relaciones que se den en el contexto: “una característica central del espacio personal es que las reivindicaciones legítimas sobre él varían mucho según las explicaciones que brinde el contexto, y que las bases de éstas cambian constantemente. Hay factores como la densidad demográfica local, el objetivo de quien se acerca (...) que pueden influir radicalmente de momento a momento en lo que se considera una infracción”²⁰⁵. El espacio personal es un territorio móvil y cambiante de acuerdo a las circunstancias.

Sus características son similares a las de los espacios territoriales, por lo que se puede afirmar que los espacios personales son un “territorio dentro del territorio” con sus propias reglas, sus límites al acercamiento de otros, su tolerancia a la invasión, etc.

²⁰⁴ Goffman, Erving. Op. cit. Pp. 47-49

²⁰⁵ *Ibid.*

Esto puede generar que se cree una “burbuja espacial” que en ocasiones actúa en confrontación directa con el sistema normativo. Este tipo de prácticas son efímeras, y una vez concluidas no dejan ningún tipo de marcas sobre el sitio.

Pero sin llegar a los extremos en que los espacios personales actúan en abierta confrontación con el sitio en el que se encuentran, puede afirmarse que los mismos representan la aparición de un primer contrapunto a las reglas institucionales en el que comienzan a discutirse algunas normas a partir de la experiencia personal, la ideología, el recorrido dentro de esa u otras instituciones, etc.

Como señaló Lefebvre, “el espacio existe por una vivencia y una percepción que son siempre, en última instancia, corporales”²⁰⁶.

Aquí entran en juego los “ámbitos de significación”, el marco a través del cual el sujeto “lee” y reinterpreta aquello que recibe.

Orozco Gómez los define como “ese conjunto de valores en los cuales el guión adquiere su sentido y de los cuales surgen las prescripciones. Potencialmente todo guión tiene diferentes significados, pero solamente una interpretación ‘satisfará’ su correcta valoración”²⁰⁷.

Este concepto puede equipararse con los “espacios personales”, puesto que el ámbito de significación es ese marco interpretativo desde el que una persona “recibe” determinadas informaciones y hace que adopte una u otra postura frente a diferentes estímulos.

El espacio personal es la reserva más íntima de la persona que interactúa con otras en un espacio público: allí no sólo lleva a cuentas sus reivindicaciones territoriales, sino también su historia, su marca social, sus gustos culturales, etc. A partir de ellas se enfrentará a la marca espacial, a las imposiciones del territorio. Y es desde ellas que reinterpretará las disposiciones institucionales y que mantendrá una pugna con la institución.

Ambos conceptos, espacios personales y ámbitos de significación, comparten una misma característica: a partir de ellos se puede pensar en cierta autonomía de los actores institucionales.

Pero esta pretendida autonomía no es más que la ruptura de la sujeción de los cuerpos hacia los espacios, y no puede dejar de pensarse desde el punto de vista comunicacional: son las

²⁰⁶ Delgado, Manuel. “Tránsitos”. Op. cit. Pág. 15

²⁰⁷ Orozco Gómez, Guillermo. “Recepción televisiva. Tres aproximaciones y una razón para su estudio”. Op. cit. Pág. 46

personas a partir de su interpretación quienes practican el espacio, en una negociación de la que las características del territorio no están ajenas.

Esto quiere decir que la autonomía de los espacios personales es tal en tanto que poseen la capacidad de significar los mensajes recibidos de acuerdo a un cúmulo de situaciones personales que, en última instancia, reinterpretan el entorno, lo recrean.

III. LAS NEGOCIACIONES

Lo trabajado en el punto anterior muestra cómo la mirada comunicacional complejiza el campo de estudio, otorgándole “vida” a un espacio pensado como muerto, en donde no había más relaciones que la propia sujeción de los cuerpos a las dinámicas institucionales.

Pero las relaciones establecidas hasta aquí no significan que ahora se plantee una situación completamente inversa a la diagnosticada al inicio de este trabajo y sean los “cuerpos” quienes definan el status espacial de un sitio a partir de sus reinterpretaciones personales: existe un proceso de negociación mediante el cual cada elemento busca imponer su punto de vista, obligar al otro a respetar su visión del espacio.

Esta negociación está implícita en la propia dinámica comunicacional que se eligió aquí para explicar el accionar de los cuerpos en los espacios: para la teoría de la recepción “la significación del mensaje no está encerrada en éste, como propiedad intangible, inmodificable fuera de las categorías históricas congeladas en él. La significación se desarrolla en la relación dialéctica que se establece entre el mensaje y el receptor; un receptor definido como productor de sentido”²⁰⁸.

“La obra no puede identificarse exclusivamente ni con el texto ni con su concreción, y ésta no es independiente de las disposiciones aportadas por el lector, aún cuando tales disposiciones son activadas por los condicionamientos del texto. El lugar de la obra de arte es la convergencia de texto y lector, y posee forzosamente carácter virtual, puesto que no puede reducirse ni a la realidad del texto ni a las disposiciones que constituyen al lector”, dice Wolfgang Iser.²⁰⁹

Estas afirmaciones ubican al proceso mediante el cual se definen las normas institucionales – entendidas éstas como el modo en que está permitido “apropiarse” de los espacios y los bienes simbólicos que aparecen en él- en un punto intermedio.

Y ese punto intermedio es el de las negociaciones: la lucha de los cuerpos y los espacios por definir los modos de apropiación de los bienes simbólicos que aparecen en un espacio público. En esta negociación, ninguna de las partes logra imponerse por completo: para llegar

²⁰⁸ Piccini, Mabel y Mattellart, Michelle. Op. cit.

²⁰⁹ Iser, Wolfgang. Op. cit. Pág. 149

a un entendimiento se deberá arribar a un punto intermedio en el cual se satisfagan ciertas reivindicaciones territoriales de cada una de ellas.

Antes de abordar las características principales de este proceso, vale aclarar que éste se da en la acción misma: no es un proceso consciente, la negociación no significa que ambos elementos se “sienten a conversar” sobre los cambios deseables, sino que aparece en los movimientos de ambos, en el recorrido de los sujetos, en los controles institucionales, etc. La negociación es acción, es intentar imponer un criterio a través de la práctica para establecer las pautas de comportamiento deseables para cada grupo.

Este proceso se da en el plano simbólico, en las “formalidades” de Chelkoff y en la característica dual que éste le otorga a los espacios como dispositivos arquitectónicos –la forma- y como “conjunto de acciones y competencias” –las formalidades-.

Las formalidades son el punto de encuentro entre los cuerpos y los espacios. Ellas son a la vez el terreno en el que se dan las negociaciones propiamente dichas, el material sobre el que se van a producir los cambios, y también el resultado de ese proceso, que se repite sin interrupción y comienza ni bien llega a concluirse.

Las formalidades son, en fin, esa posibilidad de acercamiento al dispositivo arquitectónico, la manera en que la sociedad y las instituciones interpretan el espacio, y por ello se convierten también en el campo de lucha para operar las modificaciones deseadas.

Este proceso es constante y no puede identificarse ni en un momento ni en un lugar preciso. No tiene un inicio y un final determinado sino que ocurre todo el tiempo, cada vez que alguien interviene un sitio. Y una vez concluido, el proceso vuelve a comenzar a partir de las nuevas condiciones establecidas.

Ahora bien, la resolución de este proceso no tiene que ver con la imposición de uno de los elementos intervinientes en detrimento del otro, sino con el establecimiento de un nuevo estado de situación a partir de una combinación de ambas reivindicaciones, en las que se imponen y relegan por igual las exigencias de cada uno.

A esto, Henry Lefebvre denomina “apropiación”, concepto que debe ser entendido no en el sentido de la propiedad, de la enajenación o robo. “Apropiación como lo que se pone al servicio de las necesidades humanas”, indica Manuel Delgado²¹⁰.

²¹⁰ Delgado, Manuel. “Tránsitos”. Op. cit. Pág. 20

El concepto aquí es interpretado “como uso, una suerte de interacción, dinámica mediante la cual cada elemento toma del otro una parte y la usa para su beneficio, generando una nueva práctica, sensiblemente diferente a la planteada por ambos”²¹¹.

Esto significa que en la negociación antes mencionada cada parte en pugna resigna ciertas reivindicaciones y consigue otras. Producto de ello se generan nuevas prácticas, sensiblemente diferentes a las anteriores.

En las negociaciones, la apropiación refuerza ciertas reglas, amengua otras, y permite nuevas intervenciones. De este proceso surgirán nuevas reglas institucionales -con pequeñas diferencias respecto a las anteriores- que permitirán validar, además, otro tipo de apropiaciones por parte de los concurrentes. También se reforzarán algunos controles para evitar nuevas desviaciones.

Este proceso nunca acaba por completo, puesto que una vez establecidas las nuevas relaciones, éstas servirán de base para otras negociaciones, que se iniciarán inmediatamente.

Los resultados de esta negociación no se verán en el corto plazo, pues se trata de pequeños cambios que se producen día a día y que pueden visibilizarse con claridad con el correr de los años. Pero más allá de eso, son parte fundamental –casi constitutiva- del funcionamiento de los espacios públicos, el motor a partir del cual los mismos se transforman en sitios dinámicos y abiertos, en permanente modificación y reacomodamiento.

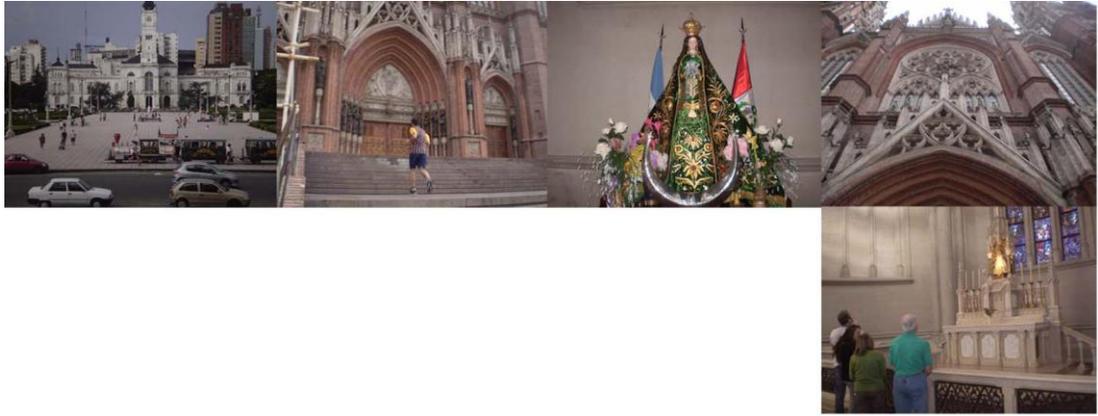
²¹¹ Ibid.

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc. “Los no-lugares. Espacios del anonimato”. 5a edición. Gedisa. Barcelona. 1992
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas. “La construcción social de la realidad”. Amorrortu. Buenos Aires. 1968
- Bourdieu, Pierre; Passeron, Jean Claude y Chamboredon, Jean Claude. “El oficio del sociólogo”. Editorial Siglo XXI. Madrid. 2002
- Bourdieu, Pierre. “La distinción”. Editorial Taurus. Buenos Aires. 2006
- Bugín, Cintia y López, Rocío. “Espacios urbanos. De las clausuras a las diásporas, una mirada desde la Comunicación/Cultura al Centro Cultural Islas Malvinas”. Tesis de Grado de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata. Año 2003
- Chelkoff, Gregoire. “Formas, formantes y formalidades. Categorías de análisis del entorno urbano”, en M. Gosjean y J.-P. Thibaud, ed. “Los métodos del espacio urbano”, Parenthèses, Marsella. 2001
- De Certeau, Michel. “La invención de lo cotidiano”. Universidad Iberoamericana. Biblioteca Francisco Xavier Glavigero. México. 2000. 1 v.
- Delgado, Manuel. “El animal público”. Editorial Anagrama. Barcelona. 1992
- Delgado, Manuel. “Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles”. Editorial Anagrama. 2007
- Delgado, Manuel. “Tránsitos”. Revista “Trampas de la Comunicación” N° 18. Octubre de 2003. Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Foucault, Michel. “Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión”. Siglo XXI Editores. 2006
- García Canclini, Néstor. “Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad”. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1992
- García Canclini, Néstor. “Cursos y Conferencias”. Ediciones de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Buenos Aires. 1984

- Goffman, Erving. “Relaciones en público. Microestudios de orden público”. Editorial Alianza. Madrid. 1979
- Guber, Rosana. “La etnografía. Método, campo y reflexibilidad”. Editorial Norma. Buenos Aires. 2001
- Gutiérrez, Lidia. “Paradigmas cuantitativo y cualitativo en la investigación socio-educativa: Proyección y reflexiones”. Revista Paradigma Vol. XVII. 1996. www.cidipmar.fundacite.org.gov.ve/Doc/Paradigma96/doc1.htm
- Hall, Edward. “Ritmo y comportamiento corporal”. En “Más allá de la cultura”. Gustavo Gili. Barcelona. 1979
- Iser, Wolfgang. “El proceso de lectura”, en “Estudios de la Recepción”. Editorial Visor, Madrid, 1989
- Jensen, K. B. y Jankowski, N. W. “Metodologías cualitativas de investigación en comunicación de masas”. Bosch. Barcelona. 1993
- Lefebvre, Henri. “La producción del espacio”. Anthropos. París. 1971
- Martín-Barbero, Jesús. “Procesos de Comunicación y matrices de cultura”. Editorial Gustavo Gili. México. 1987
- Mattelart, Armand y Mattelart, Michelle. “Historia de las teorías de la Comunicación”. Editorial Paidós. Barcelona. 1997
- Orozco Gómez, Guillermo. “El comunicador frente a la recepción”, en “Al rescate de los medios. Desafíos democráticos para los comunicadores”. Fundación Manuel Buendía. UIA, México. 1994
- Orozco Gómez, Guillermo. “La audiencia frente a la pantalla: una exploración del proceso de recepción televisiva”. Revista Dia-Logos de la Comunicación N° 30. Junio de 1991
- Orozco Gómez, Guillermo. “Recepción televisiva. Tres aproximaciones y una razón para su estudio”. Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales. Universidad Iberoamericana. México. 1991
- Piccini, Mabel y Mattelart, Michelle. “La televisión y los sectores populares”. Revista de Comunicación y Cultura N° 2. Editorial Galerna. Buenos Aires. 1974

- Saintout, Florencia. “Lo estudios de la Recepción en América Latina”. Ediciones de Periodismo y Comunicación Social. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP.
- Sigman, Stuart. “¿Quién apretó el botón para lanzar la bomba atómica?” En “La nueva comunicación”. Winkin, Y. (comp.). Editorial Kairós. Barcelona, 1984
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. “Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados”. Editorial Paidós. México. 1995
- Vasallo de Lopes, María Inmaculada. ““La investigación de la comunicación: cuestiones epistemológicas, teóricas y metodológicas”. Revista Diálogos de la Comunicación.
- Zago, Manrique. “La Catedral de La Plata. Obras de conservación, puesta en valor y completamiento”. Fundación Catedral de la Plata. 1998



Anexos



RELATORÍAS DE LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE

05/03/08: Primera visita

Fui a las 18 y no había mucha gente.

Empecé directamente la recorrida por la nave derecha, siguiendo a una pareja que recién entraba. Cuando llegué a los primeros bancos me senté detrás de un grupo que se había ubicado en el primer asiento, frente a la imagen del Cristo Crucificado.

Eran dos chicos y una señora. La mujer estaba rezando de frente a la imagen y los chicos charlaban entre sí, uno en un banco y el otro detrás.

Ellos hablaban de cualquier cosa y se reían, y de fondo se escuchaba el ruido de una aspiradora que era bastante insoportable.

Cuando terminó, la mujer se levantó y los chicos también, ella se hizo la señal de la cruz pero ellos no, siguieron hablando y riendo. Lo llamativo es que el chico tenía shorts, aunque en la entrada lo prohíben.

Me quedé sentado un rato ahí y de nuevo pensé en la poca cantidad de objetos religiosos que hay en el Templo. Quizás se deba a que la mayoría está guardado en el Museo, lo que no es un dato menor, puesto que para entrar ahí hay que pagar 5 pesos.

Además, hoy pregunté sobre la entrada al Museo y las Visitas Guiadas. Me dijeron que el Museo está abierto de 10 a 19 y que el servicio de guías funciona de 10 a 18:15 horas.

Pregunté en qué consistía el servicio de guías y me dijeron que era para llegar a las torres nada más, y cuando le pregunté si en el Templo hacían lo mismo me dijeron que “el Museo y el Templo son dos cosas distintas”.

Cuando me paré seguí el recorrido y fui a la parte de atrás del altar, me quedé un rato y continué.

Fui directamente hacia atrás y me senté ahí para tener un mejor panorama. De nuevo me dio la sensación de que existen dos tipos de visitantes: los religiosos y los turistas.

Dentro del primer grupo están los que directamente van a sentarse a un banco, rezan y se van. Dos ejemplos ví hoy: cuando estaba adelante, un chico se arrodilló frente al Cristo Crucificado y estuvo ahí un rato largo, después se incorporó y se fue.

Otro joven entró y recorrió el pasillo central, se sentó en uno de los bancos del medio. Cuando terminó –10 minutos- se fue.

Otro grupo dentro del religioso es el que recorre algunas imágenes, se persigna, reza un rato y se va.

Hoy vi a un hombre que entró por uno de los accesos del costado, cruzó el Templo y se sentó frente al Cristo Crucificado. Después se paró, se persignó delante del altar y se fue por donde había entrado.

Otro chico también entró por el costado. Caminaba rápido. Fue hasta la Virgen de Luján. De ahí cruzó de nuevo el Templo, miró otra imagen –Cristo bajado de la Cruz- y se fue.

Los turistas son aquellas personas que probablemente no hayan entrado antes y van por curiosidad. Raramente se persignan o se detienen a rezar frente a las imágenes, sino que caminan y van sacando fotos. Se les nota también su condición por la manera que miran las cosas, justamente como si fuera la primera vez que las ven.

Tras estar sentado unos minutos en la parte posterior del templo, decidí seguir a un grupito que entraba, para observar qué hacían. Se pararon un segundo para ver las reliquias de Sor María Ludovica y siguieron hasta la Capilla de atrás del altar.

Era una señora y una parejita de chicos. Cuando se fueron atrás, antes de entrar a la capilla – hay una desviación hacia la parte de atrás, con un cartel que dice NO INGRESAR SIN LA COMPAÑÍA DEL SERVICIO DE GUÍAS- el chico se paró al lado del cartel mientras la chica, nerviosa, le decía que se corriera de ahí, que estaba prohibido. El chico, riendo, dio un paso hacia delante, pasando el cartel, y se volvió.

Esta situación me llamó mucho la atención, por cómo la gente “teme” a esos carteles, a esas reglas impuestas, y cómo la prohibición caló tan fuerte en la chica, al punto de ponerse nerviosa porque su novio se paró al lado del cartel.

La actitud desafiante del chico también muestra esa aceptación – o validación- de las reglas, ya que se creyó transgresor por dar un paso más allá del cartel.

Este es el sentido que mucha gente le da a algunas reglas, cumpliéndolas a rajatabla o validándolas, otorgándoles un valor superior al que quizás poseen.

En fin, este caso de la mujer y la pareja es similar a otro que referencié, ya que mientras la mujer rezaba, los chicos estaban en actitud de espera, e incluso transcurridos algunos minutos se impacientaron.

Tras esto, completé la vuelta por el costado izquierdo y me fui. Cuando salí, vi a los tres rezándole, arrodillados, a la Virgen de la Puerta. Después averigüé lo que ya consigné del Museo, y salí.

NOTA PARA TÉCNICA METODOLÓGICA: Hoy me di cuenta que no tengo que estar pendiente de la teoría a la hora de hacer mis observaciones, de mirar lo que pasa confrontándolo con mi hipótesis o mi problema de investigación, sino que debo abstraerme de todo eso y tratar de observar y participar como un visitante más el Templo y sus movimientos. Después volcaré todo a una hoja y lo relacionaré.

Lo importante es adoptar esa técnica que Guber llama “observación flotante”, es decir, estar atento a todo lo que sucede, pero sin ser sistemático, prestarle atención a los detalles y mirar todo, pero sin seguir un orden establecido ni buscar ese orden, pues no existe.

Lo importante es participar en todo como un actor más, sentir como uno de ellos, y sentir lo que sienten cada uno de los concurrentes a la Catedral, así encontraré las respuestas que busco pensando como un visitante más y mirando todo con una amplitud mayor, sin encerrarme en hipótesis o teorías.

12/03/08: Segunda visita

Es la primera vez que voy a la mañana y para mi sorpresa, va muchísima más gente que a la tarde. El movimiento es mucho más fluido y hay un constante recambio entre la gente que entra y sale, aunque también se nota un predominio de la gente que va a rezar sobre los que van de visita.

Hoy opté por ponerme en la posición de un “turista molesto”, para ver cuál era la reacción de la gente que va asiduamente a rezar.

Ni bien entré me paré frente a la Virgen de la Puerta; había una persona arrodillada, rezando, moviendo los labios con un susurro apenas audible.

Yo me puse en una posición deliberadamente molesta, parado detrás de ella, mirando con curiosidad la imagen, estudiándola. La mujer se puso incómoda, y ya su posición de rezo cambió: no movía más los labios y se puso más rígida.

En ese momento me llamaron al celular, que lo había dejado prendido y con el volumen alto a propósito (al igual que el auricular del mp3 puesto) y la molestia fue aún mayor.

Me retiré a hablar al atrio, y cuando volví la mujer ya no estaba. Seguí caminando y fui al relicario de Sor Ludovica. Ahí una mujer también rezaba: lo hacía en voz baja, moviendo frenéticamente un rosario que tenía en sus manos. Me paré atrás unos minutos y después me adelanté unos pasos –ella estaba sentada- para entrar en su campo visual.

Simulé que inspeccionaba todo, que miraba con curiosidad el cuarto, y comprobé que la mujer ya no rezaba –por lo menos en voz baja- ni movía el rosario. Se había quedado quieta, y miraba la imagen de Ludovica.

Dos veces más sonó el celular. La última estaba sentado en los bancos de atrás, y al escucharlo, una chica que tenía adelantó miró un poco fastidiada.

Con esto quiero ver cuál es la actitud de las personas que cotidianamente van a rezar frente a personas que sólo van a “pasear” y determinar si existe verdaderamente esa división entre dos grupos y si la convivencia entre ellos es dificultosa.

Por ahora puedo decir que sí, aunque debo profundizar más. Una vez descubierto esto tendré que hacer hincapié en las relaciones que se dan entre ellos y en cómo luchan/negocian por la apropiación del espacio (obviamente, también de qué manera la institución influye en esta relación).

Decía que hoy había más gente que iba a rezar: ellos seguían la modalidad que describí en la visita anterior, iban a las imágenes en las que querían rezar, nada más, y después se retiraban.

Sobre situaciones particulares: sólo una para destacar. Un grupo de tres personas que caminaban por la nave derecha de la Catedral, charlando, mirando cosas, sacando fotos. Su actitud fue muy rara, porque no hacían el recorrido como el que propone la institución, sino que iban y venían por ese sitio, y uno de ellos les señalaba cosas a los otros dos, quienes se limitaban a seguirlo y mirar. El “guía” se detenía a mirar las imágenes, como si les estuviese rezando, aunque en una actitud muy rara. En un momento, cuando se arrodilló frente al Cristo Crucificado, miró para atrás, donde estaban sus amigos, y estos les tomaron una foto “rezando”.

En definitiva, hoy en el Templo vi más movimientos pero no cosas muy distintas a las que venía marcando: los visitantes son casi siempre “gente de paso”, que sale o entra del trabajo,

la facultad, o mujeres de edad que a esa hora van a rezar. Los “turistas” van con un poco más de tiempo, y estimo yo que exclusivamente a conocer el lugar.

Antes de irme me senté unos minutos en las escaleras, y comprobé que definitivamente funcionan como una verdadera muralla que impide que lo “urbano”, se entremezcle con el templo, con lo “sagrado”.

Hay una ruptura espacial importantísima entre quienes van por la vereda, transitando, y quienes ingresan a la Catedral. Las escaleras son un separador, nadie que “ande por ahí” se mezclará con los que visitan la Catedral porque estos últimos tienen que subir aproximadamente 20 escalones para acceder al templo.

Lo urbano queda totalmente fuera de lo sagrado del templo, y hasta el ruido de los autos –que son muchos en esa zona- es remoto.

Las escaleras también se usan mucho para sacarse fotos, ya sea desde arriba hacia la calle, o desde la vereda hacia adentro, pero esta operación es realizada también sólo por las personas que van a la Catedral, no por cualquier transeúnte que anda por ahí.

Voy a seguir viéndolo, pero en principio las escaleras son una frontera infranqueable para lo urbano, en donde lo “sagrado” está seguro y donde, en principio, no se produce ningún tipo de hibridaciones.

18/03/08: Tercera visita

Hoy fui medio de pasada, cuando llegué de la Terminal e iba nada más a dar una recorrida.

Empecé como siempre, por el ala derecha, y llegué hasta la Virgen de Luján sin cruzarme con nadie –había muy poca gente a esa hora de la mañana: 10:30-.

En la Virgen había una mujer con dos chicos. El nene sacó un monederito y puso en las limosnas 5 centavos, a lo que la madre le reprochó “¡tan poco!”. Entonces la nena le respondió “y bueno má, por lo menos colaboro con la Iglesia de Dios”.

Me acordé de aquello del “Temor de Dios” que enseñaban en Catequesis.

Seguí con el recorrido, prácticamente solo, y me encontré con una monja, a quien le dije que eran mis primeros días en La Plata y le pregunté si ese era un buen lugar para rezar y congregarse. Ella me respondió más o menos así:

M: -Como lugar es muy lindo, pero hay otra Iglesia que es San Ponciano, que es la segunda después de esta.

Y: -Acá es lindo, pero se ve que viene mucha gente a visitar, ¿no?

M: -Sí, no es un mal lugar, pero muchos vienen por el atractivo turístico.

La religiosa me dio a entender que si vas a rezar, es un poco molesto el fluir de las personas que simplemente van a visitar la Catedral, algo que ya había supuesto en mi anterior visita, cuando actué como “turista molesto”.

La monja siguió con sus cosas. Estaba indicándoles a dos ordenanzas dónde hacer la limpieza, seguramente preparando todo para la Misa crismal de mañana y los próximos días de Semana Santa.

Al terminar el recorrido, me senté unos 20 minutos en los bancos del fondo, y vi nuevamente aquello de que muchas personas aprovechan huecos en su rutina para ir a rezar un rato y después siguen.

Había pocos “turistas”, alguna madre con hijos o parejas de ancianos que iban a conocer, pero nada más. Su número aumentó a medida que se acercaba el mediodía.

20-03-08. Cuarta visita

A diferencia de las anteriores visitas, ingresé por el costado del templo, sobre la calle 53. Adentro había bastante movimiento, mucha gente sentada en los primeros bancos, frente al altar.

Directamente me senté allí, en el mismo banco en el que rezaba un hombre, quien, me dio la impresión, se sentó como “invadido”, pero siguió allí.

En el primer y segundo banco varias personas conversaban, algunas paradas, y en el altar un grupo realizaba varios operativos, supongo que para la Hora Santa de aquella noche.

Uno de los que estaba parado en el primer banco fue hasta el altar, charló con alguien y llamó a los cuatro chicos que estaban con él, que avanzaron hacia el altar.

En los bancos quedaron dos mujeres, madres –supongo- de los chicos. En el altar había más de diez personas y un cura que se destacaba, dando órdenes. Todo era muy ceremonioso y el sacerdote, puntilloso, marcaba hasta los detalles más mínimos.

El protocolo era, para el cura, lo más importante. Corrigió a dos chicos que practicaban el ingreso al altar y se inclinaron mucho y les indicó que sólo hagan un movimiento de cabeza; después les indicó a todos cómo debían retirarse con su silla, enfatizando en que la silla se llevaba pegada contra el cuerpo y no muy suelta.

Después se fueron atrás y volvieron por uno de los costados del altar con una especie de “manto” que llevaban en alto, sostenido por seis palos, que los llevaban los chicos y el cura.

Dieron unos pasos llevando eso, siendo indicados a cada paso por el cura. Hicieron seis pasos, pero tardaron diez minutos. Después vi que el sacerdote les decía que con eso tenían que dar toda la vuelta por la Catedral.

Esto demuestra lo importante que es para la institución el protocolo y las formas: cómo todo tiene que estar perfectamente organizado, y cómo todos los símbolos tienen que estar bien dispuestos.

En tanto, en los primeros bancos siguió llegando gente, que se sentaba y rezaba un rato. Adelante mío se sentó una familia entera que se quedó en silencio.

Alrededor había poco movimiento. Es decir, poca gente que iba de “visita”. La mayoría realizaba las mismas operaciones del que va a rezar: llega, se sienta, reza y se va.

Di una vuelta corta, sin detenerme mucho, y me fui.

(21/03/08) Quinta visita: Viernes Santo

Fui a la Lectura de Salmos y Laudes, que se hizo a las 8:30 en la Catedral. Ingresé nuevamente por la entrada izquierda, por 53, y ví que los “fieles” estaban sentados en los bancos del ala izquierda, frente al altar del Santísimo Sacramento –que estaba tapado con un manto morado- y de espaldas al principal.

Llegué 5 minutos tarde, y la ceremonia ya había empezado. Como siempre, hubo gente que miró al recién llegado. Me senté en un banco libre, había –entre los que llegaban y los que se iban- una treintena de personas.

Ni bien notó mi presencia, una mujer que estaba sentada en la tercera fila me alcanzó una guía y me indicó por donde estaban leyendo, incorporándome enseguida al grupo.

Comencé a leer y a cantar con ellos, aunque me costó agarrar el ritmo, pues había partes que leían los celebrantes y después respondían los fieles.

Por supuesto, como había previsto, mi presencia pasó inadvertida: sólo soy un joven católico que fue a un oficio religioso en Semana Santa.

Los celebrantes eran tres: un sacerdote que estaba sentado delante, a un costado; y una monja y una mujer que estaban atrás de todos, a un costado del altar mayor, tocando el órgano y cantando.

Me pareció notar que el cura me miró un par de veces, como notando una presencia extraña. Eso me da el indicio que a ese tipo de eventos va la misma gente, -sin importar el sector social, la edad, etc.-, y aquellos que no pertenecemos a ese grupo nos “destacamos” enseguida.

Lo noté además en la ubicación, ya que yo estaba unos bancos más atrás del medio –había 10 o 12 bancos-: los “estables” –había varias personas que se destacaban porque hablaban entre ellas al final del oficio, saludaban al cura y seguían debatiendo preparativos para más adelante- estaban en los primeros cinco bancos, y atrás mío había otras personas que, supongo, no eran estables –al igual que yo se fueron sin saludarse, ni organizaron nada con nadie-.

En el grupo de oración había una mayoría de mujeres, y sólo tres o cuatro hombres.

Se leyó la mitad del libro que me habían dado, pues la otra estaba separada por un título que decía “SÁBADO SANTO”, para el siguiente día.

Gran parte de las oraciones eran cantadas, otras habladas, y algunas requerían de la respuesta de los fieles. En algunas lecturas se había seleccionado a personas que pasen al frente para leerlas. Por supuesto, los elegidos no eran más que los integrantes del grupo “estable”: el marido de una de las organizadoras y otra mujer, quienes probablemente hayan tenido que ensayar la lectura antes.

En medio de la oración, varias personas se acercaron a aquel sitio para rezar. Yo pensé que se sumaban al oficio, pero se arrodillaban un rato y cuando terminaban se iban.

En una ocasión aparecieron como 15 ancianos que se arrodillaron a rezar, y a los 5 minutos se levantaron todos y se fueron. Esto se repitió dos o tres veces con grupos más pequeños, y parecía que molestaba un poco al celebrante y a varios fieles.

Al terminar, los fieles estables se quedaron charlando por grupos durante varios minutos, reafirmando que ese era SU territorio y SU momento. La mujer del hombre que leyó se

levantó y recogió los devocionarios, repitiendo a cada uno de los “extraños” que “mañana rezamos nuevamente a la misma hora”.

Me quedé sentado un rato más, mirando los movimientos del grupo, que seguía charlando. La mujer y el hombre que leyó se fueron charlando con una mujer mayor que tenía –no sé si para la ocasión- una pollera morada.

Terminado el oficio muchas personas se acercaron a rezar. Salí por la puerta principal.

NOTA IMPORTANTE: Me llamó la atención la forma de rezar que tenemos: hoy y mañana las cruces están tapadas con un manto morado, y como lo marca la tradición, el Santísimo (la luz) se apaga, señalando los dos días en que Jesús “descendió a los infiernos”.

En la Catedral, la cruz más grande estaba tapada por un gran manto morado y las dos que había en el altar, frente a las cuales se rezaban los laudes estaban como “disimuladas” entre flores.

En medio de ese altar está el Santísimo, la hostia consagrada, la presencia viva de Cristo, pero hoy y mañana no.

Entonces, frente a la cruz tapada y la ausencia del Santísimo, ¿a qué le estábamos rezando hoy? Es cierto que no se le reza a la imagen o símbolo, sino al “cielo” o a Dios, pero siempre lo hacemos mirando las imágenes, y lo demuestra el hecho de que hoy todos se arrodillaban y oraban frente a donde estaría el Santísimo y la Cruz. Y la Iglesia, la institución Catedral, así lo dispone, haciendo el oficio de Lecturas y Laudes frente a estas figuras ausentes.

Parece que las imágenes son como símbolos que nos sirven como “nexos” entre nosotros y Dios y no podemos despegarnos de ellas ni aún ante su ausencia, pues hoy, a pesar de que no estaban, todos mirábamos y rezábamos hacia ellas.

(22/03/08) Sexta visita: Sábado Santo

Llegué dos minutos después de las 8:30 y ya habían empezado. Como siempre que alguien llega tarde, llamé la atención y algunos se dieron vuelta para mirarme.

Esta vez la lectura se había hecho frente al altar, en los primeros bancos. La Cruz ya no estaba cubierta por el paño púrpura y habían traído hacia delante a la Virgen de los Dolores, ubicándola tras Jesús Crucificado.

El mismo cura de ayer oficiaba la oración y las personas eran más o menos las mismas. Adelante estaban las organizadoras y detrás del sacerdote, en el piano, una monja y la pianista.

Cuando me senté, una monja me alcanzó un devocionario y me indicó por donde iba la oración. Lo mismo hizo después con una persona que llegó más tarde que yo.

En términos generales, el oficio se dio igual que el Viernes Santo, y llamativamente no fue largo.

Antes de terminar entró una mujer humilde, vestida de manera sencilla para la pomposidad que había en el lugar, se persignó y se sentó en un banco, murmurando algo. Al minuto entró tras ella una oficial de policía y le entregó media rosca de pascua y una botella de vino u otra bebida alcohólica y le dijo “esto no se puede dejar afuera”.

Se ve que la policía no sabía qué hacer con la mujer, si sacarla o dejarla allí. Prefirió irse, y la mujer dejó lo que le había entregado en el piso, murmurando.

Cuando terminó el oficio, todos los que se conocían comenzaron a saludarse. La mujer humilde se quedó un rato sentada, y a algunas personas se las notaba incómodas con su presencia.

La mujer que organizaba el oficio –aquella cuyo marido leyó los laudes ayer- empezó a saludar a otras mujeres. Les decía: “Felices Pascuas, por si no te veo. Porque viste, con los distintos horarios de Misa que hay...” A todas y cada una les dijo lo mismo, repitiendo el mismo argumento y haciendo los mismos gestos.

Después se guardó algún comentario para la mujer humilde, haciendo un gesto de desagrado, seguramente por el vino y la rosca.

Más tarde se sentó en un banco y llamó al marido -que a esa altura parecía un poco harto- para rezar. Pero ahí lo dejó, sentado, ya que vio a la mujer policía y se paró para saludarla, explicándole que lo hacía porque las Misas eran muchas, y uno no sabía...

Después de un rato, el marido se paró, tomó la cartera de la mujer y se fue a esperarla a la salida. Con la policía, no se privó de hacer un comentario de la mujer humilde, que minutos antes había dejado el vino y la rosca sobre la imagen de la Virgen, y se fue diciendo: “lo dejó ahí porque no me lo puedo llevar, se lo tengo que dejar a la virgencita”.

La otra policía miró la botella y el paquete con la media rosca, hizo un gesto de desenfado, pero no lo sacó de ahí, parecía esperar que no quedara nadie para hacerlo.

Después, cuando se fueron de ahí, la mujer humilde volvió a entrar, acomodó la botella y la rosca pero no las sacó, y volvió a salir, murmurando algo para sí.

Mientras, la “organizadora” y su paciente marido se iban charlando con otra mujer, y el cura se quedó charlando con la monja y la pianista muy animadamente.

Los carteles de NO PASAR que se encontraban siempre en la curva que se forma en el recorrido tras la capilla –el transepto- se habían trasladado al costado del altar, seguramente porque atrás estaban preparando todo para la ceremonia de la noche.

Esto muestra de alguna manera el poder de “veto” que posee la institución sobre el control de los espacios, y cómo puede modificar sobre su disposición de acuerdo a sus intereses.

(29/03/08) Séptima visita. Museo

Esta fue una visita “fotográfica”, pues fui justamente a eso, a sacar la mayor cantidad de fotos posibles al Templo y al Museo.

Entré por la puerta principal, tomando fotos del Templo desde lejos y en las escaleras. También allí había gente sacando fotos, tanto al frente de la Catedral como entre ellos, posando.

Un hombre había parado a su hijo pequeño unos escalones más arriba que él y apuntando hacia arriba, retrató a su hijo y con la Catedral de fondo.

Ni bien entré me fui frente a la Virgen de la Puerta y tomé dos fotos. Hice lo mismo en todo el recorrido, con todas las imágenes dispuestas en el Templo, que por cierto no son muchas.

Francamente, me sentí muy “turista” y en algunos casos, hasta intruso en ese lugar, donde había gente rezando. Lamentablemente no me di cuenta que podía explotar esta situación para ver las reacciones de la gente.

Me acuerdo de tres casos puntuales: detrás del altar, en la capillita, había una mujer rezando y cuando entré y empecé a sacar fotos, se notó que se puso incómoda y molesta por esa intromisión.

En el otro caso, cuando ya había hecho la recorrida, me senté en los primeros bancos, pero antes, cuando estaba por hacerlo, dos chicas que rezaban en la otra fila de bancos me miraban como calculando qué iba a hacer, pues el hecho de tener una cámara parecía ser “peligroso”.

El último caso se dio cuando terminé y ya me iba. Llegué hasta el fondo y saqué fotos del altar. Como salían muy oscuras, me acerqué un poco más. En un banco, más o menos a la mitad del templo, había una chica sentada, y esta vez el que se sintió incómodo por esa intromisión fui yo, y actué muy sigilosamente, casi con vergüenza.

Cuando salí, ingresé inmediatamente al Museo. Ya lo había hecho una vez para preguntar algo, pero ahora me daba la sensación de que estaba entrando a un empresa. La persona que me atendió me entregó unos folletos, me explicó la disposición de la sala, me preguntó de “donde nos visita” –le dije Chivilcoy- y me cobró los 5 pesos.

Adentro, en las salas de exposiciones había muy poca gente. Me concentré en la sala donde se explicaba la historia de la Catedral. Había allí vestidos de Obispos que habían pasado por La Plata, explicaciones de vestimentas, fotos de los trabajos realizados, explicaciones de la disposición de la Iglesia, réplicas del Rosedal, de las gárgolas criollas, etc.

También ví otras reliquias de santos. Me llamó la atención que estuvieran ahí, como piezas de museo, y no en el Templo.

Verdaderamente, la visita fue muy rápida, porque no andaba con mucho tiempo. Eso hizo que mi atención no fuera la ideal y que no recorriera minuciosamente todas las salas: a las de exposición de pinturas ni me asomé.

En todo el Museo había muy poca gente, hecho que me decepcionó bastante.

Finalmente, entré a la Cripta de Dardo Rocha y su mujer, un lugar tétrico revestido de sitio agradable. Es una sala circular, en el centro están las dos tumbas, similares a las que arriba, en el Templo, contienen los cuerpos de los Obispos. Frente a ellas hay un altar flanqueado por las banderas de Argentina y el Vaticano. Las tumbas están rodeadas por un cordón –elegante- de seguridad con el consabido “no pasar”.

Había en toda la sala imágenes de él y relatos de su vida civil, política y militar.

Después de eso fui al ascensor, a la “Torre de Jesús” para ver la vista de la ciudad desde 30 y 60 metros. Ese sí es un viaje netamente turístico.

Sorprendentemente, ahí si había muchas personas, había diez personas esperando entrar y más o menos otras 16 bajaron del ascensor en dos tandas.

Subí con el primer grupo: dos matrimonios de gente grande –uno de ellos italiano- dos jóvenes y yo.

El guía comenzó a explicarnos el carácter del recorrido, subimos al primer nivel –nos fue contando unas pocas cosas de la Catedral- y nos dejó allí hasta que fue a buscar al otro grupo. Cuando volvió nos contó la historia de la construcción de las torres, los detalles técnicos y nos mostró las características de las mismas. Después pasó a hacernos observar la vista y nos explicó la construcción y las características de la ciudad.

Llamativamente, dos chicas preguntaron por qué se llama “catedral” al lugar. Me sorprendió esa pregunta, no lo hubiera esperado para nada.

Tras la respuesta –viene de Cátedra, la clase que da el Obispo a los sacerdotes y aspirantes- subimos al segundo nivel, donde nos terminó de contar que para construir las torres hubo que reforzar los cimientos para que los sostengan y nos explicó algunas características más.

Al bajar, nos contó el material utilizado para hacer los ladrillos y nos despidió para hacer ingresar a otro grupo. Me arrepentí de no hacer ninguna pregunta, en cierto modo por miedo a hacer el ridículo, pero debería haberla hecho.

Me llamó la atención que el matrimonio con los italianos no hayan entrado al Templo y simplemente hayan visitado el Museo sin conocer las características edilicias de la Catedral

(13/04/08) Octava visita. Misa I

A presenciar mi primera Misa llegué relativamente temprano: pensando que era a las 8, 8:10 estaba en la Catedral, pero todas las puertas de acceso al Templo estaban cerradas. Ingresé por el acceso de calle 53 y seguí a una pareja que, como yo, querían entrar.

La pareja fue hasta la capilla y cada uno se puso a rezar en forma separada. La capilla de la Catedral es grande como cualquier parroquia sencilla: altar, a su costado el Santísimo y la imagen de la Virgen de los Dolores, dos filas con quince o veinte bancos cada una, y en los costados, imágenes de la Virgen de Luján, San José, San Cayetano, etc.

Cuando la pareja salió le pregunté si sabía la hora de la Misa: de forma correcta, me dijo que no y que iba a averiguar lo mismo. Desde afuera, escuché que el encargado de mantenimiento le decía que las Misas eran a las 9, 18 y 20 horas.

Me quedé entonces esperando que se haga la hora, leyendo unos boletines de la Iglesia y casi durmiéndome por la quietud y el silencio que había. Veinte minutos más tarde comenzó a haber movimiento. La gente comenzaba a llegar y recorría –rezando, por supuesto- las

imágenes de santos y vírgenes. Otros se sentaban en los bancos, rezaban un rato y luego se quedaban esperando la hora de la Misa.

Como siempre, el grupo que se encontraba presente era una “especie de establishment de la Catedral”. Los que organizan todo, están en cada detalle para que no falte nada: el Misal ordenado, las Escrituras también para no generar confusiones a la hora de la lectura, las disposiciones de las velas, luces, etc.

Ellos de alguna manera participan en las lecturas o se las ingenian para demostrar al resto su intensa actividad.

La gente que concurrió a Misa era generalmente mayor: de 60 personas, sólo una decena era joven. Antes y durante la Misa, una nena que había ido con sus padres se la pasó gritando.

La misa se llevó a cabo normalmente, sin ningún sobresalto digno de remarcar. La gente responde casi por automatismo a lo que dice el cura. Se levanta, se para, se arrodilla.

En la capilla no hay mucha acción para describir: es un lugar más pequeño, con muchos menos atractivos que el Templo mayor, lo que hace que no haya un motivo importante para ir, más allá de que se concurra cuando el templo mayor está cerrado.

Hoy a las 20 voy a ir a la Catedral a presenciar la Misa, para ver cuáles son las diferencias y los procesos más abiertos que se evidencian en el templo mayor.

Por otra parte, volví a ver al cura que realizó los Laudes el Viernes y Sábado Santo. Parece una persona accesible, esperó a que todos salgan para saludarlos. Es más joven de lo que creía. Quizás sea una buena fuente para las entrevistas sobre ciertas cuestiones relacionadas con el Templo.

(13/04/08) Misa II. Templo Mayor

Llegué ni bien estaba comenzando (el Arzobispo estaba sentándose en su sillón) e ingresé por la puerta principal. Había mucha gente, pero no toda la que yo esperaba.

Me senté en el anteúltimo banco, fila derecha. Desde allí podía ver bastante bien lo que sucedía en la nave central –no así en las laterales- y todos los movimientos de los celebrantes.

La Catedral estaba iluminada como nunca antes la había visto, y eso hacía resaltar todos los detalles arquitectónicos.

En general, la gente estaba participando de la Misa, es decir, respondiendo las invocaciones del celebrante, cantando las canciones dispuestas, dando ofrendas, tomando la comunión.

Pero alrededor de ellos se desplegaba, en los pasillos, una actividad paralela, constante pero silenciosa, de gente que iba y venía. Muchos se cambiaban de lugar, otros salían y luego se volvían a sentar, los más chicos, aburridos, recorrían todo el Templo, se agrupaban y empezaban a jugar.

Todo ello, pese a que la institución prohíbe “tajantemente” circular en horario de Misa por los pasillos.

La actividad no molestaba para nada, porque no era intensa sino constante. También había gente que hacía fila para confesarse; otros esperaban a que ya no quedara nadie en la cola e iban hacia el confesionario.

En algún momento de la Misa se comenzaron a escuchar gritos de chicos, esos gritos medio histéricos de cuando están jugando a algo, pero no pude saber de donde provenían.

Durante la Misa se puede ver bien el sentido de esa disposición espacial que tiene la Catedral. En la homilía, el Obispo comenzó a hablar y se dirigía a todos, moviéndose su cabeza y torso de un lado a otro, como para dirigirse a todos y cada uno de los presentes.

Adoptó un tono muy didáctico, como si estuviera dando una clase. De hecho, el lugar donde él se sienta se llama Cátedra, y desde allí enseña –antiguamente lo hacía- a sacerdotes y seminaristas, sentados en el “Coro de Canónigos”. Si bien eso ya no se usa más, las homilias de Aguer conservan ese tono didáctico y, desde la disposición espacial de la Catedral, puede hablarles directamente a todos.

Esto debe ser uno de los pocos momentos en los que la Catedral tiene casi toda la disposición del espacio para sí –sin contar con esas pequeñas desviaciones en los pasillos-. Todo está dispuesto para la ceremonia, y casi todos están pendiente de ello.

Un tema aparte es la música. La Catedral no renuncia al viejo órgano, y a un coro de gente mayor que canta canciones viejas. La institución no ha permitido el uso de otros instrumentos ni la introducción de nuevos temas, más modernos en cuanto al estilo, letra y pensamiento.

Eso es, seguramente, un gran limitativo para la gente que va allí y los que no lo hacen, justamente por ello.

Otra cosa que noté es que existe una falta de atención casi permanente en muchas personas.

No sé será tema de mi Tesis, pero vi mucha gente pendiente de sus cosas, sin prestar casi nada

de atención a la Misa: matrimonio charlando, padres jugando con sus hijos, etc. Una nena se durmió en los brazos de su padre y eso lo ocupó junto a la mamá de la chica por varios minutos para acomodarla y vigilarla.

En el momento de la Comunión, noté un aluvión de personas que se lanzaban al pasillo central para iniciar la cola. Había cuatro personas dando la Comunión: el Obispo, el Obispo auxiliar, y dos monjas, pero la mayoría de las personas se inclinaba a que su comunión se la dé Aguer, otros pocos el auxiliar, y casi nadie las monjas.

Cuando me di cuenta de que estaba en la fila de Aguer, vi que tenía mucha gente adelante, a pesar de que la monja no tenía a nadie y el auxiliar a muy poca gente.

Después de eso me senté en uno de los bancos del costado, a la derecha. Noté que no había una marcada diferencia social en cuanto a la disposición de la gente en los bancos. Si bien no había gente “humilde”, se podían notar ciertas diferencias menores. Esto me lleva a pensar en que, quizás, la otra “pata” de la Tesis, la lucha al interior del grupo por la apropiación de los espacios –la primera era la lucha entre la institución y la gente por el otorgamiento de sentido al lugar- debería quedar media relegada, o por lo menos hacer un abordaje menor, no dándole demasiada significación a eso y sí cargando las tintas con lo anterior.

La disposición de la gente en los bancos era normal, no noté nada raro. Sólo que los que llegaban tarde se quedaban un tiempo parados en los pasillos o se sentaban en los bancos de atrás como para no delatar su demora.

Si bien en la distribución de los bancos no había una distinción “social”, sí me pareció que mucha gente se sentaba atrás –había mucha más gente atrás que adelante- como por vergüenza de avanzar, como si tuvieran incorporado el hecho de que ese es su lugar y no más adelante, o porque querían evitar una mayor exposición.

Una cosa más: en el banco en el que me senté al fondo, vi que había varias inscripciones, algo que hasta entonces no había notado. En el de adelante mío había varios nombres, escritos creo que con lápiz o con un elemento que no llegó a dañar mucho la superficie del banco. En el de más adelante sí, habían cortado la madera. Se trataba de una mujer que había escrito “Dios Santo, protege a mis hijos...” (y escribió sus nombres). Era un cartel bastante grande como para no verlo.

Por último, nuevamente noté, como los dos días de Laudes, que el cartel de “PROHIBIDO PASAR” estaba más adelante, antes del acceso a los costados del altar, y nuevamente vi a

alguien que los “desafiaba” para asustar a un compañero y luego reírse de ello. Pero esta vez era un chico de dos o tres años, a quien, por lo visto, los padres le habían advertido que no pase ese límite. El chico se acercaba al límite, mirándolos y riéndose, hasta que se asustó cuando dos monaguillos fueron a buscar algo cerca de ahí. Esto demuestra el respeto que existe por los límites hasta en edades tan pequeñas, y como ello se puede ir incorporando con el correr de los años.

Cuando el Obispo salió –lo hace por el costado derecho del altar- un policía apartó el cartel de “prohibido pasar”, pero sólo hasta que Aguer se metió en la sacristía. Luego, lo colocó más adelante aún.

Un apunte más: cuando salí afuera, en las escaleras se habían juntado varios grupos de personas que charlaban entre ellos, organizaban salidas y demás. Estuvieron ahí un largo rato, y se ve que se encuentran siempre después de Misa.

(15/04/08) Décima visita

Fui casi de pasada. Me senté en los últimos bancos y observé desde ahí. Había poca gente sentada en los bancos y alguna dando vueltas por los pasillos.

El tráfico de gente era normal: gente entrando y saliendo, deteniéndose en alguna imagen, rezando en los bancos, etc.

Antes de entrar, en las escaleras vi a una policía que recorría la manzana de la Catedral, como una suerte de extensión de los controles institucionales a una zona de influencia que ya no es la suya, una zona híbrida, de frontera, que comparte con la calle, donde va gente que nada tiene que ver con la Iglesia, o algunos jóvenes a hacer picnic en los jardines.

Ni hablar de las escaleras, un territorio que en mayor medida se encuentra en disputa por la institución y la gente.

La policía cumple en el control institucional un papel importante, de reforzamiento de los controles simbólicos que existen. Es la cara visible de la autoridad que está ahí para evitar que los visitantes se corran de la línea de conducta propuesta.

(17/04/08) Decimoprimer visita

Cuando entré, me encontré con un grupo bastante numeroso de chicos de una escuela privada –lo digo por sus uniformes- que había ido de excursión a la Catedral.

Eran unos 30 o 40 chicos, acompañados por tres adultos y un guía, que se destacaba por estar al frente de la visita y por sus explicaciones.

El grupo recién llegaba, pues estaba en la puerta principal del Templo. Me senté en los bancos de atrás para escuchar lo que decía el guía: estaba haciendo una explicación de por qué el lugar se llamaba “Catedral” y daba otros ejemplos. Permanentemente debía pedir silencio, pues los chicos estaban bastante inquietos. Empezaron el recorrido por el ala derecha, donde les explicó las características barrocas del Templo y el origen peruano de la Virgen de la Puerta.

El grupo era muy bullicioso y rompía el silencio sacralizado del Templo. A las 6 o 7 personas que estaban sentadas en los bancos cercanos les llamaba muchísimo la atención eso: y directamente miraban sin disimular las explicaciones del guía. A medida que el grupo iba avanzando, yo los seguía. Antes, me puse a “molestar” a la gente. Me paré detrás de una mujer que estaba rezando frente a la Virgen de la Puerta y saqué cuatro fotos. La mujer se puso incómoda y se fue, mirándome de soslayo. Seguí.

En el altar de la Virgen de Luján había una familia –marido, mujer, bebé y anciano- mirando la imagen. También me puse a sacar fotos, pensando en molestarlos, pero no tuvo mucho efecto, ya que ellos estaban en las mismas: le sacaban fotos con el celular a su bebé, al que ubicaban de tal manera que quedara el nene con la virgen de fondo, sin los brazos de los padres ni nada.

En tanto, el grupo que visitaba el lugar estaba parado al costado del altar, donde el guía explicaba las partes del mismo. Los chicos estaban muy dispersos, algunos se apoyaban contra las paredes y escuchaban con desgano, otros sacaban fotos a todo, con celulares y cámaras.

Esperé un rato y seguí hasta la capillita de atrás del altar, donde estaba la familia con el bebé. Me quedé parado en el medio, pero a los pocos minutos llegó el grupito escolar. Poniéndome del otro lado, ahora yo me sentía incómodo, invadido. En un momento estaba en el medio de todos los chicos y debí retirarme y ponerme a un costado.

Sin embargo, ellos ni se dieron cuenta, estaban en la suya. Pero su presencia no pasó para nada desapercibida para todos los visitantes al templo.

Seguí con el papel de turista molesto y me paré frente al altar, sacándole fotos a la imagen de la Virgen y de Jesús Crucificado que están al costado. En el Jesús Crucificado, una mujer estaba arrodillada. Saqué tres fotos y la mujer se levantó y se fue, un tanto molesta. Una chica que estaba sentada, también rezando, me miraba.

Los chicos cruzaron toda la iglesia y se metieron en el Museo por la entrada del Templo, recibiendo los retos de los mayores para que no vayan corriendo o haciendo ruido.

La visita, el tiempo que duró, llamó la atención a todos los que se encontraban y rompió, como nunca antes había visto, la sacralidad y el silencio del espacio.

(24/04/08) Duodécima visita

Ingresé por la puerta principal. No había mucha gente. En la entrada, un grupo de chicos con guardapolvos hablaban entre ellos y miraban el templo. En principio pensé que se trataba de otra visita escolar, pero eran cinco o seis que estaban solos, y se pusieron a recorrer la Catedral.

Estuve sentado un rato atrás, no observé mucho movimiento. Caminé como siempre, empezando por la derecha, deteniéndome en las imágenes, pero esta vez no pude pasar por la Capilla de Sor María Ludovica: estaba cerrada y adentro había una escalera. Los bancos estaban afuera, en dos hileras de tres cada uno, frente a la entrada de la capilla.

Seguí el recorrido pero no pude pasar por la capillita de atrás del altar, porque habían puesto el cartel de “prohibido pasar”. Me paré un rato frente al altar y escuché que la mujer policía que custodiaba el lugar hablaba con otra persona en una de las puertas de la sacristía. Esta le decía que había flores de hacía 20 días que no se cambiaban –no sé si era una queja o un comentario acerca de la resistencia de las plantas- y le preguntó si en una zona habían quedado flores sueltas. Di la vuelta por delante del altar, pero me paré un minuto en la imagen de Jesús Crucificado. Aunque esta vez no estaba en la posición de “turista molesto” noté que un hombre que estaba arrodillado frente a la imagen y un chico que estaba sentado en la segunda fila me miraron, como incómodos. Yo permanecí unos minutos de pie frente a la imagen y me retiré.

Noté también que es raro lo que pasa en la Catedral. Al haber ciertas imágenes dispuestas en torno al templo, la gente va a rezar ahí, a la imagen. Por ejemplo, para rezarle a Jesús lo hacen

en la imagen de Cristo Crucificado, mera representación de un momento, cuando cerca de allí está el Santísimo, que para la tradición cristiana representa la presencia viva de Cristo en el Santísimo Sacramento, el pan que Jesús ofreció como su cuerpo, consagrado como tal. Esa sería la presencia viva de Cristo, sin embargo, la mayoría va a rezar a las imágenes.

Antes de que me fuera entró una madre con cinco chicos. Desde afuera se sentía el bullicio, pero al cruzar la puerta de entrada, supongo que por pedido de la madre, hicieron silencio.

Los nenes caminaban sigilosamente, exagerando sus movimientos para no emitir el menor ruido, y hablaban entre ellos en voz muy baja. Me llamó la atención que, en el trayecto, cuando cruzaron la puerta de vidrio de uno de los costados que permite salir, comenzaron a correr y gritar, y cuando volvieron a entrar salvo por leves risas, volvieron a hacer silencio.

Esto lo puedo relacionar con lo que estoy leyendo de Berger y Luckmann acerca de la institucionalización y cómo esa marca va surgiendo en nosotros desde muy chicos, a partir de la enseñanza de los mayores y de otras normatizaciones que reprimen ciertas actividades.

(26/04/08) Decimotercera visita

Iba solamente a Misa, pero vi tanta gente en las escaleras de la Catedral que entré un momento. Se trataba de la finalización de un bautismo, pues unos 20 o 30 familiares salían sacándose fotos de la Catedral, con bebés en brazos. No hace falta la descripción de ese momento, pues en casi todos los casos es igual: cumplir con la tradición, hacerlo para la familia, vaciándolo del contenido religioso.

En el momento en que llegué, era un mero evento social: fotos, saludos, risas, etc.

Dentro de la Catedral quedaba otro grupo, que estaba fotografiándose con los bautizados, delante de la pira bautismal. Había algunas personas rezando, no muchas, pero miraban la escena como demostrando que en algo interferían en sus rezos.

Salí rápido y fue a la Capilla. La Misa ya había empezado, me senté atrás. Habría al menos 30 personas.

Ni el cura, ni el grupo era el mismo que el de la Misa del domingo a la mañana ni de los Laudes, por lo que sospeché que ese tipo de acercamiento no me iba a servir demasiado para lo que busco, que es acercarme a la institución y conocer a su gente y al cura para poder

interactuar y “ser parte de”. De todos modos, ir cada tanto me va a venir bien para comenzar con ese formar parte.

La Misa fue corta, no hubo demasiados incidentes, salvo dos chiquitas que llegaron tarde con su madre y, aburridas, se sentaron atrás, revisaron el diario “El Pregón” que reparten ahí y dieron algunas vueltas.

Al terminar la Misa, el Cura se fue por el costado y no apareció más, diferente al otro, que se paraba afuera para saludar. Me quedé parado atrás, por un rato, una docena de personas se quedaron rezando arrodillados en sus bancos. Las nenas ahora hacía un poco más de barullo, desaparecida ya la figura de autoridad del cura y el momento de la Misa.

Estaban jugando detrás de una columna, y se acercaban a una chica que rezaba. Cuando ella se daba vuelta, corrían y se escondían. Lo hicieron un par de veces, la chica no lo tomó a mal, pero la madre las llamó y las sentó con ella, pese a los reclamos insistentes de ambas para irse de allí.

Salí de la capilla y volví a entrar a la Catedral. Me senté en el medio y me dio la sensación de que el lugar ya me era familiar, ya lo conocía bastante a fondo y no lo tenía tanto respeto. Pienso si eso se debe a que he ido mucho o a que, al trabajar sobre el tema, he podido “objetivar” el espacio y perderle ese “respeto institucional”.

Me asusté pensando que eso podrían sentir todos los que van seguido, y mi hipótesis se caería, pero hay dos objeciones a eso:

Los que van están inmersos en una lógica institucional cuya dinámica aceptan como natural e indiscutible. Por más que el lugar les parezca natural, también sus reglas y sus normas. Además, no creo que estén reflexionando eso o leyendo Berger y Luckmann.

Si bien el lugar me parece natural, no me animo a irrumpir mucho ni a discutir sus normas: eso lo demuestra lo que me cuesta hacer el papel de turista pesado cuando hay alguien rezando. Además, creo que tampoco me animaría a transgredir ciertas normas, como romper el silencio, etc. Eso tiene una explicación, que quedará pendiente para más adelante como una buena punta de análisis: la presión social de los concurrentes.

(18/05/08) Decimocuarta visita

Es domingo y aproveché para ir a Misa. Fui a la mañana, a la iglesia Nuestra Señora de los Dolores, ya que la única celebración que se da en el Templo es a las 20.

La situación fue similar a otras, me senté en los bancos más retirados, para poder ver todo. Había unas 15 o 20 personas bien distribuidas en todos los bancos, la mayoría de ellos gente mayor, en pareja.

A la mitad de la celebración entró una mujer con dos nenes bastante inquietos. Los chicos dieron vueltas por toda la parte de atrás del templo, jugando con ellos, controlados por la madre a la distancia.

Resulta llamativo verlos jugar, esconderse, pero con el mayor cuidado posible, tratando de no hacer ruido. Es más: la nena más grande le pidió varias veces al chico que se quede quieto, o que haga menos ruido, y ambos jugaban sigilosamente, exagerando a veces sus movimientos. Cuando ya se pusieron molestos, la madre los sentó a su lado y no los dejó mover más.

Me impresionó como, de tan chicos, tienen interiorizada la idea de que allí hay que hacer silencio, de que pueden ser sancionados si no lo hacen.

Por otro lado, volví a ver cómo muchos de los concurrentes quieren aparecer en la “organización” de la Misa, colaborando con ciertos momentos.

En este caso, una pareja de ancianos entregó las ofrendas, de manera parsimoniosa, satisfechos con su labor. Igual pasó con las que pasaban las limosnas. Cuando terminaba la Misa, esperé que salieran casi todos. El cura saludó a todo el mundo, se detuvo a charlar con algunos y se fue enseguida.

(07/08/08) Decimoquinta visita

Tenía prevista una entrevista con el arquitecto Esteban Casas, de la Fundación Catedral. Fui a la hora acordada –10 de la mañana- pero él no estaba. Me dijeron que había salido de urgencia y decidí esperarlo.

La entrada a la Fundación –y a la mayoría de las dependencias de la Catedral- se hace por calle 51, en un pequeño portón que no desentona con el estilo de la Catedral.

Esperé un rato al lado de la guardia: tras el portón hay un garage bastante grande, donde se guarda una camioneta, dos autos, y algunos elementos de jardinería. Al fondo hay dos

entradas: una a la derecha, de donde salían ordenanzas y mujeres con uniformes de limpieza; y otro a la izquierda, de donde se accede a la Fundación.

Después de esperar un rato me fui afuera y me senté a un costado, para hacer algunas anotaciones. Volví a entrar a las 11 y le pedí al guardia que le avisara a Casas que había estado, y me fui un rato al templo.

Allí la actividad estaba como siempre, con gente entrando y saliendo, algunos paseando y otros rezando. Es muy fácil distinguir estas posturas ahora que tengo unas cuantas visitas hechas.

El visitante tiene un paso relajado, expectante. Va mirando todo a su alrededor, saca fotos y van comentando diferentes aspectos del Templo. A veces se detiene en algunas imágenes, se hace la señal de la Cruz, y continúa caminando.

Los “fieles” que concurren a la Catedral entran y van directamente a sentarse en un banco, o a arrodillarse frente a una imagen.

Allí se quedan un buen rato, rezando, y tras ello vuelven a salir, aunque quizás en el camino se persignan frente a alguna imagen.

En muchos casos estos roles están bien diferenciados, pero en otros las fronteras son más difusas y los visitantes pueden sentarse a “rezar” además de recorrer el lugar, o viceversa.

En un momento entró una mujer con por lo menos seis chicos muy ruidosos. Los nenes iban de acá para allá alrededor de la mujer y ella les pedía silencio. Cruzaron el Templo por entre los bancos y pasaron al ala derecha del Templo, desde donde dieron la vuelta. Minutos más tarde volvieron a pasar cerca de donde yo estaba, y se detuvieron frente a la imagen del Cristo bajado de la Cruz. Los chicos se pararon delante de la caja de cristal, en puntas de pie, y lo miraron detenidamente. Fue la primera vez que se quedaron quietos.

Ni bien entraron, habían pasado por ahí adelante, pero no habían hecho caso, se habían subido a los confesionarios. A pesar de todo, ellos también intentaban no hacer tanto ruido, reprendiéndose entre ellos.

A las 11:30, una de las policías me llamó y me dijo que el arquitecto ya había llegado, así que bajé de nuevo a la Fundación para entrevistarme con él.

Entré y me recibió enseguida, muy amablemente y predispuesto a charlar. Las oficinas de la Fundación, separadas por unos habitáculos de vidrio, están casi todas pegadas al Museo (en la entrada está, al costado de la guardia, el taller de vitrales).

Durante la charla –que reproduzco en otra parte- fui interrumpido cuatro veces: tres llamados telefónicos de una persona que quería hacer una visita guiada al Templo y una vez que entró alguna otra autoridad de la Fundación, quien al ver el grabador se retiró. Al finalizar la charla, pregunté sobre cómo hacer para presenciar una visita guiada y enseguida me consiguió varios horarios.

(13/08/08) Decimosexta visita. Observación de una visita guiada por el Templo.

La cita era a las 14 horas en la entrada del Museo. Llegué y aún no había nadie. Pregunté a la mujer que atendía si la visita se iba a realizar, y se tuvo que fijar en un papel para recordarlo. Le conté que había hablado con el arquitecto Casas y ella se lo transmitió por teléfono al guía. Me llamó la atención un cartel con los precios del Museo: “Entrada: \$5; estudiantes y jubilados \$3; consagrados y menores, GRATIS”.

A las 10:50 llegó la comitiva de San Isidro, compuesto por señoras mayores que inundaron la tienda del museo, preguntando precios y buscando libros y adornos para comprar.

Mientras esperábamos en la entrada del museo, una mujer me hizo una consulta sobre unas cruces, confundiéndome con un empleado.

El guía arreglaba los últimos detalles con la mujer que organizaba la visita –ella era ciega-. Pasaron algunos minutos, y cuando las ancianas terminaron de tomar un “break” en la barra de la cafetería, el guía las invitó a salir para comenzar con la visita. Como había mucho amontonamiento, salí por la otra puerta y esperé afuera.

No sabía bien cómo iban a tomar ellas que yo me quedara escuchando, y por eso se me hizo muy difícil hacer una observación participante como tal, ya que no podría preguntar ni estar muy cerca del grupo porque no formaba parte de él y una intromisión podía ser mal vista. Me quedé, entonces, un poco rezagado, escuchando las explicaciones del guía y observando los comportamientos del grupo.

No me equivoqué al pensar que mi presencia podría llegar a parecer raro, ya que muchas mujeres, al inicio de la visita, me miraron varias veces, como preguntándome que hacía ahí. Interesante para analizar cómo se crean, en la Catedral y tal vez en otros ámbitos, ciertos “espacios personales o grupales”, que configuran una especie de territorio dentro del

territorio, con ciertas reglas, rangos y modos de comportarse. Cualquier desconocido que irrumpa allí, puede alterar el orden, invadir ese espacio.

En las escalinatas de la Catedral el guía comenzó a hacer una introducción y aclaró que más tarde iba a hablar sobre la parte externa del edificio. Algunas mujeres hicieron un par de preguntas acerca de la fundación y otras características.

En el atril, mientras el guía invitaba a las señoras a pasar al templo, la organizadora –la mujer ciega- les advirtió, visiblemente molesta, que no hicieran tantas preguntas:

“dejemos hablar al guía que es el que sabe, no le hagamos tantas preguntas antes, preguntemos si tenemos alguna duda de lo que él dice, cuando termina de explicar algo. No somos periodistas, vinimos a conocer y a disfrutar del lugar”. Por supuesto, después de eso no me quedaron dudas que de ninguna manera debía sacar la libreta.

Entré último, siempre por detrás del resto. El guía, que aún sostenía la puerta, me levantó el pulgar y me hizo un gesto de complicidad, lo que me dejó más tranquilo, entendiendo que él sabía por qué estaba yo ahí, y que no habría problemas.

Entramos por el ala derecha y nos detuvimos ahí nomás. El guía comenzó a explicar los detalles de la fundación de La Plata para poner en contexto la construcción de la Catedral.

Hubo algunas preguntas, y prosiguió explicando sobre las alternativas arquitectónicas de la construcción –concurso público para la traza de los edificios oficiales, etc.-

Las mujeres se abroquelaban frente al guía, tratando de estar lo más cerca posible para no perderse de nada, rodeándolo.

Avanzamos un poco y nos detuvimos frente a unos bancos, donde el guía explicó los sentidos de los vitrales y sus orígenes, desde donde abordó las características del neogótico. Ahí se inició una especie de discusión, con preguntas y acotaciones por parte de la mujer no vidente quien, llamativamente, habló demasiado, a pesar de su advertencia inicial.

Los vitrales principales provienen de Francia, hay dos alemanes a cada lado de la cruceta, y otros hechos en la propia catedral, en el taller de vitrales. Sobre todo los de la puerta, que en 2001 fueron rotos con una sartén por un hombre con problemas mentales.

Las mujeres movían la cabeza para todos lados, de acuerdo a cómo el guía les iba indicando las imágenes y las figuras.

Después nos hizo avanzar un poco y nos paró en el pasillo, frente al santuario de Sor María Ludovica. Allí antes estaba la Virgen de los Dolores, explicó, ya que primitivamente y hasta

1930 funcionó la primer iglesia de La Plata, de paredes de barro y techo de paja, hasta que se decidió tirarla abajo y construir San Ponciano mientras se terminaba con el Templo principal –que se seguía construyendo “arriba” de esa capilla de barro-. Ese templo estaba de forma perpendicular al actual emplazamiento de la Catedral.

Las mujeres se sentaron en los bancos mientras el guía seguía hablando, apoyado en el respaldo de uno de los bancos.

Durante el recorrido se fueron sumando otras personas que habían ido a visitar la Catedral, y se quedaron escuchando parte de la visita guiada. Una mujer, sentada junto a su hija, escuchaba con atención y le comentaba a la chica que “a mí me hubiera gustado estudiar guía turística”.

El aludido, en tanto, seguía hablando de Sor María Ludovica y trataba de salir como podía, a veces desviando el tema, de las preguntas incómodas de la organizadora, quien no ahorra esfuerzos en presumir sus conocimientos sobre religión frente al grupo.

Después nos ubicamos frente al altar, donde contó la historia de Leo Moroder y los hermanos Mahlkecht –quienes hicieron la sillería del Coro de Canónigos- mientras las mujeres volvieron a sentarse para escuchar.

Ya comenzaban a dispersarse un poco y a hablar entre ellas, y algunas cuchicheaban sobre los comentarios de la mujer ciega, quien a veces acotaba algo por lo bajo a la persona que la guió durante todo el recorrido.

De ahí nos fuimos a ubicarnos en el centro de la cruceta, desde donde nos contó el por qué de este sistema. Otras personas que caminaban por el templo se iban sumando al grupo, si bien enseguida seguían con lo suyo.

En un momento, cuando se le preguntó sobre el Obispo y la designación de la Catedral, el guía mencionó algo interesante: para poder instalar un edificio con esa categoría eclesiástica y que el Obispo tome posesión de su cargo y eso sea efectivamente una Catedral, el Vaticano debe tener el control de esa tierra –es decir, debe ser cedida en comodato al Vaticano- para ser declarada Tierra Santa y territorio de Estado.

Tras ello, dimos la vuelta por la capilla que está detrás, utilizada para la misa de los Canónigos (el altar del Obispo auxiliar, según dijo el guía). Antes de dar la vuelta y retomar la visita por el ala izquierda, el guía explicó, consultado por algunas mujeres a quienes les llamó la atención el cartel de “NO PASAR”, que se impedía el paso por allí porque desde el templo

no se podía ver quien pasaba, y en más de una oportunidad encontraron gente durmiendo (“situaciones desagradables”, según describió Casas en la entrevista).

Mientras el guía explicaba la vestimenta de la Virgen de los Dolores, su público se ubicó en los pocos bancos que hay allí. El guía explicó que antiguamente el altar mayor estaba ubicado ahí, y que las misas se celebraban a gran distancia de la feligresía, de espaldas y sobre un gran púlpito. El Concilio Vaticano II cambió eso.

En ese momento llegaron al lugar un montón de chicas, encabezadas por una maestra y dos madres, quienes aparentemente eran de un colegio privado de otra ciudad (por la vestimenta que llevaban y porque afuera las esperaba un micro de larga distancia)

Las chicas pasaron por allí, se hicieron la señal de la cruz frente a la Virgen y se sacaron fotos por todos lados. Estaban un poco inquietas, y la maestra les llamó la atención por su comportamiento.

Por otra parte, el contingente de San Isidro también se tornó un poco inquieto. Mientras el guía intentaba satisfacer la voracidad de la no vidente, las otras entraron un momento al santísimo y caminaron por el altar menor, observando todo.

El guía salió como pudo del brete en el que lo metió la organizadora acerca del martirio de San Ponciano, y volvió a tomar el control del grupo, que había comenzado a dispersarse y a formar subgrupos para charlar.

Nos condujo hasta afuera, contando pequeños detalles acerca de cosas sueltas. Salimos al mismo tiempo que las chicas del colegio, pero por una puerta lateral. Lo que me llamó la atención es que el contingente de San Isidro no se persignó ni al entrar ni al salir, ni frente a ninguna de las imágenes que vimos, lo que de alguna manera me hizo pensar en su poco interés religioso por el Templo.

Afuera, el guía comenzó a explicar las principales características del frente, con un grupo que ya estaba muy disperso, y comenzaba a quejarse del frío y a hacer comentarios al respecto: “si no hay viento, el sol está lindo”, decían.

El guía remarcó el carácter criollo de las gárgolas y cuando terminó su explicación, invitó a todos a ingresar al Museo, desde donde subirían por el ascensor para ver la ciudad.

En la puerta del Café respondió a algunas preguntas, mientras las mujeres se agolpaban para entrar. En un momento lo perdí de vista y no pude saludarlo, ya que desde allí me retiré.

Pienso que esta visita fue muy positiva, pues pude ver de primera mano una visita guiada de este tipo, lo que me hace estrechar lazos, además, con la gente de la institución, que me permitió participar y ser parte del contingente.

Vi en las mujeres una actitud muy turística. Si bien iban a conocer, y preguntaron mucho sobre santos y demás imágenes, en ningún momento, salvo casos aislados, se santiguaban o se detenían a rezar. El templo era para ellas un lugar de paseo, y así lo utilizaron.

Había pocas cámaras, la mayoría de celulares. Las mujeres que tenían se dedicaron a sacar fotos de acuerdo a lo que decía el guía, quien por otra parte controló bastante bien al grupo, más allá de las pruebas a las que lo expuso la no vidente cada vez que quería demostrar sus saberes religiosos.

Me llamó la atención también cómo los visitantes a la Catedral se unían al contingente, escuchando de a tramos los relatos del guía. Por lo general, se paraban detrás del grupo, escuchaban al hombre, y cuando el grupo se movilizaba ellos seguía su camino, comprendiendo que ese era un espacio “privado” y que su presencia allí podría resultar invasiva.

Sólo al final un chico siguió el contingente desde la imagen de San Ponciano hasta afuera, pero después se retiró. Quedaba muy claro que la visita era privada y no se podía meter.

(10/09/08) Decimoséptima visita.

Estaba de paso, y decidí darme una vuelta por la Catedral. Al llegar a la vereda, ya me crucé con un grupo que venía desde la plaza. Eran chicos de escuela acompañados por tres maestras que corrían por la vereda y se detuvieron frente a las escaleras, a esperar que las mujeres les dieran órdenes.

En ese momento otro grupo de escolares salía del templo, con la misma excitación que los que iban a entrar. Estos se pararon, en fila, esperando.

Ingresé al templo detrás de un grupito de chicos. Una maestra estaba enojada por qué no todos habían llegado hasta ahí y seguían sacando fotos en las escaleras. Les advirtió que tuvieran cuidado y no se hicieran lío, y se notó porque los chicos entraron sigilosamente, hablando en voz muy baja.

El grupo era muy desordenado, cuando unos ya estaban detrás del altar sacando fotos, otros todavía se encontraban frente a la Virgen de la Puerta. Cuando todos atravesaron el transepto, ya nadie se cuidaba de no hacer ruido: el murmullo y las pisadas llegaban hasta la entrada del templo, en el otro extremo.

El grupo se dispersó: unos estaban sentados en bancos frente al Cristo Crucificado, otros en el altar del Santísimo, atraídos seguramente por las tumbas de los obispos.

El grupo que estaba frente al Cristo Crucificado, charlaba con un hombre alto, de pelo largo y barba, que hablaba con elocuencia frente al grupo. Los chicos lo escuchaban con atención, y después noté que venía con el grupo, ya que estaba con uno de los chicos, dándole dinero.

Cuando salieron, el silencio se notó claramente. Estuve unos minutos más y después salí, prácticamente detrás de los chicos, que sin entrar al museo se fueron por donde habían llegado.

SEGUNDA PARTE DE VISITAS

(19-11-08) Primera Visita. Aniversario de La Plata.

La Catedral, como supuse, estaba cerrada, creo que por cuestiones de seguridad, debido al gran movimiento que había en Plaza Moreno por el festejo de los 126 años de La Plata.

Si bien era previsible que eso pasara, vale la pena preguntarse por qué: ¿el hecho de que haya tanta gente en la plaza es razón suficiente para cerrar la Catedral?

Es interesante averiguar las razones por las que ocurrió eso y analizarlas. Aquí podría trazar varias hipótesis, que tienen que ver con: en lo superficial, cierto temor por parte de la institución a intromisiones no deseadas de jóvenes “alterados” que participaban del recital; y en profundidad, a la incompatibilidad de las fiestas y celebraciones paganas con lo que ocurre allí dentro.

De todos modos, me llama la atención ese temor a la masividad, a la plaza colmada. Y hay que tener en cuenta que más temprano hubo un Tedeum por el aniversario de la ciudad, a la que concurrieron las autoridades.

La cuestión es que, a puertas cerradas y todo, las escaleras siguen teniendo ese carácter fronterizo del que hablé antes. La gente estaba sentada allí y quedaba muy poco lugar libre, pues usaban como una especie de “tribuna” las escaleras de ingreso.

Más arriba, antes de llegar a los portones de entrada, había cuatro policías que controlaban todo y amonestaban a algunas personas que excedían ciertos límites. En este caso, se podría decir que fue necesario reforzar el carácter de frontera que los escalones y las puertas daban al lugar.

En tanto, a ambo lados del ingreso, en los jardines, la gente se había sentado a matear.

Del lado de 51 vi a unas chicas estudiando, una familia tomando mates y unos nenes jugando a la pelota. Sobre calle 53 se repetía la misma escena, y muchos aprovechaban los cordones para sentarse a descansar.

Desde una perspectiva general, si bien en la Catedral había bastante gente –también en la vereda, parada, charlando- noté como una discontinuidad, un límite que no se rompió a pesar de todo: la calle 14.

A pesar de que la policía había cortado el tránsito en las inmediaciones de la plaza, la calle 14 estaba prácticamente desolada: muy poca gente se animaba a caminar por ahí o a sentarse en el cordón de la vereda, y me dio la sensación de que lo único que la convertía en peatonal era que faltaban autos.

Esto es muy interesante para verlo con detenimiento: en la plaza Moreno estaba centrada la fiesta, con cientos de personas que iban, venían y escuchaban a los artistas. Más allá, en la Catedral, se había producido en los jardines y escalinatas una lógica similar. Pero entre ambos sectores, cuya gente pertenecía a la misma fiesta, había una gran brecha de asfalto que separaba todo.

Ni bien uno cruzaba la calle por 14 todo se transformaba: había mucha gente, pero nadie sobre la calle. Era tanto el respeto que existía que, cuando cruzaba de nuevo hacia la plaza, venía un nene con su padre, y este le gritó. “guarda con el auto”. El chico se frenó de golpe, asustado.

A esto lo llamaría el ESTATUTO DE LUGAR, y bien podría relacionarse con aquello que escribí sobre las diferentes formas de organizar un lugar.

Este estatuto de lugar significa que la gente le asigna determinadas funciones a un espacio/lugar y que las mismas ya son inmanentes a éste. Es por ello que, disintiendo con Delgado, es imposible la existencia de un no lugar puro según Augé, ya que no hay ningún lugar que no tenga, si más no sea, una regla. Ese respeto por el estatuto de lugar existe y existirá siempre, salvo que hablemos de personas que rompan con las reglas o de procesos revolucionarios que modifiquen las estructuras institucionales.

Lo que puede ocurrir es que los concurrentes a esos lugares “discutan” desde sus prácticas esas normas e intenten –y logren en algunos casos- modificarlas, pero siempre partiendo de la base de ESAS normas y no otras. El mero hecho de participar de aquellos lugares implica aceptar las reglas de juego.

Volviendo a calle 14, me pregunto: si esto sucedió un día que la calle estaba cortada, ¿qué pasará siempre, cuando por ahí circulan autos? Y esto de alguna manera puede responder a la pregunta acerca del límite entre una institución cerrada como la Catedral, y el espacio público por excelencia, la plaza.

Quizás las escaleras y el atrio sean el límite con el exterior, pero la 14 es el límite con la plaza, con sus lógicas de espacio más difusas y los controles más laxos. Ahí están diferenciados ambos espacios, con sus lógicas espaciales cada uno.

Segunda visita (20-11-08)

Llegué a las 17:30. En las escalinatas había bastante gente, casi todos pertenecientes a un grupo extranjero de jóvenes. Estaban sentados, charlando en inglés y mirando hacia la plaza. Se notaba que usaban las escaleras sólo para descansar y estar un rato allí, porque no mostraban ningún interés por entrar a la Catedral.

Adentro había bastante gente, más de lo que estaba acostumbrado a ver en visitas anteriores, - aunque hay que tener en cuenta que las otras visitas eran en invierno y a la mañana-.

Varias parejas, solas o con hijos, recorrían la Catedral, haciendo comentarios entre ellos. Algunos pasaban más rápido, deteniéndose en una imagen o sentándose en un banco, pero otras recorrían el lugar más detenidamente, parándose en todas las imágenes un buen rato.

Estuve bastante tiempo sentado, y en un momento empecé a sentir un tumulto apagado y varios pedidos de silencio. A los 5 minutos de eso entró un grupito de chicos de primaria, acompañados por varias maestras y el guía.

Los neños hacían poco ruido, hablaban entre ellos en voz baja y cuando se desplazaban algunos lo hacían saltando. El ruido era casi ínfimo, pero cada vez que se movían se escuchaba un chistido por parte de las docentes.

Aquello parecía una lucha continua entre ambos bandos: los chicos, que estaban en la suya – pero no hacían demasiado ruido-, y las maestras, que intentaban evitar cualquier tipo de alteraciones al silencio del lugar.

El guía les explicaba cosas de la Catedral hablándoles en forma sencilla, pero sus explicaciones eran cortas y no se detuvo en tantos lugares como la vez que presencié una visita guiada de un grupo de San Isidro.

De la entrada derecha fueron al altar de la Virgen de Luján, y allí a la Capilla de la Virgen de los Dolores, pasando por el Altar del Santísimo y saliendo por la puerta lateral izquierda. Cada parada no duró más de cinco minutos, y lo más difícil estuvo en la parte de atrás, donde los chicos se impacientaron un poco y hasta el guía pedía silencio.

Al retirarse de allí, una de las maestras se inclinó hacia el altar, gesto que fue repetido por casi todos los chicos, sólo que éstos exageraban los movimientos de cabeza, o se hacían entre sí saludos de karate.

Mientras el grupo todavía estaba en la Catedral, entraron 6 chicos que empezaron a recorrer el lugar sin la menor intención de ser cuidadosos. Primero se dirigieron hacia el altar donde estaban los chicos de primaria, y jugaban con el cartel de NO PASAR, burlándose y desafiando esa marca, aunque respetándola también.

Luego volvieron por donde habían entrado –ala derecha- y dieron algunas vueltas: tres de ellos cruzaron corriendo entre los bancos, hacia el otro sector y se pararon frente a la imagen de Cristo bajado de la Cruz.

Uno de los chicos, que tenía una camiseta del Real Madrid, exclamaba:

- ¡Faaaa! Lo cortaron todo. ¡Me muero, me muero!

No ocultaba la fascinación que le daba aquella imagen, y por último concluyó, con el mismo tono de sorpresa:

- Está re bien hecho.

Tras eso entró uno de los chiquitos corriendo hacia ellos –con sus chinelas que pegaban contra el mármol hacía bastante ruido-, les dijo algo y todos salieron corriendo por la puerta lateral.

Al salir, me encontré con bastante gente en la escalera, pero no como antes. Algunos estaban sentados, otros se sacaban fotos, y al final había un grupito que me pareció que estaba estudiando chino.

Tercera visita. (23-11-08) Misa de Cristo Rey

Llegué puntual. Afuera de la Catedral había algún movimiento, pero la mayoría de la gente ingresaba al Templo para asistir a la Misa.

Me senté en el medio del Templo, porque más atrás no había mucha gente: la mayoría se concentraba en los primeros diez bancos y en los laterales.

Siempre las canciones de Misa son acompañadas por un órgano viejo, pero hoy había un grupo de personas adelante, y distinguí algún violín, aunque no sabía de qué se trataba.

La mujer que guiaba aclaró que era un grupo de mariachis católicos que había venido de Jalisco e iban a animar la Misa. Para lo que son las misas generalmente, escuchar trompetas, violines y guitarras es rarísimo: le daba una fuerza y una estridencia impensada para ese lugar. Al finalizar la Misa, el sacerdote aclaró que ese grupo había venido de gira e intercambio cultural.

Durante la celebración no hubo mucho movimiento: sólo algunas personas hacían fila a un costado para confesarse. Cuando entré, volví a ver los carteles de “SE RUEGA NO CIRCULAR DURANTE LA MISA”.

A mitad de la celebración, una pareja recorría la Catedral y se paró al lado mío. El chico llevaba una remera y una bermuda blanca con flores azules y sacó fotos del altar, donde el sacerdote celebraba la Misa. Después siguieron caminando y no los vi más.

Otra pareja, que estaba un poco más lejos mío, también estaban parados y sacaban fotos, sólo que de los mariachis. A diferencia de los otros, estos se quedaron hasta finalizar la misa.

Por lo general, salvo que uno vaya acompañado, -y en ese caso pasa lo mismo, pero en grupos- la misa es una celebración que impide cualquier tipo de contacto social, por lo menos durante su desarrollo. La interacción de la persona es, en casi todo momento, con el celebrante, y por lo general se genera una práctica colectiva de gestos y expresiones simultáneas, repetidos por todos a la vez, como el rito lo indica.

Sólo se rompe este aislamiento, en algún sentido, durante el Saludo de la Paz. Allí, si bien es parte de la celebración, uno interactúa con el otro, generalmente con los que tiene a su alrededor, “dándole la paz” con un beso o un apretón de manos y diciéndole “que tengas paz” o “la Paz esté contigo”.

Durante la Comunión también se arma un gran movimiento, pero en este caso generado por el traslado de las personas hacia el altar para recibir el sacramento. En la Catedral todos van por el pasillo central y reciben la Comunión por parte del sacerdote o de dos diáconos que hay a su lado. Por lo general, la fila del sacerdote es la más larga, pues la mayoría de la gente quieren recibirla de él, más aún cuando es el Obispo quien la da.

Todos estos movimientos –incluso el del saludo de la Paz- están totalmente previstos por la propia institución, que es quien los prescribe y controla. El pararse, sentarse, ir hacia el altar, saludar, son todos actos incluidos dentro del rito católico. Cualquier otro tipo de movimiento está expresamente prohibido, según rezan los carteles a la entrada de la Misa.

Es por ello que digo que la Misa es el momento institucional por excelencia, aquel en que la institución puede controlar sin sutilezas ni normas implícitas los comportamientos y el único momento en el que se arroga completamente el derecho de disponer de su espacio en un 100 por ciento. Quizás esta sea la única ocasión donde pueda verse plasmada la noción de TERRITORIO en contraposición de NO LUGAR.

Hay, como ya señalé, algunas “discusiones” a ese orden por parte de algunos concurrentes, pero por lo general no tienden a ser mayores.

Que la institución en la Misa practique el espacio a su manera no quiere decir que en otras ocasiones no lo haga o intente hacerlo, sino que es en la Misa donde no oculta sus controles y su preeminencia en el lugar. Es que justamente la Misa es la práctica por la que “existe” en primera instancia una Iglesia.

Al finalizar la celebración, cuando los mariachis tocaron la canción de despedida, mucha gente se fue, otra se quedó rezando en los asientos más retirados, y unas 50 personas se agolparon frente al “corralito” del altar para ver y sacarse fotos con el grupo.

El cura, que por lo general sale afuera a saludar a los concurrentes, no lo hizo: se quedó con los mariachis y les pidió que tocasen otro tema.

El grupo entonó una canción instrumental que duró como 10 minutos, seguidos muy atentamente por el público que se había formado frente al altar, y aplaudía cada vez que alguno hacía un solo.

A esa altura el altar se había transformado en un escenario, y llamativamente los dos curas que había –al celebrante se le había sumado el que confesaba- no sólo no oponían reparos sino que avalaban esa práctica.

Cuando terminaron el tema, un fotógrafo que venía con ellos –en realidad, ahí noté que muchas personas del “público” eran mexicanos- les pidió que se sacaran unas fotos todos juntos y los ubicó dándoles la espalda al altar.

Tras esa foto, varias personas pidieron sacarse una, y pasaron varios chiquitos, que se pusieron en el medio del grupo, sonrientes. A un costado del altar, donde yo estaba, una mujer les pidió que “toquen ‘Las Mañanitas’”, y finalmente el grupo accedió, en la primera canción no religiosa que ejecutaban –aún seguían en el altar-.

La mujer que había pedido el tema acompañaba el ritmo con su cuerpo, pero lo hacía bastante mal, provocando la risa disimulada de algunos. La reconocí como una de las “habitués” que veo siempre.

El sacerdote que dio la misa los seguía escuchando con una sonrisa y las manos juntas, a la altura del abdomen. Cuando terminaron, saludó y se sacó una foto con los que parecían eran los organizadores del grupo, mientras los mariachis, al terminar, se santiguaron frente al altar y saludaron a la gente con el revés de la mano levantado.

Cuando el sacerdote se fue a cambiar, lo paré, le conté lo que estaba haciendo y le pedí una entrevista. Sin exigirme muchas explicaciones, me dijo que mañana a las 16:30 pase por la Casa Parroquial que él me iba a atender. Se mostró muy atento, me preguntó si a esa hora podía y se despidió presentándose.

Después me fui a sentar a un banco cerca del altar para ver qué hacía la gente: la mayoría había roto el corralito y se sacaba fotos con los mariachis o conversaba con ellos, que parecían muy contentos con el afecto que la gente les demostraba. El cura volvió, cambiado con una camisa y un pantalón negro, y también dialogaba con uno de los músicos.

Cuando me fui, como a los 10 minutos, la mayoría todavía seguía allí.

Cuarta visita. (24-11-08) Entrevista al Sacerdote.

La entrevista estaba pautada para las 16:30. Llegué con unos minutos de retraso, cuando entré a la secretaría parroquial –no había estado nunca ahí– salían dos mexicanos, uno de ellos era el que parecía el líder del grupo de mariachis que ayer cantó en la Misa de Cristo Rey. La Secretaría está separada de la puerta de ingreso por un recibidor, y para que a uno lo atiendan se debe tocar timbre. Como no lo hice, ninguna de las dos mujeres ni el sacerdote que estaba con ellas hablando de los mexicanos me prestaron atención. Sólo lo hicieron cinco minutos después, cuando entró otra mujer.

Entonces la mujer me preguntó que necesitaba, y cuando le dije que buscaba al Padre Hernán, me preguntó si tenía cita con él.

A los dos minutos llegó el sacerdote, un hombre joven y simpático, pero algo frío. Me invitó a pasar a su oficina para charlar.

La oficina sólo tenía una mesa grande y tres sillas, y la puerta era vidriada, casi como una suerte de “autocontrol”, una demostración de que todo lo que sucede ahí adentro es transparente. Le conté lo que estaba haciendo, y me hizo algunas preguntas, pero trate de no hablarle mucho del proyecto.

Cuando comenzó la entrevista, me llamó la atención los términos que usó para referirse a ciertas cosas: el “turista”; el “staff permanente”, todas características que yo había descrito en mis observaciones. Incluso mencionó que muchos llegan o van al trabajo y pasan por allí a rezar.

El contenido de la entrevista quedará para el análisis de la misma, pero no dejó de llamarme la atención la forma en que hablaba de las desviaciones al orden institucional que después comentaré.

En el medio de la entrevista fue interrumpido por un llamado, pero nada más. Al finalizar, me hizo algunas preguntas sobre mí –a qué Iglesia iba, si viajaba seguido a Chivilcoy, me mencionó que uno de sus monaguillos era de allí-. Todo con un modo muy amable, sin malas intenciones o por querer averiguar algo.

Cuando me despedí de él fui al templo, donde me quedé un rato sentado en el medio. Como había poca gente, en un momento me puse en el papel de visitante y me distraje de lo que pasaba para ponerme a pensar en algunas cosas mías. Verdaderamente, la paz y el silencio que se puede encontrar en aquel lugar es algo increíble. El ruido de la calle se siente apenas, es casi imperceptible.

Lo único raro que vi fue un grupo de cinco personas –una pareja de 70 años, dos mujeres más jóvenes y un hombre- que reconocieron un poco el templo con una caja azul que cuidaban mucho.

El hombre mayor y una de las mujeres le explicaban a la anciana cómo sacar una foto, y posaron frente al corralito del altar de costado, como se hace cuando se fotografía frente a un monumento.

En un momento, la anciana, que se había sentado en el primer banco discutía con una chica que estaba en el segundo, y le sacó algo de las manos, se lo puso en el hombre, y se fue a la parte de atrás del altar, donde estaba el hombre. Puedo inferir que se trataba de un pájaro o un loro, pero no ví exactamente que era. También vi que al salir una de las chicas lo llevaba envuelto contra su pecho, quizás para no delatar su presencia en el templo.

Antes de irme pasé por el Santísimo, ya que habíamos estado hablando con el Cura de lo que allí sucedía y él hizo unas observaciones muy valiosas.

Allí había un hombre que creo haber visto cuando entré a la Catedral. Este tipo, en lugar de estar rezando, escribía algo en su Blackberry, muy concentrado. Ni mi presencia ni la de una moja que llegó después lo inhibieron –y el Cura decía que ese lugar Sagrado era “respetado”-. Cuando terminó de escribir, guardó el aparato, se sacó los anteojos y se mostró repentinamente compungido, como lamentándose, y continuó con su oración. En tanto, la moja había sacado un rosario y lo rezaba.

Lo que sí puede rescatarse de ese lugar es que, a diferencia de otros en el Templo, el carácter sagrado se puede evidenciar en el hecho de que la presencia del otro –teniendo en cuenta que es un lugar muy chico- no molesta. Nadie se da vuelta, ni se sorprende por la presencia de otra persona detrás; cada uno está en la suya.

Salí del oratorio y seguí a un hombre que un momento antes había estado parado ahí y se santiguó. El tipo se paró frente al Cristo bajado de la Cruz y le hablaba entre murmullos, como pidiéndole algo. Tras eso, me fui.

VISITAS EXTRA.

10-03-09

Llegué a las 18 horas, una antes de que el Templo cerrar. En las escaleras había varias personas, dos de ellas se sacaban fotos –con poses incluidas- en el frente del edificio. Al ingresar a la iglesia, una música dominaba todo el ambiente: se trataba de dos personas que practicaban el “Ave María” con el órgano que está a un costado del altar.

Fui a sentarme frente al Cristo Crucificado, detrás de una pareja que rezaba.

A un costado, frente al altar de la Virgen de Luján había unas 15 personas, una de ellas con un bebé. Parecía como si salieran de un bautismo, pero es raro que un martes se realice ese tipo de ceremonias. En todo caso, se trataba de algo privado, pues había solo un bebé y personas de todas las edades, conversando y luego despidiéndose, sentados en los bancos a un costado del altar, de espaldas a la Virgen.

Me quedé sentado un rato largo, escuchando la música. Un chico tocaba y cantaba, gesticulando exageradamente y usando una mano como batuta para indicarle a la chica los tonos.

Cuando encontraban alguna falla –o acierto- conversaban y la mujer anotaba algo en una hoja. A pesar de que esto lo hacía bastante cortado, era agradable escuchar la voz de la chica cantando el Ave María. Como yo, otras personas se detenían a escucharlos.

Al rato me levanté y seguí la vuelta. En el Altar de la Virgen –ya desocupado por la gente del bautismo- había una mujer que miraba los nombres inscriptos en las tumbas de los dos obispos.

Dí la vuelta por la Capilla Nuestra Señora de los Dolores y seguí hacia fuera. En el Templo había tres personas rezando: una pareja grande adelante y una chica joven más atrás. Afuera, en cambio, había más gente. Algunos mirando la Catedral, un chico leyendo y escuchando música sentado en el primer escalón y yo, que me había apoyado en una baranda, mirando hacia calle 14. Abajo, en la entrada del café, una parejita conversaba y se besaba.

A pesar de que ya lo haya marcado, vuelvo a insistir que existe en las escaleras una especie de microclima, una mezcla de estatus de lugar. Se puede decir que el atril y las escaleras son la frontera entre el afuera y el adentro, por lo que no es ni una ni otra cosa, es algo diferente.

11-03-09

En primer lugar, fui hacia la sede de la Fundación Catedral para entrevistarme con la directora del Museo Catedral, Adela Juárez.

Fue algo precipitado, ya que hoy mismo comencé a gestionar la entrevista y ella accedió enseguida. Por ello, no tuve tiempo para prepararme, ya que llamé con la intención de hablar con el Presidente de la Fundación, y el operador me sugirió el contacto con la directora y así lo hice.

Al principio, la mujer estaba nerviosa, y hasta creo que tomó como una crítica que le preguntara sobre la privatización del espacio. En las preguntas siguientes traté de marcarle que yo no tenía esa intención, y así la charla se hizo más fluida. Incluso me permitió sin ningún tipo de problemas hablar con algunas de las guías.

Tras salir de la Fundación fui a la Catedral, y esta vez el atrio servía como resguardo a varias personas, ya que llovía bastante: había siete u ocho personas debajo del atrio, esperando que parara.

Adentro, el silencio era impresionante, y transmitía una paz increíble. Como muy pocas veces sentí esa sensación, sobre todo teniendo en cuenta el silencio y la oscuridad de adentro, que se mezclaban con el sonido de la lluvia y la certeza de sentirse a resguardo.

Fui hacia la Virgen de la Puerta, y me llevé una sorpresa: tenía el manto celeste y blanco, al igual que la Virgen de Luján. Eso me desconcertó, ya que siempre la había visto con un manto verde brillante u otro rojo.

Otra cosa que me llamó la atención es un papel que encontré arriba de la caja de las limosnas: era una oración a Santa Bernardita (Patrona de lo imposible) donde había una instrucción para hacer el rezo y pedir una gracia. Luego advertía que había que llevar 25 copias a la iglesia, y señalaba que “en 25 días tu Gracia será cumplida”. Es interesante poder analizar esto a la luz del cruce de lo religioso y lo popular.

Seguí caminando. A un costado del altar, una pareja de ancianos conversaba con el guardia, quien parecía darles indicaciones. Pasé por al lado de ellos y entré al altar de la Virgen de los Dolores. Allí dos mujeres estaban sentadas en el último banco, mirando hacia la Virgen.

Me paré detrás de ellas, y una tosió y se enderezó en el asiento, incómoda. Al rato, esa misma mujer empezó a hablarle a la otra, que la escuchaba, siempre con la mirada fija hacia la Virgen. En eso llegaron las dos personas mayores, quienes subieron las escaleras discutiendo, pues el hombre quería dar la vuelta por atrás, desconociendo el cartel de “prohibido pasar”.

Ellos también se pararon detrás de las mujeres, al lado mío. De allí fui al Santísimo, que estaba vacío, y me quedé un rato parado. En eso pensé si el lugar conservaría su estatus sagrado una vez que se cerrara el templo, o si los empleados lo toman como un lugar más y allí adentro no respetan el silencio.

Finalmente, me fui por la salida principal, y me crucé con el guardia y el ordenanza, que caminaban muy despacio, este último con una escoba y un palo en la mano.

En el atrio, esta vez había dos chicas, una en bicicleta, ambas totalmente mojadas.

16-03-09

Llegué a las 13, y noté algo que hasta ahora no había visto nunca: un montón de chicos del Normal 1 (que está en frente de la Catedral, sobre Calle 51) estaban “invadiendo” los jardines de la Catedral.

Crucé desde la plaza y me senté para observar qué hacían. Los chicos, que recién salían, estaban sobre el boulevard y los jardines de la Catedral. Aprovechaban para encontrarse después de clases, conversaban animadamente, y algunos hasta se tiraban en el pasto.

Varias parejas se encontraban allí un rato, otros chicos esperaban a sus novios/as y varias amigas se quedaban charlando.

De todos modos, a los 20 minutos el lugar se fue despejando, y sólo quedó el grupito que estaba tirado en el pasto.

Tras eso entré al templo. Allí no había prácticamente nadie, sólo una persona rezando frente al Cristo Crucificado, y el ordenanza y un compañero limpiando el piso, corriendo de a uno los bancos para atrás y pasando el lampazo.

Cuando entré volví a sentir cómo de a poco uno va entrando en clima, cómo paulatinamente el silencio le va ganando al ruido de la calle. Estuve sentado unos minutos y después hice un breve recorrido. Donde está la reliquia de Sor María Ludovica había tres personas mayores: una mujer estaba sentada y una pareja parada frente a la urna, intentando meter un papel (eso es algo que no se puede hacer, o que por lo menos la institución no lo prevé, ya que no hay una ranura para depositar los papeles, sino que la gente los mete por un pequeño espacio que hay en el vidrio).

A la mujer se le había quedado trabado el papel en el vidrio, y la que estaba sentada fue con una tarjeta y la empujó para adentro, no sin antes estudiar y discutir los pormenores con los otros.

Después de la vuelta, no sin mayores novedades, porque no había nadie. Me llamó la atención la mirada del guardia, quien me siguió con la vista un tramo, pero no pasó nada.

27-03-09 (Visita al Museo de la Catedral)

Antes de ir al Museo me di una vuelta por el Templo, donde no había casi nadie: alguna que otra persona que entraba y le rezaba a las imágenes y después se iba. Sólo dos chicas paseaban y conocían el lugar, y los ordenanzas limpiaban el piso corriendo los bancos. A ellos se les sumaba una mujer que estaba limpiando el lugar donde se encuentra la pila bautismal.

Esta vez volví a entrar al relicario de Sor María Ludovica, y comprobé que no hay ninguna ranura para que la gente ponga sus pedidos, pero que de todas maneras los papeles inundan la urna. Pude distinguir y leer un pedido: al dorso de una foto, se pedía por la salud de un hombre, para “que se recupere pronto”.

Al entrar al Templo, vi a dos chicos en una actitud rara. A un costado de las escalinatas, abajo, un chico se movía como haciendo ejercicios. Arriba, otro estaba colgado de los fierros de contención, en cuclillas, preparado para tirarse. El chico hacía cálculos y medía distancias,

y parecía no animarse a tirarse de ahí, mientras que el otro le daba instrucciones y parecía ya haberse tirado. Ambos estaban parados frente a uno de los ventanales del Café, por lo que me pareció raro que nadie le llamara la atención.

Al entrar al Museo, pasé por el Café, y allí había mucha gente almorzando. Entré, me preguntaron de donde los visitaba y me explicaron cómo era el Museo, el recorrido que podía llegar a hacer y la hora en que me iban a pasar a buscar para subir al mirador.

Estuve mirando las anécdotas escritas en la entrada, donde se cuentan las historias de la construcción, hay allí una autorreferencia constante, y una vanaglorización de los últimos trabajos y su gente. Me detuve menos en la sala Monseñor Galán, donde están los objetos pertenecientes a Obispos y a la propia Catedral, y visité las exposiciones. La sala permanente está conformada en su mayoría por obras donadas por una mujer. Todo era arte católico. En tanto, en las salas temporarias había una muestra de la obra de Fray Guillermo Buttler, donde había muchos cuadros de ese hombre, algunos simples bocetos hechos a lápiz, otros más complejos. Casi todos eran cuadros chicos, que representaban paisajes de los Alpes o las sierras cordobesas. Me llamó la atención que el cuadro más grande y colorido era su propio autorretrato. Dentro de la exposición hay una sala donde se proyecta un documental con la vida y obra del fraile pintor. Delante de esa sala había un cuaderno de actas, para que los visitantes expongan sus impresiones. Había mensajes muy correctos, y otros muy llamativos: *“somos paganos pero igual el lugar está bueno”*; *“Me gustó mami”* –escrito con letra infantil, muy desprolija, ilustrado con un dibujo sencillo que decía “Tío Carlos”; *“NO ME GUST. AGUSTÍN”*, decía otro. Por supuesto, yo dejé mi propio mensaje.

Cuando estaba en la exposición de Buttler, pasó la guía a buscarme y subimos al ascensor con dos mujeres -una platense que acompañaba a una madrileña- y un estudiante de arquitectura – lo deduzco por las cosas que llevaba-.

El ascenso fue rápido: en el primer nivel contó algunas características de la Catedral, sobre su completamiento, y contó algunos detalles de la Plaza, como la significación de las fuentes. Allí no hubo preguntas.

En el segundo nivel habló un poco más de la ciudad y sus características, pero realmente dio pocos detalles históricos y se limitó a describir lo que veíamos desde el mirador. Habló de las características de las gárgolas criollas, mostró las estatuas y dijo lo que representaban, nos dio un momento para mirar y después bajamos.

Cuando terminé la visita y di unas vueltas más por el Museo, fui al Café y tomé una gaseosa mientras anotaba mis impresiones. En el lugar ya no había tantas personas, y las mozas hablaban en voz alta entre sí y con algunas parroquianas. Me llamó la atención el grado de confianza que tenían particularmente con una: ella estaba sentada en un sillón y dos de las mozas en frente, sentadas, les contaban sus problemas.

El lugar no difiere en nada de cualquier café, y allí está totalmente ausente el carácter religioso presente en el Templo o en el Museo. Es donde más se ve el carácter privado y mercantil de la Fundación Catedral.

ENTREVISTAS

Padre Hernán Remundini, Cura Párroco de la Catedral

Día: Viernes 21 de noviembre de 2008

Lugar: Casa Parroquial. Calle 15 entre 51 y 53. La Plata

¿Qué tipo de personas concurren a la Catedral?

A la Catedral concurren todo tipo de personas. Están aquellos que vienen movidos por un espíritu religioso o de piedad, aquellos que cuando van a trabajar entran a hacer una oración o una visita al Santísimo, y aquellos que vienen a participar de los ritos, a los bautismos, a los casamientos, a las misas, por supuesto.

Las personas que vienen a las misas podríamos decir que son el “staff permanente” de gente que está vinculada a la Catedral, algunos por cercanía espacial, porque viven en la zona y otros porque el ámbito edilicio de la Catedral los ayuda más a la vivencia de su Fe. Por ahí tienen parroquias cerca de su casa y no van allí, por ahí vienen a la Catedral porque, o les interesa ver una celebración más solemne, etc.

O por otro lado están las personas que vienen a visitar la Catedral como monumento artístico si se quiere, los que vienen de turismo, podríamos decirlo así. Muchos de ellos, de los que vienen de turismo, también a veces hacen un turismo religioso. Por ejemplo, hay muchos contingentes que vienen el día 13 de algún lado, van a la Rosa Mística y después pasan necesariamente por la Catedral. Pero a veces hay otros que vienen solamente para ver la belleza del edificio y de la arquitectura plasmadas en la Catedral. Gente que viene a visitar los distintos lugares que se pueden visitar en la ciudad de La Plata, y en ese sentido recibimos visitas de todos lados. Al Museo lo visitan muchos contingentes de estudiantes, alumnos de colegios, clubes de jubilados, etc. Y después hay un turismo más libre, de gente que se hace un día una escapada para La Plata y visita la Catedral, Museo, etc.

¿Estas visitas generan algún tipo de molestias a quienes visitan con un sentido más religioso el Templo?

No, porque aquí todo funciona coordinadamente. La manera como se puede establecer una sana convivencia y un respeto por el lugar sagrado, sobre todo cuando está transcurriendo una función sagrada, una Misa, etc., tiene que ver con la coordinación que se hace entre la Parroquia de la Catedral y el Museo. En determinados horarios hay visitas guiadas y en esos horarios nunca hay ni Misa, ni bautismos, ni casamientos, de manera tal de que no se choquen, porque vos imaginate si estuviera transcurriendo la Misa y de golpe entra un guía con un contingente de 60 personas y empiezan a pasear y a sacar fotos, eso sí sería conflictivo.

Pero por ahí se da que hay una persona rezando, y otra sacando fotos...

Sí, eso es más frecuente que pase. De todas maneras, como la Catedral es grande, aquellos que vienen a hacer un momento de oración rezan en la Capilla del Santísimo, que si se quiere es un espacio más reducido, y allí no entran los turistas, hay un cartelito que indica que es un lugar de oración, entonces los turistas pasan de largo, o se asoman y miran y nada más.

Y en el momento de la realización de los ritos, a pesar de que hay carteles prohibiendo determinadas prácticas, ¿se genera algún choque?

No, la gente es bastante respetuosa en ese sentido. Siempre ha habido algunas dificultades o siempre hay gente que busca transgredir las normas. Una vez le tuvieron que decir a una chica que venía vestida de una manera escandalosa que a la Catedral no se podía entrar de esa manera. Venía vestida tipo como en bikini, entonces el que está encargado de la Seguridad le dijo ‘mire, disculpeme’, y ahí se generó un altercado de palabras que, bueno, pero es un caso.... en general la gente es respetuosa, todavía, de los lugares sagrados.

¿Hace mucho que tienen seguridad policial?

Acá siempre hubo seguridad policial, porque es un edificio público. Eso es lo que hace que la catedral esté siempre abierta. Hoy en día roban muchísimo, es lo que les pasa a las parroquias,

entonces hay muchas que no pueden costear una seguridad privada, por eso muchas veces tienen que cerrar y abrir solamente para los momentos de la Misa o poner unas rejas, de manera tal que la gente pueda rezar desde las rejas.

Pero la Catedral como es un edificio público, que depende del ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, por eso tenemos a la Policía bonaerense que se encarga de la custodia del edificio.

Me habían contado de alguien que rompió los vitrales de la entrada...

Si, hubo que hacerlos de vuelta. Era una persona desequilibrada, me parece que vino con una plancha de hacer bifés y con eso rompió los vitrales, que enseguida se hicieron de vuelta, porque aquí funciona un Taller de Vitrales.

Ahora, hace unos días balearon unos vitrales que dan contra la calle 53, tres balazos aparecieron, así que ahora están restaurando esos vitrales. No sabemos si eso fue en algún tiroteo que hubo persiguiendo algún delincuente o algo contra la Catedral. No lo podemos precisar porque no nos habíamos dado cuenta hasta que un día limpiaron el techo del confesionario y lo notaron.

También me mencionaron que en el transepto habían encontrado a alguien durmiendo...

Sí, hay carteles que dicen “No pasar” por ahí atrás, porque había gente que a veces se escondía, o linyeras que venían a dormir la siesta en el verano porque estaba más fresco, pero no es algo que ocurra regularmente, son casos excepcionales.

La organización espacial del Templo, ¿influye en el recorrido que hace la gente?

Esta organizado para que la gente pueda venir, por eso en las visitas guiadas se van explicando distintas cosas de la Catedral, de la construcción, etc. y eso también motiva, porque si la Catedral estuviera sola, habría gente que vendría porque igual es hermosa, pero al haber una organización a través del Museo de visitas guiadas todo es más enriquecedor.

Incluso lo mismo sucede con las visitas de colegios, sino hubiese nadie que les explicara no sería lo mismo.

¿Cómo podrían llegar a regularse los espacios de tránsito, los espacios de silencios?

En realidad, los Templos son todos ellos un lugar de oración, pero también se han transformado en centros de irradiación de cultura, por eso hay que ayudar a que estas dos realidades convivan.

También la Catedral tiene en el subsuelo una capilla que no es visitada por los turistas, que aquellos que buscan mayor recogimiento pueden ir allí: está abierta durante la tarde, y al mediodía, y allí hay misa, en un ambiente donde no hay mucha dispersión. También a la Misa de todos los días no viene tanta gente como para que se justifique celebrarla en la Catedral teniendo la posibilidad de celebrarla ahí abajo que todo es más recogido.

Mucha gente reza frente a las imágenes pero no en el Santísimo, ¿a qué puede deberse esto?

Me parece que la explicación de esto es que en gran parte de los católicos de la Argentina hay una catequesis bastante pobre, entonces son todos muy devotos de los santos, y algunos se tiran encima de las imágenes de los santos, pero por allí no hacen ninguna visita al Santísimo. También puede ser que la Capilla del Santísimo no esté bien ubicada, eso es algo para pensar también, no siempre estuvo allí donde está ahora. Eso se hizo precisamente buscando un lugar más apropiado donde estuviera el Santísimo, donde no hubiera tanta dispersión. Antes estaba en el ábside, atrás del Altar, donde está la Virgen de los Dolores ahora, y es como que era un lugar muy de paso, circulaban los contingentes, entonces era una complicación.

Pero tampoco sé si el lugar donde está es muy apropiado, yo personalmente me parece que debería haber otro lugar, además es un lugar muy chico, pero los arquitectos y toda la gente que sabe de esas cosas consideraron que por ahora estuviera allí.

Antes de estar en el fondo estuvo en el altar del Santísimo, donde ahora no hay nada, pero era un lugar más de paso todavía.

Arquitecto Esteban Casas, integrante de la Comisión Técnica de la Fundación Catedral

Día: Jueves 7 de agosto de 2008

Lugar: Oficinas de la Fundación Catedral. Calle 51 entre 14 y 15. La Plata

¿Cuál es el rol de la Fundación dentro de la Catedral?

La Fundación es una asociación civil católica sin fines de lucro cuyos objetivos son el mantenimiento del edificio. En su momento tuvo la función de completar el proyecto original de Benoit, y actualmente es de preservar y eventualmente si lo necesitara restaurar el edificio, y administrar todas las actividades que se desarrollan y difundir el patrimonio.

En sus inicios formó parte de la Unidad Ejecutora de la Catedral...

Exacto, la Fundación nace en 1992. A partir de 1995 se decide completar la Catedral, para ello la Fundación conforma una unidad ejecutora, que organiza todos los trabajos del completamiento. A su vez contrató empresas que fueron las que construyeron las dos torres.

¿Qué otras actividades o funciones desarrollan?

El principal ingreso que tiene la Fundación viene por el lado del Museo. Muchísima cantidad de gente viene a visitar el museo los días de semana y los fines de semana. Mayoritariamente los días de semana vienen colegios, y los fines de semana turistas en general de La Plata, del Gran Buenos Aires, y del interior del país, y muchos extranjeros.

El museo es el principal ingreso que tiene la Fundación, después tenemos a la venta en la Santería una pequeña biblioteca y después hay un Instituto de enseñanza de vitrales, que es el Instituto Superior Catedral, que es donde se forman alumnos en el arte del vitral, en una carrera que dura tres años. La Fundación administra la actividad de este instituto.

¿Alguno de estos espacios está tercerizados?

No.

¿El museo, la cafetería?

Ah, sí. Lo que está tercerizado es la cafetería, hace menos de un año se le dio la concesión a una confitería muy importante –Ritz-. La idea de la fundación era jerarquizar el acceso al Museo, brinda un servicio al turista muy importante, porque por ahí la gente o el turista que viene al museo quiere tomar un cafecito, por ahí comer algo después de recorrer el museo. Por eso se puso una confitería de nivel y trayectoria en la ciudad para que el turista pueda estar mejor recibido.

En este caso ustedes se manejan con el pago de un canon...

Exacto, nos manejamos con un canon mensual y les acondicionamos el lugar, y después hacen la instalación y traen todo su equipamiento.

¿Qué tipo de servicios se ofrecen en el Museo?

En el Museo el servicio más importante es el de guías, que está conformado por guías especializados, son guías de turismo.

Ese servicio de guías lo que hace es conformar distintos recorridos que puede hacer el turista, uno de ellos es exclusivamente el mirador. El turista viene, ingresa al museo, y va directamente al ascensor mirador. Y el segundo recorrido, que eso ya es más para contingentes, se hacen visitas guiadas al museo, al Templo y al mirador, en un recorrido que dura más de una hora y media, donde se ven dentro del museo, las salas permanentes y las salas temporarias. Se hace un recorrido por el templo y después se hace una visita guiada a las torres, que es una de las torres del frente que se terminó completando en los últimos años. Hay dos niveles, uno a los 42 metros y otro a los 63.

El guía va parando en estos dos niveles y se hace una explicación general de la ciudad, de lo que uno puede observar desde el mirador y de los detalles que se pueden ver en la torre, ya sea de esculturas, ornamentos, todo lo que se puede ver en la torre.

Al ingresar al Templo da la impresión que es muy grande respecto de las imágenes que tiene, y que la mayoría están en el Museo...

En realidad, la Catedral, los días de semana no se realizan Misas, sino sólo los domingos. La Catedral es un edificio que cuando uno ingresa, está bastante despojado de imágenes, fíjese que cuando usted ingresa, más allá del edificio, lo que llama la atención son los trabajos en madera, los trabajos que realizaron los ebanistas con las tallas es lo que impacta en primer medida, con el Cristo, con la Inmaculada Concepción, con San José con el Niño Jesús y San Ponciano. Esas cuatro imágenes son las que más llaman la atención. Después están los cuatro confesionarios, el trono arzobispal y la sillería del Coro de Canónigos.

El Museo no es un museo que tenga una historia muy importante, porque es un museo que recién se habilita en el año 1977, permaneció algunos años cerrados, digamos es una historia... había arrancado como un Museo muy chico, con pocos elementos, y a partir de la creación de la Fundación Catedral y del completamiento es como que el material empezó a aparecer por el tema del completamiento y también porque se comenzaron a hacer trabajos de investigación histórica de la Catedral y se fue ampliando y fue creciendo un poco todo lo que se expone para el turista.

Además se agregaron dos salas temporarias, que son muy importantes para que la gente vuelva. Con esas salas temporarias, lo que busca la Fundación es que sean pintores, escultores de jerarquía. Acá estuvo exponiendo Pérez Célis, Quinquela Martín, estuvo la obra de Raquel Forner, hace poquito se desarmó la exposición de Bigatti, ahora tenemos la de Manuel Oliveira, y bueno, hay un montón de pintores, también de La Plata, muy importantes, muy reconocidos, que jerarquizan el museo y hacen que el turista vuelva.

Pero, ya te digo, el Museo tiene una historia muy corta para lo que es la historia de la Catedral. La construcción de la Catedral tiene más de 120 años y la del Museo, 30, y te puedo decir que de esos 30 años la mitad del tiempo estuvo prácticamente cerrado o con muy pocos objetos en exposición.

¿Tiene que ver esto –que haya más imágenes en el Museo que en el Templo- con la preservación de ciertas imágenes?

No, en realidad la que están en el Templo son las imágenes más importantes, las imágenes que, digamos, cuando el visitante viene a conocer la Catedral, digamos, con la que va a rezar, las imágenes con mayor carga para la persona que viene a rezar, y en el Museo lo que se hace es como contar un poco la historia de los ebanistas que hicieron esos trabajos. Por ejemplo uno en el museo va a encontrar, al escultor que hizo las tallas, tiene una sala donde la familia donó objetos. Hay piezas muy importantes, de gran valor, quizás no tan importantes como las que están en el Templo, porque la que están en el Templo miden dos metros y la que tenemos en el museo es de 50 centímetros. Pero son objetos de muy alto valor, por haber sido realizados por este ebanistas que si vos ves las figuras que él hace son de una perfección y de un acabado impresionante. El grado de realismo que tiene las imágenes de Leo Moroder es impresionante.

En relación a la religión, ¿cuál es la función que podría tener el Museo?

Primero es un Museo eclesiástico, que en un momento estaba en dudas a quién pertenecía. El museo finalmente es cedido y actualmente es de la Fundación Catedral. Como te decía el museo es eclesiástico, y tiene sectores, hay un sector que es un espacio sagrado, nosotros lo denominados así, donde hay vestimentas, vitrinas con misales, ceremoniales, todos objetos que se han utilizado a lo largo de la historia en esta Catedral, que se cedieron para exhibirlos en el museo.

Pero el carácter que se le quiere dar al museo es religioso, más allá de que hay una impronta arquitectónica muy importante, porque cuando vos recorrés el museo se hace referencia al carácter neogótico, se hace referencia a los trabajos de completamiento, que fueron muy importantes, y a lo largo del Museo se van destacando distintos personajes que fueron muy importantes para la historia de la Catedral, desde los obreros – a ellos se les rinde homenajes con paneles que ilustran las anécdotas y vivencias que ellos tuvieron en la construcción, fotografías muy buenas de los trabajos que ellos hacían-.

Después, cuando uno ingresa al Museo está el espacio sagrado que te comentaba, hay un homenaje que se le hace al ingeniero Benoit, que fue quien hizo el proyecto de esta Catedral, después está un homenaje a los ebanistas, a Leo Moroder, y estamos trabajando en un

homenaje a los hermanos Mahlkecht, que fueron los que hicieron la sillería del Coro de Canónigos, también aparece Gabriel Sarcato, quien fue quien hizo las esculturas de la Catedral, aparecen trabajos que él hizo, las piezas originales, las esculturas que están en el museo son las piezas originales que después se ampliaron para colocar en las afueras de la Catedral, lo mismo que con los tímpanos, que son los relieves que están colocados sobre las puertas de acceso, es decir, yo lo que te estoy comentando son los distintos personajes que aparecen a lo largo del recorrido del museo y que tiene que ver con la historia de la Catedral.

¿Aproximadamente cuánta gente concurre por día al Museo?

Te puedo dar un promedio, nosotros llegamos a tener en un día, en Semana Santa que es cuando la gente más concurre la gente, más de 400 personas. Pero te diría que si sacáramos un promedio andaríamos entre las 150 personas, 200 por día.

¿Es importante para ustedes que un espacio como éste desarrolle una especie de “turismo religioso” en cuanto al acercamiento de la gente?

Es muy importante. En la ciudad es el único museo. Quizás también está el Beato Angélico, pero teniendo que ver con lo que es la Catedral de La Plata, el edificio más importante que tiene esta ciudad, es muy importante que la Catedral cuente su propia historia, porque muchas veces la gente ve la Catedral, ve un montón de imágenes, que por ahí las ve desde la vereda misma. La Catedral esconde muchísimas historias, que es muy importante contarlas y que cualquier persona las pueda conocer. Esa es una de las misiones que tiene la Fundación: difundir el patrimonio y por eso el turismo pueda conocer la historia de cada temática que tiene que ver con la Catedral: ya sean los ebanistas, los obreros, el fundador de la ciudad de La Plata, no por nada también están los restos del fundador, los restos de Dardo Rocha en el mismo museo. Y la gente que ingresa al museo, que muchas veces no tiene ni idea de su existencia, salen maravillados, la crítica es muy buena, lo ubican al nivel de los museos europeos, porque es un museo muy bien presentado, porque el mantenimiento que tiene es muy bueno y la gente se siente un poco atrapada por las historias que se cuentan.

He visto que mucha gente, particularmente en el Templo, se acerca más que a rezar a ver, particularmente las esculturas y las imágenes...

Sí, por ahí el comentario es muy importante, porque dentro de las visitas guiadas que se hacen al Templo, quizás, de acuerdo al contingente que viene, si es gente que tiene más que ver con el arte o la arquitectura, los guías se van a enfocar más en lo que es el edificio como objeto arquitectónico. Pero quizás mucha gente, viene por el interés religioso y eso el guía lo percibe y ya de antemano el guía sabe hacia dónde profundizar. Mucha gente se detiene más en las imágenes, porque quiere que se les hable, por ejemplo, de la virgen de la Puerta, que es una virgen peruana que hay, o que se le habla más de los vitrales, o de la Inmaculada Concepción, o que profundice un poco más en los trabajos en madera. Por eso en las visitas guiadas, un poco el guía, como son personas que han estudiado, lleva la visita guiada de acuerdo al interés de la gente. Porque por ahí hay gente que viene a conocer el templo y quiere que se le hable más del arco ojival, de las bóvedas de crucerías, de las naves, de temas más relacionados con el espacio y la arquitectura y otras buscan el tema religioso.

¿Cuál es el sentido de la organización espacial del Templo?

La Catedral, dentro de lo que es el espacio, la podemos dividir en sectores: cuando uno ingresa al edificio, nosotros tenemos un espacio, que es un espacio de transición entre el interior y el exterior que se llama *nartex* o *atrio*, que ese espacio es lo que nos separe del exterior del templo. Cuando uno pasa ese espacio, uno ingresa al cuerpo principal de la Catedral. Ese espacio principal está definido por el tema de los bancos, lo que es el cuerpo principal que está conformado por una nave central y por dos naves laterales de cada lado. Cuando uno sale de ese cuerpo principal, que es el lugar donde están los asientos, donde se ubica la gente que va a la Misa, pasamos a un espacio que es el *transepto*, una nave que aparece transversalmente, que en sus extremos tiene dos altares, que tiene que ver con la Virgen de Luján y con el Santísimo Sacramento (en estos momentos llegó una mujer, aparentemente integrante de la Fundación, puesto que el arquitecto se puso un poco incómodo y le explicó, a modo de excusa, que estaba haciendo una entrevista conmigo, que estudiaba periodismo).

El transepto termina por conformar la Cruz Latina. ¿Por qué? Porque está la Cruz Griega, que tiene la misma longitud, la Cruz Latina es, una más larga y otra más corta. Ese transepto tiene en los extremos dos altares, y cuando termina ese espacio, hacia atrás hay otro espacio muy importante que se denomina *ábside*. El ábside es la culminación del edificio, termina en forma semicircular, y en ese ábside se ubica lo que es el trono arzobispal, la sillería del coro de canónigos, y hay una circulación perimetral que se llama *deambulatorio*. Ese deambulatorio era utilizado en las iglesias, dentro de lo que son las peregrinaciones que uno puede hacer dentro del Templo, esa circulación pueda tener continuidad por el espacio, ya sea para ver los vitrales, para hacer un Vía Crucis por todo lo que es el perímetro de la Catedral, permite hacer ese recorrido sin interferir los espacios centrales. Un dato muy importante para destacar es que la Catedral es tal por la presencia del trono arzobispal. Cuando uno habla de Catedral está hablando de la Cátedra, de la sede del Obispo, y ese trono arzobispal responde a la presencia del arzobispo de la ciudad de La Plata, y otro elemento que tiene que haber sí o sí en una Catedral es la sillería del Coro de Canónigos. Esos dos elementos tienen que estar en la Catedral, porque son indispensables.

Vos mencionabas este recorrido continuado que se puede realizar, ¿de esta manera se establece una continuidad y se propone un recorrido al visitante?

Cuando una persona ingresa sin guía es muy difícil orientarla. La gente recorre por instinto, va a los lugares que más le llaman la atención, más le interesan. Quizás cuando se realizan las misas no se puede deambular, no se puede recorrer el edificio, pero el guía ya tiene un recorrido pensado y estudiado, en donde tiene que pararse para hablar, pero dentro de lo que son las peregrinaciones que pueden hacerse dentro del Templo, muchas veces se utiliza este espacio que te describía para realizar un Vía Crucis...

En la visita cotidiana permite que no se corte el recorrido, que haya que llegar a una punta y volver.

Exacto. El visitante puede, si uno quisiera leer los vitrales de la Catedral, puede recorrerlo tranquilamente. Uno puede leer el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento, y ya parado en la parte de atrás del edificio ver el Rosetón y ver el relato del Apocalipsis.

¿Hay algún sentido en la disposición de las imágenes de santos en el Templo?

Las dos imágenes más importantes, y por eso se las destaca, se ubican, mirando la nave central de frente, uno tiene el trono arzobispal, por delante el altar, ubicado debajo del crucero, y en los Catedrales, ubicados con la misma jerarquía, las dos imágenes más importantes, que es el Cristo Crucificado y la Inmaculada Concepción, madre e hijo ubicados a los laterales de ese centro que marca el trono arzobispal.

Un poco más atrás, no con tanta importancia, aparecen las imágenes de San José con el Niño Jesús, y San Ponciano, que es el segundo Patrono de la Catedral, recordemos que esta Catedral está bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, la patrona es la Inmaculada Concepción y segundo es San Ponciano, por eso aparece en un segundo plano.

Después hay una virgen peruana, la Virgen de la Puerta del Perú, que es una virgen que no pertenece al diseño original de la Catedral, sino que es una imagen que está en forma temporal, debido a la gran cantidad de peruanos, la colectividad peruana es muy importante en La Plata, por eso su presencia.

Después está la imagen de la Virgen de Luján, en uno de los altares, el relicario de Sor María Ludovica, que es un espacio que se busca, para ubicarla, pensemos que en ese lugar está la Virgen Nuestra Señora de los Dolores, que siempre fue buscando su lugar dentro de la Catedral, pues no lo tenía. Estuvo entre los dos confesionarios, después pasó a donde está Sor María Ludovica y creo que ahora encontró su lugar, está en la parte de atrás, como es la Virgen de Nuestra Señora de los Dolores, que es una imagen de sufrimiento, y está relegada en la parte de atrás, en un lugar bastante oscuro, como en penumbras, creo que es un lugar ideal para su ubicación. La virgen también tiene su capilla.

¿Cuál es el sentido de los grandes símbolos?

Es una forma también como ocurría en la Edad Media, de poder llegar a la gente. Podemos decir que los vitrales es como la Biblia llevada a imágenes. La idea de los vitrales es esa: que gente que no sabe leer pueda a través de imágenes acercarse a relatos bíblicos. En la Catedral uno tiene una serie de imágenes, en total son 27 secuencias por ventanal y uno va leyendo de izquierda a derecha y de abajo hacia arriba, va leyendo lo que es el Antiguo Testamento cuando uno ingresa y en la parte de atrás el Nuevo Testamento. Y eso es una forma de acceder y aproximarse a la Biblia. La mayoría son vitrales franceses, en la parte de atrás hay dos alemanes, que son los primeros que llegaron a la Catedral y particularmente los que más me gustan, y uno de ellos es una réplica de un vitral que se encuentra en la Catedral de Chârtres, que es *La Belle Verriere*, “La Bella Vidriera”, y son vitrales que se colocaron en 1937. Y después el vitral del Rosetón son vitrales nacionales, que se colocaron a mediados de la década del 90, ya son realizados en la misma catedral, en el taller de vitrales. Los hizo Félix Bunge, quien actualmente está haciendo el vitral de Sor María Ludovica en el lugar donde está la imagen de ella hay un ventanal y allí en poco tiempo estará el vitral de la beata.

Y las gárgolas, tenían el sentido de estar adaptadas a la región...

En este caso, toda la ornamentación exterior tiene una libertad que permite el neogótico, que puede tomarse ciertas libertades. Cuando Gabriel Sercato, en sus imágenes habla de la tierra, porque él quiere relacionar todo el exterior con lo nuestro. El habla de la Catedral de las Pampas, por eso los personajes que él ubica están muy relacionados con la región: las gárgolas son animales autóctonos, lo mismo que la flora y la fauna. La síntesis de esto son los relieves que están arriba de las puertas, los *tímpanos*. El tímpano de nacimiento recrea como si el nacimiento del Niño Jesús hubiera ocurrido en el Río de La Plata. Los Reyes Magos están bajando en bote, María es una china, José es un gaucho, aparecen animales de nuestra región.

Cuando hicieron las gárgolas, dijeron que había que pensar en imágenes que tuvieran que ver con lo nuestro, por eso fueron al Museo de Ciencias Naturales y se buscaron aves que en algún momento hayan habitado la región y se las representó. Te vas a encontrar con aves rarísimas, son diseños que se tomaron de animales que habitaron la región en algún momento.

¿Se puede a partir de la disposición de los bancos, las imágenes, etc. regular lo que sería el recorrido que puede hacer una persona, no dentro de lo que es una visita guiada?

Actualmente los bancos están ubicados de tal manera que, primero, la ubicación que tienen no se pueden mover. Porque si yo quisiera poner bancos en las naves laterales quiero poner bancos, el que está sobre esas naves no puede ver nada, por la gran cantidad de columnas. La ubicación en cruz me permite mantener el recorrido perimetral y que los asientos permitan a una persona que viene a la Catedral poder ver el altar y todo lo que es el desarrollo de la Misa.

En el caso de las visitas “informales”, ¿se puede evitar que la gente se cruce sin pasar por delante del altar sin “molestar” a la gente que está rezando?

Lo que es el ábside, en la parte de atrás, hay una parte que es de uso exclusivo de las visitas guiadas, por una cuestión de que la guardia que recorre el templo, hay sectores que quedan como escondidos y uno lamentablemente se encuentra con cualquier cosa, con situaciones desagradables, uno muchas veces va ahí atrás y no sabe que es lo que está pasando. Pero dentro del edificio, cuando hay una Misa, no se puede caminar. La gente tiene que estar sentada en sus asientos y no se puede visitar el edificio en esa instancia porque obviamente molesta.

Adela Juárez, Directora del Museo de la Fundación Catedral

Día: miércoles 11 de marzo de 2009

Lugar: Oficinas de la Fundación Catedral. Calle 51 entre 14 y 15. La Plata.

¿Cuál es la función del Museo de la Catedral?

La función del Museo es brindar a la comunidad platense y a los visitantes tanto del país como extranjeros la posibilidad de conocer en primer lugar, los bienes de la Iglesia, como documentación, historia y cultura de la Iglesia, y por supuesto de nuestra Catedral. Esa sería la función primordial.

Es un paseo muy lindo para hacer, la Catedral es un edificio emblemático dentro de la ciudad; todos los visitantes que llegan a la ciudad vienen aquí, y luego se encuentran que es una Catedral con un Museo y que también tienen la posibilidad de acceder a la Torre, que es lo que realmente más motiva, creo que es un paseo que se hace en todo el mundo, donde se puede subir a cualquier torre, todos lo hacemos. Y descubren un museo que cuenta la historia, que hace homenaje a los hombres que trabajaron en la primer y segunda etapa; y luego entramos a otra sala que contiene bienes de la Iglesia y documentación histórica, con dos hilos conductores, y también están los modelos de la ornamentación de antes y la nueva.

También cuenta con dos salas temporarias, donde iniciamos precisamente ahora con la muestra de Fray Guillermo Buttler, el artista plástico religioso de mayor relevancia en el país, y luego continuamos con una muestra de Soldi, del escultor Walter Garito, y así sucesivamente durante el año, o sea que la misión del Museo es una renovación constante de artistas plásticos con la idea de transmitir, en un ámbito religioso cultura.

Digamos que esa es otra función que posee el Museo, más allá de la preservación y la difusión de los bienes de la Iglesia...

Por aquí han pasado desde Quinquela Martín, Pérez Celis, Raquel Fornell, Alfredo Bilati, realmente artistas de mucho peso a nivel nacional, y apuntamos a la excelencia, a poder

mostrar al público, no sólo platense, sino al público accidental que llega a conocer la Catedral y se encuentra que hay mucho más para ver...

¿Cuántas visitas recibe el Museo mensualmente?

Varía en el año, hay meses que son más fuertes, como las vacaciones de invierno, en las que tenemos alrededor de 7.000 visitas mensuales. Hemos llegado en la época que trajimos la exposición de Pérez Celis a 10.000, y el resto del año, un promedio de 5.000 personas por mes.

¿El hecho de que algunas reliquias estén en el Museo a qué se debe?

Esto tiene una lógica de preservación, donde ya no se justifica la existencia de esa reliquia en el Templo y se quiere preservar la historia, por eso está en el Museo.

¿Podría decirse que “desacralizan” el sentido de las reliquias llevándolas al Museo?

Si, por supuesto. No es lo mismo que estén en el Templo que en el Museo, el Museo las está preservando, las mantiene y muestra. Pero el sentido religioso lo siguen teniendo.

¿Con qué reliquias cuentan?

Es importante que hay una zona donde se muestra lo que fue la primera capilla, mientras se construía la Catedral. El órgano, Santa Florencia con su reliquia figuran ahí porque el espacio en el que estaban ya no existe más, forma parte de la historia. Luego también algunas otras reliquias serían la cruz que se bajó cuando se pusieron las torres. Ahí también se encontró un anillo y otros objetos que se bajaron.

El Museo es una manera de mostrar la historia de la Catedral, que no tiene una historia tan larga, pero preserva las reliquias, tenemos todos los medios de seguridad para ello, y esas cosas, por más que estén guardadas, se muestran al visitante.

¿El espacio está concesionado?

El espacio está concesionado a la Fundación Catedral de La Plata. El Café es otra historia, está concesionado a una confitería, pero el Museo es de la Fundación Catedral, es privado.

Pero está en relación con las autoridades eclesiásticas...

Si, por supuesto. La Fundación Catedral está formada por un consejo que preside el doctor Roberto Salaberre y la figura máxima es Monseñor Aguer. Son hombres que colaboran, elegidos por Aguer, y voluntades que ayudan al funcionamiento, la preservación, conservación de la Catedral.

De hecho, esa es la función de la Catedral, ¿no?

Claro, se crea con esa finalidad, para el completamiento. De hecho, el Museo, el Instituto de Vitrales, y todo lo que compete a la Catedral está la Fundación detrás.

¿Cuál es la valoración que puede hacer en cuanto a la función del Museo del objetivo de la Iglesia de propagar la Fe?

Primero que para mí es importantísimo mostrar la historia de la Catedral. Cuando accedés al Templo, la gente va a orar, meditar, reflexionar, y lo que quizás no llegan a comprender –toda la historia de la Catedral, sus significados, sus simbolismos- en el Museo lo vas a encontrar: la historia de la construcción, el por qué de la elección del neogótico como estilo, hasta cómo se llega a construir las torres, todo está explicado en el Museo, y el Museo sirve para eso, para mostrar la historia.

Nadia, Guía del Museo de la Fundación Catedral

Día: viernes 27 de marzo de 2009

Lugar: Ingreso al Museo de la Fundación Catedral. Calle 14 entre 51 y 53. La Plata.

Consideraciones: Cuando hablé con Adela Juárez hace dos semanas le pedí permiso para hablar con alguna de las guías, y ella no tuvo ningún problema. Fue entonces cuando, después de ir al Museo, le pedí a una de ellas un minuto para poder preguntarle algunos detalles acerca de su trabajo y del movimiento en el Museo.

Cuando bajamos del mirador, Nadia, quien nos había guiado en la visita, accedió a darme la entrevista, aunque al principio parecía un poco nerviosa. Le dije que se trataba de algo informal, y después de algunas preguntas se soltó, entendiendo de lo que se trataba.

Nadia es Guía Turística, y trabaja en el lugar desde hace unos meses. Para referenciar el encuentro, haré un relato de lo que hablamos, ya que no grabé el encuentro para no incomodarla.

En principio, Nadia no me pudo precisar cuánta gente visitaba el Museo a diario, pero cuando le pedí que me hablara a partir de lo que ella veía, me comentó que dependía del día -lunes y martes no va casi nadie, el domingo llegaba mucha gente- y de la altura del mes; incluso hasta el clima que hiciera ese día.

Me contó también que van muy pocos platenses al lugar, y que la mayoría de los visitantes son extranjeros o del interior de la Provincia de Buenos Aires y, en menor medida, del país. Muy pocos visitantes hacen preguntas, pero algunos se ponen muy “pesados”: los platenses quieren saber acerca de los mitos urbanos como la simbología de las estatuas de Plaza Moreno; los extranjeros a veces preguntan muchas cosas, sobre todo que tienen que ver con características arquitectónicas de la Catedral: “contesto lo que puedo porque no puedo alargar demasiado la visita, entre un ascenso y otro tengo media hora”, dijo.

Le remarqué que, a la luz de lo que habíamos hecho hace unos minutos, las visitas son cortas, y me dijo que algunas sí, pero “no sabés como son a veces, preguntan de todo”.

Ellos se encargan sólo de guiar la ascensión a la Torre de Jesús, pero pueden llegar a evacuar las consultas de la gente que visita el Museo. En caso de que quieran conocer el Templo, los

interesados tienen que pedirlo por teléfonos, y se organiza una visita al Templo, Museo y mirador, especial para contingentes.

En cuanto a los intereses de los visitantes, me dijo que a la mayoría le llaman la atención los restos de Dardo Rocha, Leo Moroder y su esposa y uno de los ebanistas Mahlknecht. Además llegan muchos para ver las muestras temporales de las salas de exposiciones.

Nadia hizo sólo dos visitas de contingentes al Templo, con un grupo de estudiantes y un contingente de jubilados. Dice que tiene que ir regulando sus exposiciones de acuerdo al grupo que le toca, porque no a todos les interesa lo mismo.

Me dijo que ella se recibió de Guía Turística, y una de sus compañeras es Técnica en Turismo. Cuando entran a trabajar allí, reciben una instrucción previa acerca de la historia y las características de la Catedral y alrededores.